



AMABLE Y *Until*

SERIE GBS SECURITY
CLARA H. VIAL

CONTENIDO

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Epílogo](#)

[Querido lector:](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros trabajos de la autora](#)

AMABLE

Y

Until

SERIE GBS SECURITY

CLARA H. VIAL

Título original: Amable y sutil

Serie GBS Security, volumen tres

1.ª Edición: septiembre 2024

ASIN: B0DCGH CY2R

© Clara H. Vial

www.clarahvial-autora.com

Servicios editoriales

“Letras del Alma”

Diseño de portada: María José Martínez Ruano

ID foto: 25950087

Corrección: Noelia Jiménez Moyano



Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. La infracción de los derechos mencionados constituye un delito contra la propiedad intelectual.

Porque tener miedo, es tan humano como
superarlo.

CAPÍTULO 1

Connor

Tres, dos, uno.

—¿Tú? —El grito de Kai no se hizo esperar—. ¿Tú? ¿Qué demonios haces aquí?

—Pues... Es mi primer día. —Apreté la mandíbula, habría sido un error dejar que se me escapara la sonrisa.

—¿Lo contrataste? —Giró la cabeza como si fuera el exorcista y miró a su hermano—. ¿Cómo te atreviste?

«Y esa, su Señoría, es la mejor manera de espantar a una mujer».

—Kai, no sé a qué viene esto —contestó Knox Gibson, mi nuevo jefe—. Es un excelente profesional y viene altamente recomendado. No tengo dudas de que será una gran incorporación al equipo.

—¿Despediste a Russell y asociados? —reclamó, alzando la voz.

—Algo así —dijo él y cruzó los brazos contra su pecho—. Ni siquiera trabajas aquí, explícame, por favor, ¿en qué te afecta que tengamos un abogado!

—¡No me importa que necesites uno! —chilló—. ¿Pero tenías que contratarlo a él? —Abría los ojos como platos y seguía moviendo la cabeza—. Dios, ¿acaso se te olvidó lo que hizo?

—No —contestó su hermano, que parecía irritado—. En el caso de Cohen hizo su trabajo, y es por eso por lo que está aquí.

—Tiene que irse. No puede...

—¿Kai? No te debo explicaciones, pero quiero a los mejores en mi equipo, y él es uno de ellos.

—¡No puedo creerlo, te volviste loco! —rechinó los dientes—. Acabas de traicionarme. —Le pegó en el pecho y caminó hacia la salida. Bajo el silencio absoluto, el único sonido era el de sus tacones.

—Asumo que se conocen —me susurró Will Williams, a quien me habían presentado hacía media hora como el *hacker* del equipo de GBS.

—Oh, sí. Nos conocemos hace tiempo, y muy bien.

No fue, sino hasta que le oí una risita, que me di cuenta de que había metido la pata.

Mi nuevo jefe fue riguroso en el chequeo de mis antecedentes y no tenía dudas de que Will había sido clave para averiguar hasta el nombre de mi dentista.

Por la naturaleza de mi trabajo y producto de las decisiones que había tomado para mi vida y sobre mi carrera, estaba acostumbrado a: cuidar mi retaguardia, analizar los escenarios, pensar en los próximos pasos y ensayar mis respuestas. Era una cuestión de rutina, algo natural en mí.

Antes de considerar la oferta de Gibson Brothers Security, GBS, hice lo mismo que cualquier abogado decente haría: investigué.

Conocí a Knox Gibson gracias a un juicio en el que yo fui el demandante. Su trabajo fue impecable, sorpresivo y silencioso. Gracias a él, las evidencias y argumentos de mi contraparte

hicieron trizas todo en lo que había basado mi estrategia. Max Russell, el mejor abogado al que había tenido el privilegio de conocer, pateó mi trasero con elegancia y sin pestañear.

Aparentemente, le dejé una buena impresión porque, a pesar de todo pronóstico, fue él quien me recomendó para el puesto.

Tras la sorpresiva llamada de ese viernes, leí y memoricé toda la información que pude obtener sobre: Knox Gibson, su familia y su empresa.

Tenía contactos y conocía gente que, a su vez, conocía gente capaz de conseguir información clasificada. Gracias a mi trayectoria, poco convencional, había logrado una pequeña, pero poderosa red, y en menos de dos horas tuve frente a mí sus fichas completas.

Cuatro hermanos en total: Kylie, la mayor, viuda y madre de un chico de quince años. Knox y Killian, gemelos, y ambos, *exmarines*. Kai, a quien conocí porque trabajó con Max Russell en aquel caso, era menor que ellos por cinco años; trabajaba en Russell y asociados.

A pesar de ser una empresa de seguridad y prestar diferentes servicios, todos los que componían el equipo de GBS habían pertenecido a las élites de fuerzas armadas, era un requisito. Como si eso fuese poco, Killian había continuado su carrera en las fuerzas especiales. Era un grupo completo compuesto por hombres con experiencia en áreas mucho más complejas que solo el combate cuerpo a cuerpo.

Las únicas excepciones eran: Kylie, que llevaba los asuntos administrativos; Pamela, la secretaria, y Will, el experto en tecnología. Kai, que no se encontraba en la nómina, evidentemente, era de quien más información tenía.

Jamás pensé que el día en el que el caso contra Jonah Cohen llegó a mis manos, comenzaría la cuenta regresiva.

Una serie de eventos inesperados tuvieron como consecuencia que: conociera a Kai y a Knox Gibson, que Max Russell me hiciera pedazos en la corte y perdiera el primer y único caso de mi carrera. Sin embargo, y lo más importante, que decidiera que renunciaría a mi rol como socio en *Hamilton & Nielsen*.

Me pareció increíble que Max Russell reparara en mí conociendo mis orígenes. En el mundo de los grandes estudios jurídicos, el hombre era una leyenda por su impecable sentido del honor. Era reconocido por ser extremadamente selectivo en los clientes que recibía en su firma. No le importaba que fueran grandes empresas, personajes destacados, famosos, políticos o, simplemente, gente con mucho dinero. Todos sabían que, durante la primera reunión, él pediría un consentimiento para pesquisas. Lo que desconocían era el nivel de detalle con que se dedicaría a analizar cada caso antes de cogerlo. Se gastaba una pequeña gran fortuna en investigarlos a todos; era GBS quien los aprobaba.

Siempre supe que en algún momento coincidiría con Kai, pero jamás imaginé que sería en mi primer día.

CAPÍTULO 2

Connor

Mi nuevo jefe terminaba de enseñarme las instalaciones, eran impresionantes. Uno de los beneficios de pertenecer al equipo era vivir en el edificio. Me habían asignado el quinientos uno, que había sido, hasta hacía poco, el apartamento de la hermana mayor de Knox: Kylie.

Había estudiado a cada uno de mis nuevos colegas. Sabía, por ejemplo, que ella y Noah Carter, el segundo de a bordo y mejor amigo de Knox, estaban en una relación y acababan de comprometerse.

—Espero que cumpla con tus expectativas —dijo cuando terminamos el recorrido.

—Las supera, créeme.

—Excelente —asintió con la cabeza—. Kylie te entregará las tarjetas y las claves de acceso. Will, por su parte, te espera para el escaneo de retina y de tus huellas dactilares.

—Bien. —Estaba ansioso por empezar, y el registro completo era el primer paso.

—Puedes practicar en el campo de tiro cuando lo desees —agregó cuando regresábamos al tercer piso.

—Gracias, pero no tengo armas, dejé de portar hace años —me aclaré la garganta—. ¿Es necesario que cargue?

—No, por supuesto que no. No lo necesitas. A excepción de mi hermana, Pamela y Will, todos portamos una —hizo una pausa—, pero preferiría que tuvieras. —No era una orden, tampoco, una invitación.

—Entiendo.

—El apartamento está amueblado, —Cambié el tema cuando entramos a las oficinas en el tercer piso—, si no te gusta...

—¡Oh..., no...! Para nada. —No pude disimular el entusiasmo.

—¿Estás seguro?

—Créeme, me viene muy bien un apartamento completo.

Llevaba un mes viviendo en un hotel. A excepción de lo que cabía en dos maletas, todo lo que poseía estaba en un almacén.

—Si llegas a necesitar un coche, cuenta con él, tenemos varios.

—Gracias.

—Bien, si necesitas algo más, habla con Carter.

La oficina de Will Williams era una de las primeras. La sala de estar, que se encontraba justo en el medio de la planta, era el lugar más concurrido. Por lo que había visto, la mayoría del equipo prefería juntarse ahí; raramente usaban la sala de reuniones.

Desde el centro se podían divisar casi todas las puertas y la suya, era la más cercana. Golpeé y esperé.

—¡Adelante!

—Permiso. —Cuando entré apreté los dientes; la oficina parecía Siberia. Los equipos computacionales requerían bajas temperaturas, pero eso era ridículo. Will; sin embargo, no llevaba más que una camiseta.

—¡Connor Hamilton, bienvenido a mi humilde morada! —saludó con una reverencia.

—Gracias.

—Tengo todo listo para cumplir las órdenes del gran jefe —sonreía—. Ven, acompáñame.

—Claro.

—¿Ya te presentaron a todo el mundo? —Con los dedos pegó en el escritorio como si fuera una batería y se levantó—. Supongo que ya conociste a Grant —respiró profundo—. Te recomiendo que le tengas algo de paciencia. Ya sabes, recibir un balazo y haber estado a punto de morir a palos por culpa de unos narcos no es para cualquiera. Créeme, en general, es una persona fácil de llevar, pero en las últimas semanas solo ha mostrado un genio de perros. —Lo seguí hacia el ascensor tomando nota mental—. Bueno, no es que Murphy esté muy animado, tampoco, después de lo que pasó cuando cogieron a Grant y encontraron las jaulas... —suspiró y luego, apretó el botón para el segundo subterráneo—. Supongo que no puedes culparlo.

—Me imagino. —No tenía idea de qué estaba hablando.

—Harrison tiene el ego casi recuperado, pero solo casi... —Me miró por el rabillo del ojo—. Sabes disparar, ¿verdad?

—Sí.

—¿Eres bueno?

—Supongo que decente, no practico hace años.

—Vale, vale. Mientras seas «decente», todo estará bien. No habla del tema y se ríe cuando lo molestan, pero sé que todavía está apenado... Dios, yo también lo estaría.

—Lo tengo. —Respiré profundo y comencé a contar con los dedos—. Grant lleva un genio de perros, Murphy no está muy animado y Harrison se recupera de heridas en el ego.

—¡Ah! Y debes tener ojo con Esteban —siguió, el tipo parecía tener agallas en vez de nariz.

—¿Por qué?

—Ten cuidado si dices cosas en voz baja. Es experto en lenguaje, en todo tipo de lenguajes, y es rapidísimo leyendo los labios. —Se encogió de hombros—. Claro que... —Se paró frente a la compuerta y, después de que el panel leyera sus huellas, se agachó para que el rayo infrarrojo le escaneara la retina—. ¿Podrías creer que la gente piensa que es un simple traductor? Ni siquiera se les ocurre que podría ser un lingüista —suspiró—. Dios, también es más que eso.

No contuvo la carcajada y, a esas alturas, yo tampoco. Aparentemente, Will había olvidado, o no tenía idea, de que a los únicos que había conocido hasta el momento habían sido: Knox, Carter, Kylie, Kai y él.

Las puertas se abrieron en forma automática y se fueron encendiendo poco a poco, y de uno en uno, los diferentes sectores del campo de tiro.

—Sígueme, es por aquí.

Caminamos hacia el final; cruzamos los diez puestos. Tecnología de última generación se desplegaba a lo largo de diez líneas y, cada una de ellas, con sus respectivas marcas y blancos. Al fondo, a la derecha, estaba lo que claramente era el depósito de armas; sin embargo, Will hizo un giro hacia la izquierda.

—Aquí... —dijo con satisfacción—. Esta es una de mis bebés.

Levanté una ceja, miré a mi alrededor y, después de verlo ingresar otro código de seguridad, se abrió la puerta de una sala más pequeña. Sofisticados equipos y todos los implementos necesarios para hacer los registros biométricos. Huella dactilar, escáner de retina, reconocimiento facial, geometría de mano, reconocimiento de voz y de escritura.

—Pues, a Kill ya lo conoces —continuaba hablando a la velocidad del rayo mientras encendía uno de los ordenadores.

—Claro. —La verdad era que, oficialmente, no, pero suponía que iba a enterarme por él de todas maneras.

—Es un buen tipo, pero ese carácter... Dios... A veces...

—¿Sí? —insistí, esperando que terminara la frase.

—Mmm... No... —Movié la cabeza hacia el costado—. En general es un tipo fácil de llevar.

—Vale.

—Mira, a la que todavía no logro descifrar del todo es a Lily —concluyó.

—¿Lily? —Era un nombre nuevo para mí. No estaba en los reportes que tenía; odiaba las sorpresas o no estar preparado.

—A veces parece estar tan loca como Kill. —Con la pantalla central pidiendo una contraseña, después de cuatro clics se encendió el sistema.

—No te preocupes, solo retina y huellas dactilares, es lo que está establecido en el contrato —asentí—. Aunque... Sé que puede parecer abrumador, pero... —Se levantó para preparar el lector.

—¿Qué?

—Pues... —guardó silencio por exactamente cinco segundos—. Estoy convencido de que lo mejor es el registro completo.

—Vale.

—¿En serio?

—Claro, si es lo que crees que es mejor, hagámoslo.

—¡Excelente! —Se frotó las palmas de las manos, parecía un niño abriendo regalos en su cumpleaños—. Ven, coloca tu barbilla, aquí.

Afortunadamente, el proceso no nos llevó más de quince minutos. Nos saltamos el reconocimiento de escritura y la geometría de mano.

—Como te decía, Lily es... —Miró al cielo mientras esperábamos el ascensor de regreso, y se llevó las manos a la cintura—. Es..., impredecible.

—Déjame ver si tengo todo... —Volví a contar—. Tener cuidado con Esteban porque podría leerme hasta los pensamientos. Killian tiene buen carácter, pero es irascible y, Lily, es impredecible.

—Eso.

—¿Algo más? —pregunté.

—Oh, y cuidado con Johnny.

—¿Con quién?

—¿Eres alérgico a algo?

—No.

—Dios, ¡qué envidia!

—¿Cómo? —Me consideraba rápido y adaptable, pero Will me había dado tanta información que comenzaba a dudar de mis capacidades.

—Supongo que entonces, no importa —suspiré.

Cuando entramos al tercer piso, Carter y el equipo, en pleno, se encontraban en la sala de estar.

—¡Connor! —me llamó.

—Acabamos de terminar con el registro —aclaró Will.

—Dios —dijo Carter y negó con la cabeza.

—Tú sabes, rutina —le sonrió.

—¿Will? —El acusado cerró la boca, por primera vez en más de una hora y, por fin, hubo silencio.

—¿Hicieron registro de huellas y retina? —preguntó Carter.

—Sí, también reconocimiento facial y de voz —agregué con tranquilidad.

—Por Dios, —reclamó Knox, que aparecía desde el fondo del pasillo—. Recuérdame, por favor, ¿por qué fue que te hice caso? —Miró a mi acompañante con el ceño fruncido.

—¿Por qué confías en mí, gran jefe?

Estaba a punto de levantar la mano para exigir una explicación. Me sentía como si tuviera juntos el gorro de burro con el letrero de tonto en amarillo neón.

—Discúlpame, Connor. Debería habértelo advertido.

—No te preocupes —respondí con mi mejor sonrisa—. No pasa nada. Ahora tienes registro hasta de mis pensamientos.

La carcajada fue grave y general. No tenía claro si se reían de mí, de Will o de la situación. Odiaba no entender los códigos, pero suponía que pasaría en más de una ocasión. GBS era un mundo completamente nuevo para mí y, a pesar de lo que ellos quisieran pensar, era un círculo cerrado, hermético. Ganarme la confianza del equipo no pasaba por mis registros biométricos.

Regresé a mi hotel después de las cinco de la tarde, agotado. Tras poner más atención de la que pensé que sería necesaria, entendí que la cara que puso Knox cuando le dije lo del registro, no tenía nada que ver conmigo, sino con Will.

Aparentemente, le habían prohibido hacer uso del resto de las herramientas de la famosa máquina y, aprovechando que «no había más testigos», se salió con la suya. No se le veía arrepentido cuando dejé la oficina.

Cerré la puerta detrás de mí cuando llegué al hotel, era mi última noche. A pesar de que detestaba hacerlo, guardé todo y con gusto en mis maletas. Esperaba con ansias llegar a mi nuevo apartamento para comenzar mi nueva vida.

No me importó que para ingresar a la compañía tuviese que aprobar tantos exámenes físicos y psicológicos después de la primera entrevista. Entendía la razón de todo. El proceso para entrar a GBS era riguroso y nadie podía saltárselo. Un buen currículum y recomendaciones no eran suficientes; menos para alguien como yo.

CAPÍTULO 3

Kai

Visitar a Kylie para contarle todas las ideas que tenía para su fiesta de matrimonio era lo más interesante que aparecía en mi agenda.

Jamás confesaría que me había pasado el sábado en la noche y, prácticamente, todo el domingo, en *Pinterest*. Para alguien como yo era humillante. Sin embargo, de todas las calamidades posibles, nunca pensé que comenzaría la semana con una traición de mi peor enemigo, recibiendo la bienvenida a la empresa en la que trabajaban, nada más y nada menos, que todos mis hermanos.

De los cuatro que componíamos el clan Gibson, en GBS, había tres: Kylie, la mayor de todos y los gemelos, que me sacaban cinco años. Knox decidió montar su propia compañía de seguridad el día que dejó el FBI, arrastrando con él a Noah Carter, su entonces, mejor amigo. Killian, menor que Knox por ocho minutos, físicamente idéntico, psicológicamente opuesto y, a veces, inestable, se unió al proyecto al poco tiempo. En menos de un año llevaron la empresa a la cima. Claro que, de no ser por las brillantes habilidades administrativas de mi hermana, habrían tenido que gestionar el éxito desde las ruinas. Fue así como Gibson Brothers Security, que parecía, pero era todo menos una empresa familiar, terminó por acaparar prácticamente a toda mi familia. De no ser porque Knox les recordó a mis padres que estaban jubilados, ellos también se habrían apuntado.

Me quedé de una pieza cuando los vi sonriendo mientras estrechaban la mano del infame de Connor Hamilton en señal de bienvenida. Kylie, al igual que los demás, parecía encantada con el nuevo integrante del equipo. Ninguno entendía que estaban cometiendo una alta traición, una que jamás les perdonaría. Enfrenté a mi hermano y exigí explicaciones; ni siquiera se inmutó.

Salí de GBS echando humo por las orejas. Estaba tan enojada que, en vez de coger un taxi o llamar un *Uber*, tuve la brillante idea de caminar. Pensé que el aire fresco me ayudaría, pero terminé, literalmente, metiendo la pata. Me torcí el tobillo cuando se me atascó uno de los tacones en la acera. Estaba segura de que me había hecho un esguince, porque me palpitaba con cada ridículo paso que daba. Tuve que sacarme mis exclusivos, hermosos y orgásmicos *Jimmy Choo*. El maldito tacón se quebró en dos y, para no ir cojeando, me saqué los zapatos; no me importaba lo que pensara la gente en la calle.

Entré con la frente en alto, la espalda derecha y una sonrisa; crucé los dedos para que nadie me viera cojeando y fui directa a mi oficina. Sentía un nudo en el centro del pecho, tenía heridas en los pies y palpitaciones en el tobillo. Eso terminó, sin duda, de arruinar el resto del día antes de las nueve de la mañana.

Mientras me limpiaba los pies y pensaba: de dónde sacaría otro par de zapatos antes de la reunión con mi jefe a las diez, me empezó a doler la cabeza pensando en la clase de complot que Connor Hamilton, de seguro, preparaba en mi contra.

Knox, el tirano, no tenía ni un pelo de tonto; era negligente contratar a esa clase de abogados para su querida y amada empresa. Conocía al revés y al derecho los protocolos de

contratación en GBS, el contrato lo había redactado yo. Su incumplimiento aseguraba las penas del infierno y más, mucho más.

De alguna manera probaría la clase de hombre que era Hamilton, era imposible que hubiese pasado todos los filtros sin hacer trampa.

—¿Qué pasó? —me preguntó Ángela, la asistente de mi jefe, cuando me llevó la carpeta con los detalles del caso que sabía que iban a asignarme.

—Ni preguntes. —Alcé los hombros—. A este ritmo adelantaré trabajo para ahogarme hasta el próximo lunes. No sé si sobreviviré esta semana.

—¡Kai! —dijo cuando vio lo que quedaba de mis tacones en el suelo—. Dios, cariño. ¿Qué diablos te pasó?

—¿Quieres la versión larga o la versión corta?

—Mi niña, cualquiera. —Se llevó la mano a la boca cuando vio que, en vez de uno, parecía tener dos tobillos hinchados y morados en mi pie derecho—. Vas a tener que ir al médico, no puedes andar así. A Max le va a dar un ataque si se entera.

—No tenemos que decirle. —Le guiñé un ojo.

—¿De verdad crees que no va a darse cuenta?

—Ángela, por favor, dame algo de crédito. Soy...

—Oh, no. ¡Si no se lo dices tú, lo haré yo! —interrumpió, levantando la voz.

—Demonios, y ¿qué quieres que haga?

—Puedo pedirle a John que te lleve al hospital.

—¿Estás loca? —contuve el chillido que amenazaba por salir de mi garganta.

—No, cariño.

—John es el conductor de Max y no tiene...

—Lo hará si se lo pido —insistió.

—¿Y la reunión?

—Max es perfectamente capaz de atender a un nuevo cliente.

—Es que...

—No se diga más. —Se llevó las manos a la cintura y cogió el intercomunicador.

«¿John? Te necesito en la oficina de Kai.

Silencio.

Debes llevarla a urgencias en el hospital *Saint Jones*, se torció el tobillo, lo tiene muy hinchado.

Silencio.

Sí, no te preocupes por eso, yo le avisaré.

Silencio.

Sí, totalmente.

Silencio.

Creo que es una excelente idea.

Silencio.

Claro, gracias».

Me miró con satisfacción y salió de mi oficina.

—Buenos días —saludó John a los tres minutos empujando una silla de ruedas.

—¿Me estás jodiendo?

—Kai —agregó con su tono amable. Él era, sin duda, uno de los hombres más dulces y atentos que conocía—. No puedes apoyar ese pie y, yo soy muy viejo para cargarte en mis brazos.

—No digas tonterías.

—Niña, si no te subes a ella, me vas a obligar a hacerlo. —Arrugó la frente.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó mi jefe, que entró con pasos largos y sin saludar.

Max era un hombre educado, inteligente y encantador, pero la mirada de ira que me regaló me dejó helada.

—Pero ¿cómo, Kai?

—Metí la pata —se me arrancó la carcajada—. ¡Literalmente!

—Dios, ¿cómo se te ocurre venir así? —Se llevó una mano a la cintura y con la otra se agarró el pelo—. Debiste llamar, habría ido a recogerte.

—Ay, Max... ¿Cómo se te ocurre? —reclamé—. Además, está todo bien.

—¿John? —dijo con un tono severo que no dejaba espacio para discusiones—. Llamaré al doctor Craig, la estarán esperando.

—Por supuesto.

—Y, tú... —arrugó la frente y me apuntó con el dedo—. Te irás directa a casa después del hospital, no quiero verte en este edificio hasta saber cuál es el diagnóstico. Estoy casi seguro de que es un esguince y de que tendrás que usar una bota ortopédica.

—Pero...

—Y si no me dices con detalles cuáles fueron las indicaciones del doctor Craig, lo llamaré personalmente. ¿Está claro?

—Pero Max... —reclamé.

—¿Kai? —Se cruzó de brazos.

—Está bien. —Arrugué la nariz, no pude evitarlo—. Pero ¿qué va a pasar con la reunión que teníamos a las diez?

—No te preocupes por eso, me haré cargo —contestó con su clásico encanto.

—Aquí tienes, mi niña —dijo Ángela, que traía un par de pantuflas.

—Dios —negué con la cabeza.

—¿Kai? —advirtió Max.

—Está bien, está bien.

Como si no pesara más de diez kilos, mi jefe me cogió en sus brazos y me depositó directamente en la silla. Estaba a punto de darme un tiro.

Tal y como había dicho mi jefe, el doctor, Andrew Craig, el mejor traumatólogo de toda la ciudad, me esperaba a la entrada de la sala de urgencias con su inmensa y bella sonrisa. Era guapo, cautivador y fascinante.

—Buenos días, Kai.

—Hola, doctor —le sonreí. Se puso un par de guantes quirúrgicos, se acercó a la camilla y se me encendieron las mejillas. Dios, era un misterio que, a su edad, siguiera soltero.

—Vamos a ver qué tenemos aquí. —Cogió mi tobillo y tocó el borde del talón—. ¿Duele?

—No. —Me mordí la lengua, no derramaría ni una lágrima.

—¿Y si hago esto? —Giró el tobillo hacia la derecha y luego hacia la izquierda.

—No.

—Vale.

—¡Ouch!—chillé cuando comenzó a rotarlo, parecía como si quisiera atornillar algo con la maldita cosa.

—Ya veo. —Sonrió—. Pediré que te lleven a la sala de rayos. Me gustaría confirmar que no hay fractura, ¿está bien?

—Ajá.

—¡Excelente! —Me deslumbró con sus ojos brillantes—. Te veo en un rato.

Se sacó los guantes, se lavó las manos y salió de la habitación. Me acosté en la camilla derrotada, pero como no pensaba ahogarme sintiendo lástima por mí misma, cogí el móvil y me apoyé en el respaldo. San Google siempre me ayudaba. Si me hubiese quedado en la oficina, probablemente habría buscado tratamientos caseros para el dolor de tobillo. Pero mi jefe se había encargado de resolver eso en contra de mi voluntad, así que no tenía nada que investigar. Sin embargo, un mundo infinito de posibilidades se presentó cuando recordé la razón por la que estaba ahí y escribí el nombre de mi peor enemigo en la barra de búsqueda. Había varios titulares y todos alarmantes.

«Hamilton & Nielsen busca nuevos socios».

«El prestigioso estudio jurídico Hamilton & Nielsen, se encuentra en peligro de salir del ranking de las tres mejores firmas del país».

«Clientes denuncian prácticas fraudulentas en Hamilton & Nielsen».

«El conglomerado de telecomunicaciones ICTI anuncia querella contra Hamilton & Nielsen».

Después de leer con rapidez los diez primeros, pinché un *link* que me pareció inquietante.

—¿Señorita Gibson? —dijo el segundo hombre al que veía en el día con una silla de ruedas.

—¿Sí?

—La llevaré a la sala de rayos.

Pregunté si podía llevar el teléfono conmigo y, amablemente, negó con la cabeza.

Era una simple radiografía, pero pareció durar una eternidad. Había tantos artículos con información sobre él, que la interrupción no hizo más que irritarme.

Me abalancé sobre el móvil, apenas estuve de regreso y maldije mi suerte cuando me di cuenta de que me había quedado sin batería.

—¿Kai? —Oí a Carter, que entraba a la habitación.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees?

—¿Cómo supiste dónde estaba? —pregunté; él levantó una ceja—. Dios, Max es un maldito chismoso.

—No digas eso, pequeña.

—¿Discúlpame? —reclamé.

—Dios, Kai. —Se pasó la mano por la frente—. Llamó a tu hermano; estaba seguro de que tú no ibas a hacerlo y veo que no estaba equivocado.

—No tenía derecho. —Apreté el móvil con las dos manos.

—¿En serio? —respiró profundamente—. ¿Ibas a llamarlo, o a tu hermana, a Killian, a tus padres, o a mí?

—¿Con qué? ¡No tengo batería, míralo tú mismo! —Me reconcilié con mi suerte, parcialmente. Le mostré el teléfono. Él no tenía cómo saber que nunca estuvo en mis planes contactar a alguien.

—¿Qué dijo el médico?

—No dijo, pero me hicieron una radiografía para descartar una fractura. Estoy esperando a que venga a darme las buenas noticias. —Me crucé de brazos—. ¿Y por qué te mandaron a ti?

—Nadie me mandó, me ofrecí.

—Oh, buenos días, Carter —saludó el doctor Craig, que entraba en la habitación con una tablet en la mano.

—Hola, ¿cómo estás? —contestó mi futuro cuñado y estrechó su mano.

El alcance de GBS, a veces, era abrumador. Pero a diferencia de otras veces, la cercanía con el doctor era el resultado de la cantidad de veces que alguien del equipo terminaba en la sala de urgencias.

—Pues, yo bien. Pero esta señorita tiene un esguince grado dos. Tendrá que usar una bota ortopédica por seis semanas.

—¿Seis? —chillé.

—Seis —afirmó—. Eso si no te la sacas. Supongo que no tengo que explicarte que un esguince no tratado, es una lesión crónica de por vida, ¿verdad?

—No. —Apreté la mandíbula—. Por supuesto que no.

Noah Carter, mejor conocido como Carter, quien debería haber sido mi salvador, se encontraba apoyado en la pared y con los brazos cruzados contra su pecho; negaba con la cabeza.

CAPÍTULO 4

Connor

Pagué la cuenta del hotel después de guardar las maletas en mi coche y conduje relajado por primera vez en dos años.

Del almacén cogí mi ropa y algunos libros. Había demasiadas cosas y, después de mirar de un lado a otro, hice una nota mental para averiguar dónde podía donarlo todo. Cualquiera le daría un mejor uso que yo.

Era el momento de comenzar de nuevo, lo había hecho antes, podría hacerlo otra vez. GBS me ofrecía lo mejor de dos mundos. Era mi oportunidad para hacer la diferencia y, por fin, de darle valor a mi trabajo. Por otro lado, pertenecer a un equipo me llenaba de energía, no pensaba defraudarlos.

Sentí algo indescriptible cuando crucé el umbral de mi nuevo apartamento. Kylie había mencionado que estaba completamente equipado, pero no me imaginé que eso incluiría la despensa y el frigorífico. Después de revisar lo que había en los cajones y guardar mi ropa en el vestidor, me serví un vaso de whisky; lo único que había llevado.

Me apoyé en el barandal de la terraza. No había mucho que ver porque estaba en el quinto piso, pero el aire fresco era más que suficiente. Levanté la cabeza cuando vibró el móvil con un nuevo mensaje, lo había dejado en el mueble de la entrada.

Knox: Acaba de aparecer una noticia sobre tu abuelo.

Link: «Richmond Hamilton, fundador de Hamilton & Nielsen, se encuentra hospitalizado y en estado crítico».

Los latidos me llegaron a la garganta. Respiré profundo cuando puse el dedo en la pantalla y cerré los ojos antes de leer.

«Fuentes cercanas anunciaron que, Richmond Hamilton, de ochenta y cuatro años, ha colapsado después de la caída sostenida de su imperio en los últimos tres meses. La parada cardíaca que le alejó de la firma y catapultó a su hijo, Laurence, a asumir la Presidencia, se encuentra con riesgo de muerte. El equipo médico del hospital Central ha informado que se encuentra en peligro de sufrir un fallo multisistémico, producto del paro cardiorrespiratorio que sufrió el domingo recién pasadas las once de la mañana».

Knox: Estamos verificando.

Yo: ¿Quién es la fuente?

Knox: El jefe de cardiología.

Yo: ¿Estás seguro?

Knox: Sala de estar, cinco minutos. Que yo hubiese decidido cambiar mi rumbo no modificaba el hecho de que el mundo seguiría girando; no podía manejar su dirección.

Me sorprendí al verlos a todos, eran más de las once de la noche. Knox estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados contra su pecho y Killian, su hermano, parecía imitarlo desde el lado opuesto. Dudaba que lo hicieran a propósito, pero eran verdaderos espejos y, a nadie parecía

importarle. Se podía percibir en el aire lo diferentes que eran, pero a simple vista, solo la cicatriz en la ceja de Killian los diferenciaba.

Carter estaba sentado en el sofá con un tobillo sobre la rodilla; parecía relajado. Harrison, limpiaba una *Beretta* como si fuera de porcelana. Grant estiraba una cuerda de yute y Esteban parecía entretenido jugando sudoku en el móvil. Murphy, por su parte, ojeaba un ejemplar de *National Geographic*.

Will, a diferencia de los demás, que parecían tranquilos y compuestos, estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, el portátil sobre las rodillas y se mordía el dedo anular de la mano izquierda.

—Las fuentes de las que hablan son falsas —comenzó Knox—. Tu abuelo ha desaparecido del ojo público, no está hospitalizado.

—Dime una cosa... —Una mujer alta, de cabello oscuro y ojos tan azules que parecían de color cobalto, venía hacia nosotros desde la cocina—. ¿Qué asuntos tiene *Hamilton & Nielsen* con el directorio del hospital Central?

—Oh, Connor —interrumpió Knox—. Te presento a Lily, mi esposa.

—¡Dios! Lo siento, lo siento. —Me guiñó un ojo, despreocupada—. No nos habíamos cruzado, pero como he oído hablar tanto de ti en los últimos días...

—Mucho gusto —saludé y estreché su mano.

—El comunicado de prensa fue emitido por el área de relaciones públicas del hospital —dijo Will— y, efectivamente, está firmado por el jefe de cardiología.

—¿Dónde está mi abuelo?

—Sano y salvo. La semana pasada cogió el jet de *Hamilton & Nielsen*; se encuentra «descansando» en la Costa Amalfitana —agregó Carter—. Esta mañana aparecieron tres reportajes que impactan directamente la imagen de la compañía y presumimos que tiene directa relación con la caída de las acciones.

—Estuviste *offline*, ¿cierto, amigo? —me preguntó Will.

—Pues..., fui al almacén y después...

—Oh..., no te preocupes —aseguró y movió la cabeza—, te tenemos.

—Se filtraron ciertas denuncias en la prensa. ICTI anunció ayer que levantará una querrela —continuó Carter.

—Comenzará la caza de brujas —dijo Knox, que acababa de sentarse en el único sofá de dos cuerpos; Lily se sentó en su regazo.

—Depende de cómo lo manejemos —intervino Grant—. Si están desesperados tratando de limpiar su imagen, lo que es evidente, van a disparar con todo lo que tengan. Pero hasta el momento, no hay acusaciones en tu contra; nada que puedan imputarte.

—Durará poco, te garantizo que ya tienen a alguien tratando de inventarlas —dije después de haberlos oído en cascada, sorprendido del nivel de profundidad con el que manejaban la información.

Me lo esperaba de Knox, Carter y, tal vez, de Killian. A Will podía incluirlo en el grupo, ya que era su trabajo, pero de los demás, no. Apenas los había conocido; cada uno trabajaba en lo suyo.

—Mis *bots* están revoloteando —agregó Will—. Nos enteraremos de lo que sea antes de que reviente cualquier escándalo.

—El punto es —insistió Grant y dejó la cuerda sobre la mesa—, ¿cómo quieres manejarlo?

—Lo de mi abuelo es un fiasco, solo quieren desviar la atención. No vale la pena hacer

revelaciones para la prensa, pero saber qué está tramando es otra cosa. —Me apreté los ojos con los dedos—. Que el nombre de mi abuelo esté en el aire es porque están encubriendo algo grande.

—No lo dudo. ¿Qué propones?

—Mmm..., demonios... —balbuceó Will y, después, se aclaró la garganta—. Por la mañana aparecerá en el diario un artículo sobre tu salida de la firma.

—¿Mañana? Eso no tiene sentido. —Me enrollé los dedos en el pelo—. Me fui hace más de un mes y todos lo saben. —Respiré profundo y contuve el aire.

—No te preocupes, amigo. —Sonrió—. Voy a bajarlo.

—¿Cómo?

—¡Elemental, mi querido, Watson! —exclamó Will y Carter puso los ojos en blanco.

—Piensa en la querella —aclaró Grant.

—Están buscando socios, inversionistas, nuevos clientes, lo que sea —conté con los dedos—. Y..., necesitan un chivo expiatorio. —Crucé las manos detrás de mi cuello.

—Ajá —concluyó mi jefe—. Hablé con Russell hace un rato y nos reuniremos mañana temprano. En algunos círculos es mejor que nosotros investigando. —Levantó una ceja—. De seguro, en las altas esferas, deben estar dándose un festín con tanto chisme.

—No tengo dudas, cariño —susurró Lily.

—Hace tiempo que no visito Italia —interrumpió Esteban y guardó el móvil en el bolsillo de su pantalón con una sonrisa.

—Eso, necesitamos eso, y una visita de reconocimiento a *Hamilton & Nielsen*. ¿Y si les llevamos un nuevo cliente? —agregó Grant—. ¿Qué dices, Murphy?

—¿Les parece una farmacéutica? —Will se frotaba las manos.

—¿Una que haya recibido quejas por algún medicamento con graves efectos secundarios? —Lily se mordía el labio.

—Inversiones extranjeras se verían mejor, tienen un portafolio más amplio. —Harrison, que acababa de poner el cargador de la *Beretta* en el mango, levantó la cabeza y deslumbró a todo el mundo con sus blancos dientes—. ¡Adoro las playas!

—¿No quedaste conforme con tus vacaciones en Barbados? —dijo Knox con el ceño fruncido.

—¡Ey! Eso fue cualquier cosa menos vacaciones. —Harrison se aclaró la garganta—. Además, Esteban es mejor con los acentos y disfraces. Lo mío no son los idiomas, lo sabes.

Levantaban una operación compleja y costosa frente a mis ojos, una que tenía como objetivo protegerme, nada más.

—Ya sabemos que lo que quieren es desviar la atención de la querella...

—¿Es frecuente que manipulen a la prensa e incluyan comunicados «oficiales» falsos? —preguntó Lily.

—Entonces —Will movía la rodilla, frenético—. ¿Una farmacéutica?

—Sí —decidió Knox—. Medicamentos de alto costo con grandes inversiones en investigación y que tengan una copia barata de algo parecido a...

—¿Te parece bien el *Viagra*? —agregó Killian con una carcajada.

—No sé cuál es tu caso, hermano. Yo...

—No seas ridículo —defendió Lily con una sonrisa socarrona.

—Will —amenazó Carter—. Ni se te ocurra. Necesitamos algo que sea fácil de reconocer y de consumo masivo.

—Sus deseos son mis órdenes —contestó e hizo sonar los dedos—. Harrison, mañana a

las diez en el aeropuerto. Acabo de comprar el billete, tu vuelo sale a la una —informó a los dos minutos.

—¿Cuánto demorarás? —preguntó Knox.

—Es papel —sonreía como un lunático—. *Hamilton & Nielsen* no es riguroso en revisar el historial de sus potenciales clientes y están desesperados. —Will me miró de arriba abajo y sonrió—. Déjame pensar: un par de cuentas bancarias infladas, una página web, una base de datos de clientes insatisfechos..., cuarenta y ocho horas.

—¿Vas a...?

—Negación plausible^[1]—dijo Carter—. Siempre existe la posibilidad de alegar negación plausible.

—Oh...

—Apenas terminen las conversaciones con tu padre, la empresa desaparece. Créeme, los de hacienda jamás se enterarán de que hubo una farmacéutica que factura miles de millones y que estuvo operativa por solo cinco días —explicó Will.

—¿Cinco días? —preguntó Lily.

—Es lo máximo que puedo contenerla sin dejar huellas; suficiente como para que «investiguen» y asuman que es real.

—Entendido. Murphy, Esteban y yo, prepararemos la historia de fondo, mientras Will inventa la empresa —dijo Grant y los tres se levantaron del sofá—. Necesitamos los números para llegar a la puerta, después de eso... —sonrió y levantó las cejas.

—Connor, me acompañarás a la reunión con Russell, es a las nueve.

—Vale. —Mil pensamientos pasaron por mi cabeza en segundos.

—Y..., no te preocupes por mi hermana, tiene prohibido pisar la oficina.

—¿Prohibido? —pregunté con las manos empuñadas.

—Se hizo un esguince en el tobillo, si Max llega a verla por ahí, va a meterse en problemas.

En menos de quince minutos el equipo de GBS había montado una operación que llevaría a Harrison a vigilar a mi abuelo en su casa de la Costa Amalfitana. Murphy, Esteban y Grant, se presentarían con mi padre como una empresa farmacéutica que necesitaba liberarse del riesgo de demandas colectivas. Eran rápidos e impresionantes.

—¿Tienen hambre? —dijo Kylie, que entraba a la sala de estar con las manos llenas de bolsas—. Traje sándwiches, se van a poner gordos si siguen comiendo pizza.

—¡Ey! —reclamó Killian, que se acercó a darle un beso en la frente y fue el primero en sacar su cena.

CAPÍTULO 5

Kai

Los analgésicos, además de provocarme dolor de estómago, no ayudaron en nada, y el hielo atravesaba mi piel como cientos de agujas.

Después de haber perdido la cuenta de cuántas vueltas me di en la cama, volví a poner el tobillo sobre tres almohadas. Tentada a coger el portátil, desbloqueé mi teléfono y presioné el ícono de la aplicación que utilizaba para mis meditaciones guiadas, a continuación, cerré los ojos. Ni siquiera llegué a las primeras instrucciones. Después del décimo ejercicio de respiración me rendí y abrí el portátil otra vez.

Desperté con dolor de cuello, la cabeza hundida en la pantalla, las teclas marcadas en la cara y el tobillo, aún más hinchado. Agarré la escoba que había dejado al lado de mi cama y me fui apoyada en ella saltando hasta el baño. Necesitaba darme una ducha y rápido. Tenía que advertirle a mi hermano. El muy idiota no podía dejar entrar a alguien como él a nuestras vidas. Porque todos los miembros del equipo de GBS terminaban convirtiéndose en un integrante más de la familia. Él lo sabía, yo lo sabía..., todos lo sabíamos.

En el taxi, volví a leer el artículo que más me había perturbado la noche anterior:

«Connor Hamilton, el principal heredero del imperio de Hamilton & Nielsen, es desvinculado de la compañía».

Alguien tenía que detenerlo.

—¿Kai? —dijo Kylie con las mejillas enrojecidas y el pelo enmarañado cuando me abrió la puerta de su apartamento a las ocho y media de la mañana—. Pero..., ¿qué estás haciendo aquí?

—Buenos días también para ti, hermana —sonreí y caminé derecha.

—¿Cómo estás? ¿Te duele? —preguntó cuando fui directa a la cocina.

—Todo bien.

—¿En serio?

—Ajá.

No era mi intención invadir su privacidad o meter la nariz en lo que estaba creando con su futuro marido. Tenía claro que ya no podía aparecer sin avisar. Aunque siempre tuve una copia de la llave magnética de su apartamento del quinto piso, procuraba tocar el timbre o llamar por teléfono.

—Buenos días, pequeña —dijo Carter, que caminaba hacia nosotras desde el pasillo—. Se puede saber, ¿qué demonios haces aquí? Deberías estar en tu casa. El médico te mandó a guardar reposo dos días —indicó con los dedos como si yo no supiera contar.

—Necesito hablar contigo. —Me llevé las manos a la cintura.

—¿Ya? —Cruzó los brazos contra su pecho.

—Escucha —comencé y mi hermana, que era prácticamente una santa, me trajo un aromático café—. ¿Viste esto?

—No, ¿qué? —preguntó cuando saqué el móvil de mi bolso.

—¿Qué pasa, Kai? —dijo Kylie y se sentó a mi lado.

—¡Tía Kai! —gritó mi sobrino, Matt—. Oh, Dios..., creo que no deberías estar aquí. —Frunció el ceño cuando me miró de arriba abajo.

Sabía que lo decía porque llevaba la bota ortopédica y no porque no fuera bienvenida, pero seguía sintiéndome excluida. Knox se había casado hacía pocos meses con la que era, sin duda, la mujer de su vida. Kylie había encontrado una segunda oportunidad en Carter, que la amaba con pasión y locura y que, también, adoraba a mi sobrino. Pasó de lobo solitario a hombre de familia de la noche a la mañana. Quedábamos Killian y yo, y tenía claro que, entre los dos, no hacíamos uno.

Si llegaba a sentirme sola o necesitaba a alguien con quien hablar, era el último en mi lista. No por falta de preocupación, sino porque dudaba de que fuera a decir algo útil. No era, precisamente, el más comprensivo de mis hermanos.

—No se alarmen —comencé y deslicé el dedo en la pantalla para desbloquear el móvil—, pero después de que escuchen esto, entenderán que es urgente hablar con el «tirano»; tiene que entrar en razón.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó mi hermana.

—Debo irme, estoy atrasado —interrumpió Matt cogiendo su mochila del sofá—. Te amo, mamá.

—Y, yo —contestó ella y le dio un beso en la frente.

—Los veo en la tarde —agregó mi sobrino y, después de abrazarme y despedirse de Carter, con uno de esos estúpidos saludos de mano que hacen los hombres, salió del apartamento con un portazo.

—¿Qué decías? —preguntó mi futuro cuñado y se paró detrás de mi hermana para darle un beso en el cuello mientras la abrazaba.

—Vale, escuchen esto, por favor y sin interrupciones. —Me aclaré la garganta.

«Connor Hamilton, el principal heredero del imperio de Hamilton & Nielsen, es desvinculado de la compañía.

Sin trascendidos por parte del prestigioso estudio jurídico, el hijo pródigo de Laurence Hamilton fue desvinculado de la segunda firma de abogados más importante del país. Si bien, la Presidencia no ha emitido un comunicado oficial, aparentemente, fue por su presunta responsabilidad en los resultados financieros del último trimestre.

El sucesor natural del imperio anunció su salida a mediodía en una reunión con su equipo. El viernes quince del mes en curso, a las tres de la tarde, Connor Hamilton dejó las oficinas de la reconocida firma.

Fuentes no oficiales alertan de su posible salida del país».

—¿Lo ven?

—No, no veo nada —contestó mi hermana y cogió a Johnny, su gato terapéutico, cuando Carter fue por otro café a la cocina.

—Vamos, no te hagas la tonta. ¡Este artículo es del mes pasado!

—¿En serio, Kai?

—¿No escuchaste nada de lo que dije?

—¿De dónde sacaste esa información, pequeña? —interrumpió Carter con la mirada severa.

—¡Google!

—¡Oh, San Google! Porque todo lo que aparece en internet es cierto. Dios, no puedo

creerlo —agregó Kylie y puso los ojos en blanco.

—¿Me están jodiendo o están sordos?

—Te oímos fuerte y claro —dijo Carter y negó con la cabeza—. Debes dejar este asunto, pequeña. Sabes, igual que todos, que el proceso de selección de GBS es riguroso. —Bebió un sorbo de agua—. Connor pasó las pruebas y cumple con todos los requisitos.

—¿Cómo puedes estar seguro? ¿Alguien como Will podría haber falsificado sus antecedentes? ¿Qué hay de BKT?

—¿BKT? ¿Acaso crees que Connor contrató a un *hacker* como BKT para que adulterara su currículum y que Will no se dio cuenta? —Kylie arrugó la nariz—. ¡Dios, que ni te oiga!

—Es posible, tú sabes que en la *Dark Web*, todo es posible.

—Por Dios, que tienes imaginación —agregó mi hermana y se levantó—. Vamos a llegar tarde si no me voy a la ducha.

—Pero...

—Querías hablar con él, no conmigo, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Hay más café en la cocina. —Kylie cruzó los brazos alrededor del cuello de Carter y, después de darle un beso que, nada tuvo de casto, se fue por el pasillo.

Si bien pensé que no me importaría su opinión, me sentí defraudada. ¿Cómo era posible que ninguno se inmutara?

—Entonces —resumí—, considerando que ninguno de ustedes pestañeó después de oír este artículo, estoy esperando.

Carter cruzó los brazos contra su pecho y respiró profundo. Lo conocía bien, estaba pensando qué decir para apaciguarme.

—¿Esperando qué?

—Ya sabes, grandullón.

—Es información confidencial. Knox sabe perfectamente cómo manejar su empresa y la vida privada de nuestro equipo, es eso, privada.

—¿Privada? ¡¿Qué tiene esto de privado?! —chillé—. Por el amor de Dios, Carter. Si está en primera plana y en todos los diarios.

—En todos los diarios del mes pasado, sin declaraciones oficiales ni demandas —aclaró—. ¿Has oído hablar del «concepto de las *fake news*»?

Cogí el teléfono, claramente, no iba a conseguir nada tratando de razonar con ellos. Tendría que buscar otra manera de probarlo.

—Está bien. —Me levanté con cuidado, no iba a perder el equilibrio—. No los molesto más.

—No se trata de eso.

—No te preocupes, Carter. Mensaje recibido. Iré a meter la nariz en mis propios asuntos.

—Vamos, Kai.

—No te preocupes, no pasa nada.

Respiré profundo y suspiré antes de bajar del ascensor; cambiaría la estrategia. A mi hermana le llevaba, como mínimo, media hora arreglarse. Media hora si seguía el proceso sin interrupciones: ducha, vestidor y maquillaje. Pero con la cara de complicidad con la que se miraron cuando anunció que iría a «la ducha», dudaba que las cosas fuesen a suceder en ese orden y sin otras paradas. Dios, imaginar a Carter y a mi hermana enredados en la cama me

ponía la piel de gallina.

Afortunadamente, ya eran las nueve de la mañana y Pamela se encontraba en la oficina; podía abrirme la puerta. Era la única de la familia que no trabajaba en GBS y, a pesar de que en más de una ocasión se lo pedí a mi hermano, nunca me dio una clave de acceso; seguía ofendida por eso.

—Buenos días, Kai —dijo la secretaria en cuanto me vio en la puerta.

—Hola, ¿cómo estás?

—Dios, cariño. —Me miró con horror, cuando vio la bota ortopédica—. ¿Qué te pasó?

—Metí la pata, literalmente —sonreí, a esas alturas no me quedaba nada mejor que reírme de mí misma.

—Oh. ¿Buscas a Kylie? —Volvió a mirarme con curiosidad—. Eh... Una pregunta: ¿no deberías tener el pie en altura?

—Sí, sí. Eso lo hice ayer —me aclaré la garganta—. No hay nada de qué preocuparse, estoy bien.

—Oh... ¿Vas a esperarla en su oficina? —preguntó, cuando me vio avanzar sin pausa hacia la sala de estar.

—Sí, pero primero me serviré un café. No te preocupes.

Todo tranquilo; la divinidad estaba de mi parte. No había nadie del equipo rondando la cafetera ni la sala. Pamela no se daría cuenta del desvío.

—¡Buenos días! —dije cuando asomé la cabeza en la oficina de Will.

—¡Oh, Kai! —Alzó la cabeza y sus pequeños ojos azules—. ¡Buenos...! ¡Oh, Dios! —Arrugó la frente. Se levantó y, en un segundo, me acercó una silla con ruedas.

—Gracias, Will. —Sonreí—. Me leíste el pensamiento.

—Por supuesto, pero... —volvió a mirarme de arriba abajo—. Carter dijo que el médico te había dicho que debías guardar reposo.

Puse los ojos en blanco. No dudaba que mis hermanos estuviesen enterados de mi situación, pero que todos en GBS lo supieran, me parecía el colmo.

—¿Eso dijo?

—Pues, sí.

—Oh... Bueno, ayer estuve todo el día con el pie en alto y Max me prohibió ir a trabajar a la oficina. Manejaré lo que pueda desde casa, teletrabajo y esas cosas, tú sabes.

—Claro, claro.

—¿Cómo has estado?

—¿Yo? —preguntó sorprendido, como si nunca me hubiese interesado.

—Por supuesto que tú, quién más. —Enrollé el dedo índice en mi pelo—. Por supuesto que tú. ¿Estás con mucho trabajo?

Will tenía solo parte de su atención puesta en mí, porque tecleaba a toda velocidad y, al mismo tiempo, sonreía.

—Tú sabes cómo es. Siempre hay nuevos proyectos..., nuevas cruzadas.

—¿Cruzadas? —repetí—. Y, ahora, ¿qué estás haciendo?

—Diseñando una página web.

—Oh. ¿No se supone que deberías estar salvando el mundo o algo?

—Precisamente.

—Vamos, ¿con una página web?

—Sí, con una página web. —Su sonrisa iba de oreja a oreja—. Verás..., hoy es una

página web, pero quién sabe lo que nos depara el mañana.

—Vamos, Will —entorné los ojos—. Con eso no me dices nada.

—Kai —miró la pantalla y luego, suspiró—. Es confidencial, no puedo decirte.

—¿Desde cuándo...?

—Todo mi trabajo es confidencial, Kai.

—Vale, vale. Prometo no preguntar. —Levanté la mano en gesto solemne—. Pero necesito de tu ayuda.

—¿Ayuda?

—Sí. —Entorné los ojos—. Necesito toda la información que puedas conseguir sobre Connor Hamilton.

—¿Connor Hamilton? —Le tiritó un ojo.

—Sé que hay algo turbio y voy a descubrirlo.

—¿Algo turbio?

—Vamos, Will. No vas a repetir todo lo que digo, ¿verdad?

—¿No?

—Escúchame. Hamilton es un corrupto.

—Dios, Kai. —Se agarró el pelo y se lo tiró a dos manos—. No puedo ayudarte con eso.

—¿Cómo qué no?

—Kai, primero: Connor es uno de nosotros y toda la información que tenemos sobre él es confidencial —contaba con el dedo índice—. Segundo: pasó absolutamente todos los filtros y fui yo, personalmente, quien investigó sus antecedentes.

—Sí, pero...

—Tres; me lo pidas a mí o a alguien más, no vas a encontrar nada turbio sobre él.

—¿Nada?!

—Nada.

—No es posible, estoy segura de que...

—Nada, Kai. Es uno de los buenos, créeme. —Su sonrisa era débil—. Y, cuatro: hablar contigo sobre esto, lo único que va a hacer es meterme en problemas.

—¡Dios, Will! ¿Por quién me tomas? ¿Crees que te pondría en peligro con el tirano? —Me llevé la mano al pecho y después volví a jugar con mi cabello.

—La última vez fue Carter quien me dio el sermón. —Dudó y apretó los nudillos—. Ahora, si necesitas cualquier otra cosa, encantado.

—Vale, vale. —Necesitaba otra estrategia o, el arma secreta—. Pues..., necesito saber sobre la querella que va a presentar ICTI.

—Dios, Kai.

—Vamos, Will... dijiste que podrías ayudarme con cualquier otra cosa.

—Me voy a ir al infierno —susurró.

—¿Cómo? —pregunté.

—Nada —negó con la cabeza y comenzó a teclear como un maníaco.

Lo tenía, acababa de conseguir un cómplice.

CAPÍTULO 6

Connor

E speré en el estacionamiento. Me sentía como un aprendiz, como un novato. Comenzaba a familiarizarme con las instalaciones y el equipamiento de GBS; lo mejor en tecnología y todo, de primera categoría.

—Buenos días —saludé a Knox cuando salió del ascensor.

—¿Listo? —preguntó.

—Sí.

—Ya conoces a Max —comenzó cuando subimos a su coche—, es un hombre influyente y, desde que aparecieron esos artículos en la prensa, ha estado recolectando información por su cuenta. Según entendí, tiene noticias. —El camino hacia Russell y asociados fue corto. Me puso al corriente de lo que había averiguado y me explicaba cuáles eran sus teorías.

—Ya veo —agregué, incómodo.

—Quiere conocer tu visión.

—¿Mi visión?

—Escucha, Connor —dijo mientras miraba por el espejo retrovisor—. Nada de esto estaba en mis planes cuando te contraté, como podrás imaginarlo.

—Knox... Lo que está pasando con *Hamilton & Nielsen* no es tu responsabilidad...

—Tampoco la tuya —interrumpió.

—Tal vez —respiré profundo cuando nos detuvimos en un semáforo—, pero soy yo el que está acarreado todos estos problemas y lo que estás haciendo...

—Es mi trabajo.

—No recuerdo haber visto en el contrato alguna cláusula que indicara que GBS se encargaría de organizar costosas operaciones para limpiar el nombre de sus empleados para descubrir los negocios ilícitos de su familia.

—No —sonrió—. No es el estándar y, no, no está en el contrato. —Apagó el motor—. Pero créeme cuando digo que siempre cuidamos a los nuestros.

—Es que... —negué con la cabeza—. Me cuesta entender que estés dispuesto a llegar tan lejos, casi no me conoces.

—Ajá —gruñó y cogió el móvil del salpicadero.

—En serio —insistí.

—Sé lo suficiente, confío en ti.

«Confío». Una palabra sencilla, una razón de peso, un compromiso, una decisión. Knox estaba determinado y yo, todavía no podía creerlo. Había hecho tantas cosas detestables que, volver a mirarme en el espejo sin sentir culpa, era algo a lo que estaba recién empezando a acostumbrarme. Que el líder de GBS creyera en mí de esa manera, arriesgando, no solo el nombre de su compañía por tenerme entre sus filas no dejaba de impresionarme. Sabía que haber aceptado el cargo había sido una buena decisión, pero jamás imaginé el impacto que tendría sobre mí.

—Buenos días, Ángela —saludó Knox cuando llegamos a la recepción del último piso.
—¡Oh, Knox! —sonrió la mujer—. ¡Qué gusto verte!
—Él es, Connor —me presentó.
—Es un placer.
—Por aquí —dijo con una sonrisa—. Max los está esperando.

La seguimos hasta lo que, sin duda, era su oficina.

Abrió las puertas y quedé fascinado con el espacio, era amplio y luminoso. A la entrada había un recibidor con dos sitios enfrentados y un sofá de cuero. Una mesa de centro que parecía obra de arte y, en el otro extremo, un escritorio antiguo de madera de caoba. Sillas de respaldo alto y un cuadro de arte contemporáneo destacaba por su simpleza. Las ventanas de suelo a cielo tenían las mejores vistas de la ciudad. Era el opuesto a la oficina de mi padre, donde la opulencia y ostentación eran el fuerte en toda la decoración.

Después de ofrecernos un café y de intercambiar palabras de buena crianza, nos sentamos frente a él. El sofá era realmente cómodo.

—¿Qué sabes? —preguntó Knox sin rodeos.

—Está en boca de todos —comenzó—, es un verdadero cotilleo. Hablé con el presidente de ICTI ayer en la tarde.

—Veo que no perdieron el tiempo —dijo Knox y Max se encogió de hombros.

—Pues, en resumen, estamos hablando de: uso de información privilegiada para la compra de acciones, fraude y espionaje corporativo —Knox silbó.

—No me extrañaría si hubiese más —agregué.

—Es lo que me temo —continuó Max.

—¿Hay pruebas? —preguntó mi jefe.

—Poco y nada. Un par de correos electrónicos entre uno de los ejecutivos y tu padre —me miró.

—¿Vas a representarlos?

—Es posible, pero para eso necesito un informe completo sobre, Robert Baker, el presidente de la compañía.

—¿Solo de él?

—Sí, al menos, por ahora. Es un conglomerado internacional. —Max puso la mano sobre el tobillo que tenía apoyado en la rodilla—. Quiero conocer a mi contraparte. Si encuentras algo turbio, ni siquiera me reuniré con él.

—Vale. —Knox sacó el móvil del bolsillo de sus pantalones y envió un mensaje.

—Ahora, en el supuesto de que encontremos que está limpio, es un caso enorme.

—¿No puedes con él? —se burló Knox y Max sonrió.

—No seas idiota. Me interesa mantener la relación abierta con Baker; se lo asignaré a alguien de mi equipo. De esa manera, llevaremos todo lo que tenga que ver con la investigación y el litigio por separado. —Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro por la oficina, con una mano en el bolsillo—. Si, efectivamente, logramos probar alguna de las acusaciones, te aseguro que no hay solo una empresa afectada —respiró profundo y se quedó mirando frente a la ventana.

—Es un caso tremendo.

—Así es.

—Y, ¿estás seguro de que tienes a alguien suficientemente preparado para cogerlo?

—¡Ey! —Giró y arrugó la frente—. ¿Acaso crees que soy el único que trabaja en esta firma? —sonrió—. Tengo a los mejores, de eso, no deberías tener dudas.

—No las tengo, solo quería verte la cara. —Knox se pasó la mano por la barbilla—. Claro que, debo decir que, compadezco de antemano al que se haga cargo.

—¿Qué opinas, Connor? —me preguntó.

—Pues —me aclaré la garganta, sorprendido—. Estoy de acuerdo con Knox y creo que, quien sea que se haga cargo, debería contar con un equipo.

—Pienso lo mismo —dijo Max y se volvió para mirarme—. Es más, me gustaría tener a un abogado de cabecera, pero externo.

—¿Cómo? —Knox levantó una ceja.

—Seremos nosotros quienes llevaremos las riendas del caso y toda la responsabilidad, pero necesito a alguien de fuera que sea capaz de mirar donde nosotros no podemos ver. Si bien, GBS juega un rol muy importante en todo lo que tenga que ver con investigación, no tienen el foco que necesitamos.

—Entiendo. —Mi jefe revisó su teléfono—. Ya lo tenemos.

Max regresó a su escritorio y, después de poner su huella en el lector, abrió su correo electrónico. Quedé impresionado con la rapidez y el detalle. Will había enviado todos los antecedentes de Robert Baker. Desde sus notas en el colegio hasta antecedentes penales. Se veía impecable.

—Es suficiente como para empezar —dijo Max—, pero dile a Will que siga buscando.

Cogió el intercomunicador de su escritorio y le pidió a su asistente que le comunicara con el presidente de ICTI.

Durante la llamada, en altavoz, no solo acordaron cuándo sería la primera reunión, sino también cuáles eran las expectativas. Si bien, Max no podía asegurarle nada, se comprometió a poner a su disposición al mejor abogado de la firma. Del mismo modo, fue directo y transparente respecto de la estrategia y su rol en el asunto.

Había visto a Robert Baker un par de veces en la oficina de mi padre hacía poco más de un año. Sabía que era uno de sus mejores clientes y lo recordaba como un hombre serio y de tono pausado. Sin embargo, durante la conversación, pude notar en su voz un ritmo acelerado. Respiraba con dificultad, como si fuera a perder el aliento tras cada palabra, y la esperanza después de cada pausa.

Max, por su parte, logró transmitirle serenidad, ya que al terminar la llamada el hombre volvió a respirar.

—¿Qué necesitas primero? —preguntó Knox.

CAPÍTULO 7

Kai

No podía creerlo, Will me había echado de su oficina. Recibió un mensaje que, supuse, era de mi hermano y, después de regalarme una dolorosa sonrisa, me recordó que su trabajo era confidencial.

Me senté en el sofá en la sala de estar y volví a mirar lo que había apuntado en mi tablet. Por más que insistí, Will no me dio ni enlaces ni fuentes, solo me leyó en voz alta lo que encontraba, esas fueron las únicas pistas.

Estaba segura de que, tarde o temprano, el presidente de ICTI se comunicaría con mi jefe, Max. Si los problemas que habían tenido con *Hamilton & Nielsen* eran como los imaginaba, necesitarían de toda la ayuda necesaria. Por algo, Russell y asociados era el mejor estudio del país, no encontrarían a nadie mejor para representarlos.

Tendría que hallar alguna excusa para volver a la oficina y hablar con él. Si llegaba a coger el caso, quería ayudarlo y ser parte del equipo. Trabajar con él era un privilegio y no me podía perder la oportunidad.

—¿Kai? ¿Qué estás haciendo aquí? —Había perdido la noción del tiempo y olvidé que, en cualquier momento, llegaría mi hermana.

—Oh..., ¡por fin llegaste! —mentí—. Después de que dejé tu apartamento, comenzó a dolerme el tobillo y no quise molestarte.

—¡Dios! ¿Hace cuánto que estás así? ¿Por qué no me llamaste?

—No quise molestarte, además, ya estás aquí.

—Te llevaré a casa, ¿vale?

—Sí, gracias. —Cerré los ojos y la oí alejarse por el pasillo.

Me sentía culpable, pero no tanto como para llegar a ser despreciable. No había cumplido, prácticamente, ninguno de mis objetivos esa mañana y, no me hacía ilusión continuar la mañana con un sermón de mi hermana.

—¿Me estás jodiendo? —Me salió del alma cuando la vi empujando una silla de ruedas.

—¡Súbete! —Kylie levantó la voz.

Cuando mi hermana arrugaba la nariz y levantaba una ceja, no había escapatoria.

—¿Por qué te muerdes los dedos? —me preguntó después del tercer semáforo.

—Es que —tenía que seguir con mi coartada. No podía confesar lo mal que me había ido tratando de sacarle información a Will—. Me duele el tobillo, pero odio estar encerrada en casa.

—Kai, los médicos dan instrucciones por el bien de los pacientes, no porque tengan ganas de arruinarles la vida o joderles los planes.

—Oh, claro. Tú eres la experta —suspiré y la miré por el rabillo del ojo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—No te hagas la tonta.

—¡Kai!

—Después de que saliste del hospital, hiciste todo menos lo que te dijo el doctor.

Aparentemente, mi hermana había olvidado que fue víctima de un violento asalto en el que recibió dos puñaladas superficiales y sufrió de una contusión; estuvo hospitalizada dos días. Sabíamos que estar encerrada en el apartamento la pondría triste y, con las mejores intenciones, mi sobrino y yo decidimos buscar algo que le animara. Después de mucho pensarlo, fuimos al refugio que quedaba a las afueras de la ciudad. Pasamos toda una tarde con los animales y regresamos con un gatito: negro, de patas y nariz blancas. Era tan peludo que parecía tener un abrigo como el de *John Snow*, de *Juego de Tronos*, así que lo bautizamos: Johnny.

Kylie regresó con una sonrisa forzada y sin intenciones de seguir las instrucciones del médico. Como si eso no hubiese sido poco, puso el grito en el cielo en vez de alegrarse y darle la bienvenida al nuevo miembro de su familia. De nada sirvió que le explicara que era un animal terapéutico y, que tenía como objetivo primordial, acompañarla y darle apoyo emocional.

Sabía que había probabilidades de que Knox no estuviera contento de albergar a un residente de cuatro patas en el edificio, lo conocía. Pero no me dejó presentar el argumento y me sentenció como culpable antes de que terminara de explicar el caso... Mejor dicho, de que tratara de exponer las razones por las que, Matt y yo habíamos buscado a Johnny; un gato, podía entregar amor incondicional. Sin embargo, jamás imaginé que reaccionaría de esa manera. Kylie tuvo que levantar la voz; llegó a decirle, incluso, que, si no aceptaba a la mascota de su hijo, se iría.

A pesar de todo, mi hermano era un hombre razonable. Después del enfrentamiento del siglo, Johnny fue libre para transitar por el edificio. Iba y venía, del exapartamento de mi hermana a las oficinas de GBS.

Lo que jamás contemplé fue que el felino fuera ansioso y tuviese constantes crisis de separación. Era un secreto que, en realidad, era un peligro.

—No se trata de mí.

—¿Qué? —pregunté, había olvidado de qué estábamos hablando.

—Son situaciones diferentes, no puedes comparar.

—Porque tú tienes a Matt y, ¿yo no tengo a nadie? —lancé una carcajada.

—¡Kai!

—Lo siento, es broma.

—¡Tonta!

—¡Está bien, lo siento! —Levanté las manos—. Pero en serio, ¿debo recordarte que, en vez de guardar reposo como dijo el médico, te pusiste a limpiar al día siguiente?

—No...

—Eso pensé. —Se quedó callada y continuamos en silencio hasta la entrada de mi edificio.

—¿Necesitas algo? —preguntó por tercera vez.

—No, de verdad.

—Está bien —suspiró—. Si llegas a...

—Lo sé, lo sé —interrumpí—, si necesito algo, te llamaré.

Subí a mi apartamento y tiré el bolso sobre mi cama. Me saqué el zapato y me desplomé con la cabeza en la almohada. No me hacía ninguna gracia estar de ociosa. Le había enviado tres correos electrónicos a Max para saber cómo le había ido con ICTI. Primero, respondió que no me preocupara, después, que lo tenía bajo control y al final, que no me diría nada hasta que no regresara a la oficina. Como si eso no hubiese sido poco, Ángela, su asistente, me envió un

mensaje de texto para «recordarme» que tenía prohibido pisar la firma hasta el lunes siguiente; era martes. ¿Qué se suponía que iba a hacer el resto de la semana?

Me apreté los ojos con los dedos y después de que recordé que llevaba maquillaje, negué con la cabeza. Cuando oí el «bip» del móvil dentro de mi bolso, crucé los dedos. Tenía la esperanza remota de que mi jefe hubiese cambiado de opinión.

Kylie: Noah va de camino a tu apartamento.

Yo: ¿Por qué?

Kylie: Lleva algo especial para ti.

Yo: No necesito nada.

Kylie: Créeme, es justo lo que necesitas.

Yo: Te dije que estoy bien.

Kylie: Estarás mejor.

Había oído sobre el karma, pero no pensé que sería tan perverso. Antes de que se bloqueara la pantalla de mi teléfono, oí el timbre y gruñí del dolor, el maldito tobillo me estaba matando.

—Es un placer verte nuevamente, pequeña —dijo mi futuro cuñado y me dio un beso en la frente—. Sabes cómo se preocupa tu hermana, así que decidió enviarte compañía.

—¿Qué? —Noah tenía una inmensa sonrisa dibujada y, como si fuera un acto de venganza, cogió la caja de transporte de Johnny.

El gato parecía analizar mi expresión de absoluto y silencioso terror; era un sociópata.

—¿Qué te parece? —El muy sádico sonrió—. Nada mejor en este momento que apoyo emocional.

—Carter, no creo que él, —Miré al gato—, esté cómodo aquí.

Lo vi caminar hasta la sala y coger dos platos metálicos de una bolsa que no había visto.

—Tú sabes —seguí—, los gatos son territoriales y prefieren su propio entorno. ¿No te acuerdas de cuánto demoró en adaptarse al apartamento de Kylie?

—Oh, pequeña, no te imaginas cuánto ha avanzado desde que se mudaron a vivir conmigo. De hecho, está cada vez más acostumbrado a ir de un lugar a otro.

—¡Carter... en serio, no es un perro! —sonrió y me guiñó un ojo antes de abrir la puerta de la entrada. Hizo dos viajes de ida y vuelta al pasillo. Primero, por la comida y un saco y, después, para traer un arenero celeste con techo blanco que parecía casa de perro.

—Come cada doce horas en punto, —Miró el reloj en su muñeca—, habitualmente, a las ocho. Es posible que te pida la comida antes, es un glotón, no te dejes engañar.

—¿Pide la comida?

—Sí, a veces puede ser insistente.

—¿Insistente?

—Y siempre debe tener agua fresca. Cada vez que le sirvas comida, debes cambiarla.

—¿Debo cambiarle el agua dos veces al día?

—Idealmente, tres, pero con dos está bien. —El muy bestia disfrutaba cada palabra.

—Y..., ¿cómo es que pide comida?

—Oh, no te preocupes, te vas a enterar.

Johnny, que parecía disfrutar cómo su nueva esclava recibía instrucciones, se instalaba en el respaldo de mi sofá, afilándose las uñas en mi bello y exclusivo cojín de cuero.

CAPÍTULO 8

Connor

—Y..., listo —dijo Will cuando apretó la última tecla—. Estamos en línea.

—¿Lo enviaste? —preguntó Grant.

—¡Ey!

—Suficiente —interrumpió Knox.

—Laurence Hamilton acaba de recibir un correo electrónico del abogado principal de *UPharmaceuticals* solicitando una reunión —aseguró Grant, mirando el reloj que tenía en la muñeca.

—Nos llamarán antes de que termine el día —confirmé.

Imaginaba al asistente de mi padre afilándose los colmillos, ansioso de tocar su puerta para coordinar con él, el momento exacto para hacer la llamada. Escogerían la hora perfecta, evitarían, a toda costa, parecer desesperados.

Sabía que estaban impacientes y que necesitaban demostrar, públicamente, que la firma recuperaba la credibilidad a pesar de todo lo que había salido en la prensa. Darle la bienvenida a una compañía como *UPharmaceuticals* les daría el respaldo y la esperanza que tanto necesitaban.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

—Solo debemos esperar —contestó Grant—. Te diré en cuanto tengamos noticias.

Comenzaba a acostumbrarme al movimiento de GBS. Pamela, la secretaria, se encontraba siempre con una enorme sonrisa a pocos metros de la recepción, y era infalible de nueve a cinco. Knox entraba y salía, era prácticamente imposible adivinar su agenda. Carter; sin embargo, solía estar en la oficina, habitualmente, detrás del portátil o en reunión con alguno de los miembros del equipo. Kylie, como él, pasaba la mayor parte de su tiempo en GBS, siempre atenta. Después de haber recibido un par de reproches de su parte, entendí que era a ella a quien debía acudir si necesitaba algo, por extravagante que fuera.

Cuando prendí la cafetera y mientras se molía el grano, abrí el mueble para sacar una taza grande de café. No vi nada raro, pero sentí movimiento detrás de mí y me quedé quieto, esperando.

—¿¿Dónde vas?! ¡Ven aquí, maldita sea!

En un segundo que pareció un destello, oí pasos irregulares y vi el salto magistral de la mancha negra desde el suelo al sofá de tres cuerpos, para atravesar la mesa de centro y aterrizar con gracia en el sillón de respaldo alto que había en la esquina.

—¡Dios mío, Johnny! ¡Kylie va a matarte!

No fue difícil sumar: dos más dos. Kai Gibson entraba a la sala de estar de GBS con el cabello alborotado y una caja que, hasta hacía pocos minutos, había transportado al gato que se afilaba las uñas en el respaldo del sillón preferido de mi jefe. Llevaba unos pantalones de yoga, una bota ortopédica gris en el pie derecho, y una zapatilla negra en el izquierdo. La sudadera le

quedaba inmensa y, de no ser porque tenía un diseño femenino, habría jurado que pertenecía a uno de sus hermanos. Se le veía ojerosa y, por primera vez desde que la conocí, humana.

—¡Por el amor de Dios, Johnny, baja de ahí!

Caminó más lento y, en vez de abalanzarse sobre el felino, se desplomó en el sofá. Acomodó uno de los cojines bajo su cabeza, subió las piernas en el otro extremo y se tapó los ojos con el antebrazo.

—Eres un peligro, tienes suerte de que mi hermana sea firme en sus peleas, si no, habrías regresado al refugio el mismo día. Ni siquiera yo podría haberte traído de vuelta —suspiró—. Eres odioso, ¿sabes? Esa cara no va a salvarte del infierno si sigues arañándome. —Le apuntó con el dedo, frustrada.

Se pasó la palma de la mano por la frente, y cerró los ojos. No era, precisamente, caballeroso seguir detrás de la mesa de la cocina como si estuviese escondido en las sombras, pero hasta ese momento no me había visto y no podía negar que me divertía verla discutir con el gato.

—Buenos días —saludé. Que me descubriera espiándola, arruinaría aún más la imagen que tenía de mí; di un paso al frente.

—¿Tú?

—¿Te apetece una taza? —Sonreí y le mostré la jarra de café.

—¿Cuánto rato llevas ahí? —Se incorporó y me miró de arriba abajo.

—No mucho.

—¿Cuánto? —levantó el tono de voz.

—Desde que comenzó a molerse el grano, —Miré mi reloj—, tal vez, unos cinco minutos.

—¿Cinco minutos?

—Quizás seis. —Kai comenzaba a ponerse roja, las mejillas encendidas contrastaban con sus ojos oscuros y las adorables pecas que también decoraban su nariz.

—Y no encontraste nada mejor que quedarte ahí, quieto, ¿mirándome como un perverso?

—¡Dios, qué imaginación tiene, señorita abogada! —Levanté las manos en un gesto de rendición—. Estaba preparándome un café, eso es todo.

—¿No se te ocurrió decir nada cuando me viste...? —Miró al gato y se aclaró la garganta—. ¿Cuándo viste que Johnny se subió al sofá?

—No quise interrumpir —dije sin sarcasmo, y dejé salir el aire que había guardado en mis pulmones.

Kai Gibson era un enigma y una fascinación para mí. Una connotada abogada que, con traje y tacones, presentaba sus argumentos frente a cualquier jurado con vehemencia y pasión febril. Se movía con seguridad frente a los ataques y nunca dudaba al contestar. No sonreía, ni siquiera para los periodistas apostados a la salida de la corte para conseguir sus declaraciones o, para las revistas que, en más de una ocasión, la habían nombrado como un ícono de la moda en el mundo jurídico. Era señalada como la protegida de Max Russell y, además, como una de las abogadas más prometedoras de su generación.

Sus ojos brillaban con toda clase de provocaciones, su aura glamurosa era abrasadora y nada tenía que ver con la rigidez de sus faldas de tubo con abertura en el muslo.

Ni la bota ortopédica ni el cabello enmarañado ni las ojeras le restaban atractivo. Por el contrario, se veía aún más llamativa en ese sencillo y funcional conjunto deportivo. Sin maquillaje ni pretensiones, sin esa barrera de hierro que la separaba del resto. Era un doce en la

escala de uno al diez y lo más exquisito de ella era el desafío impreso en su oscura mirada.

—¿Qué te pasó ahí? —Señalé a lo que, gracias al gato, identifiqué como un rasguño.

—¿Dónde?

—Ahí. —Sin pensarlo, di otro paso adelante y, con el pulgar, tracé el borde de la delgada línea rojiza que cruzaba el centro de su mejilla.

—¿Qué haces? —Se echó hacia atrás y su cabeza chocó con el respaldo.

Retiré la mano; me había pasado al invadir su burbuja personal. Me miraba con los ojos grandes, con incredulidad por mi falta de respeto y sorpresa ante mi osadía.

—¿Dónde están todos?

—No lo sé. —Cogí la taza y me serví el café—. Creo que Carter está en su oficina, de los demás, no tengo idea.

—Y tú, ¿no tienes que trabajar?

—Era lo que iba a hacer antes de que llegaras.

—¿Por qué estás aquí, Hamilton? —preguntó sin rodeos—. ¿Cómo es posible que, de todos los lugares del mundo, terminaras aquí?

—Las vueltas de la vida, supongo. —Me fijé en su mirada.

—Deberías estar en prisión.

—¿En serio? ¿En prisión? —Dejé la taza y crucé los brazos contra mi pecho—. ¿Y bajo qué cargos?

—Lo sabes perfectamente —resopló.

—Creo que todavía no me he enterado, señorita abogada. No hay demandas en mi contra; tampoco he visto rastros de la policía.

—Porque eres un mentiroso y un..., un..., ¡tramposo! —chilló.

—¿Yo? —Respiré profundo—. Si lo dices porque piensas que los cargos que está levantando ICTI contra *Hamilton & Nielsen* son por mi culpa, no estás haciendo bien tu trabajo.

—¡No es mi trabajo probar eso!

—¡Exactamente! —entoné con la voz grave—. No es tu trabajo. —Bajé la mirada—. Ahora, si crees que tienes pruebas para ayudar a las autoridades, adelante.

—Eres un maldito farsante, eso es lo que eres —chilló—, y mi hermano es un verdadero idiota; no sé cómo fue que lograste engañarlo.

—¿De verdad crees que estoy aquí porque engañé a tu hermano? Dios, señorita abogada, te creía más lista que eso.

—No te burles..., no me digas así.

—¿Así cómo?

—Mi nombre es Kai —aclaró.

—Lo sé, señorita abogada, pero después del giro que ha tenido esta conversación —negué con la cabeza—, dudo que estemos en condiciones de tratarnos de otra manera, a menos que decidas ser un poco más amable. —Junté un poco mis dedos índice y pulgar.

El maullido de nuestro testigo no se hizo esperar, aparentemente, no era de su agrado que dos humanos decidieran alzar el tono e interrumpir la que parecía ser, una exquisita siesta.

—¿Kai? —dijo Kylie, que venía desde el pasillo—. ¿Qué estás haciendo...? Dios, ¿qué te pasó en la cara?

La menor de las Gibson apenas levantó la mirada para regalarle una tímida sonrisa a su hermana.

—¿Trajiste a Johnny? —preguntó cuando vio al felino lamiéndose las patas—. ¿Por qué

trajiste a Johnny?

—¿Esto no te parece respuesta suficiente? —contestó, indicando con el dedo hacia la fina huella que le había dejado el gato.

Kylie intentó reprimir la sonrisa, pero en el borde de sus ojos sus delicadas líneas de expresión se suavizaron.

—¿Qué le hiciste?

—¿Yo? —exclamó Kai—. Que, ¿qué le hice yo a ese sociópata?

—¿Qué sociópata? —preguntó Killian, que parecía tener ganas de unirse a la fiesta.

—¡Ese! —reclamó y apuntó hacia el gato que seguía lamiéndose las patas.

Killian, sin pudor, lanzó la carcajada; no estaba sorprendido. No supe si fue por el maullido que obtuvo como respuesta o por la cara de indignación de su pequeña hermana.

CAPÍTULO 9

Kai

Maldito Hamilton. Detestaba su presencia poderosa e imponente; el aroma de su perfume intenso y masculino. Era la primera vez que lo veía sin traje y, con esos pantalones oscuros y camisa blanca, se veía todavía mejor. Sí, el hombre era apuesto, guapo, sexi, pero tan desagradable, que no compensaba el mal rato.

—¿Qué te pasó en la cara? —me preguntó Killian y Hamilton apretó la mandíbula—. Nada —respondí. El innombrable contenía la risa, probablemente, esperando ver la reacción de mis hermanos cuando notaran que había sido víctima de quien había sido enviado como apoyo emocional.

—¡Johnny! —exclamó Kylie. El condenado felino no parecía ni haberse enterado de que era un regaño—. Tenías que cuidar de tía Kai —dijo con las manos en la cintura y una sonrisa.

—¿Me puedes decir en qué estabas pensando cuando decidiste mandarme al gato? —reclamé.

—Es un animal terapéutico y, como estás de baja, me pareció una buena idea. Lo dijiste ayer, estás aburrida y no hay mejor compañía que él, ¿cierto, gatito? —Cogió al endemoniado, acarició sus orejas y, como si estuviese riéndose de mí, la bestia comenzó a ronronear.

—Claro, claro, la mejor compañía.

Hamilton observaba la escena, aparentemente, encantado y con una sonrisa torcida. Como si eso no fuese poco, se le formaba un hoyuelo malicioso en la comisura de los labios; era una distracción.

—¿Y esto? —preguntó Knox, que venía con Esteban y Grant, le pisaban los talones.

—Ya me iba —contesté y sonreí—. Solo vine a dejar a Johnny.

Sentí ganas de matarlos, a todos, sin excepción. A Kylie por haberme enviado a Johnny, en primer lugar. A Killian por reírse de manera tan descarada, a Knox y los otros por aparecer en el momento menos oportuno y, al innombrable, por su presencia.

Odiaba su blanca sonrisa, esos ojos claros que a veces parecían verdes, otras azules y, esa estúpida, varonil y sexi mandíbula cuadrada. No sabía qué era peor. Lo que me provocaba ver a Hamilton con su actitud despreocupada, o que mis hermanos y los demás se burlaran de mí por culpa del gato.

Visitar GBS siempre sería un riesgo si de evitarlo se trataba, pero devolver a Johnny a su legítima dueña era prioridad. El muy sádico no encontró nada mejor que dormir sobre mi cabeza, ronronearme en el oído y rasguñarme, aparentemente, porque demoré demasiado en levantarme para servirle el desayuno.

—Connor, nos reuniremos en la oficina de Knox —dijo Carter. Con descaro me guiñó un ojo y siguió a los demás hasta desaparecer por el pasillo.

Me levanté y cogí una botella de agua del frigorífico. Mi hermana, con los brazos

cruzados sobre su pecho, me miraba.

—¿Qué fue eso? —preguntó Kylie cuando desaparecieron todos.

—¿Qué?

—Ese intercambio de miradas entre Connor y tú.

Respiré profundo y agradecí la interrupción del móvil; sonaba como un teléfono antiguo y con el volumen al máximo.

—¿Hola? —contesté.

—Señorita Gibson, buenos días. Le habla Óscar.

—¿Óscar?

—Óscar Owens, soy el encargado del edificio.

—Oh, claro, ¿cómo está?

—Pues..., verás, tenemos una «situación» —comenzó el hombre, al que estaba segura de que no había visto más de dos veces en los tres años que llevaba en el mismo lugar.

Lo que dijo a continuación me pareció salido de una película de terror. Después de terminar la llamada, me senté y solté el móvil en el cojín. Sin embargo, los astros parecían estar en mi contra, porque, a pesar de que me abalancé para cogerlo, se deslizó por el costado y al caer, la pantalla se quebró en mil pedazos. Una risa gutural que salió de mi estómago resonó en la sala cuando me pegué en la cabeza; trataba de levantarme.

—Dios, Kai —exclamó Kylie—. ¿Estás bien?

—¡No vas a creerlo! —No podía detenerme, las carcajadas venían en olas.

—Traeré hielo, si no te va a salir un hematoma.

—¡Ouch! —chillé cuando me tocó la frente con los dedos.

Las lágrimas de risa amenazaban con desaparecer para convertirse en llanto; comenzaba a sentirme desamparada. Apreté los labios y respiré profundo, no iba a dejar que una «situación» como esa acabara con mis defensas.

—Puedo hacerlo, siempre puedo —dije en voz baja—, puedo hacerlo, siempre puedo —repetí.

—¿Te duele? —preguntó mi hermana—. Lo siento, Murphy no está y es él quien guarda los packs de hielo, pero esto servirá.

Con las dos manos despejó mi rostro y, con cuidado, puso una lata de gaseosa envuelta en un paño sobre mi frente.

—No te preocupes por el teléfono —agregó mientras examinaba mi cara—. Tengo nuevos guardados en mi oficina, ¿vale?

—Ajá —apreté los dientes y me mordí los labios—. Gracias.

—¡Ey! —Acarició mi mejilla de la misma manera en que lo hacía cuando era una niña—. ¿Qué pasa? Dios, Kai. —Las palabras quedaron atrapadas en mi pecho, ni siquiera subían por mi garganta. No pude más y comencé a llorar.

—Era el encargado del edificio, se inundó mi apartamento.

Kylie se sentó a mi lado y me abrazó con fuerza sin decir nada. Me sentía sobrepasada. El estrés acumulado en mi trabajo y la lesión en el tobillo. Sin olvidar, por supuesto, que: me habían exiliado de la oficina, me había arañado el gato, y la pantalla de mi teléfono se había quebrado en mil pedazos. El broche de oro era el golpe en la frente; se convertiría en moretón a pesar de los esfuerzos de mi hermana.

—Tranquila —susurró—. Iremos a ver qué es lo que pasó y después de eso, veremos qué hacer, ¿vale?

—Vale —contesté entre sollozos, pero después de unos segundos, rompí en un llanto desconsolado.

En mi apartamento todas las cosas estaban a quince centímetros bajo el agua. Parecían los resultados de un tsunami. Ni siquiera la bota ortopédica se salvó del chapoteo cuando pisé la alfombra.

—La verdad es que no sabemos cómo ocurrió —comenzó Óscar mientras recorriamos lo que, hasta hacía pocas horas, había sido un apartamento moderno y vanguardista.

—Ya veo —respondió mi hermana—. Y, ¿cuánto tiempo van a demorar en arreglarlo?

—Oh..., los de mantenimiento dijeron que estará listo la próxima semana.

—¿El edificio completo estará sin agua por una semana?

—No, no. —El hombre la miraba con los ojos grandes—. Hubo un colapso de la cañería que alimenta las calderas, todos los apartamentos tienen suministro..., lo que sucede es que...

—¿Sí? —insistió Kylie.

—La tubería falló justo a la altura del apartamento de la señorita Kai y se filtró por la sala, ¿ve? —Indicó a lo que parecía un hoyo hecho con martillo y cincel.

—Entiendo. —Caminamos hacia la cocina y después a mi habitación.

Todo lo que en algún momento estuvo al nivel del suelo, ahora nadaba en la laguna en la que se había convertido mi apartamento. En mi habitación, los muebles no habían sufrido mayores daños, pero quise llorar, nuevamente, cuando entré a mi vestidor y vi mi colección completa de zapatos inundada. El baño, la cocina y la mesa del comedor necesitaban secarse. Sin embargo, los sofás y alfombras de la sala habían quedado completamente arruinados.

—No es tan terrible —afirmó mi hermana.

—¿No?

—Vamos, Kai. —Sonrió—. Debemos esperar a que las cosas se sequen y punto.

—Ejem... —Óscar interrumpió—. Verá, señorita Gibson. —Se aclaró la garganta—. Hablé con el dueño del apartamento, justo antes de que usted llegara y..., me dijo que iba a llamarla, por supuesto.

—¿Sabe para qué? —pregunté.

—Pues...

—¿Sí? —Me llevé las manos a la cintura.

—Parece que desea arreglar el apartamento.

—Eso es bueno.

El hombre parecía nervioso, pero sonrió después de que mi hermana le dijo que nos llevaríamos un par de maletas.

—Hay un *Airbnb* por aquí cerca —expliqué y abrí la aplicación en mi nuevo *iPhone*.

—No.

—¡Kylie, no pienso ir a vivir contigo mientras arreglan este lugar! —Deslicé los dedos en la pantalla, acababa de encontrar un apartamento estudio a dos calles.

—No es, precisamente, lo que tengo en mente.

—Ah, ¿no?

—No —aclaró, cogió su móvil y envió un mensaje.

—¿Entonces?

—Harrison acaba de mudarse al séptimo piso, lo que deja el apartamento quinientos dos,

desocupado.

—¿Quieres que vaya a vivir a GBS?

—¿Tienes una mejor idea? —preguntó, arrugando la nariz.

—Prefiero irme a un hotel.

—No seas ridícula —negó con la cabeza—. Es por unos días. Tengo una cama y dos mesas de noche en la habitación de huéspedes que puedo trasladar. La cocina tiene banquetas y el baño está completamente equipado. Solo necesitas las maletas.

CAPÍTULO 10

Connor

Carter sonrió después de que respondió el mensaje que le había llegado, y miró la hora.

—¿Vas a almorzar? —me preguntó.

—Pues, no todavía.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Por supuesto.

—Necesito trasladar unos muebles y necesito hacerlo rápido, ¿me ayudarías?

No debería haberme asombrado, pero me sorprendí al entrar a su apartamento en el octavo piso. Era acogedor, había fotografías de él y Kylie, de ella y su hijo, y fotos de los tres. Los tonos neutros de las cortinas encajaban perfectamente con la textura de los sofás, la alfombra en el medio de la sala le daba el broche final al calor de hogar.

—Es por aquí. —Dejó la llave y el teléfono en la entrada—. Debemos sacar la cama y las mesas de noche que hay en la habitación de huéspedes.

Lo seguí. Mientras él llevaba las mesitas al pasillo, saqué el cobertor y las sábanas para que pudiésemos mover el colchón.

—¿Vas a redecorar y necesitas deshacerte de esto? —pregunté.

—¿Ah? —Sonrió—. No, no. —Levantó una de las esquinas del colchón—. A las tres, —Movié la cabeza—, y lo coges del lado derecho. ¿Listo? Uno, dos, tres.

—¿Entonces? —insistí, curioso.

—Mi cuñada tuvo problemas con su apartamento.

—¿Problemas? —La curiosidad se convirtió en urgencia.

—Sí, se inundó. —Con la cabeza señaló hacia la pared—. Y como Harrison acaba de mudarse al séptimo piso...

—¿Va a quedarse en el..., quinto? —interrumpí.

—Así es.

—Oh... —me aclaré la garganta—. Eh..., solo para estar seguro de que estoy entendiendo bien —pregunté, sentía el corazón latiendo rápido en mi pecho—. ¿Kai viene a vivir aquí?

—Sí.

—Al quinto —insistí—. ¿Y sabe?

—¿Qué? Que, ¿va a ser tu vecina? —preguntó mientras bajábamos el colchón.

—¿Sí?

—Pues, no. —Se limpió las manos en los pantalones—. Aceptó a regañadientes.

—Ya veo...

—Va a enterarse de todos modos.

Kai me odiaba por principio; no tenía razones. Me odiaba por lo que *Hamilton & Nielsen* representaba. Porque nos conocimos en lados opuestos cuando representé a una familia con

intenciones turbias en un caso polémico. Los tachó de despreciables y, por defecto, decidió que yo también era detestable.

No era parte de mi trabajo emitir juicios valóricos sobre mis clientes, o tener una opinión sobre sus casos. Mi labor era ganar a como diera lugar; así era como medían el éxito.

—El apartamento está prácticamente vacío, excepto por la cocina que tiene lo básico. Dudo que le importe, solo será por unos días —dijo Carter.

—¿Unos días?

—Los arreglos estarán para la próxima semana. —Cogió el destornillador eléctrico y comenzó a desarmar la base de la cama—. Y, como con la bota ortopédica no puede conducir; estará mejor aquí.

—Entiendo.

—Aunque dudo que vaya a pedir favores —resopló—, excepto a Will.

—¿Will? ¿Por qué?

—El pobre respira y transpira cada vez que la ve, y ella, que no tiene un pelo de tonta, se aprovecha —lanzó una carcajada.

—¿Por qué?

—Cada vez que Kai necesita algo, lo que suele ser información, va directo a su oficina —se aclaró la garganta—. Lo ha metido en problemas más de una vez.

—¿En serio?

—Nunca ha sido capaz de negarle algo.

—Oh... Y, ¿lo hace muy seguido? —Sentía más que curiosidad.

—Tanto como puede.

Fueron tres viajes. Tuvimos que hacer tres viajes para instalar la cama en la habitación principal. Sin embargo, a diferencia de mi apartamento, el quinientos dos se veía frío..., estéril.

Con las paredes blancas y sin alfombras, los suelos de madera parecían rígidos y helados. En la cocina había lo mínimo, aunque incluía una cafetera. La despensa y el frigorífico estaban vacíos.

—¿A qué hora crees que llegará?

—En cualquier momento —respondió, después de mirar el reloj.

Me sentía como un imbécil; tenía ganas de escapar. Tarde o temprano nos encontraríamos y comenzaría la batalla campal. Kai no tenía deseos de darme el beneficio de la duda; seguiría buscando argumentos para nuevos ataques.

Y, como el idiota que era, lo encontraba refrescante. Sus comentarios agudos, el desafío en su mirada y, la furia en esos oscuros y penetrantes ojos, me llamaban la atención, tanto que estaba ansioso de responderle con comentarios perspicaces que la dejaran sin defensas.

Sería divertido buscar la manera ingeniosa de hacerle frente para que terminara de tragarse todas sus palabras. Sus acusaciones infundadas la tenían convencida de que era uno de los malos y, aunque fuese por pocos días, encontraría la manera de demostrarle que estaba equivocada.

—¿Qué hace él aquí? —Oí su insidiosa y melodiosa voz.

—¿Cómo estás? —pregunté con provocación, pero me arrepentí apenas la miré de pies a cabeza.

Arrastraba dos maletas y su hermana, que venía pisándole los talones, traía un par de pesadas bolsas. Carter se acercó a ella para coger las compras del supermercado.

—Déjame ayudarte. —Di un paso al frente para ayudarla con los bultos.

—No, gracias. —Bajó la vista y pasó por mi lado como si no estuviera ahí—. Puedo hacerlo, siempre puedo.

Entró y dejó las maletas en la mitad de la vasta y desnuda sala. Las ventanas de suelo a cielo sin cortinas dejaban entrar la luz de la tarde, haciendo que rebotara en el brillo de las paredes recién pintadas. En la cocina, la isla tenía dos banquetas que podían servir de comedor, pero más que eso, no había nada. Necesitaría mucho más que una cama.

Kylie comenzó a sacar la mercadería de las bolsas, dejando un par de cosas en el frigorífico y otras en el mueble que había a la izquierda. Kai recorrió con la vista el lugar, pero cuando me encontró parado al lado de la puerta, bajó los ojos y negó con la cabeza.

—¿Carter? —preguntó, apretando la mandíbula—. ¿Qué hace él aquí?

—Me ayudó a traer los muebles para la habitación principal.

—¿Y por qué sigue aquí? ¿No debería estar trabajando? —Él puso los ojos en blanco y miró a su mujer que arrugaba la nariz—. Deberías decirle que puede irse, ya ha terminado.

—«Él» tiene nombre y está parado frente a ti —agregué; la atravesé con la mirada—. Y puedes dirigirte a «él» directamente, no necesitas intermediarios.

—No tengo nada que hablar contigo —reclamó.

—Al menos, podrías decir, gracias.

—¿Yo? No me hiciste ningún favor, se lo estabas haciendo a él —apuntó.

—Basta, pequeña —interrumpió Carter—. Esta discusión no tiene sentido.

Su hermana la miró, se mordió los labios y una mirada cómplice pasó entre ellos.

—¿Necesitas ayuda para guardar tu ropa? —preguntó.

—No, estoy bien, gracias.

—Llámame, por cualquier cosa, ¿vale?

Carter le ofreció la mano a su mujer y con los dedos entrelazados, nos dejaron.

Kai tenía ojeras y los ojos tan hinchados que quedaba en evidencia lo cansada que estaba. El cabello suelto, alborotado y salvaje, le tapaba la mitad de la cara y, con la ropa arrugada, se veía aún más desarreglada; sorprendente. Era de las que siempre se veía compuesta y en control.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? —dijo arrugando la nariz; era el mismo gesto que había hecho su hermana.

En ese momento y con ella mirándome de arriba abajo, decidí que me daría un gusto, descubriría todos sus secretos.

CAPÍTULO 11

Kai

Si hubiésemos estado en mi apartamento, le habría tirado el florero a la cabeza. El muy engreído me guiñó un ojo, hizo una reverencia, y cerró la puerta tras él.

Contaba con que Kylie le hubiese informado a Knox sobre su nueva inquilina; no tenía intenciones de discutir las razones por las que no pretendía pagar la renta.

Me cambié de pantalones después de guardar mi ropa en el vestidor; mi tobillo, ahora morado, parecía furioso conmigo. Como no pretendía coger un resfrío y la bota seguía mojada, la dejé en la terraza. Me tiré en la cama y traté de acomodar la pierna sobre una de las almohadas. Con los ojos cerrados y después de respirar profundo varias veces, traté de consolar mi corazón afligido. Sabía que bajo el mismo techo que mis hermanos estaba protegida, pero, aun así, me sentía desamparada.

Sin novio, ni exnovios, ni amigas, ni conocidas, a excepción de mi terapeuta, no tenía a nadie con quien hablar. En GBS, sin embargo, no era necesario decir palabra para contar con el equipo; estaban dispuestos a ir al infierno si era preciso. Y, a pesar de que no era parte del grupo y no les gustaba que metiera la nariz en sus asuntos, jamás me habían hecho sentir marginada. Pero odiaba sentirme sola, Dios sabía, que había tenido suficiente de eso. Extrañaba la libertad que conseguía con mi trabajo, porque podía vivir sin sentir, expandirme, y disfrutar de mis logros en la sonrisa de mis clientes después de ganar un caso.

Estaba oscuro cuando oí el timbre, me había dormido en medio de la confusión y el brote de emociones abrumadoras que necesitaba controlar si deseaba sobrevivir hasta volver a la normalidad.

Mi terapeuta insistía en que ordenara mi ciclo circadiano, porque parte del estrés que a veces me carcomía estaba relacionado con mi desorden infinito por olvidar que tenía que comer y atrasarme a la hora de dormir.

El timbre volvió a sonar seguido por tres golpes. Me dio pereza ir a la terraza por la bota; doblé la rodilla y me fui saltando hasta la entrada. Tuve que prender la luz para encontrar la mirilla, pero no vi a nadie del otro lado de la puerta.

Tres golpes más.

—¿Quién es? —dije con cautela, «el intruso» estaba a menos de un metro.

—Tu vecino.

—¿Tú? —Abrí. No podía creerlo, me habían emboscado. Kylie y yo tendríamos una seria conversación.

—Buenas noches —saludó, parecía repartidor de pizza. En una mano tenía una bandeja de comida y, en la otra, una botella de vino; el muy arrogante sonreía.

—¿Qué haces aquí?

—¡Buenas noches para ti también, Connor! —dijo con la voz aguda; estaba imitándome—. ¡Qué sorpresa!

—¿En serio?

—No se enoje, señorita abogada. Traje una ofrenda de paz.

—Una ofrenda.

—Por supuesto. —Me miró y arrugó la frente—. ¿No me vas a dejar entrar?

—No.

—¿Estás segura? —Levantó la bandeja y se me hizo agua la boca cuando sentí olor a comida italiana—. Compré lasaña en *La Bella Rossa*, Kylie me dijo que era tu favorita. ¿Estás segura de que vas a rechazarnos?

—¿Rechazarnos? ¿Eso no será mucha gente?

—¡Ey! La cena..., el vino..., yo... —El mar parecía brillar en sus ojos azules.

Tragué saliva, me sonaba el estómago. Nunca, ni en mis más retorcidos sueños, imaginé que accedería a una oferta como esa, pero estaba muerta de hambre; asentí.

Se frotó las manos después de dejar las cosas en la cocina; como si conociera el apartamento mejor que yo, sacó platos y copas.

—Vamos a ver...

—No recuerdo haber aceptado esto —indicó con el dedo cuando vi que había puesto para dos comensales.

—Vamos, señorita abogada —sonrió con una mueca torcida—. No pensarás que te voy a dejar comiendo sola, ¿verdad?

No estaba acostumbrada a recibir esa clase de atenciones. Me parecía insólito que fuera él, entre todos los seres del mundo, el que se hubiera preocupado de mi cena.

—Vamos, ven a sentarte —dijo conforme con su trabajo. Pero como no me moví, levantó la cabeza y me miró de arriba abajo—. ¿Por qué estás descalza?

Se acercó, me agarró del brazo y me llevó hasta una de las banquetas; saltar por el apartamento había sido una mala idea.

—Dios mío, Kai. —Apuntó a mi tobillo—. ¿Dónde está la bota?

—Allá —indicó, moviendo la cabeza—. Mojada —agregué, apretando los dientes.

Pasó el pulgar por mi mejilla y sentí que un cosquilleo recorría mi espalda. Su cálida sonrisa y su aroma amaderado parecían querer imprimirse en mi cerebro. Colocó la otra banqueta frente a mí y, con delicadeza, me ayudó a apoyar la pierna.

—Levanta el pie —dijo con su voz de barítono. Cogió mi tobillo, lo examinó y pasó los nudillos por el contorno—. Está muy hinchado todavía.

Solté los puños, pero no pude hacer lo mismo con la mandíbula.

—Volveré enseguida.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Me vas a..., dónde vas...? ¿Hamilton?

Salió de mi apartamento y dejó la puerta abierta, regresó a los pocos minutos con una bolsa de hielo y una toalla.

—Vamos, sostén esto. —Levantó el dobladillo del pantalón, envolvió la bolsa y la puso sobre mi tobillo—. ¿Duele? —preguntó cuando me sobresalté.

—No.

—Esto todavía está mojado —dijo cuando regresó con la bota.

—Me lo imaginaba.

—¿Tienes un secador de pelo? —preguntó, mientras caminaba hacia el baño.

Cerré los ojos. No entendía nada. Verlo pasearse con tanta naturalidad me ponía nerviosa. Seguro de sí mismo, iba de un lugar a otro como si alimentarme y cuidar de mí fueran parte de su trabajo.

Me sirvió una copa de vino y, después, lo perdí cuando oí que encendía el secador. Con el tobillo dolorido, me acomodé en la banqueta. La situación era ridícula, ni en un millón de años habría podido imaginarme con: una copa vacía, los pies en alto y mi némesis en el baño. Regresó con mi bota, aparentemente, seca, y una sonrisa natural.

—Me alegro de que hubieses traído el secador —Abrió las tiras de velcro—. No sé de dónde habría sacado una de estas a esta hora.

—¿A esta hora? —Fruncí el entrecejo.

—Ajá.

—¿Habrías ido a comprar una bota ortopédica si no hubieras encontrado cómo secarla? —Sentí la tensión expandiéndose por mi cara.

—Por supuesto. —Cogió mi pie con las dos manos—. ¿Dónde guardas los calcetines?

—¿Cómo? —Arrugué la nariz; a esas alturas, estaba convencida de que tendría que evaluar mi primera aplicación de bótox.

—¿Los calcetines, Kai? Tienes los pies helados y la idea es que no vuelvas a sacarte esta cosa.

—En el segundo cajón del mueble de la izquierda.

Cuando le oí caminar por el pasillo y recordé que en ese mismo cajón había guardado mi camisola de seda con encajes, sentí calor subiendo por mis mejillas. Evidentemente, y como se le habría ocurrido a cualquiera, en el de arriba estaba mi ropa interior. Acababa de mandar a Connor Hamilton a meter la nariz a uno de mis lugares más privados.

De seguro no se sorprendería al ver un tanga y un sostén, pero eran: mis tangas y mis sostenes. Él era mi némesis, no mi mejor amigo.

—Ahora sí —dijo sonriendo, se sopló las manos y volvió a frotar mis pies.

—¿Te divertiste?

—¿Cómo?

—No te hagas el tonto. ¿Te divertiste revisando mis cajones y mi ropa interior?

—No revisé tus cajones, fui directo donde me mandaste. El pijama es suave y estaba ahí.

—No abriste nada más. —Me crucé de brazos.

—No. —Comenzó a ponerme el calcetín.

—¿En serio?

—En serio. —Agarró la bota y levantó mi pie.

—¿No estás mintiendo?

—Dios, no hay caso contigo —negó con la cabeza y sonrió. Ajustó las tiras y mi corazón se saltó dos latidos. Sus manos eran lava; quemaban mi piel—. ¿Si en vez de haber dicho que no, hubiese dicho que sí, habría cambiado algo?

—Eh...

—Porque como estás decidida a no cambiar tu opinión sobre mí. —Caminó a la cocina y sacó la lasaña que había guardado en el horno—. No le veo el sentido a esta discusión.

—Lo que...

—No abrí tu cajón de ropa interior, tú decides si vas o no, a confiar en mí.

«Maldito». El muy maldito acababa de ganar el argumento. Ciertamente, no era que no me importara que viera mis sostenes de satén, pero tampoco era gran cosa. Hubiese o no abierto los

cajones, no cambiaba nada.

—Aquí tienes —dijo y colocó el delicioso plato de lasaña frente a mí.

—Gracias.

—No recuerdo la última vez que comí esto —gruñó de placer con el primer bocado.

—¿Hamilton? —Cogí mi copa.

—¿Sí?

—¿Por qué estás haciendo todo esto?

—¿Haciendo, qué?

—¿En serio voy a tener que explicártelo? —aclaré; suspiró y dejó el tenedor en el plato.

—Te vi llegar solo con dos maletas y un par de bolsas de supermercado.

—¿Y?

—Y..., asumí que no tendrías comida.

—¿Eso es todo? ¿Así de simple?

—Así de simple —negó con la cabeza—. Considéralo un paquete de bienvenida al edificio y un gesto de buena voluntad de parte del vecino.

Probó el vino. Era evidente que sabía del tema, siguió el paso a paso. Cuando cerró los ojos para oler, me perdí mirando su boca lista para degustar. Se mojó los labios para saborear hasta la última gota y sentí que se me secaba la garganta.

—¿Estás bien? —preguntó cuando me atoré con el vino.

—Ajá..., sí..., bien... —me aclaré la voz.

Me miraba tranquilo, pero con tal intensidad que parecía sentirlo metiéndose bajo piel. Sus ojos azules se veían oscuros, como el océano a la hora en que sube la marea.

—Tienes las pestañas largas —dije como una descerebrada.

«¿Tienes las pestañas largas, en serio?»

—Gracias —sonrió por el cumplido—, eso es lo que decía mi madre, que, a su vez, decía que lo había heredado de mi abuela.

Levantó la copa y me miró de arriba abajo; mejor dicho, desde la mesa hasta la cabeza.

—Tus pecas son hermosas —igualó el piropo con galantería.

—Tienes los dedos largos.

—Tu piel parece..., suave. —Se me encendieron las mejillas.

—Tienes el pelo crespo.

—Tú lo tienes ondulado —agregó y levantó una ceja.

—Arrugas mucho el entrecejo.

—Tu nariz es perfecta. —Se me aceleraba el corazón, sus blancos dientes parecían darle la bienvenida a la nueva batalla, y mi boca, no parecía tener intenciones de mantenerse cerrada.

—Te están saliendo arrugas —agregué, pero no logré apagar su sonrisa.

—Tu piel es..., perfecta.

—¡Perdiste! —resoplé.

—¿Sí? —Levantó una ceja.

—Ya dijiste algo sobre mi piel.

—Oh..., no sabía que estábamos jugando y que eso iba contra las reglas.

Todavía no estaba segura de si estábamos en medio de un partido de tenis o arriesgándolo todo en la mesa de póker, pero me divertía.

CAPÍTULO 12

Connor

No recordaba la última vez que me había divertido tanto. Después del juego de póker, porque así decidió llamarlo, lavé los platos y me despedí. Me aseguré de que tuviera todo lo que necesitara para el desayuno y regresé a mi apartamento con una sonrisa y el corazón liviano.

Era sorprendente lo terca que podía llegar a ser, pero suponía que, una característica deseable en un abogado era, precisamente, esa. No debía culparla, yo sufría de la misma enfermedad. Pero al mismo tiempo, era rápida, ingeniosa, ocurrente y talentosa.

Lo intenté, de verdad, que intenté no mirar más allá de lo correcto, pero me fue imposible. Sus intensos ojos, las traviesas pecas, su pequeña nariz, y esa boca rellena que habría mordisqueado si hubiese tenido la oportunidad.

Aun bajo las capas de su ropa deportiva, los contornos de su figura quedaban en evidencia. Sus redondos pechos, la estrechez de su cintura y el largo de sus piernas. Piernas que, por supuesto, imaginé enredadas en mi cintura. Mientras ajustaba su bota tuve que concentrarme en mi respiración para ocultar la reacción de mi cuerpo. Habría sido incapaz de esconder la dolorosa erección que tuve si no hubiese estado enojada conmigo.

Dormí poco, y mal, porque cuando me metí a la cama, noté que su aroma a vainilla había quedado en la palma de mis manos, y las ganas de volver a tocarla me atormentaron por el resto de la noche.

—Buenos días, Connor —dijo Kylie, que atravesaba la sala de estar mientras yo terminaba de prepararme el segundo café de la mañana.

—Buenos días.

—¿Estás bien? Te ves cansado.

Dios, santo. Si la mujer era así de observadora y perspicaz, tendría que hacerme el ciego cuando estuviera en su presencia y cerca de su hermana.

—¿Has visto a Connor? —preguntó Knox desde el pasillo; no me había visto.

—¡Aquí! —contesté, alzando la voz.

—A mi oficina.

Cogí mi taza y lo seguí. Carter, Grant, y Will nos esperaban. Después de instalarnos en los diferentes y cómodos sofás, Grant comenzó a contarnos sobre la conversación que había tenido con mi padre. Tal y como lo predije, le habían llamado para acordar una reunión.

—Se mantuvo atento y escuchó pacientemente todos mis argumentos —continuaba Grant—. Hizo menos preguntas que las que yo habría esperado, por...

—Y te aseguró que cubrirían todo durante la reunión, ¿verdad? —interrumpí.

—¡Bingo!

—Es parte de su estrategia. Le gusta comenzar de menos a más.

—¿Cómo así? —preguntó Carter.

—Durante la primera reunión los llenará de preguntas, probablemente, muchas más de las

que tienen. Es la manera en la que fija su posición como conocedor de los diferentes mercados o temas. Tiene cuestionarios preparados por industria, algunos más completos que otros, y los cruza con los diferentes escenarios.

—¿Una base de datos? —Grant abrió los ojos como platos.

—Sí, algo así.

—Astuto —agregó Carter.

—Lo es.

—¿Y después?

—Te pedirá que le entregues un universo infinito de papeles, documentos, comprobantes y ve tú a saber qué más. Busca los retrasos. Si el cliente no entrega lo que él pide, no es su responsabilidad.

—¡Excelente! —dijo Will, frotándose las manos.

—¿Cuándo es? —preguntó Knox.

—Pasado mañana —respondió Grant.

—¿Sabes si alguien más puede usar el cuestionario? —preguntó Will.

—Estoy seguro de que está en los servidores, aunque con acceso restringido.

—¿Cómo así?

—Los socios, los que tienen grandes cuentas o los que manejan industrias completas. —Apoyé los codos en las rodillas y me preparé para contar con los dedos—. *Hamilton & Nielsen* tiene más de ciento treinta clientes que se dividen, aproximadamente, en doce industrias. Telecomunicaciones, farmacéuticas, minería..., etcétera.

—¿Cuántos abogados?

—Son cuarenta socios. Ellos llevan a los clientes con sus respectivos equipos de asociados, así se les llama a los más jóvenes.

—Son los que hacen el trabajo sucio —dijo Will.

—Algo así. —Seguía sacando cuentas—. En el directorio son tres y, mi padre, es el presidente. Él se mueve alrededor de una sola categoría, les llama: «estratégicos» —Hice el gesto de comillas con los dedos—. ¿Cuál es el criterio para eso? No tengo idea.

—¿Por qué? —preguntó Carter.

—Los clientes estratégicos deberían ser: políticos, conglomerados, altos ejecutivos, etcétera. —Me levanté, se me habían acalambrado las piernas.

—¿Cómo así?

—Los estratégicos en *Hamilton & Nielsen* no cumplen con ese criterio, ¿verdad? —completó Grant.

—Hay algunos, pero no son la mayoría.

—¿Entonces? —Knox cruzó los brazos contra su pecho.

—Pienso que si...

—¿Puedo proponer algo? —Will levantó la mano e interrumpió a Grant—. ¿Qué pasaría si nos adelantamos?

La idea era increíble, realmente genial. Si lograban llevarle a mi padre todas las respuestas a sus preguntas antes de que las pronunciara, lo pondrían en jaque. Le obligarían a trabajar y eso nos daría el tiempo justo para investigar.

La rapidez con la que GBS se movía era impresionante.

CAPÍTULO 13

Kai

Suspiré y dejé el móvil en la cama. Que mi jefe me hubiese despertado con una llamada, con esa particular llamada, hizo que la presión se me fuera a las nubes. Mil y un escenarios se me vinieron a la mente en treinta milisegundos, que fue el tiempo que demoré en abrir los ojos y deslizar el dedo en la pantalla para contestar.

No me lo esperaba. Tenía, exactamente, una hora para estar preparada. Oficialmente y, a pesar de que todavía estuviera lesionada, acababa de ser reinstaurada. O al menos, eso pensaba..., esperaba.

Lo único raro fue que hubiese dicho que me esperaba en la oficina de mi hermano y no en la suya. Dudaba que los chismes viajaran tan rápido. Aunque, si era para hacer que mi vida fuera más fácil, para variar el tópico de la semana, por Dios que se lo agradecía.

A pesar de que eran más de las nueve de la mañana, estaba cansada. El juego de póker me había dejado pensando y, a pesar de que Hamilton se había ido antes de las diez, la última vez que vi el reloj antes de dormir eran más de las dos de la madrugada.

Mientras esperaba que hirviera el agua para preparar mi primer café, me metí en el vestidor para elegir algo decente para la reunión. Como las maletas de última hora nunca contemplaron trabajar hasta mi regreso, mis alternativas eran muy limitadas. Pantalones de yoga, una zapatilla, y una sudadera, no eran lo mejor para una reunión con mi jefe; tendría que disculparme.

Mi tobillo había amanecido mejor, aunque me dolía el cuello. No era lo mismo dormir sin mi propia almohada.

—¡Hola, cariño! —saludó Pamela cuando me vio llegar.

—¿Cómo estás? —sonreí, era una mujer muy cariñosa—. ¿Max?

—Te esperan en la oficina de Knox, ¿necesitas algo? ¿Agua, un café?

—¿Puedo pedirte uno de cada uno?

—Por supuesto, cariño. Enseguida te lo llevo.

Derecha y con la espalda recta, a pesar de la cojera, caminé hasta la puerta y golpeé. Sonreí cuando vi a mi hermano, por alguna razón, me alegraba de verlo, mucho más de lo habitual.

—Buenos días, *su Tiranía* —saludé y se agachó para darme un beso en la mejilla. Habitualmente era al revés, pero dadas las circunstancias, no podía colgarme de su cuello.

—¿Cómo amaneciste? —preguntó cuando puso su mano sobre mi hombro—. Siento mucho lo de tu apartamento.

—No pasa nada —sonreí—. Gracias, de hecho.

—Lo que necesites.

Cuando entré, antes de que Knox cerrara la puerta, vi que Max se levantaba para saludarme.

—¿Cómo estás? Siento mucho haberte llamado, pero no puedo esperar, es urgente.

—Para eso estoy, ¿no? —Me agarré del respaldo de la silla que estaba frente al escritorio de mi hermano y me senté.

Pamela entró con tres tazas de café y tres botellas de agua, era raro que alguien cargara una bandeja y, más inusual aún, que hubiese clientes transitando por GBS. Mi hermano prefería visitarlos y esperaba lo mismo del resto del equipo.

—No sabes cuánto te agradezco que la reunión haya sido aquí.

—Era lo mínimo —dijo Max—. Después de haber hablado con tu hermano, me pareció que sería lo mejor.

—Gracias, en serio.

—No te preocupes, no te preocupes por eso.

—Max acaba de aceptar el caso de ICTI —comenzó Knox.

—¿En serio? —Sentí el corazón en la garganta.

Llevaba poco tiempo como socia, pero si para trabajar en ese caso con él, Max me pedía que volviera al rol de asociada, la respuesta era un gran, gordo, chillón y estridente: sí.

—Estuve con Robert Baker...

—El presidente —interrumpí.

—Sí, el presidente —continuó mi jefe—, ayer.

—¿Y?

—Hay varios frentes que cubrir, a pesar de que lo único concreto en lo que podemos trabajar, por el momento, es en el uso de información confidencial.

—¿Por qué?

—Es de lo único de lo que hay pruebas, débiles, pero algo es algo.

—¿Ya?

—GBS va a ser nuestro...

—Por supuesto que no —interrumpí.

—Por supuesto que no, ¿qué? —dijo mi hermano.

—Que no me tiene que explicar que ustedes se van a hacer cargo de la investigación.

—Por el amor de Dios, Kai —negó con la cabeza—. Déjalo terminar.

Max sonrió. Estaba tan ansiosa por conocer más y saber por dónde comenzaríamos, que me estaba comportando como una novata.

—Lo siento.

—Tranquila. —Cruzó un tobillo sobre su rodilla y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá—. Tengo en mente una estructura diferente de la habitual para este caso en particular.

—¿Ya?

—Necesitamos tener amplitud, ver todos los flancos posibles, experiencia en investigación y, sobre todo, tenacidad.

—Claro.

—Serás...

—¿Qué necesitas? ¿Quieres que...?

—Kai, tú llevarás el caso —dijo Max con la voz grave.

—¿Qué?

—Tú llevarás el caso.

—¡Yo!

—Sí.

—¿Yo?

—Así es.

—Yo... —respiré, en cualquier minuto se me iría todo el aire—. ¿Yo?

—Eres mi mejor abogada, Kai. ¿Te extraña?

—Es que..., tú...

—¿Sí?

—Me habías..., me sacaste... —El nudo que tenía en la garganta no me dejaba hablar—.

Me sacaste de los casos de familia y me pusiste al frente de casos corporativos.

—Sí.

—Y pensé que...

—Que, ¿era un castigo? —preguntó sorprendido.

—No, un castigo..., per se..., pero una manera de...

—Una manera de demostrarte lo buena que eres. —Sonrió—. Eres la mejor abogada que he tenido y por eso, es que te necesito en este caso.

No podía convertirme en una chillona poco profesional, pero sentía que se me derretían hasta las entrañas. Jamás, ni en un millón de años, habría esperado que mi jefe me dijera esas palabras. No porque lo creyera incapaz de pronunciarlas, si no, porque me creía incapaz de merecerlas.

—¿De verdad crees que...?

—Eso no es todo, Kai —continuó Max.

—Oh..., lo siento, lo siento.

—Como te decía, para este caso la estructura será diferente. GBS nos apoyará también con la gestión legal.

—¿Cómo?

—Connor, Kai —interrumpió Knox.

—¿Qué?

—Connor trabajará contigo en este caso —sentenció mi jefe.

Cuando comenzó a explicarme que había aceptado el caso, empezó a faltarme el aire de lo emocionada que estaba, de la sola idea de trabajar con él. Cuando dijo que sería yo la que se haría cargo, sentí que, a la falta de aire, tenía que sumarle palpitaciones en el pecho. Pero después de haber dicho que trabajaría con Hamilton... «¡Con Hamilton!», en el caso... Estaba hiperventilando. Me hundía en la silla, si no tomaba un sorbo de agua terminaría derritiéndome.

—¿Estás bien? —preguntó Max.

—Sí..., por supuesto..., claro.

—¿Tienes algún problema con Connor? —preguntó y movió la cabeza hacia la derecha.

—¿Quién, yo? —Me metí la botella en la boca y negué.

—¡Perfecto! —Miró a mi hermano—. Estamos listos.

Desde mi lugar en las profundidades, vi a Knox coger el móvil y enviar un mensaje.

Practiqué mis ejercicios de respiración y volví a levantar la barbilla cuando sentí que mi corazón había vuelto a la normalidad y que podría respirar sin riesgo de desmayo.

Tres golpes firmes se oyeron en la puerta y mi némesis no tardó en cruzar el umbral.

—Oh, Max, qué gusto verte —saludó.

—¿Cómo has estado?

—Bien, muy bien. —Me miró de arriba abajo y arrugó la frente. Aparentemente, no me había visto—. Gracias.

—¿Cómo te estás aclimatando?

—Bien..., muy bien, gracias. —Movi6 la cabeza hacia el costado y se encogió de hombros.

—Recuerdas a Kai, ¿verdad? —Hamilton abri6 los ojos como platos y asintió—. Estoy consciente de que la relación entre ustedes no parti6, precisamente, con el pie derecho —comenz6 Max.

Me enderecé en la silla y él se sent6 en la que estaba justo a mi lado.

Knox figuraba de pie, apoyado en la pared y con los brazos cruzados sobre su pecho, analizando la conversaci6n, lo conoca. Tenía sus ojos puestos en mí y estaba atento a mis reacciones.

—Acepté el caso de ICTI —anunci6 Max.

—Felicitaciones —dijo Hamilton.

—Pues, no estoy seguro de que sea un caso que amerite felicitaciones. Sabes tan bien como yo, que no será fácil, que no tendrá un rédito considerable, que...

—Harás lo que nadie ha podido —interrumpió—. Detenerlos y evitar que sigan poniendo en riesgo la seguridad de tantos trabajadores y familias.

—Eso... —Max se inclin6, entrelaz6 sus manos y apoy6 los codos en las rodillas—. Precisamente eso es lo que quiero.

—Lo sabíamos, ¿no es verdad? —agreg6 Knox.

—Sí, pero necesitaba estar seguro.

Hamilton me mir6 como si yo pudiese darle una explicaci6n y se pas6 una mano por la cara.

—¿Recuerdas la estructura que te comenté que tenía en mente para abordar este caso?

—Sí.

—Bien. Kai se hará cargo de llevarlo, y tú, serás nuestro segundo abogado.

CAPÍTULO 14

Connor

No podía creerlo. De todos los escenarios, ese nunca me lo habría imaginado.

—¿Estás seguro? —pregunté y Max asintió.

—Eres el único que conoce el tejemaneje de *Hamilton & Nielsen* y, por lo mismo, nuestra mejor apuesta. Kai, por otro lado —sonrió y la miró con orgullo—, es la mejor de mi equipo. Esta demanda marcará precedentes. Tu padre es un hombre de recursos, hábil. Adelantarnos a él no será fácil, ir en su contra será más difícil aún.

—Lo sé.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Perfecto.

—Estableceremos a GBS como base —comenzó Knox—. La información con la que trabajaremos es demasiado sensible y las capas de seguridad que tienen nuestros servidores son más confiables que cualquier otro. Además —indicó levantando la barbilla—, como ambos están viviendo en el edificio, no tendremos problemas de logística.

—Yo... —interrumpió Kai y él elevó una ceja.

—Para cualquier reunión con el cliente utilizarán nuestras oficinas —agregó Max—. Russell y asociados es, oficialmente, el representante de ICTI. La idea es que sea Robert Baker o sus ejecutivos, los que nos visiten, no al revés.

—Entiendo.

—¿Alguna duda, Kai, Connor? —preguntó Max.

—No —contestó ella.

—No —confirmé yo.

Se despidió después de hacer las últimas aclaraciones y Knox esperó a que se cerrara la puerta tras él antes de sentarse en su escritorio frente a nosotros.

—Entonces... —Knox apoyó la cabeza en el respaldo.

—Entonces, ¿qué? —dijo Kai.

—Max fue muy claro y yo voy a ser más específico todavía. —Golpeaba la mesa suavemente con los dedos—. Ustedes saben mejor que yo lo que se precisa para hacer este trabajo. —Miró a Kai—. Pero yo sé qué es lo que necesitan ustedes.

—¿En serio? —Kai se cruzó de brazos, desafiante.

—En serio.

—Y, se puede saber, ¿qué es eso?

—Trabajo en equipo, Kai. —Se apoyó los codos en los reposabrazos de la silla—. Lo que ustedes necesitan para ganar este caso es trabajo en equipo.

No iba a argumentar, claramente, Kai estaba más reticente a la idea que yo. De hecho, la principal razón por la que Knox me había contratado era para que me hiciera cargo de casos

como ese, y la querella de ICTI contra *Hamilton & Nielsen* era la mejor manera de empezar.

—En el primer subterráneo está la sala de mandos —continuó—. Cuenta con una entrada independiente, es cómoda y se pueden conectar al servidor central desde sus portátiles. Tendrás acceso a todas las instalaciones una vez que Will haga tu registro, Kai.

—¿A todas las instalaciones?

—Sí.

—¿Puedo usar el campo de tiro?

—¿En serio, Kai?

—Solo quería ver tu reacción, no te pongas así, *su Tiranidad* —le sonrió.

—¿Alguna pregunta?

—No —contesté, todavía tratando de despejar mi cabeza para pensar por dónde tendríamos que empezar.

—Kai, iremos a tu apartamento para que recojas lo más urgente..., ropa... —Knox agarró el móvil y se lo echó al bolsillo.

—Yo la llevaré.

—¿Seguro? —Miró la hora.

—Si no te importa, me llevaré una de las camionetas.

Cuando Kai bajó con Will para el registro, regresé a la oficina de mi jefe, tenía una sola duda. Habría sido imposible hacer la pregunta si estaba con ella.

—¿Puedo pasar? —dije cuando asomé la cabeza.

—Claro, adelante. —Cerró la pantalla del portátil y apoyó la cabeza en el respaldo de su silla.

—Necesito saber algo.

—Dime.

—¿Dónde está la línea en el conflicto de intereses?

—No entiendo a qué te refieres —contestó Knox.

—Estoy dispuesto a llegar hasta el final —aclaré—. Pero no puedes olvidar que trabajé por dos años en *Hamilton & Nielsen*, que mi apellido sigue siendo Hamilton, y que, el principal acusado es mi padre.

—Sigo sin entender.

—Ya vimos lo que informaron a la prensa y no me sorprendería si aparecieran nuevas cosas, que sembraran rumores, o que encontráramos evidencias que me incriminen de alguna manera —respiré, tenía que calmarme—. Te lo dije antes y lo repito, ahora, fui yo el que le hizo llegar la información a ICTI para que consiguiera las pruebas. No puedo descartar que tomen represalias en mi contra, Knox, y no quiero poner en riesgo a tu hermana.

—Lo sé.

—¿Se lo dijiste a Max?

—Sí.

—Y, ¿aun así, estuvo dispuesto a dejar que me involucrara en este caso?

—Escucha, —suspiró—, Max y yo estamos seguros de que: Kai y tú son los mejores para llevar esta querella. Sin embargo, si llegas a tener la más mínima sospecha de que corren peligro, debes informármelo. El encargado de la seguridad soy yo, pero necesito pedirte que cada vez que salgas del edificio vayas armado.

—Entendido.

—No sabemos de qué son capaces, prevenir es nuestra mejor estrategia.

—Ahora, en cuanto a tu hermana, —Solté los puños—, ¿estoy autorizado para contárselo?

—No.

—¿Hay algo que pueda revelar?

—Por el momento, nada.

—Entendido.

No me sorprendí con su respuesta, pero tampoco me sentí cómodo. Cargar armas era lo de menos; sin embargo, ocultar información así de sensible, era otra cosa. Tarde o temprano tendría que decírselo y, esperaba que, cuando llegara el momento, contara con la autorización de mi jefe; odiaba la idea de perder mi trabajo.

Abrí el cajón de mi escritorio y, después de pensarlo por unos segundos, me decidí por la funda con la *Sig Sauer p365* ^[2]. La ajusté en mi pierna por debajo del pantalón, justo a tiempo. Oí las voces de Will y Kai en la sala de estar. Cogí el móvil, me lo eché al bolsillo y cerré la puerta detrás de mí.

—¿Cómo les fue? —pregunté. Will tenía las mejillas encendidas y la miraba con ojos de cachorro perdido.

De seguro, a eso se refería Carter el día en que me comentó que al único al que Kai le pedía favores era a él; evidente.

—¡Bien! —contestó ella—. Muchas gracias, Will. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

Bajamos al estacionamiento sin hablar; el silencio parecía gritar en el ascensor y los espejos hicieron que se cruzaran nuestras miradas. Al menos yo había tratado de evitarla.

—¿Por qué te ofreciste para llevarme? —preguntó después de que traté de ayudarla a subirse al coche.

—Me pareció una buena idea en el momento.

—¿Una buena idea?

—Vamos, Kai. Si vas a estar aquí hasta que terminemos con el caso, necesitarás más que dos maletas.

—No pienso quedarme tanto tiempo. —Miró por la ventana—. Apenas esté listo mi apartamento, me voy de regreso.

—¿Por qué? ¿No tiene sentido?

—Hamilton... ¡No tengo por qué darte explicaciones!

—Escúchame bien, Kai. —Perdí la paciencia. Apagué el motor en la entrada de su edificio y apreté el volante—. Estamos en esto porque tu jefe confía en ti y el mío, confía en mí. Vamos a llevar juntos este caso, y espero que tengas el mínimo de respeto para tratarme con amabilidad.

—¡Hamilton!

—Mi nombre es Connor —aclaré—. Pero puedes seguir diciéndome Hamilton; no gastaré mi tiempo discutiendo si te vas a comportar como una niña malcriada.

—¡Ey!

—Para que esto funcione..., «niña», vas a tener que ver cómo te las arreglas para trabajar conmigo. Porque, eventualmente, tendrás que aprender a confiar y... ¿Cómo vas a lograr eso? Bueno..., no es mi problema. Podemos hacer de esto algo tan amigable como tortuoso, tú eliges.

Mi intención había sido aclararle las cosas, no dejarla muda.

—¿Necesitas ayuda para bajar del coche?

—No —resopló.

—Entonces, mueve tu lindo trasero.

CAPÍTULO 15

Kai

Necesitaba urgente que alguien me diera una explicación: «¿Mueve tu lindo trasero?»

Si él creía que comportarse como un idiota le haría ganar más puntos, estaba muy, muy equivocado. No había sido mi intención herir sus sentimientos, si a eso se debía el cambio de giro.

Max y Knox fueron muy claros en lo que esperaban. Pero ninguno de los dos podría decirme ni cómo ni dónde vivir. Ahí estaba la línea, esa decisión era, y siempre sería mía.

Desvió la mirada cuando nos subimos al ascensor y decidí que no le daría más importancia que la que tenía; de haber podido le habría dejado en la puerta.

—¿Qué es eso? —Me apreté la nariz con los dedos.

—Dios mío, Kai —Hamilton hizo lo mismo—. ¿Qué es ese olor?

—No tengo idea —sentí náuseas. Hamilton contuvo el aire y dio el primer paso, pero antes de entrar tuve que taparme la nariz y la boca con la sudadera.

—¡Kai, no...! —Levantó el brazo para evitar que siguiera avanzando.

—¿Qué..., qué?

—No entres.

—¡Hamil...! —De no ser porque me agarró del brazo justo a tiempo, habría aterrizado de cabeza—. ¡Oh, Dios!

—¡Quédate ahí! —gruñó.

—Es que..., es que tengo que ver.

—Está todo arruinado, Kai.

El olor debería haber sido la primera pista. Cuando vi el estado de la sala y el color de las paredes, me tapé la boca y caminé lo más rápido que pude, tenía que salir de ahí.

El día que me esguincé el tobillo pensé que había sido uno de los peores de mi vida en años, pero ahí, en ese momento, entendí que me había equivocado.

No era experta en tuberías, pero estaba segura de que el olor y las dos ratas muertas en medio de la sala no habían salido de las cañerías de la caldera. Todo lo que tenía se había arruinado y me había quedado, prácticamente, con lo puesto.

Descubriría el lado divertido, tenía que hacerlo; también, el lado positivo, era vital. Pero primero mi cabeza debía regresar a su sitio, necesitaba salir del estado de *shock*.

—¿Estás bien? —dijo Hamilton cuando me encontró sentada al lado del ascensor.

Con el estómago revuelto, náuseas, y un nudo en la garganta, no me salía la voz.

—Ey... —Se agachó hasta quedar frente a mí—. ¿Estás bien?

Preguntó con una cadencia distinta: suave, grave, profunda, calmante. No pude responder.

—¿Tienes el número del dueño? —negué—. ¿El del encargado?

—Su oficina está en el primer piso. —Tragué, mi garganta parecía desierto.

—Vamos. —Pasó mi brazo por detrás de su cuello y me levantó como si no pesara más

que una muñeca.

Una vez de pie, agarró mi mano y me llevó directo a la oficina del encargado. La puerta estaba junta y desde el pasillo se podía oír el ruido del partido de fútbol que televisaban. Hamilton golpeó tres veces y, después de no tener respuesta, golpeó tres veces más.

—¿Quién es?

Sin esperar a que le dieran permiso, abrió de par en par y llenó todo el espacio del umbral. Era alto, sus hombros anchos parecían proyectar el contorno de su cuerpo, como una amenaza, y sus puños, prometían daños severos.

—¿Es usted el señor Owens?

—Sí, y usted, ¿quién es? —respondió sin sacar los ojos de la pantalla.

—¿Es el encargado del apartamento de Kai Gibson?

—La señorita Gibson no se encuentra y su piso está en reparaciones.

—¿En reparaciones? —preguntó Hamilton y dio un paso adelante. En ese momento, Óscar Owens notó el porte del hombre que tenía enfrente.

—Discúlpeme —interrumpió el acusado—. ¿Usted quién es?

—Yo —resopló—, soy el novio de la señorita Gibson. —Avanzó unos centímetros más y su sombra eclipsó al regordete que seguía sentado.

—Oh...

—Quiero que me acompañe, ahora, y me explique dónde están haciendo las reparaciones. —Era un ultimátum.

—Pues...

—Porque vengo de ahí, y resulta que parece que todas las cañerías del desagüe van a dar al apartamento de mi novia.

—Oh..., no —Owens se levantó y, con cara de ratón asustado, miró a su contendor de arriba abajo—. Son las tuberías de la calefacción, señor...

—Mi nombre es Connor Hamilton y soy abogado.

—Claro, señor Hamilton. —Tragó saliva cuando vio que seguía empuñando las manos—. Verá, lo que...

—En la sala hay dos ratas muertas y olor a sanitario.

—Eh...

—No tengo problemas en ir con usted para que me muestre, exactamente, dónde están arreglando. Además, quiero que me asegure que no quedarán ninguna clase de «residuos».

Antes de que llegáramos a la puerta de Óscar Owens, todavía estaba furiosa e impresionada por ver el estado en el que se encontraba lo que había sido mi bellissimo apartamento. Sin embargo, el ímpetu de Hamilton y la manera en la que se imponía frente al hombrecillo me llenaba de energía, me sumaría a la batalla.

—¿Cariño? —Aparecí por detrás de la espalda de mi «novio»; el encargado del edificio se puso pálido y Hamilton abrió los ojos como platos cuando lo abracé por la cintura—. Oh..., señor Owens, me alegro mucho de encontrarlo. —Apoyé la mejilla en su pectoral y sonreí como una buena chica—. Verá, mi novio y yo vinimos por unas cosas; no se imagina la impresión que nos hemos llevado.

—Eh...

—Como ya sabe, —Miré mi tobillo—, no puedo hacer muchos esfuerzos, y mucho menos, correr riesgo de sufrir otros accidentes.

—Naturalmente. —El hombre asentía como un lunático.

—Querida —interrumpió Hamilton—, el señor Owens se estaba preparando para mostrarme, exactamente, dónde están haciendo los trabajos.

—Oh, no..., cariño, —Me colgué de su cuello—. No quiero ni pensar que pises esa inmundicia.

—Tengo una mejor idea. —Me agarró de la cintura y me presionó contra su cadera—. ¿Qué te parece si hablo con mi contable? —Acarició mi rostro y acomodó un mechón de pelo que tenía en la cara, detrás de mi oreja.

—¿En serio? —Le seguí el juego.

—Claro, querida. —Me apretó más a él, parecía pulpo—. ¿Recuerdas las fotos del mes pasado?

—Ajá. —Eché la cabeza hacia atrás, estaba cada vez más cerca.

—Con eso, querida, tendrá el valor de los últimos cuadros que te regalé y los muebles que instalaste el otro día. —Oh, Dios, era bueno.

—¿Pero y qué vamos a hacer con mis zapatos? Cariño..., era mi colección. —Apreté mis pechos a su torso y sentí su calor, comenzaba a comprender que tenerlo tan cerca era un riesgo.

—No, querida, —La palma de su mano se paseaba cuatro dedos al sur de mi espalda baja —, estoy seguro de que puedo encontrar los cargos en mi tarjeta de crédito. —Acarició mi mejilla.

—¿En serio? —pregunté entre gemidos.

Hamilton estaba moviéndome desde las raíces y no sabía si él tenía idea de que lo estaba haciendo. Primero, se me aceleró el corazón cuando le oí con tono grave decirme: «querida». Después, el calor encendió mis mejillas cuando acarició mi rostro. Sin embargo, cuando me apretó contra su cuerpo, palpitaciones disparejas comenzaron a bombear por mis venas, retumbando en mi estómago, en mi pecho; sobre todo, entre mis piernas.

—Por supuesto. —Bajó un poco más; su mano acariciaba la parte alta de mi trasero, y morí de ganas de frotarme contra él y de que Owens se fuera al infierno.

—Gracias, cariño.

—Lo que sea por ti, querida. —Sus ojos azules se oscurecían amenazantes.

Mi corazón estaba a punto de abandonar mi pecho y su aroma se había infiltrado en mi cabeza. Estaba segura de que el espectáculo que habíamos montado para el negligente del edificio sentaba nuestro primer precedente: si de improvisación se trataba, y todas las reglas contaban, ninguno de los dos conocía el significado de la palabra: límite.

CAPÍTULO 16

Connor

El pequeño acto había logrado desatar el pánico en el encargado, porque lo de la demanda por daños y perjuicios no fue una amenaza.

—Regresaré mañana temprano a hacer inventario.

—¿En serio? Pero si es un asco.

—¿Se te ocurre alguna alternativa para calcular el monto de la compensación? —pregunté.

—Dios —negó con la cabeza—. Es un asco.

—He estado en lugares peores.

—No puedo creerlo...

—¿Qué cosa?

—Oh..., nada —suspiró.

Se hundió en el asiento del coche y, después de mirar por la ventana, cerró los ojos y apretó los párpados.

—Maldito karma —respiró profundo—. Puedo hacerlo, siempre puedo. —Habría apostado la mitad de mi salario a que había olvidado que estaba a su lado y que podía oírla.

—¿Estás bien? —pregunté después del tercer semáforo.

—¿Qué?

—Pregunto, si estás bien.

—Oh... Sí. —Cruzó los brazos alrededor de su pecho—. Quiero decir, una cosa era: evacuar mi apartamento por una fuga de agua y otra muy diferente, es evaluar si regresar del todo después de ver dos ratas en la sala. Dios, todavía siento ese olor —negó con la cabeza y arrugó la nariz.

—Lo siento.

—Gracias.

—En serio. —La miré por el rabillo del ojo mientras esperaba a que se abriera la barrera del estacionamiento para entrar al edificio de GBS—. Lo siento mucho.

—Gracias.

—Kai..., yo... —El ascensor era demasiado rápido.

—Subiré a hablar con mi hermana. —Apretaba con las dos manos las tiras de su bolso.

—Claro. —La miré a través del espejo—. Estaré en mi oficina por si necesitas algo.

Nos bajamos en el tercer piso y, aunque no había necesidad de despedida, desapareció por el pasillo a la derecha.

—¿Cómo les fue? —me preguntó Knox mientras caminaba hacia la sala de estar.

—Fatal.

—¿Qué?

—Su apartamento, aparentemente, se inundó «de nuevo», pero esta vez, con el agua de las

cañerías sanitarias.

—¿Cómo?

—Había hasta ratas en la sala.

—Dios mío. —Se agarró el pelo de la nuca con las dos manos—. Y..., qué va... ¿Qué hicieron?

—Como comprenderás, no pudimos sacar nada, pero hablamos con el encargado del edificio y mañana temprano iré a hacer inventario para calcular el valor de la compensación por daños punitivos.

—¿Van a demandar? —Levantó una ceja.

—Voy a demandar. Tu hermana ya tiene suficiente como para, además, seguir pasando malos ratos con esa gente. —Crucé los brazos contra mi pecho—. Ahora, aun cuando hagan la limpieza industrial y, prácticamente, la reconstrucción del lugar, mi recomendación es que no vuelva a pisar ese sitio.

—Lo hará sobre mi cadáver —declaró.

—Pues..., si me permites... —Lo miré—. No creo que Kai reciba bien que le des instrucciones en ese tono. Es más, creo que lo que necesita es espacio. Recuerda que, además de las cosas que trajo en sus maletas, no le quedó nada.

—¿Nada? ¿No hay nada que se pueda salvar? —Negué con la cabeza—. Mierda. Dios, Connor. Kai sabe que aquí siempre va a tener un espacio, ni siquiera tiene que pedirlo.

—Escucha. Dudo que aprecie que la presionen. De camino hacia allá me comentó que no pensaba quedarse aquí por mucho tiempo.

—¿Qué? ¿Está loca?

—Eso fue antes del incidente de las ratas. —El recuerdo quedaría para siempre—. Si me permites, creo que sería útil que fuese una transición natural.

—No entiendo.

—Hacer que se sienta cómoda, habilitar los espacios tal y como le gustan. Mientras más placentero sea su entorno, mejor.

—Ya veo.

—Durante las próximas semanas estaremos hundidos en trabajo. Honestamente —negué con la cabeza—, no tengo idea de cuánto nos demoraremos en la investigación. Por lo mismo, a menos que sienta que le falta algo o, que lo que hay en su apartamento no es de su agrado, no tendrá tiempo para pensarlo; se ajustará.

—Tienes razón. —Se llevó una mano a la cintura—. ¿Kylie te entregó la tarjeta de crédito de la compañía?

—Sí.

—Llévala de compras.

—¿Qué?

—Lo que necesite: muebles, ropa, comida..., no tengo idea.

—Oh, no. No, no..., ella... —Di un paso atrás y él cogió el móvil que estaba en el bolsillo trasero de su pantalón.

—¡Ah!

—¿Todo bien?

—Ajá. —Knox era un hombre brillante, pero a veces, era confuso que se expresara solo con interjecciones.

—¿Knox, sabes dónde está Connor? —preguntó Carter; venía desde el pasillo.

—¡Aquí! —contestó mi jefe alzando la voz.

—¡Genial! —En una mano llevaba el móvil y en la otra las llaves del coche—. ¿Estás ocupado?

—Pues...

—Excelente. —Miró a Knox y le hizo un gesto que no entendí levantando la barbilla—. Acompáñame.

—Eh...

—Ve con él.

—Oh..., vale, vale.

Recién cuando Carter me preguntó si tenía hambre, me di por enterado de que eran más de las dos de la tarde.

—Supe lo del apartamento de Kai —comenzó, cuando recibió por la ventanilla nuestro pedido de tacos.

Tenía prisa, porque solo me dio dos opciones para elegir nuestro almuerzo y, ambas, eran de comida rápida.

—Sí. —Miré el aguacate en la tortilla y cerré los ojos antes de darle el primer mordisco. La imagen de la rata todavía daba vueltas en mi cabeza—. Después de tener el monto aproximado, levantaré los cargos.

—Vale. —Carter encendió el motor y mientras conducía, se tragó el taco antes de llegar al segundo semáforo.

—¿Dónde vamos?

—De compras.

—¿En serio? Pero...

—Kylie la llevará a comprar ropa y esas cosas, —Miró por el espejo retrovisor— pero necesita muebles..., ya me entiendes.

—Sí. —Bebí de mi lata de gaseosa—. ¿Knox irá con ellas?

—¿Knox? —Dejó salir una carcajada—. No, Esteban irá con ellas —resopló—. Knox adora a sus hermanas, pero se daría un tiro antes de acompañarlas de tienda en tienda una tarde completa.

—¿Y, Killian?

—¿Kill? —sonrió con más resoplidos—. Kill les daría el tiro a ellas, es un poco..., impaciente.

—Ya veo.

—¿Dónde iremos primero?

—Tengo instrucciones claras. Primero la sala, el comedor y luego, montaremos una oficina en la habitación de huéspedes.

—Oh..., y haremos todo eso, ¿hoy?

—Vamos a comprar, Connor. Lo que podamos cargar lo traeremos, lo demás, lo traerán a su tiempo.

—Y, ¿estás seguro de que sabes qué comprar? —Válido, Carter era su cuñado y la conocía, pero ¿tanto?

—Cien por ciento seguro —sonrió cuando nos estacionamos frente a la tienda de una de las fábricas más exclusivas del país.

Carter era un hombre sorprendente. Tranquilo y firme, determinado y sereno. Me sorprendí muchísimo cuando vi que estábamos comprando según una serie de fotos de *Pinterest*.

—Ya veo, tienes las instrucciones muy claras —sonreí cuando vi que le mostraba a la

chica que nos atendía el tipo de sofá que «buscábamos».

—Totalmente. —Volvió a mirar el teléfono y avanzó hacia donde estaban las mesas de comedor—. Si hay algo que he aprendido con los hermanos K, es a elegir las batallas.

—¿Hermanos K?

—Kylie, Knox, Killian y Kai. —Levantó una ceja.

—Oh...

—Sí, oh —respiró profundo—. ¿Qué opinas de este?

Me mostró un juego de comedor para seis personas color hueso. La mesa ovalada se sostenía en dos gruesos pilares. Las sillas, por otro lado, eran ovaladas, de respaldo medio y con reposabrazos; todo del mismo color.

—Pues... —Me entregó el móvil; comparé—. Creo que tenemos un ganador.

—Eso pensé. —Cogió le etiqueta con el código de barras.

—¿Carter?

—¿Sí?

—¿Cómo describirías a los hermanos K?

—Uf... —sonrió—, ¿cuántos días tienes?

—En serio.

—Déjame ver. —Bajó la vista hacia la foto que acababa de recibir y caminamos hacia donde estaban las banquetas—. Señorita, como estas, ¿tiene en blanco hueso?

—¿Todo blanco? —pregunté y él, que deslizaba los dedos por la pantalla, se encogió de hombros.

—Los colores neutros servirán, créeme.

—¿Por qué?

—Buscará los contrastes. A Kai le gusta la mezcla entre texturas y colores, es una mujer muy...

—¿Muy?

—Pues... —Se encogió de hombros—. Llamativa, visual —negó con la cabeza—. Sentirá la necesidad natural de completar los espacios y estará más cómoda en cuanto le haya dado su propio toque.

—¿Estás seguro de que todo esto le gustará?

—¿Te refieres a los muebles?

—Sí.

—Completamente.

Ítem por ítem, nos movimos por la tienda y compramos todo en menos de tres horas. Jamás me habría imaginado que se podía amueblar un apartamento completo en tan poco tiempo y solo con fotos como referencia.

CAPÍTULO 17

Kai

No era necesario ser traductor o experto en lenguaje como él, para adivinar lo aburrido que estaba. Pero Esteban había aguantado, estoico, las cinco horas que llevábamos en el centro comercial. No solo se había hecho cargo de pagar en cada tienda, sino también, cargaba todas las bolsas pesadas.

Tuve ganas de gritar cuando mis hermanos, particularmente Kylie, comenzaron a decir lo mucho que lamentaban la situación en la que me encontraba. Insistieron en que no debía preocuparme porque ellos se harían cargo de ayudarme y que tratara de relajarme. Me sentí de siete años otra vez, escuchando a los mayores y sus opiniones sobre cómo debía sentirme, cómo debía vivir y cómo debía enfrentar las cosas.

Mi primer impulso fue pelear y decirles que no los necesitaba. Pero la verdad era que me sentía desamparada y más sola que nunca.

En vez de discutir, acepté la oferta y salí de compras con mi hermana. Sabía que no sería capaz de reponer mi guardarropa completo en una tarde, ni hablar de mi colección de zapatos, pero al menos podría restituir lo básico. Si a eso le sumaba que iría todo a la cuenta de mi hermano, tendría que haber sido tonta para rechazar la oferta.

Kylie y yo visitamos algunas tiendas exclusivas e hicimos más de una parada. Mi tobillo paralizado no estaba todavía en condiciones de largas caminatas, por lo que nos concentramos en las tiendas más grandes para abarcar más con menos esfuerzo.

—¿Te gustan estas? —me preguntó Kylie; pasaba las manos por un juego de sábanas de algodón egipcio.

—¿Te gustan a ti?

—Sí.

—¿Las comprarías para tu cama?

—Sí —contestó y volvió a deslizar la yema de los dedos.

—Entonces compremos un juego.

—Llevaremos tres —dijo mi hermana.

—¿Tres? —Negué con la cabeza—. ¿Para qué quiero tres juegos de sábanas?

—¿Acaso no lavas la ropa?

—¿Qué?

—Dios, Kai. —Comenzó a buscar colores pasteles en el mostrador—. ¿Cada cuántos días lavas la ropa?

—Hasta la semana pasada, nunca. —Levanté la vista, buscaba toallas que combinaran.

—Ay, por favor.

—Llevo mi ropa a la lavandería.

—¿Incluso las sábanas?

—¿Qué es esto, la inquisición? —Puse las manos en jarra.

Cuando salimos del centro comercial ya había oscurecido y solo pensaba en meterme en

la cama en cuanto llegáramos al apartamento.

Antes de estacionar, Esteban esperó que Carter y Hamilton terminaran de bajar un televisor enorme de la parte trasera del coche.

—¿Y eso? —pregunté.

Kylie abrió la puerta y se bajó sin responder. Carter le sonrió en cuanto la vio acercarse y dejó su esquina del televisor en el suelo para recibirla con un abrazo. De no ser por la rápida reacción de Esteban que alcanzó a agarrarlo, Hamilton habría terminado tirando el televisor.

—¿Cómo les fue? —preguntó mi hermana.

—Todo bien, K. —Carter besó su frente—. Esto era lo último, ¿necesitan ayuda?

—No, creo que nos podemos arreglar.

Carter levantó una ceja cuando vio la cantidad de bolsas y sonrió.

—Subieron en el ascensor —le informé cuando lo vi buscando con los ojos a Esteban y Hamilton.

—¿Compraste todo lo que necesitabas, pequeña? —me preguntó.

—Pues, supongo... —Mi hermana y yo cogimos las pocas bolsas que dejó mi cuñado en el maletero y lo seguimos al ascensor.

—¿También te fuiste de compras? —Levanté la barbilla, tenía las manos ocupadas.

—Algo así. —Él y mi hermana compartieron una mirada cómplice que no me gustó nada.

En casi todos los pisos había solo dos apartamentos. Cuando nos bajamos en el quinto me encontré con que las dos puertas estaban abiertas.

—¿Eh, por qué...? —Oí risas en el interior como si vinieran de la sala y cuando llegué a la entrada, no vi a nadie detrás de tanta caja—. ¿Qué es esto?

—¿Me necesitas para algo más? —Esteban venía de la cocina; la pregunta era para Carter.

—No. —Mi cuñado miró la sala de un lado a otro y, después de que encontró a Hamilton, negó con la cabeza—. Gracias.

—Lo que necesites. —Esteban se despidió de sus colegas con un gesto y de nosotras con una sonrisa, antes de perderse por el pasillo de camino al ascensor.

—¿Y esto?

—Tendrás que decirme dónde deseas que instale tu televisor —comenzó mi cuñado—. Mañana llegarán los muebles del comedor y el viernes, los de la sala. —Me miró—. ¿Dónde quieres que ponga esto? —Levantó las manos para mostrarme las bolsas.

—En el dormitorio principal.

—Tienes tres habitaciones, cuando lleguen los muebles tendrás que decidir en cuál instalarás el escritorio que viene con esto. —La caja que me mostraba tenía una silla de cuero de respaldo alto con reposabrazos—. En tu apartamento tenías una oficina; me pareció importante que consiguieras otra.

—Vale.

Esa era la caja más grande, junto a la del televisor. La mesa de centro estaba en una esquina y era: rectangular, de patas anchas, y blanco hueso. Dos alfombras de pelo largo del mismo color y una seguidilla de otras cajas con accesorios para la cocina y el baño.

—La decoración, pequeña, será tu responsabilidad.

—Pero...

Mi hermana desbloqueó la pantalla de su móvil y me mostró los tableros de *Pinterest* que yo le había enseñado. Mi apartamento era demasiado pequeño y no había podido comprar ni el

seccional ni el comedor de mis sueños.

—¿Qué? —Carter cogió el suyo y me mostró la misma imagen—. Le mandaste la..., tú... ¿En serio?

Asintieron al mismo tiempo y con una sonrisa con la que parecían lunáticos.

—Esta mesa tiene las patas un poco más gruesas, pero créeme, servirá.

Kylie se paró a mi lado y, deslizando los dedos por la pantalla, me enseñó tres imágenes más.

—¿La cama también?

—Por supuesto —contestó—. La que tienes es mía.

—Pero no la usas.

—Es la de nuestra habitación de huéspedes.

—Vamos, si no recibes visitas.

—¿La devolvemos a la tienda, entonces? —me preguntó con una sonrisa maliciosa.

Sabía lo que estaban haciendo. Si querían asegurarse de que me enamorara del apartamento, lo estaban logrando.

—¿Vamos? —dijo Kylie y cogió la mano que Carter le ofrecía, y él, asintió—. ¿Te gustaría cenar con nosotros?, puedo preparar algo rápido.

—No, gracias. Estoy cansada, aunque uno de estos días te cobraré la palabra.

La oferta era tentadora, pero estaba cansada. Estaba, casi, casi segura de que tenía, al menos, los ingredientes mínimos para preparar un sándwich.

El hervidor eléctrico sonó justo cuando terminaba de dejar las bolsas en el vestidor. La sola idea de preparar un té me hacía que me sonara el estómago. Abrí el refrigerador, no muy esperanzada. Sabía que tenía pan, mantequilla y queso; en eso había consistido mi desayuno esa mañana. La súbita alegría que sentí cuando vi que me quedaba más de media lasaña desapareció con la misma rapidez cuando me rendí. Después de más de cinco intentos, entendí que moriría de inanición porque no sabía cómo encender el horno.

La frustración era una de mis debilidades, me llevaba a hacer cosas estúpidas, cosas que después lamentaba. Toda la «inteligencia» que creía tener me abandonaba automáticamente.

Abrí la puerta principal y atravesé el pasillo. Toc, toc, toc. Esperé. Me incliné para ver si podía ver por la mirilla de la puerta. Me sentí como una tonta, esperé dos minutos más; repetí el proceso cuatro veces.

—¡Hamilton, sé que estás ahí!

—¿Estás bien? —Asomé la cabeza sin abrir la puerta.

—Necesito ayuda.

—Oh... —sonrió y sus ojos azules se oscurecieron como la marea al anochecer—. Necesitas ayuda —repitió.

—Sí. —Me llevé las manos a la cintura.

—Oh..., me siento honrado.

—Vamos, Hamilton, ¿me vas a hacer rogar? —sonrió—. Abre la puerta.

—Eh... —Miró hacia los lados en el pasillo, como si hubiese más habitantes en el piso que nosotros dos—. Con una condición.

—¿Qué?

—Con una condición.

—¿No me vas a ayudar?

—No dije eso.

—¿Entonces?

—Tienes que decir las palabras mágicas.

—Dios, no tengo tiempo para esto —negué con la cabeza y miré hacia mi apartamento—. Gracias por nada, Hamilton.

—Te puedo dar una pista. —Abrió la puerta y apreté los dientes para evitar que se me cayera la mandíbula.

¡Maldito! El muy maldito solo llevaba una toalla blanca amarrada a la cintura. Todavía caían prístinas gotas de agua por su pecho y el aroma amaderado de su... ¿Perfume, *after shave*?, inundaba el pasillo y se infiltraba en mi cabeza.

—¿Pista? —reclamé.

—Sí.

—¿Cuál?

—Es una de las primeras cosas que te enseñan cuando aprendes a hablar, y una de las que más refuerzan cuando vas al colegio.

—¿Sabes? —comencé, pero me faltó el aire cuando lo miré de pies a cabeza.

Hamilton ocupaba casi todo el espacio. Su sombra se proyectaba sobre mí, cubriéndome casi por completo.

Cuando lo abracé en la oficina de Owens sentí sus pectorales firmes; sin embargo, firmes no era la palabra correcta para describir el espectáculo. Connor Hamilton tenía el mejor torso que había visto en mi vida. Pectorales definidos y músculos separados por surcos profundos. De aquellos que llevan tiempo esculpiendo esa clase de cuerpo, no de esos que se consiguen rápidamente en el gimnasio. Su cintura era angosta y la V... «Dios mío», la V que era, para mí, uno de los detalles más deliciosos en el cuerpo de un espécimen del sexo opuesto, era..., perfecta. Sus hombros anchos parecían tallados en mármol, y sus brazos dejaban claras indicaciones de dónde se separaban los bíceps, tríceps y deltoides.

—¿Entonces? —preguntó.

—Nada, olvídalo.

Giré en mis talones, entré en mi apartamento y cerré con un portazo.

CAPÍTULO 18

Connor

Guau. A ese ritmo iba a lograr que terminara tirándome cosas a la cabeza. Sin embargo, en esta ocasión, no había sido yo quien instigó el encuentro. Fue ella la que tocó la puerta, la que exigió ayuda, la que fue incapaz de pedir las cosas: por favor, y que, terminó por volverse hecha una furia.

El grito que oí fue agudo y, en vez de coger la botella de agua que había ido a buscar a la cocina, agarré de la funda mi *Sig Sauer*, p320.

—¿Kai?! —chillé desde el pasillo—. ¿Kai?

—Vete de aquí, Hamilton.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —escuché más ruidos—. ¡Ahora, vete!

—¡Abre la puerta! —insistí.

Podía descartar que la estuvieran atacando, pero algo había pasado, estaba seguro. Sin cerrar la puerta, entré a mi apartamento, guardé el arma y cogí la llave magnética.

—¡Kai! —Golpeé otra vez—. En serio, no estoy jugando.

—Estoy bien, Hamilton.

—Déjame confirmarlo y te dejaré tranquila, si no, llamaré a tus hermanos.

—¿Me estás chantajeando? —Estaba del otro lado de la puerta, podía oír su voz a solo centímetros.

—Tómalo como quieras, pero abre. —Oí quejidos y luego, la cerradura.

—Aquí, ¿ves? —Abrió, aproximadamente, quince centímetros. Podía ver la mitad de su nariz y un ojo.

—¿Qué pasó? —Volví a la carga.

—Estoy bien, ¿contento?

—¿Qué es ese olor? —Respiré profundo—. ¿Gas? —Entré.

La cocina era un desastre. Había humo saliendo del horno y el olor a gas amenazaba con matar a cualquiera por intoxicación de monóxido de carbono.

—¡Dios mío! —Abrí las ventanas.

El viento que se arremolinaba en la terraza entraba frío y se llevaba la tóxica amenaza mortal.

—¿Qué pasó?

—Estaba tratando de calentar la lasaña, —Kai arrugó la nariz— y, el horno de mierda...

—¿Eso era? ¿Ese era el favor que necesitabas? ¿Encender el horno?

—No. —Levantó la barbilla—. No es asunto tuyo.

—Vale, vale. —Cogí la lasaña que estaba en la misma fuente en la que la había dejado la noche anterior y le ofrecí la mano.

—¿Qué haces? —preguntó cuando me vio caminando hacia la puerta—. ¡Ey, Hamilton! ¿Qué crees que estás haciendo?

—Voy a darte de comer.

—¿Qué..., no..., qué?

—Escucha —dije desde el pasillo mientras buscaba la llave de mi apartamento—. No puedes quedarte aquí mientras no se ventile.

—Ya casi...

—Vamos, Kai —Negué con la cabeza, por Dios, la mujer podía ser exasperante—. Basta, ¿ya?

—Te estás tomando muchas atribuciones —rezongó y me quitó la fuente de las manos.

Le abrí la puerta y, de no ser porque la sostenía con la mano, me habría dado con ella en la cara.

Después de servir dos generosas porciones puse uno de los platos en el microondas. ¿Por qué Kai había tratado de calentar una lasaña lista en el horno convencional si podría haberlo hecho en el microondas? Tenía la impresión de que la respuesta se convertiría en un gran misterio.

—¿Vino?

—No.

—Tú te lo pierdes.

Me habían recomendado un nuevo ensamblaje de *Bennett's House of Wine* y me moría de ganas de probarlo. Cogí el sacacorchos e inspiré profundo mientras esperaba que el vino decantara y se asentara en la copa.

—¿Deseas beber algo? —insistí y dejé la copa en la mesa de la sala—. A pesar de lo que creas, no soy un mal anfitrión.

—Vamos, Hamilton.

—Vale, piensa lo que quieras, tengo mi conciencia limpia. Sé que no soy un mal anfitrión.

Saqué el mejor de los manteles que, afortunadamente, ya existía cuando me instalé en el apartamento y preparé la mesa.

—Estará listo en dos minutos, deberías venir a sentarte. —Me miró de arriba abajo y caminó hacia mí.

Se sentó, pero antes de que se acomodara, agarré la silla del lado y la acerqué para que pudiera levantar el pie.

—Gracias.

—De nada. —Sonreí y ella arrugó la nariz.

Arrugaba la nariz cada vez que estaba nerviosa o enojada, el patrón era sencillo. No estaba seguro de cuál era el caso, esta vez, aunque esperaba que fuera la primera.

—¿Te..., vas a comer así? —Se mordió el labio y bajó la cabeza.

—Sí, ¿por qué, hay algún problema?

—No. —Levantó la vista y me miró.

—¡Oh! —Se mojó los labios—. Oooh, ya entiendo. —Sonreí y bebí un sorbo—. ¿Te gusta lo que ves?

—No seas idiota, Hamilton —rezongó; me mordí la lengua para atajar la carcajada.

Acababa de darme cuenta de que no me había puesto la camiseta y que había estado en

vitrina para ella.

—Disculpa, ya regreso. —Cuando entré en el vestidor cogí la primera camiseta que encontré.

«Kai Gibson..., a Kai Gibson le gusta mirar, buen dato».

—¿Está bien, o la prefieres más caliente? —pregunté cuando levanté mi plato para calentarla de nuevo en el microondas.

—Está bien así, gracias. —Volvió a mirarme, como si con eso quisiera comprobar y darle el visto bueno a mi selección en vestuario.

Cenamos en silencio, la tensión no aflojaba, por el contrario, parecía aumentar cada vez que la pillaba mirándome.

—No te has afeitado —comentó a propósito de nada.

«¿Póker?».

—Tienes el pelo enmarañado —respondí, comenzaba a disfrutar el juego—, aunque si te sirve de dato, me afeité esta mañana.

—¡Ja! —resopló—. Tienes la camiseta arrugada.

—Estás ojerosa.

—Tienes arrugas —me dijo, con una mueca torcida.

—Tienes los labios secos —respondí, se mordió la boca y, Dios. No habría tenido problemas en convertirme en un idiota si hubiese sido yo el que mordisqueara esos rellenos y, ahora, brillantes labios.

—Tienes... —Bajó la vista y se fijó en mis dedos—. Tienes las manos grandes.

—Tu cuello es..., largo, precioso. —Se le encendieron las mejillas.

—Tus dientes... —Me miraba la boca—, eh, tienes los dientes demasiado blancos.

—Los tuyos son perfectos.

—Arrugas mucho el ceño.

—¡Perdiste!

—¿Qué? —reclamó.

—Arrugas.

Se mordió la boca. Moría de ganas de ofrecerse como voluntario para solucionar los problemas de hidratación de sus labios.

—Es tarde —dijo mirándose la muñeca; no llevaba reloj.

—Claro..., tarde.

—Sí. —Se levantó y alzó la barbilla; un desafío—. Mi apartamento ya se debe haber ventilado.

—Seguramente.

—Bueno, muchas gracias por la cena.

—Por supuesto, en lo que pueda ayudarte, vecina, cuenta conmigo. —Antes de abrir su puerta se volvió para mirarme.

—¿Hamilton?

—¿Sí?

—¿Cuáles eran tus palabras mágicas?

—Por favor.

—¿Cómo?

—Por favor, esas son.

Si había algo que tenía claro era que, la dinámica entre nosotros era explosiva; puro peligro. Sin embargo, había atracción también. Al menos yo no podría ser tan cínico como para negarlo.

No logré, por más intentos que hice a lo largo del día, sacarme de la cabeza la sensación de su cuerpo junto al mío en la oficina del encargado del edificio. Sus redondos pechos pegados a mi torso, sus brazos cruzando mi cuello, su aroma inundando mis sentidos. El color que subió a su rostro cuando acaricié su mejilla, de seguro, si hubiese podido apretarla contra mí, habría sentido su corazón latiendo desbocado como el mío. Sin embargo, debía mantener las cosas tal y como estaban. Dios sabía que ya era suficiente tentación que fuera mi vecina como para dejar que otras ideas hundieran sus raíces en mi cabeza.

Primero, el apoyo que necesitaría para llevar el caso ICTI requería de todo mi foco y concentración. Segundo, estar atento a señales incriminatorias en mi contra era vital. Tercero, no tenía intenciones de perder mi trabajo y, por último, involucrarme con ella podría llevarme a perder la cabeza. Dudaba que a mi jefe le agradara la idea de que uno de sus hombres se metiera con su hermana menor. El caso de Kylie era diferente. Carter era su mejor amigo y se conocían hacía años, yo; sin embargo, era un aparecido de reputación cuestionable.

Enchufé el móvil en la mesa de noche y revisé si tenía mensajes.

21:36

Knox: ICTI se reunirá con ustedes mañana a las once en las oficinas de Russell y asociados.

Knox: Recuerda, para ellos eres el segundo abogado del caso; para nosotros eres el encargado de la investigación y, para mí, eres el responsable de la seguridad de mi hermana.

22:41

Yo: Entendido.

Yo: No te preocupes.

Knox: Recuerda cargar tu *Sig*, tu permiso está listo.

Yo: Gracias.

Knox: ¿Has visto a mi hermana?

Yo: Cenamos juntos, no tenía nada para comer en su apartamento.

Los tres puntos aparecieron y después, desaparecieron. Aparecieron otra vez y volvieron a desaparecer. No me consideraba un paranoico, pero era una señal difícil de interpretar.

Knox: Bien.

CAPÍTULO 19

Kai

La semana había sido una de las peores de mi vida y, afortunadamente, había salido casi ilesa.

Si consideraba que me había esguinzado el tobillo y había perdido todo lo que tenía, tal vez, ilesa, no era la palabra correcta. Sin embargo, llevar el caso ICTI era tan importante que anulaba la intensidad de lo anterior. Lo que el lunes había sido una seguidilla de calamidades, había escalado a tragedia en cuánto me informaron de la primera inundación en mi apartamento. Sin embargo, se convirtieron en inconvenientes menores después del anuncio de Max a pesar del rol de Hamilton en el asunto. Si bien haberlo perdido todo en la segunda inundación no era, precisamente, un detalle, mis hermanos estaban jugando sucio y apostando todas sus fichas. Querían comprarme con el apartamento, las compras, y mis muebles de ensueño, lo estaban logrando.

Había recalibrado, había encontrado el lado bueno, la visión positiva. Si me mantenía con esa energía, podría hacerlo, siempre podría.

Ser vecina de Hamilton era otra historia. Trabajar juntos sería un desafío. Teníamos éticas profesionales muy diferentes, estaba segura. Sin embargo, Max había insistido y la única razón por la que creía justificarlo era porque, efectivamente, no había nadie que conociera mejor el submundo que, de seguro, existía en el interior de *Hamilton & Nielsen*.

El timbre comenzó a sonar sin cesar, seguido por tres golpes en la puerta. Ajusté las tiras de velcro en la bota y caminé hasta la puerta.

—¡Ya va! —Me pasé las manos por la cara—. ¡Voy! —Los golpes eran insistentes y sucesivos.

—¡Buenos días! —Hamilton, aparentemente, venía con dos cafés y una bolsa de papel del *Starbucks* que estaba a dos calles—. Buenos días, se acabó el tiempo, hora de levantarse. —Me miró de arriba abajo y bajó la vista por un segundo.

Entró sin comentar que todavía me encontraba en pijama y dejó una estela de ese aroma fresco y varonil que, jamás reconocería, cuánto me gustaba. El traje sastre que llevaba le quedaba perfecto, con corte a medida y líneas tradicionales que destacaban, aún más, el ancho de sus hombros y la amplitud de su espalda.

Parecía conocer el apartamento mejor que yo, colocó los vasos sobre la mesa de la cocina, cogió dos platos y abrió una de las sillas.

—Arriba. —Pegó suave con la palma de la mano dos veces.

—¿Qué hora es? —Ni siquiera había alcanzado a ver el móvil.

—Las ocho.

—Dios, ¿tenemos alguna reunión? ¿Estoy atrasada? —Seguí de largo hacia mi habitación.

—No, no —reclamó Hamilton y me agarró de la cintura—. El desayuno primero.

—Pero... —Había colocado un sándwich de crema de queso con aguacate y sésamo en mi plato; me sonaba el estómago. Con un pequeño impulso, me levantó y depositó mi, todavía

adormilado cuerpo, sobre la banqueta original.

—Tenemos que estar a las once en Russell y asociados, hay tiempo. —Frente a mí, le dio un mordisco a su sándwich—. Hay un par de cosas que debo contarte para que sepas lo mismo que los demás. De ese modo, las cosas no deberían pillarte por sorpresa.

—¿De qué estás hablando? —Bebí del elixir de los dioses—. Oh... ¿*Mocachino*?

—Ajá.

—¿Cómo supiste que me gustaba?

—Me lo contó un pajarito —sonrió y el color del océano volvió a reflejarse en sus ojos.

—En serio, ¿cómo?

—Las pérdidas en tu apartamento son, prácticamente, totales. Los muebles, tu ropa, todo lo electrónico. Hay cosas que están en condiciones, pero la mayoría... No. —El cambio de tema fue un golpe de realidad—. Las fotos que saqué serán más que suficientes para cuantificar los daños.

—¿Ya fuiste a hacer el inventario? —asintió.

Me sorprendió. Entre el viaje de ida y vuelta a mi apartamento, más el tiempo que le debe haber llevado hacer las fotos, pasar por *Starbucks* y tomar una ducha, el hombre llevaba despierto, al menos, tres horas. No tenía idea si se ejercitaba temprano en las mañanas, pero si para tener ese cuerpo era la mitad de fanático que mis hermanos o que cualquier otro miembro de GBS, seguramente, estaba levantado desde antes de las seis de la mañana.

Habría apostado a que tuvo que ducharse de nuevo después de regresar de mi apartamento. Era imposible que el olor a alcantarilla se hubiese ido en tan poco tiempo.

—Will tiene la tarea de clasificar los muebles para conseguir los valores que incluiremos en la querella. Apenas tenga la lista, presentaré la demanda.

—No pensé que sería tan rápido.

—¿Qué? —Le dio otro mordisco a su sándwich. En vez de comerlo, parecía inhalarlo.

—Lo de la querella.

—¿Cómo así?

—Nada, olvídalo. —Se me había quitado el apetito.

No me cuadraba que, alguien como él, hiciera con tanta energía algo tan desagradable. Por otra parte, de no ser porque oí cuando se lo dijo a mi hermano, no habría creído que, de verdad, tenía urgencia por defenderme. No necesitaba que lo hiciera ni que me cuidara, pero no dejaba de sorprenderme.

—¿No vas a comer? —preguntó cuando moví el plato.

—Creo que es mejor que me vaya a la ducha. —Apoyé la mano sobre la mesa, pero antes de que pudiera darme impulso, me agarró la muñeca y volví a caer sobre la silla.

—Espera.

—¿Sí?

—Antes de que te vayas. —Acarició el borde de mi mano y sentí escalofríos recorriendo mi espalda. Su mirada intensa buscaba respuestas en mi rostro, respuestas que jamás encontraría si no hacía las preguntas correctas—. Hace unos días salieron una serie de noticias referentes a mi abuelo y a la firma. ¿Lo sabías?

—Sí. —Solté el puño y estiré mis dedos sobre la mesa.

—Vale —suspiró—. No está ni enfermo ni en su lecho de muerte. Se encuentra de vacaciones en su casa de la Costa Amalfitana —negó con la cabeza—. Harrison está allí vigilándolo. Colocó micrófonos en la casa y hemos intervenido sus líneas; sin embargo, todavía

no conseguimos nada.

—¡Pero eso es ilegal!

—Depende. —Se inclinó y apoyó los codos.

—Es ilegal, Hamilton. —Crucé los brazos alrededor de mi pecho—. Ni siquiera existe un caso en el tribunal y, si lo hubiera, las grabaciones sin el permiso de las autoridades son inadmisibles.

—El objetivo no es plantar evidencia o grabar sus conversaciones para llevarlo al estrado, Kai. —Apretó la mandíbula; disimulaba la tensión que se expandía por su cuerpo—. Queremos seguir el rastro, eso es todo.

Volví a acomodarme y levanté la barbilla para mirarlo. Su expresión parecía sincera, sus ojos se veían transparentes y, por la forma en la que me miraba, tuve certeza en mis entrañas.

—También está, *UPharmaceutics* —respiró profundo—. Grant, Esteban y Murphy se reunirán hoy con mi padre. —Me miró de arriba abajo y, como si tuviera todo el tiempo del mundo, fue a la cocina por un vaso de agua.

—¿Qué?

—*UPharmaceutics* es una empresa fantasma, con demasiados millones en juego como para llamar la atención de *Hamilton & Nielsen*. Mi padre estará encantado de recibir a un cliente como ese. Uno con suficientes demandas como para que no tenga tiempo de investigar en profundidad a la firma de abogados que, en teoría, los salvará para seguir en el mercado.

—Pero ¿cómo?

—No sé cómo lo hizo y, tampoco quiero saberlo, pero Will... —negó con la cabeza—. Mi padre creó una base de datos predictiva. La usa con sus potenciales clientes, generalmente, para llenarlos de preguntas inútiles y hundirlos en trámites y papeles. Lo que él no sabe es que tenemos toda la información, por lo que será él quien tendrá que trabajar. Créeme, lo que van a presentarle es sólido; quedará encantado. Hará todo lo que esté en sus manos para ganar la confianza de sus nuevos clientes, apenas saque la cuenta de cuánto puede ganar si los representa. Si se sumerge en el caso, bajará la guardia.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Hamilton me miró, se pasó las manos por la cara y se apretó los ojos con los dedos.

—Podría decirte que es una larga historia, pero la verdad, es que no. —Cruzó las manos sobre la mesa—. Mi padre es mejor vendedor que abogado; sin embargo, ha sido capaz de combinar ambas cosas, y cuando de impresionar a gente que no lo conoce se trata, es un encantador de serpientes. —Pasó el dedo por el borde del vaso—. Es un hombre inteligente, culto y que siempre tiene anécdotas que contar. Con los años consolidó una base de datos que contiene tipos de causas y mercados. Eso le permite anticipar, de cierto modo, qué tipos de demandas podrían llegar a sus manos. Calcula los costos, proyecta los resultados; pero lo más importante: estructura la estrategia, comienza a retrasar a los clientes, a «sugerir» —Hizo el gesto de las comillas con los dedos—, nuevas formas de abordar los casos. *Hamilton & Nielsen* no solo cobra por resultados, lo hace también por hora y a precios astronómicos.

—Entiendo.

—El punto es que, te aseguro que comenzará con el conteo de billetes antes de que Grant deje el edificio. El caso que le presentarán tiene sus características favoritas: burocrático, masivo, de alto costo y, potencialmente mediático. —Apretó los ojos y, después, se miró las manos—. Estoy seguro de que con *UPharmaceutics*, creará que logrará desviar la atención de las demás acusaciones y, sobre todo, de la demanda de ICTI.

—Pero no pueden arriesgarse —interrumpí.

—No lo haremos. Creerá, por un rato, que ha ganado al cliente, pero...

—No lo hará.

—Sí que lo hará.

—¿Por qué nadie me lo había dicho?

—Kai, te asignaron el caso ayer, antes de que nos enteráramos de que se había inundado tu apartamento, y el resto del día fue un caos. —Se pasó las manos por el pelo—. Hoy es nuestra primera reunión con ICTI, por eso te estoy contando lo que estamos haciendo.

—¿Estamos?

—Sí, estamos. Trabajo para GBS, Kai, no para ti.

CAPÍTULO 20

Connor

En segundos vi pasar diferentes emociones por el rostro de Kai, pero las determinantes fueron: sorpresa y después, ira. Cruzó los brazos contra su pecho y arrugó la nariz.

—Déjame ver si estoy entendiendo —comenzó—. Plantaron micrófonos ilegales, inventaron una empresa «fantasma» —contaba con los dedos—, y consiguieron una reunión con *Hamilton & Nielsen* con falsos pretextos.

—Sí.

—Vale —suspiró—. Si no te molesta la pregunta... ¿Se podría saber por qué? ¿Qué se supone que van a sacar de esto? Que estén escuchando a tu abuelo, podría entenderlo, pero lo de la reunión con tu padre... Fíjate que no..., no logro comprenderlo.

—Necesitamos conseguir información sobre transacciones y transferencias fuera del país. —Se bebió el resto del agua—. Pero la de los clientes directos de mi padre. Aquellos que no son representados, necesariamente, por la firma. Por otro...

—¿Van a *hackear* los sistemas?

—¿Cómo deseas que responda a tu pregunta?

—Me estás jodiendo, ¿verdad? —La veía con ganas de levantarse de la banqueta, pero la curiosidad parecía detenerla.

—Pues... Negación plausible, Kai.

—Oh, Dios. —Arrugó la nariz—. ¿Sabes? No quiero enterarme de más... No por ahora. Me voy a la ducha.

Se levantó y la perdí de vista.

Después de que dejé los platos en el lavavajillas, volví a la sala. Todo estaba tal cual como lo habíamos dejado la noche anterior, las cajas, el televisor... Ofrecería mi ayuda «como buen vecino» en cuanto llegaran los muebles.

Volví a sentarme en la banqueta y leí los mensajes que había enviado Harrison. En resumen, mi abuelo se dedicaba a «descansar», interrumpido, exclusivamente, por el par de chicas de veintipocos años que había llevado con él. El personal de servicio solía arreglárselas para ser invisible, por lo que se las había apañado para conseguir fotos bastante explícitas sobre sus «entretenimientos». Debía reconocerlo, el viejo de ochenta y cuatro años todavía se las arreglaba para tener una erección, era un milagro. Si lograba o no satisfacer las necesidades de las señoritas, era otro caso.

Oía suaves ruidos y la curiosidad por descubrir, exactamente, a qué correspondía cada uno, me estaba matando. Si sostenía con las manos la toalla alrededor de su cuerpo, si saltaba en un pie porque todavía no terminaba de vestirse y ponerse la bota, si llevaba una bata de seda y miraba en el vestidor, qué se pondría, si la elección de su ropa interior tenía alguna lógica, si era de seda o encaje... Las posibilidades eran infinitas y las ganas de indagar me consumían. Después de todo, una mujer semidesnuda a pocos metros era una distracción para todos los

hombres; yo no sería la excepción.

—¿Te falta mucho? —dije, alzando la voz.

—¡Diez minutos!

—¿Dónde guardas el café?

—¿Qué? —Asomó la cabeza.

—La cafetera está sobre el mueble, ¿preparo café?

—Oh..., eh..., pues, si quieres. —Movié la cabeza hacia el lado—. El grano y el molinillo están en el segundo cajón.

Pues no estaban ni en el segundo ni en el tercer cajón. Los encontré en el mueble que estaba al lado izquierdo del frigorífico. Revisé todos los cajones; la despensa estaba vacía, a excepción del café.

—¿Te apetece una taza?

—No, no gracias —gritó desde su habitación.

Porque me consideraba un hombre práctico y llevaba tantos años haciendo la compra del supermercado, que llenar el carro en la aplicación no me llevó más de cinco minutos. Después de enviarle un mensaje a Kylie, cogí una taza pequeña. Un expreso sería más que suficiente.

Lo primero en aparecer fue su aroma a vainilla, suave e intenso a la vez. Luego, el sonido de sus pisadas irregulares, un zapato y la bota ortopédica no eran la mejor combinación si de pasos firmes se trataba. Tenía en la mano un bolso color marrón oscuro y la chaqueta enrollada en el brazo. Los dejó sobre la banqueta y terminó de acomodarse el pelo con los dedos.

El tipo de cliente con el que nos reuniríamos era de la clase que ameritaba llevar impecables trajes y corbatas. Lograr que una bota ortopédica funcionara dentro del estándar, no era tarea fácil ni para cualquiera. Kai acababa de pasar la prueba con honores. Llevaba unos pantalones ajustados azules que, al igual que sus pantalones de yoga, no interferían con las curvas y le permitían usar zapatos bajos. La chaqueta del mismo color, que parecía dos tallas más grandes, aunque se ceñía perfectamente a su cintura, le daba un toque sofisticado y relajado.

Su cabello caía en una cascada de rizos y, el suave brillo rosa en sus labios; sentí que debía contemplarla por un momento. No era su estilo habitual. No llevaba un traje de alta costura diseñado para convertirse en coraza ni la clase de armadura que cargaría si fuera a la guerra.

—Guau... —Me arrancó un suspiro y las palabras—. Te ves..., hermosa.

—¿Mmm?

—Muy bonita —me aclaré la garganta y sonreí.

—Gracias..., supongo.

En la mano tenía un colgante *Chanel*. De una cadena de oro blanco colgaba un diamante pequeño que parecía punto de luz.

—¿Me ayudas?

—¿Qué?

—Agarra esto. —Me pasó el collar y, con las manos, acomodó su cabello hacia el costado.

Me paré detrás de ella, podía sentir el aroma de la esencia de su piel, tocar su largo y estilizado cuello. Me aclaré la garganta cuando traté de enganchar el broche y fallé por primera vez, era demasiado pequeño para mis manos.

—¿Algún problema? —preguntó cuando fallé por segunda vez.

—Ya..., casi —respiré profundo e hice el último intento—. Ya está.

—Gracias. —Lo acomodó sobre su escote y giró para mirarme—. Es el único que tengo aquí. Hablaré con mi hermano, mis joyas están en la caja fuerte.

—¡Oh! —Eso no me lo esperaba—. ¿Tienes muchas?

—Pues... —respiró y se tocó el collar—. Una pequeña gran fortuna —negó con la cabeza—. No me mires así, ¿quieres?

—¿Así cómo?

—Me estás juzgando.

—No.

—Escucha —comenzó—. Soy una mujer soltera, independiente, tengo un buen salario, soy ordenada y no tengo deudas. —Se encogió de hombros—. Me gustan las joyas y los zapatos.

—Está bien.

—No me mires así. —Levanté las manos, era una pelea que no intentaba dar, era mejor darme por vencido antes de empezar.

—Escucha —sonreí, arrugaba la nariz, otra vez—. No te estoy juzgando, ¿vale? Eres libre de hacer lo que quieras con tu dinero y no tienes por qué darme explicaciones. Ni siquiera he preguntado.

—Pero ibas a hacerlo.

—No. —Avancé hacia ella.

—Escucha, Hamilton. —Con el dedo índice agarré su barbilla y la obligué a mirarme a los ojos.

—Connor —dije en voz baja, no pude evitarlo; pasé el pulgar por la comisura de sus labios.

—Eh...

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme por mi apellido? —Tracé la línea de su mandíbula con la yema de mis dedos.

Cerró los ojos y respiró profundo. El tiempo parecía detenerse en ese espacio, en esa burbuja que se creaba a nuestro alrededor cuando estábamos cerca. De pronto, las voluntades opuestas se desvanecían, las opiniones divididas dejaban de importar y los hechos del pasado se perdían en la oscuridad de la memoria colectiva.

—¿Cuándo? —negó con la cabeza y apretó los labios.

—Escucha, Connor —suspiró.

—Buena chica —gruñí. Su pecho subía y bajaba, podía verle el pulso en la base del cuello y las pupilas dilatadas que oscurecían, aún más, su aguda e intensa mirada.

Nos enfrentábamos, nos acercábamos, respirábamos el mismo aire y algo, algo que estaba fuera de nuestro control, giraba a nuestro alrededor, movía la energía en forma inversa.

El ímpetu más básico parecía querer apoderarse de la poca y nada consciencia que me quedaba, la sangre hervía en mis venas y el autocontrol del que siempre me había sentido orgulloso estaba a punto de saltar por la ventana.

—Connor —dijo Kai y dejó que sus ojos penetrantes hicieran añicos lo que me quedaba de voluntad—. Eh..., yo...

—¿Sí? —Apreté los puños y di un paso atrás.

Tenía ganas de agarrar su cabello con la mano, enrollarlo entre mis dedos y jalar. Oírla gemir cuando el arco de su cuello quedara descubierto y listo para que mis labios comenzaran el ataque. Primero con besos y luego, con mordiscos que la hicieran gritar de deseo.

—Debemos irnos —se aclaró la garganta.

—Sí, tienes razón.

—¿Podríamos bajarnos en el tercer piso? —preguntó cuando nos subimos al ascensor—. Quiero coger un par de botellas de agua.

Eran las diez de la mañana. Teníamos tiempo para hacer una parada, nada más. Originalmente, debíamos llegar con tiempo suficiente como para revisar la carpeta que tenía Russell con todo lo que había logrado averiguar sobre ICTI; con suerte leeríamos el índice.

CAPÍTULO 21

Kai

Le sonreímos a todo el mundo, saludamos como si fuera de lo más natural y nos consumi6 el silencio cuando llegamos al coche. Connor, por supuesto, insistió en ayudarme a subir. Quise negarme, le dije que no, tres veces, pero, aun así, con una mano firme en mi cintura y la otra en mi antebrazo, se las arregló para depositarme en la camioneta *Volvo* de la flota de mi hermano.

Me apreté la rodilla derecha cuando atravesamos la avenida principal. Mi compañero de ruta había dejado escapar, varias veces, una mueca burlona cuando me vio moviendo la pierna frenéticamente hacia arriba y hacia abajo. Solo mis hermanos sabían de ese «pequeño» tic; comenzó el día que murió mi madre, cuando sin que me explicaran lo que estaba pasando, me quedé esperando en la oficina del rector por más de cinco horas; tenía seis años. Sin embargo, nadie, absolutamente nadie más, sabía que movía la pierna sin parar cuando estaba ansiosa, nerviosa, angustiada, pero, sobre todo, asustada.

En las últimas tres horas había cambiado la dinámica entre él y yo; tenía que descubrir por qué. Dudaba que fuera por sus «confesiones» sobre lo que estaba haciendo GBS; sin embargo, no lograba sacarme de la cabeza la manera en que me miró cuando me vio de regreso en la sala. Tampoco lo que sentí con lo que parecieron caricias escondidas tras la excusa del broche del collar y sus grandes manos rozando mi piel.

Que me pidiera, sin rodeos, que le llamara Connor, rompió algo dentro de mí. Los escalofríos que me recorrieron cuando le oí decirme: «buena chica», fueron tan reales, que mi sangre comenzó a calentarse y casi llegó al punto de ebullición. Pronunciar su nombre quebró la determinación que, hasta entonces, me había llevado a despreciarlo con tanta vehemencia.

—¿Max te hizo algún adelanto sobre ICTI o Robert Baker?

—No —respondí. Miré por la ventana y volví a apretarme la rodilla—. Solo sé que recibieron datos anónimos. Una serie de correos electrónicos con información detallada sobre compra de acciones ordenadas y aprobadas por tu padre que se repitieron en reiteradas ocasiones y en momentos clave. Entiendo que tienen el detalle de la evasión de impuestos de los últimos cinco años. No es necesario que te explique qué es lo que va a hacer Hacienda en cuanto tenga esas cifras. —Respiré profundo—. Hasta donde sé, también, cuentan con la información del capital utilizado para la compra de terrenos para torres y plantas. Está el registro de las transacciones, pero no existen documentos de compraventa ni escrituras de propiedades. Desconozco las cifras, pero a estas alturas, dudo que sea relevante.

—Para que una empresa como ICTI arriesgue el cierre, en el mejor de los casos, o la quiebra, en el peor, no da lo mismo.

—Dime, ¿cuál es la diferencia? Si estamos hablando de uno, diez o cien..., siguen siendo billones de dólares, la diferencia está en sí, es uno o dos ceros más a la derecha.

—Kai —negó con la cabeza—. No conozco sus estados contables, pero estamos hablando de mucho dinero.

—Lo sé..., a lo que me refiero es que, la primera prioridad es: Hacienda, el Tribunal

General, y la Comisión de Prevención y Blanqueo de Capitales.

—Pero la recuperación de activos —dijo y me miró antes de estacionarse en el edificio donde estaban las oficinas de Russell y asociados.

—No tenemos idea de si será posible recuperar un peso, Hamilt... Connor.

—Muy bien —dijo con la voz grave—. Buena chica.

De inmediato pensé que el elogio se debía a mis comentarios sobre las prioridades en el caso, pero sentí como si una plaga de mariposas revolotease en mi estómago cuando caí en la cuenta de que lo había dicho porque le había llamado por su nombre de pila por segunda vez.

Se me aceleraba el corazón. A pesar de que sonreía, como siempre, su tono dominante llevaba un golpe de electricidad a mi centro y, una exquisita humedad se instalaba entre mis piernas.

—¿Lista? —preguntó cuando abrió la puerta del pasajero y me ofreció ayuda para bajar del coche.

Me había acostumbrado a caminar con la bota ortopédica, pero eso, no significaba que pudiese hacerlo rápido. Como si necesitara guía, Connor apoyó su mano en mi espalda baja y se acopló a mi ritmo.

—¡Hola, mi niña! —gritó Ángela con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Cómo estás! —saludé, de verdad me daba gusto verla.

Ángela era como una madre para varios de nosotros. Ni siquiera mi jefe se salvaba. Mandoneaba a todo el mundo, aunque siempre con ese tono que oscilaba entre: el de un sargento con sus nuevos reclutas, al de una abuela con sus nietecitos de tres años. Que llamara a John y luego a Max el día en que me esguincé el tobillo, era esperable. Que me hubiera enviado mensajes todos los días desde entonces, también. Parecía tener la necesidad de estar al tanto de la vida de todos a los que, como decía ella, había adoptado. Era lo más lejano a una chismosa que había conocido, aunque solía meter la nariz en lo que consideraba apropiado, siempre, con las mejores intenciones. Dudaba que tuviera arrepentimientos por las líneas que había cruzado, Max podía dar testimonio de eso.

—Oh, ¡Connor! ¿Cómo estás? —Le sonrió como si lo viera todos los días.

—¿Se conocen? —pregunté, curiosa.

—Sí —contestó él y estrechó su mano.

—Por supuesto —agregó ella con más que una sonrisa en los labios.

—Oh..., ya veo. —Me sentí frustrada.

No sabía qué pensar sobre la familiaridad que parecía tener con todos los que pertenecían a mi círculo cercano. GBS era el mejor ejemplo, todos parecían encantados con su llegada. Pero que Max confiara tanto en él como para haberlo recomendado con mi hermano, en primer lugar y, luego, para asignarlo como segundo en el caso, era más que suficiente.

—Max está al teléfono. —Miró el intercomunicador sobre su escritorio—. Le avisaré que llegaron apenas termine.

—No pasa nada, estaremos en mi oficina. —Apreté la tira de mi bolso y caminé derecha por el pasillo con mi nuevo compañero pisándome los talones.

Amaba mi oficina. La vista, la luz, el espacio, la estantería con libros de pared a pared. Había logrado tanto en ese lugar, había cumplido sueños sentada en ese escritorio y había llorado derrotas encerrada en esas cuatro paredes.

—¿Te apetece algo? Voy a pedir más agua.

—Sí, gracias. —Miró por la ventana; estábamos en el piso quince.

—¿Qué?

—¿Ah?

—Que, ¿qué quieres?

—Oh, agua, agua está bien. —Agarré el intercomunicador y llamé directo a la cafetería.

Una vez en mi escritorio saqué el portátil de mi bolso, lo desbloqueé con mi huella y dejé que se descargaran los correos electrónicos. No tenía muchos pendientes, había estado conectada casi toda la semana.

—¿Puedo? —Ángela asomó la cabeza—. Aquí. —Traía unas carpetas, le entregó dos a Connor y luego, dos a mí—. Este es el resumen de la primera reunión con el señor Baker.

—¿Estuviste ahí? —pregunté y ella negó con la cabeza—. Max le pidió autorización para grabar la reunión, la transcripción la hizo una de las mecanógrafas.

—Oh..., vale.

—Hay dos —siguió—. En la primera, encontrarán el detalle de la conversación y, en la segunda, un informe con todos los documentos que tiene ICTI en su poder y que ya nos ha entregado.

—Comenzaré con el dossier de la reunión —dijo Connor cuando Ángela nos dejó a solas. Se desabrochó el primer botón del traje y se sentó en el sofá de la esquina.

—Vale. —Abrí el primer cajón de mi escritorio y saqué las gafas con apuro, había olvidado ponerme los lentes de contacto. Connor levantó la vista sin mover la carpeta y sonrió.

Oí tres golpes en la puerta, eran tan familiares que, ni siquiera, pregunté quién era antes de decir: adelante.

—Buen día.

—Buenos días, Max —saludó Connor después de levantarse para estrechar su mano.

—Hola —saludé—, ¿cómo estás?

—No te levantes —dijo, autoritario como siempre.

Connor había vuelto a abrocharse el primer botón del traje con un gesto elegante, casi imperceptible; como si fuera cosa de todos los días.

Había códigos básicos en el mundo de los hombres de negocios, pero la clave estaba en la ejecución, la sutileza, la determinación y la dominancia. El caminar, la postura, el cómo gesticulaban o, el lugar preciso en el que dejaban caer las manos sin importar que estuvieran relajados o bajo presión. Se leían entre ellos, se pesaban en segundos y, el que lograba la ventaja, era el que se imponía tras la observación, gracias a su propia perspicacia.

Max era un genio, era capaz de dominar un salón solo con su presencia. Pero cuando su intención era desarmar a un adversario, los efectos eran abrumadores, los reducía en cuestión de minutos.

La reunión que tuvimos en GBS fue informativa. Connor hizo algunas preguntas y no demostró sorpresa; no reparé en nada más. Dejé pasar demasiados detalles por culpa de mi estado de shock.

Connor tenía la misma prestancia que Max. Se movía y gesticulaba en el mismo rango y, aunque en la situación en la que nos encontrábamos no era una amenaza, cualquiera que desconociera el contexto podría pensar que luchaban por el poder en la conversación y el puesto en la cadena de mando.

CAPÍTULO 22

Connor

Kai escuchaba atenta. Max nos explicaba sus impresiones sobre Robert Baker, esas que no estaban escritas en el informe. Las que hablaban sobre la reacción visceral del hombre frente a ciertas preguntas, su expresión al relatar los hechos y la esperanza en sus ojos al contemplar las posibilidades.

Para mí, era suficiente. Para Kai; sin embargo, no. Nunca había visto al hombre, pero conocía un poco más el contexto. Sabía con exactitud la información que contenía el reporte y las «promesas» que, de seguro, le habían hecho en *Hamilton & Nielsen*.

—¿Vas a estar presente? —preguntó Kai.

—Solo para hacer las introducciones. —Max se encontraba sentado frente a nosotros en uno de los sitiales de estilo Victoriano.

—¿Qué crees que opine el señor Baker de que seamos dos los encargados de su caso? —preguntó Kai.

—En la reunión conversamos, principalmente, de las necesidades de la compañía. Sabes que siempre me reservo la opción de rechazar un caso. Por lo mismo, me dediqué a oír sus preocupaciones y aportar con lo mínimo, que era, decirle por dónde comenzar con la auditoría. —Cruzó una pierna sobre la otra y con los codos apoyados en el reposabrazos, entrelazó las manos frente a su pecho.

Se le veía tranquilo, aunque reflexivo. Con el ceño fruncido, parecía estar profundamente perdido en un pensamiento.

—Es un hombre honesto y, claramente, fue engañado. Hay tantos detalles que desconocemos, que parece haber sido un trabajo de joyería.

—¿Se sabe quién envió esos correos electrónicos? —preguntó Kai y Max negó con la cabeza.

—De lo profundo de la *Dark Web*, me temo. No hemos encontrado rastros.

—¿Ni siquiera GBS?

—Siguen investigando, pero hasta el momento, nada —contestó sin que se le moviera un músculo de la cara.

El intercomunicador interrumpió el silencio, afortunadamente. No me gustaba la idea de que Max Russell tuviera que mentir por mi causa.

—Robert Baker está en el salón —anunció su asistente.

—Gracias, Ángela —respondió y levantó una ceja. La señal fue, había llegado el momento.

Las oficinas de Russell y asociados eran increíbles. Amplias, luminosas, espaciosas y modernas. Era la mejor firma del país y, en ninguna parte, había rastros de opulencia o presunción. El salón se encontraba en el último piso, en la esquina opuesta a la oficina de Max. Una gran mesa de reuniones, con más de dieciséis sillas a un costado y una sala con dos

seccionales y cuatro sitiales Victorianos.

—Buenos días, Robert —saludó Max—. Te presento a Kai Gibson y Connor Hamilton.

—Mucho gusto —contestó el hombre y estiró el brazo para estrechar nuestras manos.

Robert Baker me miró de arriba abajo. El hombre no era, en absoluto, como me lo imaginaba. En lugar de ser un regordete de escaso pelo blanco y de no más de un metro setenta, era alto y atlético, con algunas canas en los costados de su abundante y brillante cabello. Tenía una sonrisa blanca, agradable e iba perfectamente vestido, como un caballero moderno, listo para ir a la guerra.

—Igualmente —dijo Kai. Llevaba las carpetas y su *iPad* bajo el brazo.

Max indicó con la mano hacia la mesa. Se sentó en la cabecera, Robert Baker, a su derecha; Kai y yo, a su izquierda.

—Así que el famoso Connor Hamilton —agregó el presidente de ICTI sin perder el tiempo.

—Famoso o infame —sonreí. Apoyé la espalda en la silla y los codos en los reposabrazos—. Todo depende del contexto o de la interpretación.

—¿En serio?

—Puedes elegir la versión que prefieras —concluí.

—Kai y Connor se harán cargo del caso —comenzó Max—. Kai es la mejor abogada que tiene esta firma. Connor, por su parte, nos apoyará como consultor. Trabaja para...

—GBS Security —interrumpió Baker.

—Así es —continuó Max.

—Y tú, Kai, si estoy entendiendo bien, eres hermana del dueño, ¿verdad? —interrumpió de nuevo.

—Sí —respondió ella.

—¿Hay algún problema? —preguntó Max.

—Ninguno.

—Veo...

—Puedo saber, ¿por qué? —inquirió Baker.

—Aparentemente, no fui claro —agregó Max; cambió la cadencia de su voz—. Kai es la mejor que hay en esta firma.

—No me refería a ella —replicó Baker.

—¿Lo dices por mí? —No necesitaba que Max me defendiera.

—Sí. —El hombre imitó mi postura y levantó una ceja, desafiante.

—Será tu decisión si quieres, o no, trabajar con nosotros —aclaré, con más autoridad que la que tenía—, aunque es importante que sepas que Kai y yo, somos un equipo, no venimos por separado. —Me acerqué a la mesa y apoyé los antebrazos—. Es cierto, trabajé dos años en *Hamilton & Nielsen* y, sí, también es mi apellido el que está estampado en los membretes. —Levanté la vista y lo miré directamente a los ojos—. Pero voy a hacer esta aclaración, una sola vez, seré específico y, como entiendo que eres un hombre inteligente, sacarás tus propias conclusiones.

Robert Baker apretaba la mandíbula y, una vez más, imitó mi postura. Se acercó a la mesa y cruzó los dedos de las manos. Max, por su parte, seguía apoyado en el respaldo de su silla con el codo en el reposabrazos y los dedos índice y pulgar firme en su barbilla. Analizaba, oía, se preparaba para tomar una decisión que nada tendría que ver con el caso ni las necesidades de ICTI ni la opinión de su presidente.

—En la prensa han aparecido todo tipo de chismes del porqué salí de la firma. Del mismo modo, las teorías sobre el estado de la relación entre mi padre y yo son infinitas. Me gustaría pensar que, bastaría con decir que nuestros principios son opuestos y que nos regimos por un compás moral diferente. Pero sé que no es suficiente y que, para muchos, tú, incluido, no es más que un puñado de palabras sin honor. —Kai comenzó a mover la rodilla. Su muslo estaba, prácticamente, pegado a mi pierna y podía sentir los nervios corriendo por sus venas—. Fui la primera persona en hablar de prácticas fraudulentas en el directorio, lo que, como comprenderás, no le hizo gracia a nadie. También fui el responsable de la caída de las acciones cuando preparé el informe financiero para los accionistas.

Kai y Baker abrían los ojos como platos tras cada confesión. Ninguna podía ser considerada delito, ya que estaba dentro de los parámetros de mi rol cuando pertenecía a la firma.

—¿Tú? —preguntó ella y asentí.

—¿Traicionaste la confianza de tu padre? Y, ¿fuiste en contra de las políticas de la compañía? —preguntó Baker.

Kai detuvo el movimiento de su pierna, exactamente, por cinco segundos; empezó a agitarla aún más rápido. Bajé la mano con determinación, apoyé la palma sobre su rodilla y apreté.

—¿Consideras una traición a la confianza, encarar a alguien por prácticas fraudulentas que incluyen mentirles a sus clientes? ¿A clientes como tú? —Levanté la barbilla y acaricié la pierna de Kai, sabía que estaba a punto de moverla otra vez—. ¿No te parece que los accionistas deben saber en qué tienen invertido su dinero? Como dije antes, puedes elegir la versión que más te guste, «famoso o infame».

Kai contenía el aire, Max asentía y Baker me miraba de arriba abajo.

—¿Entonces? —pregunté.

—No conocía tantos detalles —comenzó—, pero era justo lo que quería escuchar.

Kai suspiró. Aparentemente, llevaba minutos conteniendo el aire.

Max no movió ni un músculo y Baker se levantó, se inclinó sobre la mesa y estiró el brazo. Imité el movimiento y estreché su mano.

—Infame —agregó con una sonrisa—. Esa es la versión que me gusta, si hay a alguien a quien quiero de mi lado, es al infame.

Kai soltó una risa aguda y tuvo que sacarse las gafas para secarse las lágrimas que caían tras cada carcajada.

La tensión comenzó a disiparse cuando entramos en los detalles. Baker nos relató, paso a paso, lo que sucedió desde el momento en que recibieron su primer correo electrónico con la aprobación de una inversión de cuatrocientos millones por una propiedad fantasma. Lo que siguió, fueron comprobantes de transferencias a paraísos fiscales por montos, pequeños, pero regulares, que sumaban cifras obscenas bajo glosas genéricas. De no ser porque había rastros del ingreso de esos montos a cuentas de *Hamilton & Nielsen*, habría sido imposible asociarlas. Russell y asociados ya contaban con esa información, Robert Baker se la entregó a Max el día en que él decidió aceptar el caso.

—Comenzaremos con el análisis de inmediato —concluyó Kai cuando terminábamos la reunión—, estaremos en contacto.

—Tienes todos mis datos —agregó Baker que, por fin, se había relajado.

—Y usted tiene los míos.

—Tú —le corrigió con demasiada galantería—. Por favor, llámame Robert.

—Claro, Robert —repitió Kai—. Tienes mis datos, Robert. Puedes llamarme para lo que necesites.

—Para lo que necesite —dijo él y sonrió—. Cuenta con ello. —Me miró—. Connor, de nuevo, me alegra mucho tenerte en el equipo.

—Por supuesto. —Estrechamos las manos.

Nos acercamos a la puerta y, antes de irse, Baker giró para sonreírle a Kai después de mirarla de arriba abajo.

Afortunadamente, no se dio cuenta, se le había enganchado una de las tiras de velcro en la silla.

CAPÍTULO 23

Kai

Conté hasta diez por última vez y volví a ajustar la tira. De tanto mover la pierna, misteriosamente, se me enredó una en la rueda de la silla.

—¿Qué les pareció? —preguntó Max. Robert Baker acababa de abandonar la sala, aparentemente, contento con el equipo que había conseguido.

—¿Lo sabías? —le dije a Max, levantando la voz por primera vez en mi vida—. Sé que sabes a qué me refiero —insistí.

Había vuelto a sentarse en su lugar habitual. Me miraba con sus ojos serenos, pero inquisidores, con el codo apoyado en el reposabrazos y la mano alzada sosteniendo su rostro; con el dedo pulgar en el mentón y el índice sobre su mejilla, analizaba. No necesitaba un manual para saber qué estaba pensando, no estaba acostumbrada a ser yo la que estuviera del otro lado.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste? —chillé.

—¿Habría cambiado en algo la situación? ¿Habrías rechazado el caso? —Max cogió el móvil que estaba en el bolsillo interior de su chaqueta y mandó un mensaje.

—¡Y tú! —gruñí. Connor se había sentado frente a mí, ya no parecíamos estar del mismo bando—. Deberías haber sido el primero en dar un paso adelante, deberías...

—No podía —contestó.

—¿Qué? ¿Cómo es eso? ¿Por qué no?

Ángela entró casi sin hacer ruido y me entregó una carpeta.

—Gracias —le dijo Max—. Ábrela.

—¿Qué es esto?

—Abre la carpeta, Kai.

—¿Un NDA^[3]?

Las firmas de Max, Knox y Connor figuraban al pie del documento. En resumen, señalaba que, mientras no se asignara al abogado responsable del caso, la información sobre su rol en el informe financiero y levantamiento de prácticas fraudulentas no sería revelado. Como si eso no fuera suficiente, había sido notariado tres semanas atrás.

—¿Sabías que ICTI vendría a pedir que los representáramos?

—No —contestó Max; me sentí estúpida.

Éramos el mejor estudio de abogados del país, obviamente, vendrían por nosotros.

—Tú... ¿Él? —indiqué con el dedo a mi compañero asignado—. ¿Mi hermano y tú lo contrataron para que se hiciera cargo de esto? ¿Lo planificaron? ¿Lo que...?

—¿Piensas que la única razón por la que alguien podría contratarme es por esto? —interrumpió Connor, que me miraba sin pestañear y las manos entrelazadas sobre la mesa.

—¿Acaso tienes otros aportes?

—Basta, Kai —dijo Max desde la cabecera.

—La contratación de Connor, tanto para GBS como para Russell y asociados, tienen directa relación con sus habilidades profesionales y, que esté asociado con el caso ICTI, fue una coincidencia. No tengo que darte explicaciones por mis decisiones, Kai. —Seguía en la misma posición, analizando—. No sé cuál es tu problema y, sin ánimos de ofender, llega hasta aquí. —Su voz era cada vez más grave, era una advertencia—. Necesito que pongas de tu parte, que seas la abogada que conozco, la mejor que ha trabajado en esta firma. —Se levantó y dejó la mano izquierda apoyada sobre la mesa—. Dime, ahora, si puedes manejarlo.

—¿Cómo?

—Ahora, Kai. —Pegó suavemente con los nudillos—. Si no eres capaz de manejarlo, quedas fuera.

—¿Qué?

—Me oíste.

—Pero Max.

—Estoy esperando la respuesta, Kai —negó con la cabeza—. No puedo obligarte a trabajar con alguien en quien no confías, menos, en estas circunstancias. Debes entender que lo hago por el bien de nuestro cliente y por el tuyo, no te voy a quemar en un caso como este, eres la mejor que tengo y jamás te pondría en riesgo.

—Max..., yo —balbuceé.

—¿Entonces? —preguntó Max y miré a Connor de arriba abajo.

Sabía que llevaba varios minutos observándome, podía sentir sus ojos quemándome la piel. Estaba de pie frente a mí, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra, estirada sobre la mesa.

—Es la mejor —interrumpió—. Es la mejor, créeme. Puede hacerlo, tienes que darnos una oportunidad —continuó—, somos un equipo.

—Hecho —sentenció mi jefe—. No quiero problemas, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, tienes mi palabra —contestó Connor y asintió.

Muda, los malditos me dejaron: muda.

Después de que Max nos dejó en el salón, Connor se paró frente a la ventana con los brazos cruzados alrededor de su pecho.

—Tú puedes —dijo con voz calmante—. No estaba autorizado; te lo habría dicho tres minutos después de que te asignaron el caso, Kai.

—¿Pero por qué un NDA?

—Eso, «querida», tienes que preguntárselo a tu hermano.

—¿Knox? ¿Fue idea de Knox? —asintió—. No... ¿No fue, Max?

—Nop.

—No entiendo. —Rodeó la mesa y, cuando llegó a mi lado, me ofreció la mano.

—Yo tampoco, pero tenemos que dejar las cosas en claro. —Me hizo levantar la vista cuando, con los dedos índice y pulgar, agarró suavemente mi barbilla—. Mírame. —Había cerrado los ojos, me tiritaban las piernas y su aroma me envolvía—. Mírame —advirtió con la voz grave—. Buena chica —dijo cuando abrí los párpados lentamente.

La marea parecía desatada detrás de sus ojos azules, sus dedos me quemaban y se me erizaba la piel. Cada una de mis células se encontraba en alerta, cada uno de mis sentidos se había agudizado; tenía consciencia de su cuerpo, de su calor, de lo cerca que estaba.

—No solo somos capaces; no hay nadie mejor que nosotros para este trabajo. —Acarició la línea de mi mandíbula y dejó caer el borde de su dedo pulgar por la comisura de mis labios—. Tú y yo, querida Kai. Tú y yo.

No pude evitarlo y, con los ojos cerrados, hundí mi rostro en la palma de su mano y me dejé llevar como si estuviera a la deriva.

—¿Estás bien? —preguntó cuando apoyó su frente contra la mía. Asentí sin palabras—. Todo estará bien, ya lo verás. —Me abrazó y estuvo a punto de quebrarme. Me sentí protegida, contenida, segura y tranquila.

Por primera vez en años no tuve que forzar que el aire saliera de mis pulmones. Por primera vez en mi vida me sentí en un lugar seguro. Por primera vez quise quedarme, quise aferrarme, pedir, rogar y, soltar el control. Connor me corrompía, como si se hubiera decidido a romper todos los cimientos que tanto me había costado sostener y atravesar las paredes que me había llevado años blindar.

—Vale, querida Kai. Debemos irnos, tenemos mucho que hacer, el día está recién empezando.

—Son las tres de la tarde —reclamé con una sonrisa, después de que vi la hora en el móvil.

—Pues, está empezando en alguna parte del mundo. Vamos, bonita. Es hora de almorzar.

Ya en el coche me sentía más liviana, a pesar de que seguía sintiendo que me había ganado un pasaje de ida a la casa del perro.

Trabajar en GBS no era, precisamente, lo que estaba esperando, aunque entendía las razones: Connor y yo viviendo bajo el mismo techo, literalmente, porque éramos vecinos; acceso ilimitado a los sistemas seguros de GBS y a los servidores centrales de Russell y asociados. Era capaz de reconocer la brillante estrategia detrás del movimiento porque no tenía dudas de que terminaríamos metiendo la nariz en cosas ilegales, como, por ejemplo, procesar la información que consiguiera Harrison de la vigilancia del abuelo de Connor en la Costa Amalfitana. Un asunto de esa naturaleza no podía ser resuelto bajo el alero directo de Russell y asociados. Sabía que Max estaba dispuesto a ir lejos, mi hermano, de seguro, era el gran instigador. Comenzaba, también, a conocer a Connor y sus principios; pero, sobre todo, sabía hasta dónde yo era capaz de llegar.

Hamilton & Nielsen tenía los días contados.

CAPÍTULO 24

Connor

—¿Y esto? —preguntó Kai cuando abrió la puerta de su apartamento.

Le brillaron los ojos al ver el seccional en la esquina, la mesa de centro con frescas flores blancas, la mesa del comedor prístina, y la cocina completamente equipada.

—No se te ocurra repetir mis palabras porque voy a negarlo. —Caminó hacia la habitación—, pero, Dios, ¡cómo adoro a mis hermanos! Son lo peor porque quieren comprarme, pero los amo.

—¿Lo están logrando? —pregunté. Sonreía con una mezcla entre inocencia y altanería.

—Oh..., quiero ver la cama. —Se detuvo en la entrada de la habitación—. ¡Guau! Se ve incluso mejor de cómo me lo imaginé.

Jamás pensé que una habitación decorada con colores blancos y grises claros podría verse tan acogedora. Era evidente que Kylie conocía a la perfección los gustos de su hermana, que había aprovechado hasta el último minuto de su ausencia, y que había contado con la ayuda de un pequeño gran ejército; una sola persona no lograría eso en tan pocas horas.

El reloj daría las ocho de la noche en cualquier momento y, al menos yo, estaba cansado.

Kai me miró por el rabillo del ojo y, como si fuera una niña traviesa, se tiró sobre la cama.

—¡Oh..., qué placer! —gimió y el balanceo de sus pechos mientras se acomodaba y el tono sugerente de su voz, hizo que se me fuera hasta la última pizca de sueño—. No te estoy invitando a mi cama —dijo con una carcajada—, pero ven a ver esta delicia.

Salté con un poco más de gracia que ella y me tumbé a su lado.

—¿Ves?

—Sí.

Como si fuera de lo más natural, levantó los brazos, agarró los cojines por detrás de su cabeza, y arqueó la espalda; me liquidó con un gemido.

—Puedo dejarlos solos —dije después de asegurar mis manos, las cuales crucé sobre mi pecho.

—¿Ah? ¿A quién?

—A ti y tu nuevo colchón. No deseo interrumpir un momento tan..., íntimo. Les auguro un futuro próspero y satisfactorio.

—Eres..., —Imitó el cruce de manos sobre sus redondos pechos—, no puedes... —suspiró—, oh, eres un idiota —dijo con otra carcajada y trató de pegarme con el puño en el brazo.

—No, ¡oh! —Agarré su muñeca firme, pero sin fuerza—. ¿Qué crees que haces? —murmuré.

—Yo..., tú... —Tragó saliva y se mojó los labios.

—¿Ajá?
—Nada —mintió después de mirar mi boca.
—¿Nada? —La solté despacio.
—Nada —repitió.
—No te creo, pero si quieres que me haga el tonto, lo haré.
—¿Acaso piensas que me estás haciendo un favor?
—¿Un favor?
—Te crees tan... —Me empujó con una mano y aproveché el movimiento para agarrarla.
—¿Qué estás haciendo, ah? —le dije con un gruñido.

El marcador de la tensión que había entre nosotros oscilaba entre: alta, intensa y explosiva. La aguja había llegado al límite. Las ganas que tenía de cogerla y demostrarle quién estaba a cargo eran cada vez más poderosas. Todo en mi cuerpo clamaba por ella y, aunque mi erección frustrada siguiera quejándose, no era el momento para comenzar con las lecciones.

—Yo...
—¿Tú? —Levantó la barbilla y vi el espejo de mi propia lujuria impreso en su mirada.

Con un movimiento sutil y rápido, giré y, dejándola de espaldas en la cama, le sostuve las manos por encima de la cabeza. Sorprendida, dejó salir un gemido, cuando apoyé el antebrazo al lado de su cara; instintivamente, abrió las piernas y me instalé entre ellas.

—¿Tú? —pregunté otra vez.

La respiración de Kai había cambiado de ritmo, sus magníficos pechos subían y bajaban y, prácticamente, podía sentirlos rozando mi torso a través de las capas de tela que nos separaban. Arqueó la espalda, como si quisiera salir a encontrarme y, con un movimiento de caderas, comenzó a desafiar la voluntad de mi miembro desesperado. Las ganas que tenía de embestir sin piedad eran tal, que dudaba que pudiera resistir mucho más sin cometer una locura. Pero cuando cerró los ojos y buscó con la cabeza el calor entre mis brazos, el poco sentido común que me quedaba escapó por la ventana.

Hundí la nariz en la base de su cuello y oí el suave gemido que salió de su garganta. Dejé que mi mano derecha vagara libremente por el contorno de su cuerpo, deteniéndose estratégicamente en el borde de sus pechos, sin tocarlos. Con la nariz y la boca, seguí la línea desde su hombro hasta el borde de su oreja, de ida y vuelta, provocándole temblores involuntarios. Ya no forcejeaba para soltar sus manos, parecía haberse rendido, esperaba atenta el próximo movimiento y buscaba fricción cuando no recibía la atención que necesitaba. Con los ojos cerrados, se había perdido en suaves movimientos y caricias apenas intencionadas.

—Connor —susurró después de un serpenteo que comenzaba con ella arqueando la espalda y terminaba cuando me buscaba con la pelvis.

Agarré su pierna y la enrollé por encima de mi cadera, el punto de fricción a través de las capas quedaría asegurado. Apreté su trasero y la atraje hacia mí antes de coger su boca en un primer, suave y lánguido beso; se enganchó a mi cuerpo con la habilidad de un koala.

El gruñido que salió de mi propia garganta dejaba en evidencia mucho más que mis propias ganas. Me sentía como un salvaje a punto de destrozar su ropa, y enrollar mi puño en su cabello para dominarla, para demostrarle cómo debía pedir las cosas y cuál era la forma correcta de dar las gracias.

—¿Ansiosa? —le pregunté al oído.
—No —escuché tras un gemido.

—¿No?
—Mmm... —el jadeo fue sonoro, casi estridente.
—¿Kai? —pregunté de nuevo.
—¿Sí?
—¿Sí o no?
—¿Ah?
—Sí o no —insistí.

Abrió los ojos y sonrió. Se mojó los labios y, mirando mi boca como si no hubiese otra cosa en kilómetros a la redonda, arqueó la pelvis.

—Oh —gruñí—. ¿Eso fue un sí? —asintió y le solté las manos.

Cruzó los brazos por detrás de mi cuello y se mojó los labios. Respondió e imitó cada paso del próximo beso, mordisqueando mis labios, saboreando mi lengua, dejándose llevar por la exquisita sensación. La magnitud del deseo se disparaba fuera de la galaxia y sin rumbo determinado. Si seguíamos así, no tendría ninguna posibilidad de alegar locura temporal; todo era deliberado.

—¿Eso fue un sí? —Volvió a asentir mientras seguía besándome—. responde. —Movié la cabeza hacia arriba y hacia abajo—. Usa tus malditas palabras... ¿Eso fue un sí? —Con el puño le agarré el cabello y la obligué a levantar la vista para mirarme.

—Sí.

—Buena chica. —Jalando hacia el costado, despejé su cuello y hundí mis labios en el borde de su oreja—. ¿Viste que no era tan difícil? —Mordisqueé con suavidad—. Buena chica.

Metí la mano por debajo de la blusa que llevaba y seguí buscando, tentando. Si pensaba que sería rápido o tenía la ilusión de que sería delicado, estaba equivocada.

—¿Estás esperando una tarjeta de invitación? —reclamó después del quinto gemido de frustración y arrugó la nariz—. Si no...

—¿Desilusionada? —Me hiqué—. Levanté el dobladillo de la blusa hasta llevarlo por encima de su cabeza y le até las manos con las mangas—. ¿Mejor así?

—¡Ey! ¿Qué..., qué...?

—Me voy a hacer cargo de ti.

Antes de deshacerme de sus pantalones, recordé la bota ortopédica y, como era todo un caballero, desaté las tiras de velcro con cuidado, una a una. Deposité su tobillo sobre la cama, deslicé la tela desde la cintura hacia los pies, sin olvidar el tanga, y volví a atar la bota.

—Ahora tú —exigí.

—No, oh —sonreí. Hincado en el borde de la cama, me posicioné entre sus piernas y comencé el camino de besos húmedos subiendo desde la parte trasera de sus rodillas—. Primero tú.

—Pero... —Se mordió los labios y contuvo el aire cuando mordisqueé la cara interior de sus muslos.

—Quieta —lamí hasta llegar al punto en que se unía con el centro de su cuerpo—. Buena chica. —Soplé los costados.

Cuando noté que tenía intenciones de bajar las manos y agarrar mi cabello, me detuve.

—No... —Con la lengua dibujé una línea horizontal de la cadera derecha a la izquierda y de vuelta—. Quieta, querida Kai. —Subí con mis besos hasta su ombligo—. Si no te quedas tranquila...

—¡Maldito!
—Ajá. —Besé el valle que había entre sus pechos—. ¿Deseas que me detenga? —negó con la cabeza—. ¿Kai? —negó otra vez—. Con palabras, Kai.
—¡No! —gimió cuando me metí en la boca uno de sus pezones.
—¿No?
—No.
—Muy bien. —Mordisqueé y dejó salir un glorioso jadeo.
—Dios, eres... —Me desplazé hasta su otro pecho—. Eres...
—¿Soy? —Apreté con los dientes—. ¿Soy?
—Oh, Dios.
—Así es, mucho mejor —sonreí y sentí cómo se relajaba debajo de mí.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo, recorrí centímetro a centímetro cada parte de su cuerpo con devoción y exhaustivamente. Kai, que lo que menos tenía era paciencia, se arqueaba y gemía pidiendo más. Cada vez que forcejeaba con la prisión que era la blusa atada alrededor de sus muñecas, me detenía.

Con besos húmedos, mirándola estremecerse a pesar de las instrucciones, agarré sus muslos, los dejé caer detrás de mis hombros y la inmovilicé con mis manos; entendería quién era el que estaba a cargo.

—Oh, Connor.
—Chss..., quieta, Kai. —Lamí el pliegue entre sus piernas antes de soplar la abertura de su centro—. Quieta, tú puedes.

Lento, de abajo hacia arriba deslicé la lengua y degusté la dulzura de su esencia. Crucé los dedos de las manos y presioné contra la cama, trataba de levantar la pelvis, aprovechando la altura de mi espalda.

—No, no. —Contuvo el aire—. Tú puedes. —Mordisqueé sus pliegues y penetré su centro. Un gemido intenso salió de su garganta cuando sintió mi lengua invadiendo su cuerpo.

—Te gusta, ¿no es verdad?

—Ajá.

—Con palabras, Kai. —Lamí de arriba abajo—. Usa tus malditas palabras —gruñí.

—Sí.

Tentarla iba a convertirse en mi pasatiempo favorito.

Seguí: de arriba, abajo, adentro, afuera. Mordisqueando, saboreando, lamiendo, irrumpiendo.

—¿Vas a acabar? —Era una declaración, pero sin intenciones de ser presumido, preferí dejarla responder—. ¿Quieres acabar, no es cierto?

—Ajá.

—Usa tus malditas palabras.

—¡Sí! —chilló.

—¡Pídelo, pero con amabilidad! —gruñí y volví a irrumpir dentro de ella.

—¡Sí!

—No, oh... —Mordisqueé e introduje uno de mis dedos—. Pídelo amablemente.

—¡Connor, por favor!

—No era tan difícil, ¿viste? —Sin una pizca de delicadeza, introduje dos, luego tres; no necesitaba lubricación, estaba mojada y lista. Al compás de su respiración, con tres movimientos que nada tuvieron de sutiles, sentí la contracción de sus músculos en mis dedos y el

agradecimiento que pude saborear en la lengua.

—Esa es mi chica.

Kai movía la cabeza y sus piernas tiritaban sobre mis hombros. Un tsunami parecía arrasarlo con su cuerpo, acompañado de sonidos extraordinarios. Bajar de la estratosfera le llevó varios minutos y disfruté de cada uno de ellos.

Verla rendida ante el placer, con las mejillas rojas, me provocaba más satisfacción a mí que a ella.

Desaté sus manos y la besé. Fue tan intenso que, por un momento, pensé que me rendiría a sus deseos.

—¿Y tú? —preguntó.

—Esto era para ti, querida Kai.

Después de que abrí las sábanas, le ayudé a meterse en la cama. La apreté contra mi pecho y acaricié su cabello. Cuando el ritmo de su respiración me aseguró que estaba dormida, besé su frente y salí de su habitación.

CAPÍTULO 25

Kai

Me sentí agradecida. Que Connor hubiese tenido la gentileza de irse antes de que despertara, me había ahorrado el paseo de la vergüenza.

Teníamos mucho que hacer, los informes que ICTI le había entregado a Max ya estaban disponibles en los servidores. Sin embargo, necesitaba comenzar con mi propio análisis.

La doctora Ward no era fanática de atender pacientes fuera de la hora, pero jamás dejaba de responder una urgencia, aunque fueran las seis de la mañana.

Yo: ¡SOS!

Dra. Ward: Buenos días, Kai. ¿En qué te puedo ayudar?

Yo: Necesito una intervención, urgente.

Dra. Ward: Dame unos minutos.

Me mordí los dedos, no estaba en condiciones de esperar hasta mi cita regular; cuatro días era mucho tiempo.

Dra. Ward: Tengo la agenda llena a partir de las nueve; puedo verte si llegas a las ocho.

Yo: A las ocho, gracias.

Dra. Ward: Te espero.

La doctora Ward era una mujer muy particular. Era un espíritu libre, una mezcla entre los hippies revolucionarios de principios de los setenta y los millennials. Sin embargo, por adhesión o transferencia, había logrado empaparse de los aprendizajes de todas las generaciones; incluyendo los Z. Si bien era mi terapeuta hacía solo tres años, sentía como si mi vida entera hubiese pasado por sus manos. Me había ayudado a comprender, pero, sobre todo, a aceptar que el dolor y la felicidad pueden ser parte de un mismo proceso.

Nadie había hablado de horarios, por ridículo que pareciera. No pretendía comenzar a marcar tarjeta o a dar explicaciones sobre mis actividades.

Crucé los dedos para que mi «vecino» no notara que arrancaba de mi apartamento antes de las siete y media de la mañana; cogí el primer taxi cuando llegué a la calle, exactamente a una manzana.

Afortunadamente, la doctora Ward, vivía en un barrio vanguardista y, lo más interesante era que su casa colindaba con la consulta. No tenía que desplazarse más que unos pasos para salir de un lugar para llegar al otro. Si no, habría tenido que esperar al igual que todos sus otros pacientes; conmigo hacía excepciones, no podía estar más agradecida por eso.

La oficina era inmensa. En una esquina estaba su escritorio y, en frente, dos sillas anchas de respaldo alto. En la otra y, al más puro estilo de las películas que estereotipan a los psicoanalistas, un cómodo sofá y otras dos sillas; yo prefería recostarme y apoyar la cabeza, aunque fuera psiquiatra, psicóloga y tuviera un sinnúmero de especialidades.

Había cancelado la consulta de la semana anterior; craso error. Estaba, prácticamente,

segura de que jamás le hablé de Connor, de las circunstancias en que lo conocí, mi primera impresión sobre él. Ahora tendría que ponerla al corriente, en específico, sobre el impacto que me provocó encontrarlo en la oficina de mi hermano y, el casi infarto al corazón que tuve cuando Max me informó que el caso ICTI era mío y que él sería mi consultor. Por ridículo que sonara, partir por el principio era lo único que me quedaba.

—¿Cuál sería la diferencia entre perder la cabeza y perder los estribos? —pregunté después del resumen ejecutivo.

—¿Qué significan para ti? —La doctora Ward me miraba. Estaba sentada a lo indio en una silla presidencial de estilo victoriano y mordisqueaba el lápiz del iPad que tenía apoyado en la rodilla—. ¿Qué es perder la cabeza?

—¿Lo dice en sentido figurado?

—No, Kai. Literalmente, ¿qué significa para ti perder la cabeza?

—Volverme loca —suspiré—. Connor me vuelve loca.

—¿En qué sentido? —insistió.

—En todos.

—Eso es muy amplio. ¿Puedes contarme a qué te refieres?

—Oh, mierda. —Los dedos me quedaron negros después de que me apreté los ojos; había olvidado el delineador y la máscara de pestañas.

—¿Kai?

—Trabajaba en... Dios, solo pensar, saber que trabajaba para *Hamilton & Nielsen*. —Me llevé las manos al pecho y crucé los dedos—. Lo conocí representando a una familia que demandó por la custodia...

—Lo sé, eso ya lo dijiste.

—Es que no puedo entender, ¿cómo llegó de eso a...? —Apoyé los codos en el sofá y levanté la cabeza—. Max es un hombre razonable, es un hombre extremadamente inteligente. No entiendo qué fue lo que vio en él como para recomendárselo a Knox después de tanto tiempo. Por otro lado, mi hermano... —negué—. Los protocolos de GBS...

—Kai..., esto ya lo repasamos. —Miró el reloj—. Nos quedan diez minutos.

Sentí como si me pusieran la pistola al pecho. No lograría sacar algo en limpio en ese tiempo. Esperaba poner en orden el torbellino de emociones y pensamientos que me desbordaban.

—Anoche... —Respiré profundo—. Casi nos acostamos —murmuré.

—¿Casi?

—Casi.

—¿Podrías elaborar?

—Depende del tecnicismo. —Apoyé la cabeza en el cojín. Tenía ganas de hundirme.

—Vale.

—El punto es que... Ni siquiera pensé..., no... Yo... —Me tapé la cara con las dos manos.

—¿No querías? Trataste de detenerlo y, ¿por eso fue un «casi»?

—¿Qué? ¡No! —Me senté e imité su posición—. Ese es el problema. No pensé en nada. No pensé en detenerlo, no dije ni pío y como si eso fuera poco, ¡estuve a punto de rogarle! —Ese era otro tecnicismo.

—¿Por qué?

—Es lo que no entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —Dejó el *iPad* en la mesa lateral y tomó dos sorbos de

limonada; hice lo mismo—. Eres soltera, no tienes pareja ni compromiso, ¿verdad? Siempre has sido una mujer libre respecto a tu sexualidad.

—Es verdad.

—Vale. Desde que nos conocimos, has demostrado tener un gran apetito e interés, disfrutas explorando tus límites, sueles ser tú la que pone las reglas y, también eres tú la que decide, cómo, cuándo y con quién.

—Sí. —Volví a recostarme en el sofá.

—Entonces, ¿qué sucede con Connor? ¿Qué lo hace diferente a los demás?

—Ese es el problema, ¡no tengo idea! —chillé, estaba a punto de sacarme los pelos.

—Dejando de lado el detalle de su relación laboral, ¿qué te hace sentir que debiste haber frenado lo de anoche?

—¡No puedo acostarme con cualquiera!

—¿Eso es? —Movió la cabeza hacia el costado—. A ver, recuérdame cuándo fue la última vez que tuviste un encuentro informal.

—Hace más de seis meses.

—Ya. ¿Recuerdas con quién?

—Sí... —Respiré profundo—. Un chico al que conocí en *Tinder*.

—Vale..., y, ¿cuántas veces saliste con él antes de llegar a la cama?

—Una.

—¿Una, antes de que te enredaras con él en las sábanas? —La doctora Ward siempre encontraba una manera elegante de referirse a cualquier «encuentro informal».

—No, fue solo una..., una en total.

—Ajá. —Cogió el *iPad*—. Y, ¿cuántas veces te arrepentiste al día siguiente?

—Ni una.

—¿Cuántas? Disculpa, no te escuché.

—Ninguna.

—Vale, vale. —Escribió algo—. ¿Te acuerdas de su nombre?

—¡Por supuesto!

—Ya. —Miró de nuevo la pantalla—. ¿Cómo se llamaba?

—Joe, eh..., no, John, su nombre era John.

—No, Kai. Su nombre era Rob.

—Mierda.

—Ajá. —No sacaba los ojos de la pantalla—. ¿A Rob en qué categoría deberíamos clasificarlo?

—¿Cómo?

—¿En qué categoría? —Volvió a morder el lápiz y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla—. ¿Un cualquiera, un extraño, un...?

—Ah..., ya veo.

—Sí, ahora, siguiendo la misma lógica, ¿en qué categoría deberíamos dejar a Connor?

—¡Estoy obligada a verlo todos los días! Trabajaremos juntos —negué con la cabeza—. No, ya trabajamos juntos. ¡Vivimos en el mismo piso, por el amor de Dios!

—Vale, vale... Entonces, está lejos de ser un cualquiera, ¿verdad? —Contuve el aire, el más mínimo movimiento podría haber sido considerado una respuesta—. Podemos clasificarlo donde quieras, menos como un cualquiera.

—Es que... —Apreté los ojos y volví a sentir sus manos en mi cuerpo—. ¡Ni siquiera lo pensé! ¡Me dejé llevar! —Respiré profundo y la miré por el rabillo del ojo—. No puedo ser tan

estúpida ni darme esos lujos, ¿no lo ve?

—Espera un segundo, Kai. —Levantó una ceja—. ¿Por qué te sientes estúpida?

—Porque es imposible que...

—¿Sí?

—Alguien como él, alguien que trabajó para su padre y... —Volví a pasarme las manos por la cara, después me preocuparía del estado en el que había quedado mi maquillaje—. No puede cambiar de la noche a la mañana.

—Vale, y ¿por qué dijiste que no podías darte esos lujos?

—Dios. —Miré el reloj.

—¿Kai?

—Oh, son las nueve, doctora Ward.

—No ha sonado el timbre, el paciente todavía no ha llegado, podemos extendernos un par de minutos —sonrió—, si lo deseas.

Me senté en el sofá, me acomodé el cabello y negué con la cabeza; lo resolveríamos en la próxima cita.

—No, doctora Ward, no es necesario.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor, mucho mejor —repetí.

—¿Deseas mantener la cita del...?

—No, no, en dos semanas más está bien.

—Vale. —Puso su mano en mi hombro y me dio dos golpecitos—. Si necesitas algo antes, ya sabes, ¿está bien?

Si hubiese podido caminar los quince kilómetros que había entre la consulta de la doctora Ward y GBS, lo habría hecho. Necesitaba ventilar mi cabeza, había logrado sacarme en algo el peso de encima, pero no fue suficiente. Tal vez, ofrecerme para cuidar a Johnny no sería una mala idea. Suponía que hablar con el gato era mejor que volver a verme al espejo para otro monólogo de media hora.

Pensar en cómo sería el acto completo si lo que había sucedido entre Connor y yo había sido un casi, me erizaba la piel. Volver a sentir sus manos exigentes, sus demandas y su control, podrían despedazarme.

CAPÍTULO 26

Connor

Sus gemidos se repetían sin parar en mi cabeza. La cadencia de su voz, su respiración agitada, y la desesperación muda con la que clamaba. Verla deshacerse bajo la yema de mis dedos fue un privilegio, sentirla pedir con el cuerpo y rogar con palabras me permitió entenderla a un nivel que ella jamás podría imaginar.

No era de los que solían pasar la noche con una mujer para quedarse hasta la mañana siguiente acurrucado, o de los que disfrutara de la idea de dormir acompañado. Sin embargo, me descubrí inventando excusas para no salir de la cama a altas horas de la madrugada. Me sorprendí buscando su aroma en mis sábanas después de dormir por un par de minutos tratando de encontrarla. Peor que eso, fueron las ganas que tuve de volver a su apartamento, apenas crucé el umbral del mío, a pesar de que no tenía pretextos.

Algo natural para mí era buscar el control, encontrar la manera de mantener las variables equilibradas y visibles, a la mano, como piezas de ajedrez. Entregar y negar placer a través del control era lo mío, una excentricidad, tal vez, un fetiche. Sin embargo, no era el de ella, pero se ajustaba al mío y a la perfección.

Kai necesitaba elogios, palabras empoderadoras, pero más que palabras, necesitaba demostraciones de afecto. Estaba acostumbrada a hacer lo que le diera la gana. No se dejaba amedrentar, no permitía que pasaran por encima de ella; reducirla a un puñado de sensaciones y ver cómo se convertía en un contenedor de emociones fue impresionante. Kai necesitaba a alguien fuerte, muestras concretas de poder, a un hombre que pudiese contenerla y pelear batallas por ella.

Me gustaba su fuego. Me encantaba la arrogancia con la que me recordaba mi pasado en la firma. Sin embargo, cada día que pasaba le quitaba argumentos para seguir en mi contra, con cada descubrimiento, menos razones tenía para continuar odiándome.

Habíamos avanzado, las revelaciones sobre mi participación en la caída de *Hamilton & Nielsen* le cerraron la boca, a pesar del NDA. Me sentía en paz con las decisiones que había tomado e iba a llegar hasta el final, sin importar las consecuencias. Las variables eran demasiadas y estaban dispersas; no teníamos los mismos objetivos.

—Buenos días. —Oí su voz, no había escuchado sus pasos—. ¿Ya comenzaste?

—Buenos días, Kai.

Entró mirando el suelo, si bien iba con la frente en alto, parecía concentrada en los intrincados diseños de los pisos de madera.

La sala de mandos contaba con una mesa ovalada para más de doce personas. De la pared principal colgaban varias pantallas y los ordenadores estaban conectados directamente al servidor central. Will nos había dado acceso a la información, solo bastaba con conectar nuestros portátiles a la red e ingresar la clave.

Estaba seria, sus mejillas; sin embargo, se veían enrojecidas.

—Comenzaré con los correos electrónicos.
—Como prefieras. —Me mordí la lengua, se le veía nerviosa—. Kai...
—Escucha —interrumpió—. Si vas a decir algo sobre lo que jamás debería haber pasado...
—¿Jamás debería haber pasado?
—Nunca pasó. —Puso las manos sobre la mesa.
—¿Qué cosa?
—Eso.
—¿Qué? —Me apoyé en el respaldo y crucé los brazos sobre mi pecho.
—Tú y yo..., ya sabes.
—Entonces, reconoces que hubo algo entre tú y yo anoche. —Me mordí la lengua. Se le veía tan roja y frustrada. Arrugaba la nariz y movía la rodilla, podía sentir la vibración.
—Eso es precisamente lo que te estoy aclarando. No hubo nada, ¿entiendes?
—Ajá. —Sus ojos parecían una tormenta—. Lo que entiendo es que quieres que pretenda que no sucedió nada, aunque lo recuerdas perfectamente.
—No recuerdo nada.
—Ya veo. ¿Nada?
—Na-da.
—Esa es mi chica. —Le sonreí y sus mejillas se encendieron como si fuera un semáforo.
—Yo... —Se mojó los labios, no olvidaría esa frase, a pesar de la amnesia temporal que alegaba.
—¿Tú?
—Nada, olvídalo. —Abrió la pantalla del ordenador y bajó la cabeza.

La primera media hora de silencio fue incómodo. Estábamos frente a frente en la mesa y, si bien ella parecía haberse perdido en lo que leía, o, simplemente, era excelente ignorando a los demás; a los cuarenta y cinco minutos la rutina se hizo arrolladora.

Había configurado una estación de trabajo. Con la tablet a la izquierda leía la información, desde el portátil, en el centro, tecleaba frenéticamente, y a la derecha, tenía un bloc con hojas de colores y una pluma antigua. Estaba seguro de que revisaba en orden los correos y adjuntos con los recibos y transferencias. Además de organizar una línea de tiempo y las áreas desde dónde había salido el dinero, no conseguiría mucho más.

—¿Qué haces? —me preguntó cuando volví a sentarme después de haber rellenado mi taza de café.

—Reviso la información que pidió mi padre.

La base de datos ya había sido procesada. Además de la clave secreta para ingresar al servidor central de GBS, tenía una de acceso a los sistemas de *Hamilton & Nielsen*. No era experto en informática, pero sabía perfectamente dónde buscar. Después de seis meses de investigación, había logrado encontrar los pasadizos y agujeros negros que había en los informes de gestión de cada área, especialmente, los escondites donde se albergaban los secretos de los contables.

Los clientes de mi padre; sin embargo, sus clientes estratégicos, aparecían extendidos como una red de archivos en blanco. Clasificados como desarrollo y reclutamiento, recursos humanos, apoyo a fundaciones o, simplemente, proyectos descartados. El patrón era curioso, pero no imposible de descifrar.

Salí de la escuela de derecho a los veintitrés años, nada brillante, pero suficientemente

avanzado. Seguí los pasos y la tradición de cinco generaciones de la familia. Mi abuelo y mi padre se caracterizaban por invertir gran parte de su tiempo con los grandes clientes. El hábito y el músculo para moverme en las altas esferas los desarrollé de pequeño y, mientras estudiaba, aproveché de dominarlos.

Al igual que Max Russell, fui criado para seguir la tradición de la firma, aunque no nos moviéramos en el mismo mundo, sí convivíamos en el mismo círculo. No lo conocí hasta el día de aquel juicio, pero al menos yo, sabía perfectamente quién era. Fue un honor para mí recibir su primera llamada, y una sorpresa cuando dijo que me había estado observando a pesar de las circunstancias y el caso. Su abuelo y el mío fueron contemporáneos, aunque dudaba que Daniel Russell hubiese sido un turbio y mal nacido desgraciado.

Apenas recibí el diploma, acepté también mi primera oferta de trabajo. Un gran sueldo, una posición privilegiada y el trampolín para comenzar a construir una nueva generación de potenciales clientes estratégicos. Como buen controlador, antes de cruzar el umbral en *Hamilton & Nielsen* para ocupar mi lugar, investigué y analicé lo que se esperaba de mí. Cuando entendí que lo que pretendían era enseñarme a ser un artista del fraude y el desfalco, cogí una mochila, eché lo básico y partí a alistarme al Cuerpo de *Marines*.

Todos, excepto Kai, conocían esa parte de mi currículum. Por alguna razón, que todavía no lograba comprender, mi jefe había decidido mantener esa información de mi pasado en secreto. Servir a mi país por cinco años fue un privilegio; dejar de hacerlo, una necesidad.

Si estaba en mi naturaleza o no el sentido de la justicia, era algo indeterminado. Dios sabía que había luchado por eso con dientes y uñas, pero todavía no lo había logrado.

—Bajaré por un sándwich —dijo Kai.

Miré el reloj, habían pasado más de seis horas, todas en silencio y perdidos en nuestro trabajo. Navegar en esa red me trasladó a lugares oscuros, a recuerdos que habría preferido olvidar, a asuntos que, si de mí hubiese dependido, habría resuelto con mis propias manos.

—Iré contigo.

—Oh... no, no te preocupes. —Se levantó y cogió su bolso—. Puedo ir sola, no necesito que me acompañes.

—Yo también tengo hambre.

—Eh..., puedo decirle a Pamela que encargue algo para ti.

—Soy perfectamente capaz de comprar mi propio almuerzo. —Guardé el móvil en el bolsillo interior de mi chaqueta.

—Es que...

—¿Hay algún problema?

—No..., eh..., es que pensé que, tal vez..., digo..., a lo mejor, preferirías quedarte..., tú sabes, trabajando.

—Ya veo. —Cerré el portátil—. Si prefieres y para que no camines, puedes decirme qué deseas y compraré por ti.

—No, no. —Se colgó el bolso en el hombro—. Quiero estirar las piernas y aire fresco.

—Digo lo mismo, llevamos horas respirando aire reciclado.

—Vale, vale —negó con la cabeza y se acomodó el cabello.

Le abrí para salir y detuve la puerta giratoria antes de llegar a la calle.

CAPÍTULO 27

Kai

Si hubiese podido caminar más rápido, lo habría hecho y a pasos agigantados. Pero la maldita bota tenía que recordarme que todavía me quedaban varias semanas de cojera por delante.

Connor venía a mi lado, aunque uno o dos pasos detrás de mí. Si lo hacía para guardar la distancia o respetar mi burbuja personal, no tenía idea, eso no lo hacía menos incómodo.

Que hubiésemos trabajado en armonía por tantas horas fue una sorpresa. Cuando me senté del otro lado de la mesa pensé que le sorprendería mirándome con descaro, o que tendría que pedirle que dejara las insinuaciones. Aparentemente, mi advertencia, había sido suficiente.

Sin embargo, tal como decía mi madre: «el sentido común es el menos común de los sentidos», me sentía desilusionada y profundamente frustrada. No lo pillé ni una vez alzando la vista o buscándome. Mantuvo la cabeza gacha, con los ojos fijos en el portátil, mientras tecleaba con los dedos para deslizarse por la pantalla. Fui yo la desconcertada, cuando al morder el boli y ver las primeras gotas de tinta derramarse por mis dedos, él ni siquiera se dio cuenta. En otras circunstancias habría escondido la sonrisa o habría reprimido la broma.

Cuando llegué a la sala de mandos lo hice determinada a mantener la distancia para demostrarle que lo de la noche anterior no significó nada. Que algunos besos y un orgasmo eran fáciles de olvidar. Que no pensara en perder el tiempo tratando de llamar mi atención y que, ni siquiera, albergara la idea de que algo tan inapropiado pudiese volver a pasar.

Lo miré por el rabillo del ojo, caminaba con las manos en los bolsillos, mirando los adoquines como si fueran más interesantes que el paisaje.

—¿Qué te apetece? —pregunté después de que cruzamos la primera calle.

—Me da igual, vamos donde tú quieras.

—Tengo ganas de comer algo caliente, no pensé que haría tanto frío. —Se detuvo y, después de mirarme de arriba abajo, se sacó la chaqueta.

—Connor, no... —Me paré frente a él y negué con la cabeza.

—No discutas, ¿quieres? —La puso sobre mis hombros envolviéndome con su calor y su aroma. Frotó sus manos en mis brazos y me dio un beso en la frente.

La secuencia fue sincrónica y natural. Si me hubiese cogido de la mano para continuar el camino, cualquiera que nos hubiese visto habría pensado que éramos una pareja.

Me desconcertó tanto que, en vez de rechazar sus gestos, asentí y reanudé el paso.

—¿Entonces? —preguntó—. ¿Qué es lo que vamos a comer?

—¿Sopa?

—Sopa —repitió—. Vale, y ¿dónde podemos conseguir sopa por aquí?

—En la próxima avenida, a la derecha, hay un pequeño restaurante, preparan unas sopas espectaculares.

Caminamos al mismo ritmo y lado a lado. Si fue él quien aminoró el paso, o yo aceleré el

mío, no pude notarlo.

La campanilla del restaurante nos dio la bienvenida. Era el típico local atendido por sus dueños que, con muy poco personal, parecían saludar, atender y cocinar; todo al mismo tiempo.

—La sopa del día es sopa de papas con queso y trozos de tocino —dijo la encargada—. También tenemos la sopa de espárragos y picatostes tradicional, y la crema de tomates con cilantro.

—Sopa de papas —contesté sin mirar el menú, era mi favorita—. Y una Coca-Cola sin azúcar, por favor.

—¿Para usted, señor?

—Lo mismo, gracias. —Connor le sonrió. La mujer le devolvió el gesto con más entusiasmo de lo esperado, la sonrisa blanca y el brillo en los ojos la delataban. No podía descartar, todavía, si anotaría o no su número de teléfono al reverso del ticket de pago.

Me llevé la mano al pecho cuando sentí una vibración en la chaqueta, era su móvil. No era mi intención pecar de metiche, pero no pude evitar leer el nombre en la pantalla, cuando se lo entregué, era Knox.

—Disculpame, debo atender esto.

—Claro, no te preocupes.

—Hola —respondió.

Silencio.

—Sí.

Silencio.

—Salimos a almorzar.

Silencio.

—A tres manzanas, en un restaurante que se llama... *Brotando Sabor* —dijo después de encontrar el nombre en el menú.

Silencio.

—Hace diez minutos. —Miró el reloj y asintió.

Silencio.

—Ajá. —Golpeó con los dedos en la mesa.

Silencio.

—¿Cuándo? —negó con la cabeza.

Silencio.

—Entendido. —Miró el reloj otra vez.

Terminó la llamada, sin despedirse.

—¿Y eso? —pregunté.

—Knox.

—Lo sé —levanté una ceja—. ¿Qué quería?

—Saber dónde estábamos.

—Ya.

—¿Qué le dijiste? —Sus ojos azules parecían perturbados—. ¿Connor? —insistí.

—Que le llamaría cuando llegáramos.

—Oh, ya veo.

Estábamos en la única mesa desde la que se podía ver todo el restaurante. Connor, que había elegido sentarse con la espalda hacia la pared y que era el que tenía la mejor vista a la pintoresca entrada del lugar, se irguió en la silla. Lo vi transformarse frente a mis ojos. Cada uno

de los músculos de su cuerpo se tensó. Apretó la mandíbula y recorrió el lugar con la mirada, de izquierda a derecha, en ciento ochenta grados. Rápido primero, después, deteniéndose en cada rincón, como si estuviera buscando algo.

Tenía el móvil en la mano y, después de ver el mensaje que le acababa de llegar, bloqueó la pantalla y lo guardó en el bolsillo trasero de sus pantalones.

—¿Pasa algo? —Fruncía el ceño, parecía vigilarlo todo con la mirada.

—No, tengo hambre, eso es todo.

—Ya.

—¿Vienes muy seguido? —me preguntó.

—No tanto como me gustaría. Las sopas y las ensaladas son excelentes en este lugar.

—No lo conocía, llevo prácticamente un mes viviendo por aquí y no había oído hablar de él.

No me miraba, pero respondía como si estuviésemos teniendo una conversación de lo más fluida.

—¿Has probado antes la sopa de papas?

Me sentía estúpida con esa conversación trivial. Era yo la que no quería hablar con él y, ahí me encontraba buscando llamar su atención.

—Tienes una mancha, ahí —dijo a propósito de nada. Aparentemente, sin haberme puesto los ojos encima, estaba alerta y atento a los detalles.

—Gracias, mi querido Watson —contesté con un sarcasmo que no pude reprimir.

—Aquí. —Estiró el brazo y con el dedo pulgar, limpió mi mejilla. Se me erizó la piel y escalofríos me hicieron recordar lo que podía hacer con esas manos—. Y aquí. —Pasó el dedo dos veces más—. Ya está.

Si no eran las calamidades, la vergüenza me mataría. Abrí mi bolso, saqué el espejo y..., sí, tenía huellas de tinta en la cara, huellas que parecían haber atravesado prácticamente toda mi mejilla izquierda.

—¿Por qué? Dios, ¿me dejaste recorrer la calle con la cara sucia?

—Eran solo dos gotas —me mostró su dedo—. ¿Viste? No es nada terrible.

—Pero... ¿Cómo?... —La frustración comenzaba a arrebatar me la calma.

—Kai. —Cogió mi mano—. Te aseguro que nadie se dio cuenta.

—Es que... —Besó mi muñeca.

—Nadie se dio cuenta, créeme.

Los escalofríos regresaron e hicieron que mi corazón se disparara y se olvidara de que no debía superar el máximo de pulsaciones; me daría un infarto. Era muy joven para morir por culpa de una parada a causa de los labios de alguien a quien necesitaba categorizar como un cualquiera.

Sonrió y con sus ojos azules, que se habían vuelto a convertir en un océano tranquilo, logró que esa electricidad que parecía atravesar mi espalda cada vez que me tocaba, me amenazara con un cortocircuito.

Se me secó la boca y, después de mojarme los labios, comencé a contar los segundos que demoró la encargada en traer mi Coca-Cola.

La bebí casi de un trago, como si estuviera bajo treinta y cinco grados de calor y no como si hubiese estado a punto de congelarme en el camino de no ser por su chaqueta.

—¿Estás bien? —Con el dedo índice, me hizo levantar la barbilla—. Te ves pálida.

—Te ves cansado —resoplé.

—Pero eres hermosa.
—Eres..., eres un descarado —reclamé.
—Oh... ¿Quieres jugar? —Levantó una ceja.

No me di cuenta de que había comenzado el patrón de nuestro exquisito juego de póker. La primera mano acababa de repartirse.

—Tienes ojeras —dije sin reparos.

—Tienes las mejillas rojas.

—Tienes los labios rotos. —Quise morderme la lengua cuando vi que una mueca torcida se dibujaba en su boca, ambos sabíamos la razón.

—Tienes una blanca sonrisa.

—Tú... —Tenía ganas de escapar, mi corazón amenazaba con arrancar de mi pecho—. Eres un caradura.

—¡Perdiste! —murmuró.

—¡No! ¡No perdí!

—¿No? —Sonrió—. Explícame, por favor, ¿cuál es la diferencia entre descarado y caradura?

Maldito, me había puesto tan nerviosa que ni siquiera noté el jaque mate.

—No vale —reclamé.

—¿Por qué?

—No estaban dentro del mismo contexto.

—¿En serio? —Cruzó los brazos alrededor de su pecho.

—Aquí tienen sus sopas de papa —dijo la encargada que apareció como por arte de magia salvándome del bochorno con la bandeja.

CAPÍTULO 28

Connor

El rostro de Kai pasó de rojo a rojo tomate después de la segunda cucharada de sopa.

No había sido intencional, pero no podía dejar esa mancha en su mejilla. Volver a tocarla, despertó hasta el más salvaje de mis instintos y habría inventado mil y una excusas para hacerlo de nuevo.

El corto juego y las caricias improvisadas lograron que me relajara.

Había perdido la práctica, llevaba años fuera del cuerpo, pero la advertencia de Knox hizo que recordara, rápidamente, todo mi entrenamiento.

Nos seguían. Will había captado, a través de las cámaras de seguridad, dos hombres a los que no pudo identificar, que se mantuvieron a un metro y medio de distancia todo el trayecto desde GBS. Desde mi lugar podía ver todo el movimiento del restaurante, excepto la esquina en la que, aparentemente, nos esperaban.

No correríamos riesgos, pero tampoco les mostraríamos que nos habíamos enterado. Kai y yo tendríamos que improvisar una salida, una que los despistara.

—¿Te gustó? —me preguntó cuando dejé la cuchara en el plato.

—Espectacular —sonreí—. No sé si me animo con una ensalada, ¿recomiendas algo más?

—Pues... —Se pasó la servilleta por los labios—. ¿Qué tanto apetito tienes?

—Suficiente como para no quedar satisfecho con la pura sopa.

—Los sándwiches son excelentes.

—Buena idea. —Levanté la mano para llamar a la encargada y, después de revisar el menú y preguntarle a Kai qué deseaba, hicimos el segundo pedido.

La estrategia inmediata contemplaba: demorar lo máximo posible en el restaurante esperando a que Will pudiera identificarlos. Las opciones, después de eso, eran infinitas, pero cubrimos las bases. Si llegaban a irse antes de que tuviéramos que movernos me enviaría un mensaje. Si decidía regresar antes de eso, saldríamos por la puerta de atrás.

Cargaba mi *Sig* enganchada al tobillo, sacarla de la funda; sin embargo, me obligaría a dar explicaciones. A pesar de las instrucciones de mi jefe, prefería eso antes que las mentiras.

—Odio esto —reclamó Kai y se chupó los dedos.

—¿Qué? —pregunté después del tercer mordisco.

—Comer con las manos, soy un verdadero desastre. —Levantó la mano y pidió nos llevaran más servilletas—. Nunca he dominado el arte.

—Es fácil. —Dejé las manos en la mesa.

—¿En serio? ¿Y cuál es el secreto?

—Comer y que te dé lo mismo si vas a ensuciarte. —Le guiñé un ojo y dejó salir una melodiosa carcajada.

—Chss... —murmuró—. No vuelvas a decirlo en voz alta o te van a raptar los rusos.

—Eres adorable. —Me limpié las manos y bebí lo que me quedaba de Coca-Cola—. Dudo que tengan interés en esta clase de secretos de Estado.

Resopló y se tapó con una servilleta, estuvo a punto de escupir todo lo que tenía en la boca.

Después del sándwich, le propuse que compartiéramos el postre; no logré convencerla. Miré el móvil con la esperanza de que Will hubiese conseguido algo; nada.

—Es tarde, deberíamos volver a la oficina.

Llevábamos en el restaurante más de dos horas. Kai se negaba a seguir comiendo y, si todavía nos esperaban, dudaba que decidieran dar la vuelta y regresar sin nosotros.

—Claro, claro. ¿Me das un momento? Necesito ir al baño.

Apenas cerré la puerta detrás de mí, llamé a Knox. Había oscurecido y Kai no podía correr; necesitaba mejorar la seguridad en nuestro plan de escape.

Desenfundé mi Sig, la aseguré detrás de mi pantalón y la tapé con mi camisa. Cuando regresé a ella, la encontré revolviendo la taza de té de hierbas que pidió cuando terminamos de comer.

—¿Lista?

Le ayudé a ponerse mi chaqueta y le agarré la mano. Trató de soltarse, pero cuando apreté con fuerza, me miró con el ceño fruncido y miró hacia todos lados.

—Sígueme —le dije al oído y asintió—. Buena chica.

Con la mano izquierda abrí para entrar a la cocina. La misma encargada que nos llevó la cuenta guardó silencio cuando me vio con el dedo índice en los labios. Asintió y, como si supiera qué necesitaba, me indicó con la cabeza dónde estaba la puerta.

—No te sueltes, pase lo que pase, no te sueltes —insistí y Kai movió la cabeza.

Miré primero por la ventana. La salida estaba en un callejón muy angosto, era imposible entrar con el coche, tal y como Knox lo había señalado. Eran solo quince metros hasta la calle principal, tendríamos que atravesarlo con sigilo y eficiencia.

Revisé el perímetro. Ya seguro de que no había amenazas, agarré mi arma con la mano derecha y cogí a Kai con la mano izquierda, si hubiese podido, la habría cargado en mis brazos.

—¿Connor? —susurró—. Connor, por qué llevas esa...

—Ahora no..., ahora no. —No podía empujarla; debíamos apurarnos—. Te lo explicaré después, vamos.

—¿Qué pasa? —insistió.

—Camina, Kai... —Avanzábamos, lento, pero avanzábamos.

Estaba oscuro, solo un foco alumbraba la mitad del callejón. Nos sudaban las manos, pero apretábamos firme, nadie nos separaría. Grant nos esperaba con la puerta abierta. Esteban iba al volante; el coche encendido, prácticamente, no hacía ruido.

—Arriba. —La agarré de la cintura y le ayudé con un impulso.

Esteban pisó el acelerador antes de que cerrara mi puerta.

—Siguen en la entrada —informó Grant—. Es como si supieran el lugar donde se encuentran las cámaras, Will no ha conseguido una imagen. Si lo logra, obtendremos a sus identidades.

—¿Identidades? ¿De qué mierda están hablando? —Kai se acomodó el cabello y terminó de abrocharse la chaqueta.

—Los están siguiendo —aclaró Grant desde el asiento del pasajero.

—¿Qué? —chilló—. ¿A nosotros? ¿Pero por qué?
—Es lo que estamos tratando de averiguar —dijo Esteban.
—Will se dio cuenta cuando salimos, nos siguió con las cámaras de tránsito —agregué.

Kai volvió a coger mi mano, tiritaba.
—No hemos hecho nada, ¿por qué?
—Tu hermano sospecha que puede estar relacionado con el caso.
—¿ICTI? —Se llevó la otra mano al pecho—. ¿Knox piensa que ICTI mandó matones?
—No, no fue Robert Baker, te lo aseguro.
—Entonces, ¿quién?
—No lo sé. —Besé su muñeca.

No me gustaba apostar y mucho menos si se trataba de mi padre. No era de la clase de hombres que hiciera el trabajo sucio, odiaba involucrarse en asuntos que consideraba banales. Sin embargo, tenía amigos poderosos en toda clase de círculos, lo que no descartaba a delincuentes y mafiosos. Cometía delitos de cuello blanco, pero solía ser el intermediario. Su negocio estaba en las jugosas y estratosféricas comisiones que cobraba.

El caso ICTI era tan emblemático, que la prensa estaba por todos lados. Knox me acababa de informar que ya habían publicado que era Russell y asociados quien estaba a cargo de la demanda y, por supuesto, que era Kai la que estaba a cargo. Mi nombre no había salido a la luz todavía, pero sería otro gran festín mediático en cuánto hicieran la cuenta.

Tanto mi salida como la situación en *Hamilton & Nielsen*, producto de los rumores que, en realidad, eran un puñado de verdades, habían desestabilizado el mercado. La credibilidad de algunos de sus clientes se veía cuestionada por asociación y, por lo mismo, habían bajado el valor de sus acciones. Los delitos económicos eran la punta del iceberg.

—Estamos trabajando en eso, Kai —insistió Grant—. Y Knox es el más preocupado, no te asustes que vamos a averiguarlo.

Kai volvió a envolverse en mi chaqueta, cerró los ojos y apoyó la cabeza en mi hombro. Mi jefe nos esperaba en la sala de estar del tercer piso. Con él, se encontraban: Lily, Carter y Will.

—¿Estás bien? —le preguntó y se acercó a darle un beso en la frente.

Carter hizo lo mismo y Will, que estaba en la esquina, le pedía perdón con la mirada.

—No entiendo.

—Robert Baker anunció en la prensa esta mañana, que Max te había asignado el caso. — Me miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Lo sabías?

—También me acabo de enterar.

—¿Cuándo?

—Cuando coordiné con ellos cómo salir del restaurante. No hubo tiempo.

—Y, ¿qué se supone que voy a hacer? —reclamó y se sentó en el sofá.

—Tu trabajo, mientras nosotros hacemos el nuestro —aclaró Knox.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Will continúa monitoreando —comenzó Carter interrumpiendo a Knox, que parecía tener ganas de seguir hablando—. Apenas consigamos imagen, correremos la base de datos.

—Eso ya me lo explicaron —aclaró con la nariz arrugada.

—Estamos analizando la cartera de clientes de *Hamilton & Nielsen* y a todos aquellos

clientes que puedan tener alguna clase de asociación con grupos de crimen organizado.

—¿Cómo pueden hacer eso?

—No preguntes —sentenció su hermano y ella dejó caer sus ojos en Will, que no había dejado de mirarla.

—Ya, vale.

—Negación plausible, pequeña —agregó Carter.

—¿Es lo que me van a decir, cada vez que pregunte cómo consiguen información a la que, en teoría, no deberían acceder?

—Sí —agregó Lily, que había guardado silencio, aunque estaba atenta a la conversación.

—Les mantendremos informados de los avances, pero por ahora, eso es todo.

—Entonces: agacho la cabeza, trabajo sin salir del edificio y me siento a esperar como una damisela en apuros a que me digan, cuándo podré volver a respirar aire fresco.

—Lo siento, pequeña —dijo Carter con una cálida sonrisa.

CAPÍTULO 29

Kai

En vez de bajar a la sala de mandos, subí a mi apartamento.

Estaba consciente de que lo correcto era ahogarme en la información, identificar patrones y buscar agujeros negros para trazar el plan de la investigación. Pero la ira y frustración que corrían por mis venas habían llegado a niveles tóxicos. Si no hacía algo, luego estallaría en llanto; no podía permitírmelo.

Tal vez eran las hormonas, mi propia debilidad o, simplemente, el mecanismo natural del ser humano para enfrentarse a las emociones no tenía idea, no tenía referencias.

Sin embargo, cada vez que me sentía atrapada, y antes de erguirme para dar la batalla, me deshacía en llanto. Ni el yoga ni la meditación habían dado resultado. Como si con eso drenara las reservas para que no quedara nada, sin importar el desenlace.

Dejé que el agua caliente cayera por mi cuerpo. Me lavé el pelo como si tuviera todo el tiempo del mundo y salí de la ducha cuando noté que se me habían arrugado las yemas de los dedos.

Los ojos rojos me delataban frente al espejo.

—Puedo hacerlo, siempre puedo —repetí una y otra vez.

Después de comerme un yogur, cogí el móvil, la llave y salí.

Estaba oscuro, como siempre. La sala de mandos se encontraba en uno de los subterráneos, por lo que daba lo mismo la hora. La iluminación dependía de las lámparas, no del sol.

Encendí el portátil, limpié los rastros de tinta que habían quedado alrededor de mi bloc de notas. Después de servirme una taza de café, al diablo con la hora, trabajaría hasta que los ojos se me cerraran; me senté.

Toda la información de ICTI venía de una fuente anónima; sin embargo, estaba organizada por áreas y tipos de movimientos. El que tuvo la decencia de proporcionar esos documentos, se tomó el tiempo de analizar el impacto y estructurarlos para que fueran comprensibles para cualquiera. Apparently, no quería correr el riesgo de que alguien pasara por alto la gravedad de los hechos.

El área de operaciones era la más afectada. En particular, y lo más notorio, eran las inversiones inmobiliarias. No obstante, las adquisiciones en equipamiento de las que no había registros de ingresos en bodega eran el segundo ítem en juego. Por orden de importancia seguían: inversiones en capacitación de recursos humanos y asesorías informáticas.

Había patrones, aunque nada que se pudiese dar por cierto. Las negociaciones de las grandes inversiones y, por lo tanto, quien redactaba los contratos, era *Hamilton & Nielsen*. Poco a poco fui anotando los nombres de las personas y empresas que aparecían en las listas, aunque hasta el momento, eran eso, solo listas.

—Supuse que estabas aquí —era la voz de Connor.

—Me asustaste, —Me llevé la mano al corazón—, no te oí.

—Lo siento. —Miró el reloj—. Es tarde, ¿qué haces aquí?
—Debería preguntar lo mismo, ¿no crees?
—Pues...
—Si vas a comenzar con juegos de palabras, guárdatelo, no estoy de humor.
—Ya veo. —Cruzó los brazos contra su pecho—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar?
—En serio, Connor, —Levanté la cabeza—, ¿tienes que preguntar?
—No me gusta ser presuntuoso, pero hoy...
—¿Por qué cargabas un arma? —Me levanté y pegué con la mano sobre la mesa—. Porque me dieron explicaciones de casi todo, excepto...
—Entiendo —su tono era calmante e inmutable.
—¿Entonces?
—Tengo permiso para portar armas, al igual que todos los empleados de esta compañía.
—No lo dudo.
—Es simple, ¿ves?
—No, no..., no tiene nada de simple. —En vez de darle a la mesa, tenía ganas de darle en la cara.
—Si tú lo dices.
—No te hagas el tonto, que los dos sabemos que no lo eres.
—Gracias por el cumplido.

Cerré los ojos y me apreté la sien. Me miraba como si le hiciera gracia que la vena que palpitaba en mi cuello estuviera a punto de reventar.
—¿Entonces?
—¿Sí? —Su insistencia rayaba en la torpeza.
—Ni se te ocurra mentir, ¿está claro? —Volvió a levantar las manos, parecía completamente rendido—. Supongo que no serás tan caradura como para decir que tú también...
—¿Estuve en el Cuerpo de *Marines*?
—¿Y lo dices con esa cara?
—¿Cuál? —Con el puño traté de darle en el pecho, pero agarró mi muñeca y me atrajo hacia él—. No, no, querida Kai. Ten cuidado con los juegos de manos, que son de villanos.
—Ridículo.

En vez de dejarme ir, apretó con más fuerza, atrapándose entre sus brazos. No me intimidaba, aunque sentirme inmovilizada, me electrizaba. Connor me envolvía no solo con su cuerpo, su aroma, su energía, sus malditas feromonas parecían debilitarme.
—Suéltame —chillé tratando de liberarme—. ¡Qué me sueltes!
—No si vas a tratar de golpearme de nuevo.
—¡Connor! —grité más fuerte.

Aflojó un segundo y cambió de posición, porque cuando me di cuenta, no podía moverme. Contenía una de mis manos en mi espalda y me retenía contra su pecho. Ira fluía por mis venas y, al mismo tiempo, un incendio parecía quemarme por dentro.
—Escúchame —dijo con la voz grave—. Lo voy a decir solo una vez, ¿está claro?
—¡Connor!
—Baja la voz, Kai, pareces lunática.
—¿Qué...?

Enrolló el puño en mi cabello y cuando tiró, me obligó a mirarlo. La marea había vuelto a

subir en sus ojos; incluso en la oscuridad reflejaría un nuevo brillo. El momento duró un segundo, porque al siguiente, sus labios se apoderaron de mi boca y, su fuerza, de mi voluntad.

Mi mente exigía control, pero mi cuerpo se rendía tras cada caricia y clamaba por más. En vez de seguir forcejeando, sentí que me derretía y la rabia que llevaba tantas horas conteniendo se disolvía en la nada.

—¿Más tranquila? —dijo con la voz grave después de morder mi labio inferior.

—Te odio.

—No mientas. —Hundió la nariz en mi pelo y, con la boca, trazó un camino desde mi cuello hasta el borde de mi oreja—. ¿De verdad piensas que voy a creerte? —Un gemido traicionero salió de mi garganta—. ¿Lo ves? —Su corazón palpitaba a la misma velocidad que el mío.

—Eres un presumido. —Empujó con su cuerpo y deseé frotarme con la amenaza que crecía entre sus piernas.

—Puede ser —murmuró—, pero no veo quejas en tu cara.

—Connor... —Mis malditos jadeos tenían voluntad propia porque no podía parar, apenas podía respirar.

Mordisqueó el lóbulo de mi oreja, el deseo que necesitaba mantener a raya se olvidó de las reglas y, en vez de alejarme como debía, me acerqué aún más.

—Buena chica —gruñó y, como si no pesara nada, me levantó y me sentó sobre la mesa.

Afortunadamente, la sala de mandos no tenía ventanas, aunque no estaba segura de si tenía, o no, cámaras.

Enrollé las piernas alrededor de su cintura como si me lo hubiese ordenado. No me di cuenta de que me había soltado, sino hasta que crucé los brazos detrás de su cuello, y le ofrecí mi boca con desesperación; no desperdicié el momento.

—Ahora —me dijo al oído—, vas a oír y no vas a abrir la boca para hablar hasta que termine.

Me encontré asintiendo con los ojos cerrados. Despejó mi rostro; con tanto forcejeo tenía la mitad del pelo cubriéndome la cara.

—Jamás pensé, cuando salí de la escuela de derecho, que preferiría alistarme antes de aceptar la oferta de trabajo que me hicieron. Nunca me he arrepentido de esa decisión. —Mordió mi labio inferior—. Serví por cinco años, —Me besó como si quisiera quitarme el aire—, y me retiré de forma voluntaria.

—Pero...

—Chss... Querida Kai, la historia es corta, así que déjame terminarla. —Asentí otra vez—. No me imaginé que Max decidiría investigarme después del caso Cohen, ni que averiguaría sobre esos detalles y, menos, que le pediría más referencias a tu hermano. —Besó mi cuello y me tiritó todo el cuerpo—. Ya ves, como los demás, cumplo con todos los requisitos para el puesto. Pasé todas las pruebas para entrar a GBS y nunca pretendí mentir sobre eso.

Las piezas del puzzle comenzaban a encontrar su lugar, a pesar de que sentía como si me hubiesen dado con una piedra en la cabeza.

—¿Por qué no me dijiste?

—¿Lo de mis años en el cuerpo? —Lo miré, tenía ganas de perderme en sus ojos—. Te lo pregunté una vez y te lo pregunto de nuevo, ¿habrías cambiado de opinión, incluso sabiendo ese detalle?

—Yo...

—Tenías que confiar en mí primero, de otro modo, habrían sido palabras perdidas en el viento.

—Dios, Connor...

—Deja de interrumpir. —Agarró mis caderas y me atrajo hacia él. Si yo podía sentir su tamaño, él podría sentir la humedad entre mis piernas.

CAPÍTULO 30

Connor

Cada vez que Kai respiraba, pequeños temblores irradiaban su espalda. Parecía estar en llamas y, al menos yo, no tenía intenciones de hacer algo para apagar su fuego.

Que le contara con pocas palabras mi currículum no tenía como objetivo aplacar su ira, porque sabía que, en cuánto volviera a tener la cabeza fría, comenzaría a recriminarme.

Sin embargo, no pretendía terminar con el momento, porque tenerla colgada a mi cuello, como si fuera el último bastión, era lo mejor que había sentido en mi vida.

Comenzaba a comprenderla. Para ella era importante que el mundo la viera como una mujer dura e impenetrable. Era probable que pocos, o nadie, pudiesen ver tras esa máscara. Dudaba que se hubiera dado cuenta, de que había dejado escapar parte de su verdad frente a mí. Sospechaba que, si llegaba a tener consciencia de que podía ver quién era en realidad, estuviera dispuesta a mirarme de nuevo, sin tener ganas, primero, de matarme. Kai no era una mujer tímida ni tampoco una reprimida. Era decidida e implacable si se lo proponía, aunque frágil y vulnerable. Jamás lo reconocería, no podía reprochárselo.

Deseaba sacudirla para hacerla entrar en razón cuando se le nublaba la cabeza y, también, apretarla entre mis brazos hasta que entendiera que no estaba sola y que podía protegerla si me dejaba entrar. El miedo que vi en sus ojos cuando salimos del restaurante fue real, la soledad que la llenó cuando la acompañé a su apartamento el día de la inundación fue desoladora, y la ira con la que me había atacado, energizante. Era tan intensa que se zambullía sin pensarlo y trataba de llegar a la orilla a como diera lugar, aunque eso significara picar con el aguijón. No tenía que ver con el zodiaco, pero Kai podía convertirse en un escorpión. Respondía con frenesí, una caricia simple era el túnel directo hacia una más vigorosa, y un beso ligero, la semilla para uno hambriento.

Si bien nuestro vínculo había comenzado como algo estrictamente laboral, había ido mutando hasta convertirse en una maraña de voluntades yuxtapuestas y vehementes, extremas y, a veces, opuestas. Estaba acostumbrado a analizar los caminos antes de tomar decisiones, pero con ella, perdía la cabeza. Que tuviésemos una tarea por delante y un caso por descifrar, aparentemente, en mi subconsciente, no era impedimento para cogerla entre mis brazos y seguir avanzando.

No tardé en levantar el dobladillo de su jersey. Tampoco perdí el tiempo antes de posar mi boca por el valle entre sus pechos hasta oír su primera gloriosa respuesta, un exquisito jadeo.

Agarró mi cabeza con las dos manos y, jalando mi cabello, me atrajo hacia los bellos y deliciosos montes escondidos tras la fina tela de satén.

Otro ininteligible sonido salió de su garganta y pude sentir en mis labios el momento exacto en que se le erizaba la piel.

—Connor... —su voz suave parecía el canto de una sirena—. Connor.

—Aquí estoy, querida Kai —respiró profundo y cerró los ojos—. Aquí estoy.

—¿Por qué? —preguntó y contuvo el aire, cuando con un movimiento rápido desabroché

su sostén.

—¿Vas a seguir insistiendo, no es cierto? —Asintió con la cabeza, pero no dudó en facilitarme el acceso cuando dejé caer la delicada prenda.

Apreté, suavemente, mientras se erguían sus pezones, mordisqueé la punta y vi el rojo bermellón apoderándose de sus mejillas. Entregada, me ofrecía todo sin dudas ni pudores.

Mi miembro enloquecido exigía acelerar las cosas y, las pocas neuronas pensantes que me quedaban actuaban por instinto, recordándome que era una diosa que merecía adoración, fervorosos elogios, y toda mi atención. Sin embargo, no podíamos olvidar, que todas las decisiones acarrearán consecuencias.

—¿Qué haces? —preguntó cuando me agaché para recoger el sostén.

—Este, querida Kai, —Toqué el punto sobre su corazón con el índice y después, hice lo mismo, apuntando al centro de mi pecho—, no es el camino correcto.

—¿Qué? —reclamó indignada y se tapó, cruzando los brazos—. ¡Así de simple! Primero me sacas de mis casillas, después tienes la..., la... —El rojo de excitación de sus mejillas ahora brillaba de furia—, eres increíble.

Bajó de la mesa. La bota ortopédica ya no era un impedimento, se movía con fluidez y, en segundos, volvía a estar compuesta y con el cabello perfecto. Apretaba la mandíbula y, como si yo hubiese desaparecido de la sala, volvió a hundir la cabeza entre sus cosas.

—Deberíamos...

—Chss... —Levantó el dedo para silenciarme—. No quiero oír ni una palabra.

—Kai, no seas obtusa —bajé el tono de voz.

Si quería comportarse como una malcriada y no escuchar razones, era su problema. No era la manera en la que estaba acostumbrado a hacer las cosas y no iba a comenzar por una de sus rabietas.

Tenía buenos reflejos, porque cuando me paré a su lado, alcanzó a sacar los dedos antes de que cerrara el portátil en sus manos.

—¿Qué mierda estás haciendo? —Me agaché para estar a su altura, seguía sentada.

—Esto, —Volví a apuntar entre nosotros—, es explosivo. —Agarré su barbilla con mis dedos y la hice levantar la vista—. Es brutal y primitivo —gruñí—. No es posible que seamos incapaces de controlarnos y que, cada vez que tengamos una discusión, terminemos sacándonos la ropa. Eres atractiva y sexi. —Acaricié su mejilla—. Eres hermosa, Kai, pero también exasperante. Dudo que la mejor política para hacerte cambiar de opinión sea cogerte contra la pared.

—¡Connor!

—Niégalo.

—Dios, eres un...

—¿Mentiroso?

—Estás...

—¿Delirante? —interrumpí.

—Sí.

—¿De verdad crees que estoy equivocado? —insistí.

—¡Sí!

Dejé las pretensiones, agarré su rostro con las dos manos y la besé con la misma furia que irradiaba. En vez de empujarme, de atacarme como debería haber hecho, respondió como una

salvaje.

—¿Lo ves? —dije entre un beso y otro.

—Eres lo peor —respondió y me mordió el labio inferior. Un poco más y me habría sacado sangre.

—¿Te quedan dudas? —Puso los ojos en blanco y abrió la pantalla.

—Es tarde, si viniste a molestar, cumpliste con la tarea, te felicito —agregó con todo el sarcasmo que pudo encontrar—. Ahora, si no te importa, quiero trabajar.

Con la discusión terminada, seguimos en silencio por horas. La vi bostezar por quinta vez, y cuando miré el reloj, eran más de las tres de la mañana.

—Es suficiente por hoy. —Me levanté haciendo ruido—. Vamos, fue un día largo y estresante.

—No tengo sueño.

—Por el amor de Dios, Kai. —Parecía niña, era demasiado—. Vamos.

Me miró de arriba abajo, aparentemente, lo absurdo había resonado también en su cabeza. Cogió el teléfono y el portátil. Sin decir una palabra, recorrió conmigo el trayecto en el ascensor y entró a su apartamento, cerrándome la puerta en la cara.

Kai odiaba perder una batalla, por insensata que fuera, y que nos enfrentáramos constantemente comenzaba a cansarla, podía verlo en su mirada.

Me metí a la ducha, necesitaba quitarme la completa sensación de fracaso que me había consumido el día completo. Haber avanzado en la investigación, no era suficiente como para equilibrar el fiasco del restaurante y el conflicto ambivalente que había entre mi vecina y yo.

Que nos convirtiéramos en gatos ferales en época de apareamiento era tan descabellado como pretender que esa química no existía. Comenzaba a ser un patrón recurrente, uno peligroso, de aquellos que podía llevarnos directo al infierno. La atracción era tal que estaba dispuesto a caminar sobre la plancha o, peor, perder mi trabajo.

Si sus límites eran parecidos a los míos; el riesgo era: infinito.

CAPÍTULO 31

Kai

A pesar de todo pronóstico, me dormí en segundos. Olvidé poner la alarma y desperté pasadas las nueve.

Odiaba llegar tarde al trabajo, pero suponía que, dadas las circunstancias, a nadie le importaría.

En vez de ir directamente a la sala de mandos, caminé hacia la oficina de mi hermano.

—Buenos días, *su Tiranidad* —saludé, pero en vez de acercarme a darle un beso en la mejilla, como solía hacerlo, me senté en el sofá y bebí del café que me serví antes de entrar.

—Buenos días. —Me miró de arriba abajo, probablemente, sorprendido.

Knox era un hombre observador e inteligente, me sentía orgullosa de que fuera mi hermano; sin embargo, en situaciones como esa, sentía todo lo contrario. En un día cualquiera se habría sentado al otro lado de su escritorio y, sin mirarme, habría preguntado qué hacía ahí o si necesitaba algo; no lo hizo.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Ajá.

—¿Ajá? —Dejé el café en la mesa del costado y crucé los brazos sobre mi pecho.

—Trabajaron hasta tarde anoche. —Sentí que se me encendieron las mejillas y que la palabra: culpa, brillaba en mi frente con letras de neón—. No estoy espiando, pero recibo notificaciones en el móvil cada vez que las puertas del campo de tiro o la sala de mandos se abren.

—Oh. —Necesitaba aire fresco—. Sí, estuvimos hasta tarde. Con el asunto del restaurante el día terminó siendo un desastre.

—Escucha —comenzó, aunque guardó silencio cuando levanté una ceja.

—¿Cómo es eso de que Hamilton estuvo en el cuerpo?

—Oh..., «Hamilton» —sonrió—, ¿volviste a la primera base?

—No seas idiota, ¿quieres?

—Kai, no tengo por qué dar explicaciones, y eso lo sabes.

Tenía ganas de hundirme en el sofá, me sentía como niña en medio de una reprimenda. Que me diera cuenta de que era yo la que imitaba su posición, era embarazoso. Ver lo importante que seguía siendo para mí contar con su aprobación me hacía sentir como si tuviera siete años.

—¿Max lo sabe?

—No es asunto tuyo.

—¡Vamos, Knox! —Se pasó las manos por la cara.

—Connor tuvo un récord impecable en su carrera como *marine* y fue el mejor alumno en su promoción en la escuela de derecho. —Apoyó los codos en las rodillas—. Lo del caso Cohen

era trabajo. A ti, a mí y a todo el mundo nos ha tocado, más de una vez, hacernos cargo de algo con lo que no estamos de acuerdo o que no nos gusta; él no fue la excepción.

Me descubrí asintiendo con la cabeza y haciendo un recorrido de todos los casos y demandas en las que odié representar a los clientes. No porque dudara de su moral, sino porque en ocasiones, sus decisiones me parecían estúpidas y, a veces, cuestionables.

—Estoy muy orgulloso de ti, Kai —comenzó, ya oía en mi mente el «pero» que venía a continuación—. Eres determinada y terca, lo que, a veces, te juega en contra.

—¿No crees...?

—Déjame terminar, ¿querías una explicación? Es tu oportunidad, no va a haber otra. —Arrugó la frente—. Connor llamó la atención de Max después de ese caso y la mía cuando comencé a investigarlo. Lo teníamos en nuestro radar y aprovechamos el momento. —Volvió a pasarse las manos por la cara, como si ya se le hubiese acabado el repertorio y estuviera perdiendo la paciencia—. Su salida de la firma y la explosión del caso ICTI, fueron una coincidencia, nada tuvieron que ver con la decisión.

—¿Eso es todo? —reclamé.

—Vamos, Kai. —Cruzó los brazos contra su pecho—. El resumen es: top de su clase en la escuela de derecho, una carrera impecable y honorable en el Cuerpo de Marines, y su trabajo en *Hamilton & Nielsen*.

Se levantó del sofá y se llevó una mano a la cintura.

—No sé qué más estás esperando, jamás deberíamos haber tenido esta charla. Sin embargo, te conozco, sé que no te cansarás de perseguirlo hasta que tengas confirmaciones. Max confía en él, yo confío en él. —Apuntó con el dedo hacia su pecho—. Ya es hora de que dejes de causarle problemas y hagas tu trabajo.

—Yo... ¿Por qué? —Empuñé las manos—. Dime una cosa, ¿cómo esperabas que «confiara» en él —Destaqué con los dedos las comillas— sin esa información?

—Simple —gruñó—. Porque deberías confiar en mí o en tu jefe al menos —negó con la cabeza—. Conoces los procesos de selección, redactaste el contrato para ingresar a esta compañía, por el amor de Dios, ¿de verdad pensaste que dejaría entrar a un cualquiera?

No tenía más argumentos, nada razonable para seguir cuestionando a Connor, excepto, la sensación de traición que todavía me quedaba en la boca del estómago.

—No pudimos dar con la identidad de los sujetos que los seguían anoche —siguió, cambiando el tema—. Sabían de las cámaras.

—¿Crees que vienen por mí?

—No tengo idea —negó con la cabeza y se llevó una mano a la nuca. Dos golpes en la puerta interrumpieron justo antes de que pudiese continuar la frase.

—¿Me necesitabas? —dijo Connor, asomando la cabeza.

—Adelante.

—Buenos días, Kai.

—Buenos días —saludé como buena chica.

—Le contaba a Kai que no pudimos identificar a los sujetos de anoche. Iban en un coche sin matrículas y, aunque logramos seguirlos por más de diez manzanas, no pudimos dar con ellos.

—Entendido —respondió y, por primera vez, identifiqué en Connor el patrón de todos los *marines*.

La manera en la que sus anchos hombros se veían firmes, a pesar de que parecían

relajados, la forma en la que miraba al frente sin perderse detalles, o las cortas respuestas propias de alguien que ha servido en alguna rama del ejército.

Si bien se movía con la misma elegancia y clase que Max, como si hubiese sido criado para heredar un reino, también contaba con los gestos y ademanes a los que estaba tan acostumbrada. De seguro, esa era la razón por la que los había pasado por alto.

—Esta tarde, Grant y yo revisaremos lo que le pidió mi padre, estoy seguro de que está en la base de datos, de que podremos sacar con rapidez lo que necesite y adelantarnos si es posible.

—Bien.

—Will no ha identificado rastreos en línea sobre *UPharmaceutics*, pero eso no significa que no sigamos en el radar.

—Vale.

—¿Has tenido noticias sobre Harrison?

—Nada nuevo.

Connor apretó la mandíbula y cayó en la cuenta de que, hasta ese momento, no había hecho preguntas sobre el significado de lo que parecía un encubrimiento. Estaba al tanto de lo que hacían Grant y el resto del equipo, pero el alcance que tenía la investigación en la Costa Amalfitana era un completo misterio para mí.

—¿Necesitas algo más?

—No. Les haré saber si llego a recibir noticias, por lo pronto, no tengo nada más — agregó mi hermano.

Cogí la taza y, al ver que mi consultor me esperaba sosteniendo la puerta, di la media vuelta y abandoné la oficina de mi hermano.

—¿A qué hora es lo de Grant? —pregunté.

—Después de las tres.

Eran recién las diez y media; a su lado sentía que me ahogaba.

—Te esperaré en la sala de mandos —dijo antes de desaparecer por el pasillo.

—Vale. —Aparentemente, no tenía intenciones de esperar ni mi respuesta ni oír mis comentarios.

No tenía ganas de encerrarme, en lo que en mi mente había bautizado como: el búnker. Si bien estaba completamente equipada con la última tecnología, decorada de forma sencilla, con muebles cómodos, especialmente pensados para pasar largas jornadas, y una cocina mejor abastecida que la mía, seguía siendo deprimente que no hubiese ventanas.

Visitar a mi hermana me pareció una mejor idea. No me vendría mal retrasar el asunto unos minutos.

La oficina de Kylie era la más retirada, de hecho, era la única que no se podía ver desde la sala de estar. Golpeé tres veces, era raro que tuviera la puerta cerrada.

—¡Un segundo! —Oí su voz agitada. No era una mentirosa, pero esperé más de tres minutos.

—¡Oh, Kai! —Sonrió.

Tenía las mejillas encendidas y una sonrisa de oreja a oreja, extremadamente luminosa. Mi hermana era una de las personas más amables que conocía, un ejemplo de mujer. Siempre alegre, siempre dispuesta a ayudar, siempre con ganas de hacer sentir bien a los demás, y, esa, no era su sonrisa habitual.

—¿Estás bien? —Se veía afiebrada.

—Sí, sí... claro. —Miró hacia atrás y en vez de abrir la puerta, cerró tras ella, arrastrándome hacia el pasillo.

—¿Segura? —Actuaba de manera extraña.

—Totalmente.

—Vale. —En vez de seguirla, me volví y entré en su oficina.

Encontrarme con Johnny, su gato, no fue una sorpresa. Sin embargo, que mi, a pocos meses de ser mi cuñado, estuviera acostado en el sofá, sí lo era.

Carter estaba recostado en el sofá, con la cabeza apoyada en una mano y la otra sobre su estómago. A diferencia de Kylie, que sí se había tomado la molestia de componer su pelo, él tenía todas las huellas del delito a la vista. El desorden en el cabello era lo de menos, en vez de dos, tenía cuatro botones de la camisa sin abrochar. No fue mi intención mirar, pero se veían, claramente, varios rasguños. Una vez más, la evidencia, me recordaba que la «santa» de mi hermana, no era tal.

—¿Olvidaste algo, pequeña? —preguntó despreocupado. A él, claramente, le importaba un bledo la impresión que pudiese llevarme.

—Eh..., no, —Casi no podía respirar de lo incómoda que me sentía—, solo quería hablar con ella. —Apunté con el pulgar.

—Por supuesto. —Se levantó—. Te veo más tarde, K. —Le dio un beso en la frente—. Te amo —le susurró al oído.

—Y yo —respondió mi hermana.

Cambié de opinión apenas Kylie se sentó en el sofá en vez de su escritorio. La conocía bien, ella tenía más ganas que yo de tener una conversación. En vez de acomodarme junto a ella, miré el reloj en la pantalla del móvil y con una excusa patética; hui.

CAPÍTULO 32

Connor

Había encontrado quince compañías fantasmas en paraísos fiscales, todas con dos o tres cuentas a nombre de «sociedades anónimas». A menos que mi padre tuviese documentos firmados en algún lugar de su oficina, no tendría cómo trazar la línea entre él y las empresas de papel.

Era extraño que toda la contabilidad estuviese en el sistema. Era como si estuvieran esperando a que los de Hacienda les hicieran una auditoría.

Mi padre podía ser muchas cosas, pero seguía siendo un excelente abogado, uno de los mejores de su generación. El problema no estaba en sus competencias, sino en la clase de negocios que asesoraba. Era capaz de encontrar subterfugios en los subterfugios, alegar inocencia sobre casos con pruebas visuales y ganar los argumentos sin ningún problema. Podía convencer a los más incrédulos y encantar a los más parcos. Contaba con mucho más que un título universitario, tenía un impecable sentido comercial y de negocios. Ser un visionario le había permitido socavar empresas con una sonrisa sabia y un consejo «sincero».

Por años compitió mano a mano con Russell y asociados. Fue Max el que hizo que la distancia se convirtiera en algo abismante. El solo hecho de que investigara a sus clientes con su aprobación, y que los rechazara sin reparos si la causa no iba con su código de ética, era su mayor carta de presentación. Empresas y personas, corporaciones, políticos y famosos esperaban en línea por él; el procedimiento era el mismo para todos.

Los rechazados o aquellos que sabían que no pasarían sus filtros no dudaban en tocar las puertas de *Hamilton & Nielsen*. La exclusividad era proporcional al tamaño de la cuenta bancaria; nadie se quedaba sin representación. No necesitaba una factura para saber que los honorarios eran los más caros del mercado, a nadie le importaba, era el precio que pagaban los de dudosa reputación.

—¿Novedades? —preguntó Kai.

—No.

—Bien, entonces, quiero algunas respuestas.

—¿Oh, sí?

—No te hagas el tonto, ¿quieres?

—No he abierto la boca —sonreí—, aún.

—No eres gracioso. —Cruzó los brazos alrededor de sus gloriosos pechos.

Aparentemente, su forma y su sabor habían quedado grabados en mi mente. Nunca más podría mirarla sin invocar ese recuerdo. Ni el contexto ni el tema serían relevantes.

—¿Qué te gustaría saber?

—Tu abuelo, Harrison, y la Costa Amalfitana. —Se sentó frente a mí, apoyó los codos y cruzó las piernas.

—Ya veo. —Dejé caer la cabeza en el respaldo y la miré. Su rostro parecía encendido, aunque me fue imposible identificar por qué.

—Estoy esperando. —Golpeó la mesa con los dedos.

—Total transparencia, querida Kai.

—Deja de decir eso, ¿quieres?

—¿Dejar qué?

—La maldita condescendencia. Entre Max, mi hermano y tú se han dado una fiesta, ¿no es verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Porque me ocultaron información —respiró profundo—. Si me estuvieran ocultando otras cosas, no me sorprendería.

—Las coincidencias fueron eso, Kai, coincidencias. —Apoyé los codos en los reposabrazos y crucé las manos sobre mi pecho.

—Claro.

—¿Sigues dudando de mí? —negué con la cabeza. En vez contestar, arrugó la nariz—. No es necesario que respondas.

—Soy la abogada a cargo de este caso y que estés involucrado en la investigación, te obliga a darme todo lo que tengas. —Se mordió los labios—. Imagínalo de esta manera: quiero la información en una bandeja.

Era deliciosa. Si hubiese podido replicar que le daría en bandeja lo que quisiera, partiendo por algo tan simple como un cumplido o un orgasmo, la conversación terminaría antes de haber comenzado. Kai me hacía perder la cabeza con frecuencia, la línea que dividía lo profesional de lo íntimo, era cada vez más borrosa.

—¿Entonces? —insistió.

—Lo que apareció en la prensa es un...

—Encubrimiento —interrumpió.

—Así es. Con tantos rumores y digo: «rumores», —Marqué las comillas con los dedos—, desviar la atención era prioritario. En la firma hay excelentes abogados, y el equipo de relaciones públicas es de primer nivel. Si trabajaras ahí, probablemente, habrías hecho lo mismo.

—Jamás trabajaría en un lugar como ese.

—Solo quiero que me sigas la corriente, ¿vale? Si deseas entender, es lo único que puedo ofrecerte.

Me miraba con atención, me juzgaba y, si algo llegaba a no parecerle, lo usaría en mi contra.

—Mi abuelo tiene más de ochenta años y se mantiene en forma, lo que no es de conocimiento público. Se sabe que sigue asistiendo a reuniones en el directorio y que maneja ciertos asuntos, pero nadie comprende la influencia que tiene. —Cerré los ojos un segundo, contuve el aire y agaché la cabeza antes de seguir—. Mi padre es quien toma la mayoría de las decisiones, pero en ciertas ocasiones, todavía necesita su consentimiento.

—Entiendo.

—Pues, yo no, realmente. —Seguí—. Sin embargo, no dudo que haya sido él quien comenzó con la cartera de «clientes estratégicos».

—¿Qué quieres decir?

—*Hamilton & Nielsen* es un estudio que lleva cuatro generaciones en la familia. La fundó mi bisabuelo cuando llegó de Escocia. Él y Lars Nielsen se conocieron apenas se instaló en este país. Juntos crearon la firma después de pasar por la escuela de derecho de aquellos años. No sé si fue porque eran inmigrantes o demasiado astutos, pero lograron hacerse de una interesante cartera de clientes en menos de dos años.

—No sabía que era tan antigua.

—La verdad es que, para efectos de esta historia, no es relevante. —Me levanté y caminé al frigorífico—. ¿Agua?

—No, Coca-Cola.

—Pero fue mi abuelo el que hizo crecer la firma, y gracias a un par de jugosos contratos, el estudio se levantó sobre los demás hasta llegar a ser el primero.

—Entiendo.

—Aquí tienes.

—Gracias. —Recibió su refresco y, a pesar de que le había entregado un vaso, bebió directamente de la lata.

—Verás, —continuó—, su padre y Lars Nielsen partieron de cero, para ellos era importante honrar al país que los había recibido. Sus actos parecían ser el producto de un rígido código de ética. —Abrí mi botella, aunque, feliz, la habría cambiado por una cerveza—. Pero mi abuelo conocía el sabor del poder y el dinero. Cuando la hija de Lars Nielsen comenzó a dudar si quería o no mantenerse vinculada a la compañía, después de la muerte de su padre, el viejo no perdió ni un segundo en «explicarle» todos los beneficios que tendría si vendía, o se quedaba con una pequeña parte para seguir recibiendo ingresos de por vida.

—¿La convenció?

—Pues, le costó dos cenas y un viaje a Europa, pero lo logró. La hija de Nielsen vendió la mayoría de sus acciones, prácticamente a un tercio de lo que costaban en esa fecha. Hoy cuenta con un cinco por ciento, lo que es alto para una sola persona en una compañía tan grande, pero es casi nada, considerando el precio al que vendió.

—¿Qué dijo su familia?

—Su madre murió de cáncer dos años antes que su padre, no tenía hermanos y era soltera. Como comprenderás, no hubo nadie que pudiera aconsejarle sobre lo que mi abuelo le pintó como el negocio de su vida. Tiene un hijo que está por cumplir dieciocho años, entiendo que estudia derecho, pero dudo que mi padre le permita unirse a la firma, por mucho que su apellido figure en el membrete —suspiré—. Nunca entendí por qué no le cambió el nombre a Hamilton y asociados —negué con la cabeza—. Supongo que para no parecerse a su competencia.

—Evidentemente.

—Evidentemente. —Sonreí, estaba concentrada y verla así me fascinaba—. La vida fue bella y miel sobre hojuelas, hasta que apareció Daniel Russell en el baile.

—¿El abuelo de Max?

—El abuelo de Max —repetí y asentí con la cabeza—. No sé si fue porque era local y venía de una familia con dinero o que era brillante y el más destacado de su generación en la escuela de derecho. El caso es que tenía una mentalidad diferente. —Cogí la botella de agua y me tragué la mitad en cuatro sorbos.

—¿Cómo así?

—No estaba interesado en el valor de las facturas y los volúmenes, su foco eran los resultados. En Russell y asociados se destacaban por ser una firma eficiente, con una estructura liviana que hacía mucho más cercano el trato con los clientes. —Bebí de nuevo, hasta que no quedó ni una gota—. De hecho, a pesar de que es la más grande del país, Max sigue manteniendo ese estilo, aunque no sea él quien lleve todos los casos.

—Es cierto.

—A la gente le gusta eso. Le gusta saber que el que los representa, los pone en primer lugar cuando la situación lo amerita. —Kai asentía—. Bueno..., en resumen, esa es la historia.

—¿Perdón?

—Esa es la historia —repetí.

—¡Esa es la historia de la firma, maldito caradura! ¿Qué demonios tiene que ver todo esto con que tu abuelo esté en la Costa Amalfitana y que Harrison le esté haciendo guardia?

—El viejo es astuto, Kai. Fingir que está a punto de estirar la pata es el cebo perfecto. Todo el mundo conoce su trayectoria. Fue el que hizo crecer la compañía, a pesar de la competencia que había con Russell y asociados. Cualquiera que se precie de ser conocedor de estos asuntos, estará atento, es una señal de mercado.

—A qué te refieres.

—Si volviera a aparecer en los medios alguna otra noticia sobre la salud de mi abuelo, el nombre de la firma podría verse aún más perjudicado. Mi padre es el que tiene mala reputación, él no.

—¿Entonces?

—Todas las empresas que son representadas hoy por *Hamilton & Nielen* quedarían manchadas por asociación.

CAPÍTULO 33

Kai

Respiró profundo y le dio tres golpecitos con los dedos a la mesa. Su móvil vibró con un mensaje, lo cogió y en cuanto terminó de leer, se levantó sin decir palabra.

—¿Dónde vas?

—Me necesitan en el tercer piso.

—¿Quién?

—Grant.

—Voy contigo. —No era una pregunta y, por lo mismo, me levanté y cogí mis cosas antes de que me diera una respuesta.

En la sala de estar se encontraban Grant, Esteban y Murphy. Cada uno con una taza de café en la mano y, cuál de ellos, con peor cara.

—¿Qué pasó, chicos? —dije cuando dejé mi lata de Coca-Cola en la mesa de centro.

—Cómo estás, Kai —saludó Grant.

—Mejor que tú, parece.

—¿Todo bien? —preguntó Connor.

—Pues... —Movié la cabeza hacia el costado hasta que le sonó el cuello—. Fue una noche larga, pero ya lo tenemos todo.

—¿Los documentos? —insistió y Grant asintió con la cabeza.

—Fabricar este nivel de detalle, sin tener una advertencia, nos habría costado una eternidad.

—¿Qué detalles exactamente? —Levanté la mano en vez de alzar la voz.

—Los estados financieros de los últimos cinco años, el manejo de presupuestos para investigación y desarrollo, los resultados de las pruebas en humanos antes de la aprobación del medicamento y la estimación de la cantidad de demandas que podríamos recibir.

—¿Y?

—Digamos que las cifras son..., —Grant se llevó las manos a la cintura—, escandalosas.

—Escandalosísimas —agregó Esteban.

—Son demasiado escandalosas —insistió Murphy y se llevó las manos a la cara—. Nadie en su sano juicio habría aprobado un medicamento «con esos resultados» —enfaticó con los dedos—, para el consumo masivo es ridículo.

—Ahí está la gracia —comenzó Grant—. ¿Algo más turbio que una empresa que emprendió con negocios al filo de la legalidad?

—¿De verdad crees que va...?

—¿Crear todo esto? —interrumpió Connor—. Hasta lo que haya en el último documento. Absolutamente. Es más, le harán sentir que tiene la ventaja.

—¿Ventaja? —repetí.

—Cuando reciba toda esta información, uno de sus asociados la clasificará en orden de

importancia. Después, con una calculadora, sumará la cantidad de demandas y horas que puede estrujar de los diferentes casos que pueden salir de esto —comenzó a contar con los dedos—. Tenemos: negligencia, homicidio por negligencia, responsabilidad por productos defectuosos, homicidio corporativo..., entre otros. Los cargos son graves y, si en tribunales llegaran a presentar pruebas concretas de que el medicamento fue el causante de las diez muertes y los graves efectos secundarios de más de cincuenta pacientes... —Los miró con una sonrisa—, ¿quién de ustedes es el presidente de la compañía?

—Él —dijeron Esteban y Grant, apuntando con el dedo a Murphy, que acababa de levantar la mano.

—Era lo que tenía más sentido —aclaró Grant—. Es el médico del equipo, el único capaz de matar de aburrimiento a cualquiera con tanto discurso técnico.

—¡Ey, gracias! —gruñó el acusado.

—No te preocupes, te verás guapísimo tras las rejas —dije en un impulso que no pude controlar.

Grant, que tenía las manos en la cintura, giró hasta quedar frente a mí, Esteban apoyó los codos en las rodillas, y Murphy se tapó la cara; terminó prácticamente hundido en el sofá. Connor; sin embargo, sonrió.

—No te preocupes.

—Espero que vayas a visitarme —contestó Murphy.

—Por supuesto, guapo. —Le guiñé un ojo.

—Gracias, bonita. No podría hacerlo sin ti, sé que estarás esperándome. —Se había incorporado y, muy serio, me miraba de arriba abajo.

—No podría hacer otra cosa.

—¡Sí, sí! Y yo me haré cargo de coordinar las visitas conyugales —agregó Esteban.

Ni medio segundo demoramos en soltar la carcajada. Murphy era, en general, un hombre tímido. Ya me parecía extraño que me hubiese seguido el juego por tanto tiempo. De todo el equipo, era al único que podía sacar del grupo de los galanes y coquetos. Era, prácticamente, inofensivo. De los demás..., no, por ningún motivo. Ninguno se salvaba, había unos peores que otros, exceptuando a Will, que era incapaz de distinguir su pierna izquierda de la derecha. Arrasaban entre las mujeres, dejaban corazones rotos casi en todas partes.

—En serio. —Connor recuperó la compostura—. Podemos desprender al menos dos causas que se le pueden imputar a los directivos —apuntó a Murphy—, y otros dos, como mínimo, al equipo de investigación y desarrollo.

—Lo sabemos —concluyó Grant.

—Dudo que «sugiera», —Destacó las comillas—, que manipulen los datos y resultados del estudio para el lanzamiento del producto, es absurdo. Las pruebas siempre pueden salir mal. Lo único que se me ocurre que puede utilizar como argumento para construir el caso a favor de *UPharmaceutics* es demostrar la voluntad de la compañía para asegurar la calidad. Desviar la atención y dirigirla hacia la compañía que llevó a cabo los estudios, esa podría ser su primera propuesta. —Cruzó los brazos alrededor de su pecho—. Se supone que es una empresa externa, ¿verdad?

—Así es —contestó Grant—. Se usaron dos, en realidad.

—¿Cuánto tiempo se supone que duraron las pruebas?

—Tres meses.

Con los brazos todavía alrededor de su pecho, oía el resto de la historia que habían

construido Grant y los demás. La estructura era sólida y la historia, plausible.

—¿Entonces? —Me atreví a preguntar cuando noté que habían dejado de intercambiar información entre ellos.

—Entonces, —contestó Grant—, ahora que tenemos hasta el último detalle, le haremos llegar la información en trozos, ya sabes, migajas. La idea es que, apenas se sumerja en una cosa, se encuentre con otra y, así, sucesivamente.

—Si es exhaustivo, como dicen que es, —agregó Esteban—, tiene mucho para entretenerse.

—Y Will sigue dejando rastros —dijo Murphy con orgullo.

—Lo tienen todo muy bien planeado —concluí por ellos.

—Es la idea —replicó Connor.

—Ya. —Me levanté por otra Coca-Cola y sentí cuatro pares de ojos mirándome clavados en espalda.

Pensé en la efervescencia de mi refresco, era mejor que voltear para confirmar que los cuatro estaban mirándome el trasero. No estaba segura de si podía dejar a Murphy fuera del conteo, era un caballero, pero seguía siendo un hombre, al fin y al cabo.

—¿Cómo van a manejar el asunto cuando Hamilton senior pida hablar con los representantes de las otras compañías?

—Lily estará encantada de interpretar a la gerente de investigación y desarrollo, o a la encargada de los estudios.

—Ya veo, Lily sigue en la lista de actores multipropósito.

—¿Cuál es el punto?

—Tu padre no es tonto, Connor. ¿De verdad crees que no hará asociaciones? ¿Qué no buscará más información por su cuenta?

—No te preocupes, lo tenemos cubierto —cerró Grant—. En serio.

—Como digan, era solo un comentario.

—¿Qué es lo que te preocupa? —Connor movió la cabeza y levantó la voz.

—Nada, nada. —negué con la cabeza—. Ustedes lo tienen todo resuelto.

—¡Kai!

—Sería estúpido de su parte no verificar nada por sus propios medios. Si llega a enlazar algo con GBS o contigo..., —Me senté al lado de Murphy—. Están mostrando demasiadas caras, poniendo muchas fichas en la mesa. Ustedes tres, —Les apunté—, ¿más Lily? Y después quién: ¿Knox, Kill, Kylie, Carter...?

—Ya entendimos la idea.

—Contraten actores si necesitan más gente, no sean idiotas.

CAPÍTULO 34

Kai

Cambié de opinión, en vez de acomodarme en el sofá, me levanté y caminé hacia el pasillo. Necesitaba aire.

Con el móvil en la mano apreté el botón para el primer piso.

—¿Y tú? —preguntó mi hermana, que esperaba para subirse al ascensor cuando llegué a la planta baja—. Se supone que no debes dejar el edificio. —Había olvidado ese detalle—. ¿Dónde vas?

—Necesito aire.

—Mmm... —suspiró—. Sé cómo te sientes. —Me agarró el antebrazo—. Vamos, te invito a mi terraza.

Mientras subíamos a su apartamento, me miré en el espejo y lo que vi, me pareció aterrador. El cabello amarrado sin gracia en un moño suelto en lo más alto de mi cabeza, unas ojeras tan perfectas como las de Morticia Adams, y, para terminar: el atuendo ideal para hacer aseo y limpiar en profundidad tu apartamento. Sin sumarle, la bota ortopédica, era un espanto.

—Dime una cosa —le pregunté cuando me senté en la banqueta de la cocina mientras ella servía dos vasos de té helado.

—¿Sí?

—¿Por qué no has intervenido todavía?

—¿Qué?

—Mírame bien.

—¿Ya? —contestó mi hermana mientras probaba su primer trago.

—¡Parezco cualquier cosa y no me habías dicho nada! —chillé.

—¿Lo dices por la ropa?

—¡Por supuesto que lo digo por la ropa!

—Kai, —Dejó el vaso sobre la mesa—, ¿qué es lo que de verdad te molesta?

—¿Qué?

—Me oíste —reclamó.

—Me veo terrible.

—No —interrumpió—. Eso no es cierto. Te ves relajada, eso es todo.

—No seas ridícula.

—Kai. —Con sus dos manos agarró la mía—. Vives preocupada de cómo te ves o de cómo es que te ve el resto. Ahora; sin embargo, es como si eso hubiese pasado a segundo plano, tu cabeza no está ahí. Me encanta verte ir y venir, así, natural. Tal y como eres.

—Dios, Kylie —negué con la cabeza y me solté el cabello.

—¿Qué es lo que de verdad te molesta, Kai?

—Tengo un mal presentimiento.

—¿Sobre qué?

—El caso, lo que están haciendo los chicos con la historia de la farmacéutica, —Me

encogí de hombros—, incluso con Harrison vigilando al viejo Hamilton en la Costa Amalfitana.

—Por Harrison no te preocupes —resopló—, aparentemente, le cogió gusto a los viajes de vigilancia después de lo de Barbados.

—Oh, ese viaje.

—Ajá, ese viaje —dijo mi hermana con una carcajada—. Ese no es el punto, ¿verdad? —negué con la cabeza—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—No sé, ese es el problema. —Miré la hora, eran las tres de la tarde y, otra vez, había olvidado el almuerzo—. Según Knox, la contratación de Connor no tuvo nada que ver con su salida de *Hamilton & Nielsen*. Connor, por su parte, alega coincidencias, y Max insiste en que tiene todas las competencias para ser nuestro consultor en el caso.

—¿Ya?

—El punto es que los tres acordaron en un NDA no revelar información mientras no se asignara el abogado representante para ICTI.

—Tiene sentido.

—Sí —contesté, y mi hermana me siguió con la vista cuando abrí el frigorífico.

—¿Has comido algo?

—No. —Se levantó y negó con la cabeza—. Voy a preparar algo, ve a sentarte.

Me fui directa al bar y cogí una botella de vino, ella y Carter tenían buen gusto.

—¿Te apetece una? —pregunté y negó con la cabeza—. ¿Segura?

—Segura.

Sirvió dos platos con pasta primavera y, mientras se calentaban en el microondas, me alcanzó un tenedor y una servilleta.

—A la mierda —exclamó y fue por su propia copa—. Ya pasó la hora de almuerzo.

Comimos en silencio, aproximadamente, por tres minutos. Mi cabeza parecía metrallata y no lograba bajar del estado en el que todas las teorías conspirativas podían ser ciertas.

—¿Qué decía el NDA?

—Sabes lo que es un NDA, ¿verdad? —negué con la cabeza—. Por lo tanto, sabes que no puedo decírtelo.

—¿Tú firmaste uno?

—No.

—Entonces es un tecnicismo —dijo mi hermana con seguridad, sorprendiéndome.

—Tienes razón. El NDA lo firmaron entre ellos, yo..., no —sonreí—. Eres lo máximo.

—Soy más vieja y aprendo rápido, eso es todo.

—Eres ridícula.

Dios, cómo amaba a mi hermana. Después de la magnífica aclaración que acababa de hacerme, la amaba aún más.

—Connor fue el que expuso lo de las prácticas fraudulentas en el directorio de *Hamilton & Nielsen* y el que preparó el informe financiero para los accionistas, informándoles sobre las pérdidas de liquidez. En resumen, a excepción del caso ICTI y del asunto con su abuelo, es el responsable de la situación actual de la firma.

—Guau, eso es delicado..., y demasiada información.

—Kylie, no puedes contarle esto a nadie.

—¿En serio tienes que decirlo? No sé si felicitarte por precavida o regañarte por pensar que...

—Ya, ya..., vale, vale.

—Déjame ver si entiendo —comenzó—. Los tres chiflados firmaron confidencialidad sobre esta información y te lo contaron todo en una reunión, después de que te asignaron el caso, ¿verdad?

—Ajá.

—Vale. —Bebió de su copa—. Y ahora, que estás metida de cabeza en el resto del asunto, ¿te sientes incómoda porque crees que todavía te falta información?

—No es solo eso —negué con la cabeza—. Tengo la sensación de que Grant y el equipo están arriesgando mucho al ponerse en la línea. Hacerse pasar por un potencial cliente, es una cosa. El nivel de detalles al que están llegando para mantener la fachada, es enorme y temo que puedan cometer un error. Si esta gente, —Cerré los ojos con mi próximo sorbo de vino—, estuvo dispuesta a seguirnos, solo porque los estamos investigando, ¿te imaginas a lo que podrían llegar si se enteran de que les están mintiendo con tal descaro?

—Cierto, pero no olvides que son profesionales, a esto nos dedicamos, Kai. Saben perfectamente qué es lo que tienen que hacer y, lo más importante, no están solos.

—Lo sé.

—Confía en ellos, Kai.

—Por otro lado —seguí y, al acordarme, sentí la rabia calentándose en mis venas—. ¿Sabías que Connor fue *marine*?

—Sí.

—¡Por qué no me lo dijiste!

—¡Ey, ey! ¿De qué demonios hablas?

—Yo era la única tonta que no estaba enterada.

—¿Qué? ¿Pero cómo?

—No tengo idea, pero ese grupo de farsantes pensó que no era relevante que yo conociera esa parte de su currículum.

—Es ridículo. Todos en GBS, a excepción de Pamela, Will y yo, son *exmarines*.

—Todos lo sabemos... —reclamé—. Por lo mismo, no pude entender, sino hasta anoche, por qué *su Tiranidad* lo había aceptado como parte de la nómina.

—Kai, no es solo eso. Connor tiene una medalla de honor por su servicio, en algunos círculos lo consideran un héroe de guerra.

—¿Qué? ¿Me estás jodiendo?

—Basta, ¿quieres? Explícame, por favor, ¿qué necesidad tendría yo de mentirte?

—Connor..., en serio..., Connor Hamilton... —Apunté con el dedo índice hacia la puerta—. ¿Ese Connor Hamilton, un héroe de guerra?

—Pues, sí.

—No te creo.

—Dios, eres insoportable —resopló mi hermana—. Espera aquí.

Se levantó y cuando regresó por el pasillo, cargaba un portátil, que no era de los que usábamos en la oficina.

—¿Y esto? —pregunté, apuntando a un bello, nuevo y rosado *MacBook Air*.

—¿Puedes guardar un secreto?

—Por supuesto que puedo guardar un secreto.

—Estoy tomando clases y empecé a escribir una novela.

—¿En serio?

—Sí —contestó con orgullo.

—¿Romance? —En lo único que podía pensar era en un sinfín de preguntas.

—¿Romance? —Sonrió—. No, no, pero me encanta y adoro las novelas de C.C. Key —comentaba, mientras ingresaba su clave al sistema de GBS—. Estoy esperando a que salga la última.

—Yo también —comenzó a navegar entre carpetas—. ¿Sabías que C.C. Key es el pseudónimo de la esposa de Max?

—¿En serio?

—Ajá, C.C. Key es el pseudónimo de Cassandra Cooper, el Key no tengo idea de dónde viene o su significado, pero la esposa de Max Russell es, nada más y nada menos, que C.C. Key.

—Guau, no tenía idea.

—¡Salud por eso! —interrumpí y chocamos las copas.

—Debe estar por aquí.

—¿Qué buscas?

—Uno de los documentos del archivo digital de Connor.

—¿Tienes acceso a todo GBS desde esta preciosa? —Toqué el borde de la pantalla del portátil.

—Sí.

—¿Cómo lograste convencer a Will? Si *su Tiranidad* lo supiera, lo despediría.

—No seas dramática. Pero es verdad que Knox no tiene idea. —Sonrió—. Fue Johnny.

—¿Le tiraste el gato encima? —No pude contener la carcajada.

Supimos que era alérgico a los gatos el primer día que mi hermana lo llevó para evitar que siguiera destrozando su apartamento.

Persuadir a Will con el gato sobre su escritorio era un golpe bajo. De no ser por Murphy, y su rápida reacción, todavía estaríamos esperando a que se le desinflara la lengua y se le despejaran las vías respiratorias. No era para un choque anafiláctico, pero sí para causar suficiente daño.

—No fue necesario llegar a eso, —Me miró con sonrisa cómplice—, solo bastó con que me parara en la puerta de su oficina con Johnny en brazos.

—Y yo que pensé que la descarriada de la familia era yo.

—Chss, no se lo puedes contar a nadie. —Apretó una tecla—. Aquí está, mira esto.

CAPÍTULO 35

Connor

No volví a ver a Kai ese día.

Repasé con Grant, Will, y el resto del equipo, el dossier que preparaban y regresé a la sala de mandos. Seguro de que estaba solo, decidí meterme de cabeza a seguir revisando documentos. A pesar de ser abogado, odiaba lo administrativo y repasar archivos era, prácticamente, un trabajo de tiempo completo.

Me enteré de que eran pasadas las once de la noche cuando mi estómago comenzó a quejarse de hambre. Me había comido dos sándwiches y tenía en el cuerpo, un par de litros de té helado y cuatro botellas de agua. Antes de dar por terminado el día, releí el último correo electrónico, cogí el móvil y las llaves.

En el piso cinco había un silencio sepulcral. Cierto, mi vecina no era ruidosa, pero sabía que la televisión estaba en la sala, y la sala estaba a pocos metros de la entrada. Si se encontraba en el apartamento, claramente, no era ahí donde estaba.

Moría de ganas de tocar su puerta y demandar explicaciones. Nunca le había visto coquetear; no tuvo ningún reparo con Murphy cuando le guiñó el ojo, ni con Grant, cuando suavemente le pasó la mano por el antebrazo. No me consideraba alguien celoso, y menos, un hombre posesivo, pero ahí estaba, a punto de tirar la puerta para exigir respuestas. Kai despertaba en mí algo tan primitivo, que llegaba a ser peligroso. Deseaba explicarle, con una sola nalgada, que el único que podía ver los diferentes matices de su descaro era yo. Recordarle en qué se convertía cuando estaba en mis brazos y jalar su cabello hasta que reconociera que era el único capaz de darle lo que necesitaba.

Con la sangre hirviendo entré a la ducha con el agua fría. Enrollé el puño alrededor de la erección que apenas me dejaba pensar y, sin sacarme de la cabeza la imagen de su sonrisa maliciosa, dejé salir las horas de frustración y excitación reprimidas hasta que se fueron por el drenaje, junto con mi energía.

No alcancé a cortar el agua; escuché gritos en la entrada.

—¡Sé que estás ahí! —chilló—. ¡Abre la maldita puerta, mentiroso..., hijo de puta!

—¿El lenguaje del amor a estas horas? —contesté. Se abalanzó sobre mí con un feroz impulso; iba a derribar algo, la puerta, a mí, o los dos—. ¿Estás bien? —pregunté cuando noté que se había pegado en la cabeza—. Kai..., cariño, ¿estás bien?

—¿Tú? ¿Cariño? —gritó. Se levantó rápido, pero con la misma rapidez, tropezó con mi tobillo y cayó sentada—. Mierda, lo que me faltaba —dijo entre dientes mientras se pasaba la mano por el trasero.

—¿Estás bien? —pregunté otra vez.

—¡Dios mío! ¿Acaso no tienes vergüenza?

—¿Qué? —Se tapó los ojos y fue entonces cuando noté que se me había caído la toalla—. Oh... ¿Esto? —resoplé y la recogí para amarrarla de nuevo a mi cintura—. Estaba en la ducha, no alcancé a vestirme. —Cogí una de sus manos y le destapé un ojo—. ¿Mejor?

—Suéltame —reclamó, se puso de pie y, por razones que solo ella podría explicar, rechazó mi ayuda.

—Adelante, por favor, adelante. —Me moví hacia el costado—. Siéntete como en tu casa, mientras voy a ponerme algo más..., adecuado.

Me reí todo el camino desde la sala a mi habitación, luego al vestidor y de regreso.

Kai se había sentado en el sofá, tenía las piernas cruzadas y los brazos enrollados alrededor de sus majestuosos pechos. Si en algún momento pensé que la había visto enojada, Dios, me había equivocado.

—¿Te apetece algo? —pregunté. Me fulminaba con la mirada y debía reconocer, su ira me calentaba.

—No.

—Son más de las doce. ¿Pasó algo? —Miraba al suelo y respiraba agitada—. ¿Kai?

—¿Qué otras cosas estás escondiendo?

—¿Cómo?

—¿Cuántas? —negó con la cabeza y, después, me miró de arriba abajo.

—Querida Kai, te juro que no tengo idea de qué estás hablando.

—La bomba. —Se me erizó la piel; todo en mí comenzó a funcionar en modo de guerra—. Kylie me enseñó el video. —Me recriminaba con la mirada—. Lo vi todo.

Solté una carcajada. Una envuelta en sorpresa, sarcasmo e ira. Había más de un video y también diferentes registros. Daba igual cuál era el que GBS tenía en su poder o, en particular, cuál era el que le habían enseñado, en todos se podía ver lo mismo.

—Eso pasó hace mucho —respondí y, por primera vez en años, no supe qué hacer con las manos.

La elocuencia, la práctica, la capacidad de evadir o, de atacar, habían sido anuladas con esas tres palabras: lo vi todo.

Llevaba mucho tiempo sin pensar en eso y, más aún, sin preocuparme lo que opinaran los demás. Sin embargo, cada cosa que salía de su boca me importaba, cada pensamiento que atravesaba su cabeza me impacientaba.

—¿Es todo lo que vas a decir? —Cruzó los brazos contra su pecho y arrugó la nariz.

—No sé qué es lo que estás esperando.

—¿Una explicación? Sí, podríamos comenzar con eso.

—Basta, ¿quieres? —dije con la voz grave—. He sido muy paciente, pero esto termina, ahora. —Apreté los puños—. No tengo que darte explicaciones, no tengo que pedirte permiso ni disculpas, y me cansé de esta actitud desafiante y altanera. Lo que haya hecho en el pasado es mi problema, estoy en este trabajo y en este caso porque califico para hacerlo. No tengo por qué demostrarte nada, y no voy a seguir aguantando tus niñerías, ¿está claro?

—Oh..., claro, claro —agregó con una mueca—, sumamente claro.

—No estoy jugando, Kai.

—¡Yo tampoco, «señor condecorado con la medalla de honor»!

—¡Basta! —Levanté la voz—. ¿Vas a burlarte de mí por eso? ¿Vas a seguir encontrando excusas para condenarme o continuar juzgándome?

—No lo entiendes. —Se levantó y se llevó las manos a la cintura.

—Pues, no. —Di dos pasos y me paré frente a ella—. No entiendo por qué esto también es un juego para ti.

—No es un juego.

—¿Entonces?

Sentí como si el corazón quisiera escapar de mi pecho. Podía ver sus latidos en la vena de su fino cuello y una mezcla entre excitación y preocupación en sus dilatadas pupilas.

—Siento que no te conozco —reclamó con un susurro.

—Pues no me conoces, querida Kai. —Acaricié su mejilla; su piel cambiaba de color—. Solo te has preocupado de buscar defectos, encontrar errores o razones para odiarme. No me has dado ninguna oportunidad y, cada vez que te demuestro quién soy, te las arreglas para culparme de algo, aunque no tenga que ver conmigo.

—Eres injusto.

—Injusto, ¿me estás jodiendo? —negué con la cabeza—. ¿Por qué, por favor, explícame, por qué soy yo el injusto en esta película?

—Si alguien me hubiese explicado todo desde el principio, yo..., yo...

—No habrías tenido prejuicios, ¿en serio? —resoplé—. No seas mentirosa.

—Nadie me dijo...

—Nadie tenía por qué hacerlo —gruñí y enrollé mi puño en su cabello y jalé—. Nadie tenía que explicarte nada, ¿me oíste?

Se mojó los labios. En sus ojos no había ni pizca de preocupación. En ese momento solo había fuego. La hoguera que nos consumía se había convertido en un verdadero incendio y los dos moriríamos calcinados.

—Bésame —dijo entre gemidos.

—Kai. —Le tiré del cabello con una mano y, con la otra, agarré su cintura y la acerqué a mi cuerpo. No quedó espacio entre nosotros.

—Bésame —insistió.

—No.

—Connor —jadeó cuando movió la cabeza hacia el costado, dándome completo acceso a su piel.

—Solo si lo pides amablemente.

—Connor. —Parecía rogar con el cuerpo. Agarrada de mi camiseta buscaba pegarse más a mí—. Por favor.

—Esto es un juego para ti, ¿verdad?

—No. —Me miró—. Por favor.

—¿Te das cuenta de lo que estás pidiendo? —Besé la base de su cuello, pero su gemido no fue suficiente consentimiento.

—Connor.

—Esta vez no voy a detenerme, querida Kai. —Mordisqueé el borde de su oreja—. Esta vez voy a llegar hasta el final. —La apreté contra mí para que pudiera sentir la erección que estaba a punto de reventar en mis pantalones—. ¿Ves lo que provocas?

—Sí —su voz era suave, un hilo casi inaudible.

—¿Puedes sentir lo loco que me pones?

—Sí.

—No voy a detenerme esta vez, Kai. —La besé y después de dejarla sin aliento, jugueteé con su labio inferior—. Vas a sentirme por días.

—Sí.

—Jamás podrás olvidarte de mí.

—Ajá.

—Última vez. —Apreté uno de sus pechos—. ¿Es esto lo que quieres?

—Ajá.

—Usa tus malditas palabras, Kai. —Estaba furioso.

—Sí.

—Buena chica —agregué fascinado.

CAPÍTULO 36

Kai

A esas alturas, las explicaciones que necesitaba no tenían que ver con él, sino conmigo.

Nunca tuve dudas sobre mis instintos hasta que lo conocí. Sin embargo, me atrajo desde el momento en que se cruzó en mi camino. Su sonrisa y su manera de caminar, la elegancia de sus hombros y su voz, grave y envolvente. Las dudas acecharon mi alma cuando lo vi del otro lado de la justicia, en la esquina opuesta de la balanza.

Estaba a dos respiros de la rendición, a dos latidos de obediencia, a un segundo de la completa sumisión. No podía resistirme, necesitaba empaparme de su esencia, sentir su coraje y llenarme de valor.

El calor que emanaba me quemaba las entrañas. Con caricias que no eran ligeras, estampaba en mi piel sensaciones, hasta entonces, desconocidas. Con temblores involuntarios recibía toda su atención y me obligaba a respirar; cada segundo era una amenaza, un recordatorio, una advertencia. Ya no corría el riesgo de que Connor Hamilton se convirtiera en mi ruina, era un hecho, me había arruinado. Había perdido la batalla y me ahogaba en la marea que se agitaba tras el brillo de sus ojos.

El camino entre mi cuello y mis hombros lo recorrió dejando una línea de besos húmedos, después, con pequeños mordiscos, llegó hasta mi clavícula. Jalaba mi cabello con una mano y agarraba mi trasero con la otra, acercándose a él de manera exquisita, acentuando los puntos de fricción, profundizando con los embates de su lengua. La exploración de sus manos era cada vez más audaz y, mi entrega, cada vez más absoluta.

—Dios, Kai —gruñó y escalofríos recorrieron mi cuerpo—. Te deseo tanto.

—Connor. —No me salían más palabras.

Sin mucho esfuerzo y con un impulso, agarró mis muslos y enrollé mis piernas alrededor de su cintura. La flexión de sus brazos dejaba en evidencia la definición de sus músculos y su poder. Como si tuviera la fuerza de un dios griego, sin dificultad, caminó conmigo aferrada a su cuerpo hasta la habitación.

Las sábanas desordenadas prometían una zambullida a sus secretos, pero, sobre todo, el quiebre de un círculo vicioso y el inicio de algo nuevo.

Podía sentir el corazón en la garganta y mi pulso diluido corriendo por mis venas. Sus manos dejarían huellas en mi piel, me agarraba con fuerza, como si quisiera ponerme en mi lugar y, al mismo tiempo, adorarme con cada una de sus células. Con un movimiento controlado me dejó sobre la cama y quise gritar cuando, en vez de apoyar su peso sobre mí, se sentó sobre sus talones. Sus ojos azules brillaban oscuros y traviesos, encendiendo cada parte de mi alma, afiebrando hasta el último centímetro de mi cuerpo.

—Quítate la sudadera —dijo con su voz de barítono—. ¿Ansiosa? —agregó cuando agarré el dobladillo de la sudadera, la camiseta y me saqué las dos cosas a la vez—. Vamos a hacer esto como corresponde.

—¿Ah, sí? —contesté desafiante—. Y, ¿cómo es eso?

—Lento. —Me asfixiaba de solo pensarlo—. ¿Qué opinas de eso, querida Kai?

Abrió su mesa de noche y sacó un condón, cogió una de las almohadas y la acomodó para que apoyara la cabeza, aparentemente, no estaba bromeando. Para deshacerse de la ropa que cubría la parte inferior de mi cuerpo estiró los minutos.

Nunca pensé que lo diría, pero en ese momento, comprendí lo que era la tortura. Connor me miró de arriba abajo cuando estuve expuesta ante sus ojos. Me contemplaba, sonreía, sus ojos brillantes irradiaban una chispa violenta y una sensualidad arrolladora.

Trazos, comenzó con suaves trazos a dibujar con los dedos los contornos de mi figura, cautelosos movimientos que iban de un costado a otro, creando surcos de deseo.

Sin prisas, sin pausas, memorizaba con la yema de los dedos cada centímetro de mi piel en llamas.

Tiritaba en anticipación, cerraba los ojos conteniendo el aire, mientras que con la boca abierta trataba de respirar.

En su rostro podía leer la misma excitación; pero al mismo tiempo, veía satisfacción, control, poder y, para mi horror, paciencia.

Había oído sobre la combustión interna, me había reído del concepto, de la hipérbole; sin embargo, vivirlo en la carne era otro cuento.

Se deleitaba con mis temblores, parecía encenderse más cada vez que un jadeo dejaba mi garganta.

—Dios, Connor —gemí casi sin aliento.

—¿Sí?

—¿Estás esperando una invitación? —contestó con una grave carcajada.

—No, oh —negó con la cabeza—. La paciencia es una virtud que siempre es bien recompensada.

Se llevó una de mis piernas al hombro y, sin quitarme los ojos de encima, se lamió los labios y comenzó a depositar besos húmedos detrás de mis rodillas. Mi reacción fue de libro. Me estremecí en cuanto sentí el calor de su boca y comencé a tiritar cuando se agachó para continuar explorando mientras subía por mis muslos, los surcos entre mis piernas, la piel suave de mi abdomen, hasta que se detuvo en mi ombligo. El instinto me llevó a coger su cabello para acercarlo a mí y dirigirlo hacia donde más lo necesitaba.

—Calma, querida Kai —resopló y negó con la cabeza—. Todo a su tiempo. —Agarró mis manos y aseguró mis muñecas por encima de mi cabeza; sonreía, la tortura parecía estar recién empezando.

Su lengua no daba tregua ni se detenía, en vez de mordisquear mis pechos, besó el valle que había entre ellos. Su boca era la encargada del asalto. Mi clavícula, mi cuello, el borde de mi oreja y, finalmente, mis labios.

Enrollé las piernas alrededor de su cintura y lo apreté contra mí. Podía sentir su dura erección bajo la suave tela de sus pantalones deportivos; frustración líquida se instalaba entre mis piernas.

—Estás vestido —dije entre jadeos.

—¿Tienes algún problema con eso?

—Dios, Connor. —Alcé la pelvis, me estaba volviendo loca.

Con una mano al lado de mi cabeza sostenía mis muñecas, con la otra comenzaba un delicioso tormento. Apretó uno de mis pezones y un gemido ahogado salió de mi pecho. **El dolor**

y el placer se mezclaban, creaban nuevas sensaciones. Brusco y suave, dominante y determinado.

—Chss —murmuró—. Solo si te quedas quieta recibirás recompensa. —Me soltó las manos—. Si te mueves... —negó con la cabeza—. ¿Está claro? —asentí—. Con palabras —demandó.

—Sí.

—Buena chica. —Se sacó la camiseta—. Sé lo que quieres y sé qué es lo que voy a hacer contigo—. Cierra los ojos —dijo con un gruñido, obedecí.

La anticipación me estaba matando, afiebrada, hervía y me quemaba por dentro. Se alejó, oí cómo dejaba caer su ropa al suelo. Cerré los ojos cuando sentí su piel cruda en contacto con la mía. Expuesta, con las piernas abiertas, las manos sobre mi cabeza, y los ojos cerrados, luchaba conmigo misma para mantener la calma. Con la yema de los dedos trazó una línea desde mis tobillos hasta mi entrepierna y se detuvo a masajear los pliegues de mi centro. Tentando, dibujó círculos alrededor y se detuvo cuando arqueé la espalda.

—Quieta —asentí—. Eso es, así.

Apoyó los antebrazos a los costados de mi cabeza y su cuerpo firme se dejaba caer sobre el mío, aunque no sentía su peso. Besó cada centímetro de mi piel y, después, alternando entre mis pechos, mordisqueó y lamió hasta que me sacó chillidos de placer.

—Muy bien, exactamente así —agregó cuando vio que apretaba los ojos—. Sensaciones, querida Kai. No te atrevas a abrir los ojos hasta que te lo diga.

Podía oír el tono de su sonrisa maliciosa. Sabía perfectamente lo que hacía. Se llevó mis piernas a los hombros y dejó caer la cabeza. Con una mano sobre mi abdomen controló el movimiento de mi pelvis y con la otra jugueteó con los pliegues de mi interior. Fue un soplido el que logró que la presión me llevara al cielo y, después de corroborar con la punta de la lengua lo mojada que estaba, dejó salir un gruñido antes de devorarme. Con dos dedos se abría camino, con los labios mordisqueaba y bebía todo lo que tenía para darle.

—¿Vas a acabar? —Se detuvo—. ¡No...! —gruñó—. Quieta. —Su voz grave hizo eco en mi pecho.

—¡Connor! —reclamé, tenía ganas de llorar.

—Chss... Ya sabes las reglas. —Podía oír la sonrisa en su voz.

—¡Eres un sádico!

—¿Ah, sí? —Regresó a mi boca y cogió mis labios. Sentir mi propio sabor en su lengua disparó mis sentidos hacia otro plano—. Eres deliciosa —agregó y mordisqueó mi labio inferior—. Abre los ojos.

Obedecí. Sus ojos se veían negros, ni rastro había del azul que tanto me fascinaba. Después de curvar los dedos en mi interior para llevarme al borde del abismo y abandonarme justo antes de saltar, se posicionó entre mis piernas.

—¿Esto es lo que quieres, querida Kai? —preguntó mientras frotaba su magnífica, larga, gruesa y firme erección. Arriba y abajo, tentaba, torturaba, mi cuerpo tiritaba debajo del suyo.

—Sí —gemí.

—No te oí.

—Sí —dije más fuerte.

—Pídelo amablemente —agregó.

—Por favor.

—Buena chica. —Se enfundó en el condón y sonrió—. Tú marcarás el paso, Kai.

—¿Qué? —Eso no me lo esperaba.

—Tu tobillo, querida Kai. —Me guiñó un ojo—. Créeme, si no tuvieras esa bota, habríamos comenzado de otra manera.

—¿Cómo? —Me sentí atontada.

—Iré despacio.

Un centímetro. Introdujo solo un centímetro y me tensé. Habían pasado solo seis meses, no era para tanto.

—¿Estás bien?

—Sí —aseguré.

Otro centímetro más y sentí lágrimas en los ojos. Su cuerpo firme sobre el mío parecía relajado, sus ojos determinados no se perdían nada y estaban atentos a cada expresión. Me preguntó con los ojos, asentí con la cabeza.

—Oh..., eres..., tan... —Apretó la mandíbula—. Iré más despacio —agregó.

—¡No! —rogué—. Necesito que...

Aparentemente, fue suficiente explicación. Centímetro a centímetro era un martirio. Con un solo movimiento lo sentí hundirse en mi interior y un grito ahogado salió de mi garganta. En vez de moverse, comenzó a llenarme de besos y se llevó una de mis piernas a la cintura.

—¿Mejor? —asentí—. ¿Segura? —asentí de nuevo.

Salió y, al segundo, la invasión profunda conquistó mucho más que mi centro. Mi próximo chillido no fue de impresión ni sorpresa, fue de placer y ambición. Connor se llevaría todo lo que tenía, arrasaría conmigo con más fuerza que un tsunami. Lo llenaba todo. Todo lo que creí que sabía hasta el momento, estaba siendo reescrito con él entre mis piernas y a punto de partirme en dos. Embestidas cortas que preparaban el camino para una más larga. Movimientos lentos anunciaban unos más rápidos y los rápidos, unos más salvajes.

—No cierres los ojos —dijo cuando dejé caer los párpados de placer—. ¡Mírame, Kai! —Un embate profundo me sacó un jadeo del alma—. ¡Mírame, maldita sea!

El esfuerzo era titánico, las sensaciones eran tantas que no perderse en ellas era prácticamente imposible. La marea chocaba en sus ojos al mismo ritmo que el movimiento de sus caderas y de él en mi interior.

Adentro con la fuerza de un tornado.

Afuera como una explosión volcánica.

Profundo, como si estuviera escarbando en mis secretos.

Más lento, como la tortura deliciosa de sus besos.

Más rápido, para que no olvidara quién era el que dirigía la función.

Caliente.

Empujaba, me arrastraba hacia el abismo.

Los movimientos precisos.

El compás perfecto.

Una embestida, un gemido.

Una retirada, un gruñido.

Profundo.

Estaba lista para rogar por alivio.

Con cada embate me perdía más, la exactitud y precisión de sus movimientos me

envolvían en una maraña de emociones que se elevaban cada vez más. Que me hubiese llevado al límite, para luego dejarme a la deriva, parecía tener un efecto intoxicante, porque estaba a punto de explotar.

—Dios —los gemidos brotaban de mi boca—. Dios, Connor.

—Es increíble, no puedo creer lo bien que se siente estar dentro de ti.

—Connor...

—¿Vas a acabar? —me dijo al oído y enganchó mis dos piernas alrededor de su cintura—. No, oh... —Sonrió—. Solo cuando yo te lo permita.

—Connor —reclamé con miedo de que dejara de moverse otra vez—. ¡Por favor! ¡Por favor, no puedo más!

—Buena chica. —Una embestida profunda llegó hasta mi alma—. Si lo pides así... —Arremetió con más fuerza—. Quiero verte, quiero verte acabar para mí.

Jamás pensé que podría llegar al orgasmo después de un comando y, mucho menos, después de que me lo hubiesen negado por tanto rato. Estallé en pedazos con sus ojos clavados en mí, con sus manos sosteniendo mis caderas. De seguro, en menos de una hora, podría ver las huellas de sus dedos marcadas en mi piel.

Me colmaba al punto que sentí cómo palpitaba en mi interior al dejarse llevar, hasta alcanzarme en la cima del mejor orgasmo de mi vida.

CAPÍTULO 37

Connor

Kai parecía una extensión de mí, encajaba a la perfección con la cabeza apoyada en mi hombro, mientras mi pecho protegía su delicada espalda.

Sin sobresaltos, disfrutábamos del silencio y de la intimidad que consiguen los cómplices después de las revelaciones íntimas, de aquellas que no necesitan palabras.

Quedaba mucho por decir, la batalla había quedado atrás, junto con las discusiones.

—Quiero saber cómo fue —preguntó. Giró hasta quedar frente a mí y, después de acomodar la cabeza sobre mi hombro, cruzó el brazo sobre mi pecho.

—Tu hermana...

—En el video que vi, apareces recibiendo la medalla de honor —aclaró.

—¿Eso es?

—Sí.

—Por el cómo chillabas cuando llegaste, pensé que lo habías visto todo.

—¿Hay más? —asentí con la cabeza y respiré profundo.

—Fue hace ocho años. Ya había salido de la academia, era mi segundo despliegue. — Cerré los ojos y acaricié su antebrazo con la yema de los dedos—. Fue una misión de reconocimiento. Gracias al satélite descubrieron un campamento enemigo a ciento veinte kilómetros de la base. Éramos cuatro. —Las imágenes estaban tan frescas en mi memoria, que me costaba creer que hubiesen pasado tantos años—. Después de quince horas de caminar sin detenernos, buscamos un lugar para descansar...

—¿Y?

—Estábamos en medio del desierto —respiré profundo—. Necesitábamos recuperar energías y no había ningún lugar con cubierta, así que nos instalamos a la intemperie, rotando la guardia estuvimos quietos por tres horas. —No podía creer que estuviera contando, por primera vez, la historia completa. En el momento, tuve que completar los espacios en blanco, nada más; el relato se construyó con la declaración de los involucrados.

»Esa noche, nuestro líder, el sargento Jordan, comenzó con un brote psicótico. Los médicos dijeron, después, que fue por la deshidratación. Perdió la noción de la realidad, empezó a actuar en forma errática, aunque no nos dimos cuenta, sino hasta pasadas varias horas. Se negó, en más de una ocasión, a informar de nuestra posición, nos urgió a seguir caminando, incluso, a apagar la radio hasta que llegásemos a las afueras del campamento. Jornadas extenuantes no son desconocidas para los *marines*, tampoco lo son las condiciones extremas, pero cortar la comunicación con la base, sin razón, debería haber sido la primera señal de alerta. La idea de la misión era, primero, identificar el nivel de amenaza que constituía el lugar. La cantidad de gente, si eran soldados, milicia o civiles, con qué tipo de armamento contaban y cualquier otro detalle que pudiésemos averiguar. Era reconocimiento, entrada y salida, nada más. No seríamos nosotros quiénes decidirían si se convertiría o no en un objetivo; sin embargo, en el caso de que hubiera movimiento o nos encontráramos bajo una amenaza, teníamos luz verde para abrir fuego. El

lugar tenía toda clase de armas y había poco resguardo, parecía ser un almacén en el medio del desierto. Una construcción ligera de no más de ciento treinta metros cuadrados, con tres guardias armados y sin cámaras de seguridad. Evadiendo a los hombres nos dispersamos. Cada uno hizo lo suyo desde cada extremo, y logramos un registro en video con las cámaras que teníamos en nuestros cascos. No solo tenían armamento pesado, sino también, armas químicas..., granadas de gas Sarín. Pequeñas, fáciles de guardar, manipular y, sobre todo, ideales para cargar en una persona para ponerla, después, en un lugar concurrido sin despertar sospechas. La base estaba justo en el medio de dos aldeas, nuestro deber era protegerlas. Entre ambas, había cerca de dos mil trescientos habitantes. Todos civiles, la mayoría: niños, pequeños y mujeres. Los malditos se habían llevado a todos los chicos que tuvieran más de doce años. Algo le pasó a Jordan cuando contó las cajas de armas y granadas. Fue como si el cronómetro hubiese comenzado la cuenta regresiva y estuviéramos a punto de estallar en pedazos. No teníamos los instrumentos, ni los materiales, ni la protección como para neutralizar esa cantidad de gas. Jamás pensé que vería tantas granadas de ese tipo en mi vida. Los guardias se encontraban fumando en la entrada, cada uno con una metralleta a su lado, relajados y escuchando la radio. No esperaban a nadie, eso estaba claro. Los catres apenas tenían una sábana, y los platos de comida sucios estaban apilados en una improvisada cocina. Nos retiramos antes de que amaneciera, pero en vez de regresar, buscamos posiciones para vigilar el almacén. Informar a la base de la situación era imperativo, si llegaban a mover las armas, sería imposible contener el peligro. Nuestro líder decidió enviar a Rogers, uno de mis compañeros, con las grabaciones de las *GoPro*, había suficiente como para tener el plano completo. La neutralización y extracción eran prioridad. Si caminaba sin parar, en dieciséis horas, estaría en la central. Esperar era lo único que nos quedaba. Algo extraño sucedía en medio del desierto cuando te encontrabas con el sol en la cara, transpirando inmóvil y prácticamente sin respirar. La noción del tiempo oscilaba: había minutos que se hacían eternos y segundos que parecían horas. Al menos yo no tenía expectativas de que alguna operación se activara en nuestro camino, sino hasta el día siguiente. Con suerte, Rogers llegaría a medianoche y, después de eso, planificar la extracción no sería tan sencillo como un paseo al parque. Jordan parecía más ansioso y seguía con la idea de que nos interceptarían si utilizábamos la radio. Todos cargábamos un *GPS* en nuestro equipo, pero que supieran dónde estábamos, no servía de nada si no conocían los detalles de la situación. Nos quedamos en el mismo lugar hasta que cayó la noche. No llevaba ni tres sorbos cuando el sargento me quitó la botella. No la quería para tomar agua, la quería para llamar mi atención. Nos ordenó mantener la posición y cubrirlo. Deseaba terminar con la amenaza que, para él, constituían los sujetos que custodiaban el almacén; en ese momento, era innecesario y riesgoso. Mientras no tuviéramos cómo neutralizar las armas, no tenía sentido avanzar porque corríamos el riesgo de quedar en evidencia y alertar a los responsables o dueños de la carga. Fox, mi otro compañero, acababa de llegar y todavía no entendía que convertirse en *marine* no era sinónimo de haber renunciado a pensar por sí mismo. Tenía muy frescas las instrucciones de la cadena de mando; jamás habría cuestionado una orden directa. Sin embargo, después de oír al sargento, volví a acordarme del día en que decidí alistarme. Lo hice para estar en las trincheras, para demostrarme a mí mismo que podía hacer algo distinto y terminar con el legado de mi familia. Lo que nunca contemplé fue que tendría que recibir órdenes que me parecerían cuestionables y que no podría abrir la boca para argumentar. El abogado que había en mí llevaba años luchando por mantenerse a raya. Si hubiese postulado a la escuela de oficiales, podría haber sido yo quien planificara cómo extraer la carga y neutralizar a los terroristas. A Jordan le tiritaban las manos y sudaba, recién entonces, comencé a sospechar que algo andaba mal. Solía ser un hombre determinado y, que tuviera una reacción como esa, me

parecía fuera de lugar. La locura estalló en cuestión de segundos. El sargento corrió, prácticamente, de frente contra los tres hombres. Fui tras él cuando entendí lo que sucedía, tres o cuatro segundos después. Los terroristas abrieron fuego y le dieron a Fox en la cabeza; se encontraba a veinte metros. Jordan, por su parte, logró resguardarse detrás de una estantería. Alcancé a esconderme debajo de unas cajas llenas de fusiles AK. Con Fox derribado, Jordan parecía aún más enfurecido, podía verlo, buscaba desesperado un espacio para volver al ataque. Logré cubrirlo cuando se movió; le di en el hombro a uno de los sujetos y el sargento lo remató con dos tiros en la cabeza. Los otros dos se habían dispersado. El que mató a Fox estaba fuera, de seguro, asegurándose de que no hubiese nadie más. El otro recorría el almacén con los ojos desde la puerta de la entrada. No me habían visto y aproveché la ventaja. Dejé mi fusil al costado y salí tras el asesino de Fox con el cuchillo táctico. No podía meter ruido si realmente quería mantener la ventaja. Fue un movimiento rápido y casi indoloro para el maldito. Cuando regresé, el sargento figuraba luchando mano a mano con el último de los guardianes del almacén. Lo cogí del suelo con las dos manos y, sin darle ni una mirada a Jordan, lo llevé hasta uno de los extremos y lo até de pies y manos. Si me hubiese demorado unos minutos más, el sargento lo habría matado a palos. Al momento, tuve que atarlo a él también, estaba descontrolado. Organicé en mi cabeza un plan de defensa cuando oí la radio; habían dado la alerta; alguien venía hacia nosotros.

CAPÍTULO 38

Kai

Escuché con atención. No interrumpí, dejé de respirar más de una vez y pude ver en su cara la expresión de alguien que se ha enfrentado a la más cruda miseria.

—¿Qué pasó? —pregunté y Connor besó mi muñeca.

—No sabía cuánto tiempo tenía, y mucho menos, la cantidad de gente que podría llegar.

—¿Y el sargento?

—Me miraba perplejo. —Volvió a acariciar mi antebrazo—. No podía creer que lo hubiese amarrado, igual que al terrorista que intentó matar con sus propias manos.

—¿Te dijo algo?

—No.

—¿Entonces?

—Verás. —Me abrazaba con fuerza, como si quisiera anclarse a mí—. Cuando salimos de la base con rumbo al campamento, lo hicimos por detrás de una montaña. Era la manera más segura de llegar sin ser vistos. Sin embargo, había un camino directo que podías agarrar desde una de las carreteras principales. Los hombres tenían una camioneta a treinta metros.

—¿No la habían visto?

—No. —Besó mi frente—. Cogí las llaves y al sargento, que me miraba como si quisiera matarme. Si hubiese podido hacer las cosas de otra manera, lo habría hecho, apretarle el cuello a alguien y calcular con exactitud la fuerza para dejarlo inconsciente y no matarlo, no es tarea fácil. Lo subí a la camioneta y lo amarré en la parte delantera. Todavía no sé por qué no intentó soltarse cuando despertó, podría haber escapado si lo hubiese querido.

Connor hablaba y hacía pausas largas para respirar. Su pecho ancho y musculoso se alzaba y parecía resonar tras cada palabra. Aparentemente, revelar toda la historia era más difícil de lo que creía.

—Subí las granadas al camión. Preparé varios fusiles AK y los fui dejando en distintos lugares. No tenía idea de qué rango de movimiento tendría, pero sabía que debía estar preparado.

—Acarició mi mejilla y se detuvo, fue un beso de aquellos capaces de hacerme olvidar todo, reemplazó sus próximas palabras.

—¿Connor?

—Dios, Kai—. Hizo otra pausa—. Si no hubiesen sido armas químicas, habría volado el almacén sin pensármelo dos veces. —Respiró profundo—. Los misiles..., los fusiles eran el último de mis problemas. Lo que viniera, podría terminar en menos de treinta segundos, lo único que tenía a mi favor era el factor sorpresa.

—¿Qué pensabas hacer con la camioneta?

—Alejarme. Dejaría al sargento bajo cubierta y enfilaría hacia el sur. Sabía que había un plano a veinte kilómetros. En el caso de que hubiera una explosión, la contaminación habría sido nefasta, pero con las medidas necesarias podría contenerse y ser neutralizada con dificultad, con riesgos, pero eventualmente, neutralizada. Pensaba abrir el canal de radio para informar a la base

sobre mis próximos pasos; tendrían que rastrear mi ubicación y calcular el perímetro exacto que habría que descontaminar. Era extremo, lo sabía, pero solo pensar el daño que podrían hacer con una sola... Una sola granada, Kai —negó con la cabeza—. Una sola podía matar a decenas de personas, ¿te imaginas lo que habrían logrado con esas cajas? En ese plano..., en ese terreno..., al menos, sería posible contener el daño a las poblaciones habitadas. Los daños al ecosistema serían irreparables por años, pero se habrían evitado pérdidas humanas.

—Pero tú...

—Créeme, querida Kai. —Besó mi frente—. En momentos como ese, uno es el último en la lista.

—¿Alcanzaste a...?

—Dejé la camioneta en la parte trasera del almacén y esperé. El sargento durmió un par de horas, no volvió a abrir los ojos, sino hasta después del amanecer; cuatro, tal vez, cinco horas.

—¿Qué hiciste entonces?

—Esperé. —Me sentía pequeña entre sus brazos—. No estoy seguro de cuánto tiempo pasó hasta que escuché el sonido de los neumáticos. Existía la posibilidad de que fuera Rogers con un equipo; sabía que no era él.

—Pero..., a esas alturas...

—Aparecieron dos camionetas —resopló—. Tengo buena puntería, pero no soy un francotirador.

—Lily y Kill lo son, aunque Knox es increíble.

—Lo sé —suspiró—. Desde mi posición derribé a cinco en cuánto se bajaron de la camioneta, pero apenas descubrieron dónde estaba, tuve que echarme a correr; eran diez. Por muchas ganas que hubiese tenido de crearme un superhéroe, sabía que el viento no corría, precisamente, a mi favor.

—¿Diez?

—Pude derribar a uno más, segundos antes de que otro lograra agarrarme. —Lo sentí tiritar—. Sé que estaba justificado, pero créeme que hubiese decidido alistarme para huir de los negocios de mi familia, era una cosa, convertirme en un asesino, era otra muy distinta.

—No eres un asesino —reclamé con un nudo en la garganta y me apoyé en uno de los codos—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Aquí, —Apuntó con el dedo índice hacia su frente—, aquí tengo todas las razones que justifican cada una de mis acciones e incluso las honran..., pero aquí. —Apretó los puños y me mostró la mano—. Todavía siento el calor de su sangre entre mis dedos.

—Dios, Connor, no puedes pensar eso.

—Me subí a la camioneta y encendí la radio que recogí de nuestro improvisado escondite cuando preparé todo. —Tragó saliva—. No me seguían. No sé si fue porque trataban de soltar al maldito que seguía medio inconsciente, o porque trataron de hacer un rápido inventario. —Hizo otra pausa—. Me comuniqué con la base, les informé hacia dónde me dirigía y la carga que llevaba.

—¿De verdad ibas a hacerlo?

—¿Dejar al sargento y después hacer estallar el camión? —Ni siquiera lo pensó—. Sí, iba a hacerlo.

—¿Qué pasó?

—Rogers fue herido de camino a la base, alcanzó a entregarle todo al capitán y tuvieron que trasladarlo, necesitaba cirugía.

—¡Oh, Dios!

—Dejé al sargento a cinco kilómetros del almacén, a los pies de un monte, con provisiones de agua y comida —resopló y negó con la cabeza—. Si hubiésemos sabido que todo comenzó por falta de agua.

—¡Connor!

—Conduje hacia el sur —sonrió—, el capitán Cole me estaba esperando.

—¿El capitán Cole?

—Fue él quien recibió el informe de Rogers y movilizó la misión de rescate. Estaban cerca del almacén y se desviaron para seguirme en el helicóptero cuando les llamé para informar de mi plan. —Se apretó los ojos con los dedos—. Después de eso, señorita abogada, comenzaron los trámites y el papeleo. —Sus ojos profundos brillaban para mí—. Fue una investigación eterna que terminó, por alguna razón que jamás voy a entender, por declararme un «héroe de guerra».

—Ganaste la medalla de honor. —Acaricié su mejilla—. Arriesgaste tu vida por miles de personas..., protegiste al sargento. ¿Te parece poco? —Sonrió.

Connor tenía un patrón. No comentaba su pasado a menos que fuera estrictamente necesario. No se escondía de las confrontaciones, aunque tampoco las buscaba. Era discreto y asertivo, aunque trabajaba en silencio y sin bajar la guardia.

—Kai —interrumpió el silencio—. ¿Estás conforme?

—¿Conforme?

—Sabes a qué me refiero. —Con el pulgar trazó la línea de mi mandíbula.

—No.

—¿En serio? —Sonrió y con un movimiento rápido, me dejó de espaldas en la cama—. ¿No sabes a qué me refiero? —Me atrapó entre sus piernas.

—¡No, oh! —chillé cuando comenzó a hacerme cosquillas—. ¡No, no! —No podía parar de reírme.

—Ahora, ¿confías en mí?

—Sí.

—Dilo de nuevo.

—Sí. —Crucé los brazos alrededor de su cuello—. Confío en ti.

—De nuevo. —Se apoderó de mis labios y comenzó a devorarlos.

—Confío..., en..., ti —repetí entre beso y beso.

Mordisqueó el lóbulo de mi oreja; el efecto que tenía Connor en mí era aplastante. Había escalado de irritarme, al punto de volverme loca de ira; a volverme loca con su cercanía, con su aroma y sus caricias. Sus labios llenos eran mágicos, el complemento preciso para besos perfectos.

CAPÍTULO 39

Connor

Me di una ducha y cuando regresé a la habitación, me quedé en la puerta contemplándola. Kai dormía enrollada entre mis sábanas. Tenía la espalda descubierta y podía deleitarme con la curva de sus caderas y el contorno de su magnífico trasero. Podía ver, también, las marcas que había dejado con los dedos.

—Buenos días —le dije al oído y acomodé el cabello que le tapaba la cara.

—Buenos días —contestó, me regaló una sonrisa y comenzó a estirarse.

—¿Dormiste bien?

—Mmm... —Levantó los brazos y los cruzó alrededor de mi cuello—. Ajá.

—A levantarse, preciosa.

—¿Preciosa? —preguntó levantando una ceja.

—Sí, —Besé su nariz—, eres preciosa.

—Lo dices porque tienes dobles intenciones —contestó con una sonrisa y con un beso que casi me pone de rodillas.

—No tengo dobles intenciones, querida Kai. —Metí la mano bajo las sábanas y agarré uno de sus pechos—. Tengo varias intenciones y son bastante básicas.

Me convertí en un pulpo en cuestión de segundos. Jamás me cansaría de saborearla, tocarla y descubrir qué era lo que la hacía gemir. Kai Gibson se había convertido en mucho más que mi pasatiempo favorito. Sus sonidos, su aroma, la suavidad de su cremosa piel y la transparencia de sus expresiones. La excitación, la satisfacción, la desesperación, la culminación. El color de sus mejillas después de un orgasmo, los pequeños jadeos que podían convertirse en chillidos con la estimulación correcta y mi nombre en sus labios tras cada embestida, sería algo que jamás podría olvidar.

Que hubiese pasado la noche en mi cama fue una de las mejores experiencias de mi vida. Que hubiera comenzado como un arrebato era solo un detalle semántico. Que no demostrara arrepentimiento era más de lo que habría esperado.

La mezcla entre ira, confusión, pasión animal y confesiones eran componentes que podrían convertir cualquier cosa en dinamita.

—¡Connor! ¡Por favor! —rogaba mientras buscaba otro condón en la mesa de noche.

Levantamos la cabeza al mismo tiempo cuando oímos el timbre, eran las siete de la mañana. Que alguien que no fuera ella estuviera tocando a mi puerta era una mala señal, que estuvieran a punto de derribarla a esa hora era un mal presagio para el día.

Le di un beso en la nariz antes de levantarme y cogí mi ropa del suelo. Respiré profundo antes de abrir al ver, a través de la mirilla, quién estaba al otro lado.

—¿Kai está contigo? —preguntó Grant sin preámbulos apenas abrí—. Estuve cinco minutos tocando el timbre. —Con el pulgar indicó hacia atrás, al apartamento quinientos dos.

—Buenos días —saludé y endecé la espalda. No le iba a dar explicaciones.

Me miró de arriba abajo. Si hubiese llegado diez minutos antes me habría encontrado con la ropa estirada y el pelo organizado. De seguro no era necesario ser adivino para deducir en qué estábamos.

—¡Claro, buenos días! —negó con la cabeza—. ¿Están tan ocupados que ninguno de ustedes tiene tiempo para contestar el teléfono? —No disimuló la mueca torcida cuando vio un *iPhone* rosa en la sala. El mío estaba en mi mesa de noche, probablemente, descargado.

—A Knox le va a dar un ataque cuando se entere de esto. —Levantó el dedo índice y dibujó un círculo en el aire.

—¿Qué sucede? —interrumpí.

—Knox necesita hablar contigo, es sobre tu abuelo.

—¿Qué pasó?

—Harrison. —Arrugó la frente y respiró profundo—. Pues... —negó con la cabeza—, habría preferido que otro te diera las noticias...

—¿Cuándo? —Entendí de inmediato a qué se refería.

—Hace menos de una hora.

—¿Cómo?

—Es posible que haya sido un infarto, todavía no lo sabemos. Una de las criadas llamó a urgencias hace una hora; lo trasladaron a Nápoles, pero no alcanzó a llegar al hospital. Todavía respiraba cuando lo subieron a la ambulancia.

—Dios. —Me apreté los ojos con los dedos—. ¿Ya avisaron a mi padre?

—No. Will está atento. No tenemos idea de quién le llamará, es por eso por lo que...

—Vale, vale —interrumpí.

—Lo siento —insistió Grant y me apretó el bíceps.

—Gracias.

—Harrison estará pendiente y no se moverá de allí hasta que expatrien el cuerpo.

—¿Qué pasó con las chicas que estaban con él?

—No lo sabemos. No las ha oído desde ayer en la tarde, tampoco las vio salir de la villa, es posible que sigan ahí. —Cruzó los brazos contra su pecho—. Kill va de camino al aeropuerto, entrarán esta noche.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

—No por ahora. —Hizo una pausa—. Knox necesita hablar contigo. —Miró hacia el pasillo—. Les recomiendo que se pongan presentables. Carter y él están revisando los planos de la casa para encontrar el mejor punto de entrada. Le enviarán la información a Harrison; está preparando el equipo.

—¿Armas? —pregunté.

—Y cámaras. La casa tenía micrófonos en todas partes, pero no cámaras —agregó.

—Ya veo. —Respiré profundamente.

—Harrison ha estado haciendo algo más que trabajar en su bronceado —sonrió.

—Gracias.

—¿Y Kai? —Miró hacia el pasillo.

Como si la hubiese llamado con el pensamiento, apareció desde el pasillo con el cabello mojado y sin ningún signo de arrepentimiento.

—Buenos días, Grant —saludó con sonrisa inocente.

—Kai —contestó él con un monosílabo y un movimiento de cabeza.

—El abuelo de Connor...

—Te oí —interrumpió y se sentó en el sofá—. ¿Solo fue Kill cómo refuerzo?

—Sí. —Grant se encogió de hombros—. Lily está enferma.
—¿Enferma? —interrumpió Kai—. ¿Qué le sucede?
—No tengo idea. —Con los brazos cruzados sobre su pecho volvió a negar con la cabeza—. Debe ser complicado como para que no haya insistido en acompañarlo, ¿no crees?
—Mmm... —Ella arrugó la nariz.
—¿Qué dijo mi hermano?
—Pueden averiguarlo ustedes mismos, desea hablar contigo, Connor. —Indicó con la cabeza.

Grant se fue un par de minutos después. Kai, sentada en el mismo lugar, me miraba. ¿Esperando una reacción tal vez? Era poco lo que podía ofrecer en esa área. No tenía una relación con mi abuelo y, con mi padre, hasta mi salida de *Hamilton & Nielsen*, había sido estrictamente profesional y en la firma. Completamente retorcida, disfuncional y, prácticamente, inexistente fuera de ella.

—¿Me recoges en quince minutos? Debo cambiarme de ropa —sonrió.

En las oficinas de GBS parecía todo sereno. Pamela todavía no había llegado; sin embargo, Grant, Esteban, Murphy, Carter, Will y Knox nos esperaban, cada uno con un café en la mano.

—Buenos días —saludó Kai, con una sonrisa deslumbrante.

Knox levantó una ceja y Carter trató de disimular la sonrisa llevándose un puño a la boca. Will y los demás no lo lograron.

—Kill aterrizará en Roma en tres horas; seguirá en helicóptero. En cinco horas se reunirá con Harrison —comenzó Knox.

—Mason está en línea. Si es necesario, despachamos a un par de hombres del equipo beta por la mañana. Todo depende de lo que encuentren esta noche —aclaró Carter.

—¿Mason? —preguntó Kai.

—Dominic Mason es el líder del equipo beta; nos prestan apoyo en terreno cuando necesitamos reservas.

—Oh..., ellos —respondió Kai.

—Ajá —gruñó su hermano—. Lamento lo de tu abuelo, Connor.

—Gracias.

—Entiendo que Grant ya les explicó el escenario.

—Sí.

—El número privado de tu padre, el de su asistente, y los teléfonos de *Hamilton & Nielsen*, están siendo monitoreados —agregó Will.

—Quisiste decir, intervenidos —aclaró Kai.

—Técnicismos, pequeña —enfaticó Carter.

—El punto es que todavía no recibe la noticia; lo sabremos cuando lo haga.

—Es extraño —comencé—. Si el viaje de mi abuelo fue para desviar la atención, no tiene sentido que no le hayan avisado todavía. Lo lógico sería que estuviera preparando, ya, un plan de comunicaciones. Dudo que esté en condiciones de anunciar una noticia como esa al directorio, mucho menos a los clientes.

—Cierto. —Kai arrugó la nariz y se acomodó la cadena que tenía en el cuello—. El impacto que tuvo en la opinión pública la «noticia de que estaba enfermo», —Usó los dedos para marcar las comillas—, fue enorme. En cuanto la gente se entere de que ha fallecido, la firma sufrirá una estampida de clientes. Al fin y al cabo, era tu abuelo el que les daba credibilidad. —

Me miró—. Nadie cuestiona su carácter moral, es la reputación de tu padre la que está en el suelo.

—Así es.

—Tengo un mal presentimiento —insistió—. ¿Están seguros de que el señor...? —Volvió a mirarme—, ustedes saben...

—¿Ha fallecido? —preguntó Will.

—Sí.

—Todavía no sale el informe de la autopsia, y sin él no pueden emitir el certificado de defunción, pero el registro del ingreso al hospital es legítimo; Harrison iba detrás de la ambulancia y se aseguró de que...

—Oh..., entiendo.

—Además de la criada, hay tres personas más que trabajan de manera permanente en la villa. Hay una chica que hace las veces de sirvienta y camarera, el chef y el jardinero. Tu abuelo viajó con su asistente y las chicas; sin embargo, ninguno le acompañó al hospital —agregó Carter.

—No me pueden decir que eso no es extraño —destacó levantando las manos—. ¡Es absoluta y completamente sospechoso!

—Lo es —aceptó Knox—. Por ahora, solo podemos vigilar y estar atentos.

CAPÍTULO 40

Kai

La calma con la que llevaban el asunto era casi un insulto; no podían esperar que yo, una simple civil, tuviera la misma tranquilidad. No quería conocer los detalles de lo que mi hermano, Killian y Harrison harían al entrar a la casa, mucho menos, los riesgos.

Connor, por su parte, no había hecho ningún comentario más sobre su abuelo. Sabía que no tenía relación ni con él ni con su padre y, para mí, era difícil entender que ese vínculo no existiera. Si bien mi madre murió cuando tenía seis años, la familia siempre fue mi mayor cable a la Tierra. Sin importar las circunstancias, sabía que siempre podría contar con ellos, sin preguntas ni condiciones.

Estaba solo y, tal vez, haber llegado a GBS era, precisamente, lo que necesitaba.

—Están llamando —dijo Will, levantando la voz.

Después de apretar un par de teclas oímos la conexión a través de los altavoces de su portátil.

—Señor Hamilton, buenas noches, señor..., le...

—Ken —interrumpió el papá de Connor.

—Sí, buenas noches —el hombre vacilaba—. Verá, le llamo...

—Al grano, Ken, estoy ocupado.

—Es sobre su padre.

—¿Sí? Escucho.

—Pues... Le trasladaron al hospital hace pocas horas..., tuvo un infarto, señor. —El silencio del otro lado de la línea era absoluto—. Me acaban de confirmar que...

—¿Hace cuánto?

—Un par de horas.

—¿Un par de horas! ¿Alguien sabe de esto?

—Sí..., no, señor. Nadie lo sabe todavía.

—¿Estás seguro? —Laurence Hamilton gritaba—. ¿Estás seguro de que nadie lo sabe? ¿Te demoraste «un par de horas» en llamar! ¿De verdad puedes asegurarme de que nadie lo sabe?

—Sí, señor.

—¿Dónde lo llevaron?

—Está en el *Ospedale Antonio Cardaelli* en Nápoles, señor. Fue repentino, el señor Richmond estaba en su habitación y una de las chicas...

—Dios mío, ¿dónde están las muchachas?

—En la villa, señor. Están asustadas, creen que usted...

—Escúchame, Ken —gruñó el padre de Connor—. Hablaré con nuestros amigos en Nápoles, pero las quiero mudas hasta que lleguen, ¿me oyes? ¡MUDAS!

—¿Pero, señor!

—Mudas, Ken, ¿oíste? —repitió entre dientes—. Ellos decidirán qué hacer con ellas.

—Por supuesto, señor.

—Comienza cuanto antes con los trámites para la expatriación, discretamente.

Laurence Hamilton no esperó la confirmación, terminó la llamada.

Se me enfrió la sangre. La manera en la que había hablado de las chicas, y la forma en la que dio las instrucciones para que dispusiera de ellas, sin titubeos, me dejó impresionada. Sin embargo, ninguno de los del equipo levantó una ceja. Todos, incluyendo a Connor, tuvieron una conversación silente. Aparentemente, la única que se la perdía era yo.

—Avisa a Harrison —le dijo Knox a Will—. Carter, habla con Mason, —Lo miró—, que envíe a cuatro hombres, ahora. Grant —siguió dando órdenes—, coordina el charter. Quiero el avión listo en una hora y el helicóptero en Roma esperándolos.

—Entendido —contestó el último y desapareció por el pasillo.

Carter cogió el móvil y siguió a mi hermano hasta su oficina. Will se levantó y con el portátil bajo el brazo, caminó hasta la suya. Los demás nos quedamos en la sala de estar, mirándonos las caras.

—Corríjanme si estoy equivocada... —comencé, me sudaban las manos—. ¿Entendí mal o tu padre mandó a matar a las chicas?

—Algo así —contestó Connor.

—¿Cómo que algo así? —reclamé—. Lo dijo fuerte y claro. —Me llevé una mano al pecho—. ¡No puede hacerlo!

—Es probable que sus amigos italianos se hagan cargo de eso —aseguró—. Mi padre no va a ensuciarse las manos, para eso tiene clientes y socios estratégicos.

—Pero... ¿Van a quedarse quietos? —insistí.

—Oíste a Knox —aclaró Esteban—. Harrison y Kill esperarán la llegada del equipo beta. No entrarán sin ellos.

—¿Puedes asegurarlo? No, esa es la verdad. —Levanté la voz—. Ninguno de ustedes puede estar seguro de que no van a cometer una estupidez.

—Kai. —Sentí las grandes manos de Connor en mis hombros—. No van a entrar sin refuerzos. Kill todavía va en camino, Harrison debe estar vigilando, nada más.

—Pero...

—¡Quiero ojos y oídos en Laurence, ya! —gritó mi hermano que venía desde su oficina.

—Fijaré una reunión para esta tarde —dijo Grant, que regresaba con el teléfono en la mano; Esteban y Murphy asintieron con la cabeza.

—¿Qué pasó? —pregunté, mi hermano jamás gritaba—. ¿Knox?

—Quiero saber lo que va a hacer, incluso antes que él, ¡incluso antes de que se le ocurra!

Connor y yo bajamos al primer subterráneo, en mi mente oía las palabras de su padre una y otra vez.

—¡Bingo! —dijo después de quince minutos.

—¿Qué? —pregunté mientras preparaba dos cafés. No reparé en que, a esas alturas, ya sabía cómo le gustaba.

—Will es un genio. —Me senté a su lado.

En un principio pensé que lo encontraría revisando archivos y planillas contables; sin embargo, le vi ingresando la clave a un programa que no era de GBS.

—¿Qué es eso?

—El sistema central de *Hamilton & Nielsen*.

—No quiero saber cómo es que lo lograste, ¿verdad?

—Pues, depende..., aunque creo que es mejor que no. Negación plausible, querida Kai.

—¿Entonces? —Me mordí las uñas, odiaba quedarme fuera de los grandes descubrimientos, odiaba, aún más, que me hicieran esperar.

—Esta es la base de datos de clientes de la firma —comenzó—. Si te fijas aquí, —Indicó con el dedo en la pantalla—, están separadas por socio y mercado.

—Ajá.

—Sin embargo, este grupo de aquí, —Una pestaña se abrió al costado derecho—, hay otro listado, ¿ves?

—¿Ya? Y, ¿qué se supone que tengo que ver?

—También son clientes, pero no tienen a nadie como responsable; son los de mi padre. Es él quien supervisa, personalmente, la relación con ellos, las transacciones y demás. Su asistente es el único que también tiene acceso; de seguro, es quien mantiene estos datos actualizados. Dudo que mi padre haya aprendido cómo ingresar una contraseña en el ordenador —resopló—. Es de la vieja escuela, solo sabe escribir correos electrónicos, buscar las noticias del día y hacer búsquedas básicas en *Google*.

—Vale. —Dejé mi taza en la mesa, seguía muy caliente.

—Estas cinco tienen cuentas en *BPM* y *UniCredit*, son bancos italianos con representación internacional. Te aseguro que, si buscamos en los informes de contabilidad, encontraremos que hay ingresos, pero ningún comprobante.

—¿Cómo lo sabes?

—Una corazonada —contestó con una sonrisa socarrona.

—¿Crees que han estado lavando dinero?

—Estoy seguro.

—Mmm...

—Son corporaciones fantasmas de papel. Tan legítimas como *UPharmaceutics*.

Cogió el móvil y, mientras esperaba que le contestaran, acarició mi mejilla.

—Will.

Silencio.

—Tengo los códigos, te los estoy enviando.

Silencio.

—Tres con sede en la ciudad, *UniCredit* y *BPM*.

Silencio.

—Son varias, —Miró la pantalla—, veinte, más o menos.

Silencio.

—Los últimos tres meses —asintió con la cabeza—. Sí. —Me miró—. Todos tuyos, amigo. —Le dio clic al botón enviar y sonrió.

Cuando terminó la llamada abrió otro archivo más y lo adjuntó en un correo electrónico. Esperaba respuestas y, todavía, no conseguía ninguna.

—¿Y?

—Will va a revisar los números de cuenta. Estoy seguro de que logrará cuadrarlos. Las transacciones están ordenadas y listas para el reporte a Hacienda. —Apoyó la cabeza en el respaldo y luego se pasó una mano por el pelo—. Estoy seguro de que aquí hay al menos una que se utilizó para comprar las acciones de ICTI. Es posible que haya otras adquisiciones, nos lo dirá apenas tenga el informe.

—Si entiendo bien, —quería estar segura—, tu padre, en representación de estas

«empresas fantasmas», hizo la compra...

—Fue el intermediario —interrumpió.

—Fue el intermediario —repetí—, para la operación en la que «alguien» compró más del 42% de ICTI.

—Así es.

—Además, fue quien orquestó la supuesta venta de terrenos para la construcción de antenas y plantas, de las que no hay escrituras, etcétera, etcétera.

—Ajá.

—Dios, no entiendo, ¿cómo el abogado contralor de ICTI no se dio cuenta?

—¿De que no había escrituras?

—Sí.

—Se me ocurren pocas opciones. —Levantó el dedo índice—. La primera es colusión, ya sea porque mi padre puso dinero sobre la mesa, o porque sus amigos de Nápoles lograron persuadir al responsable de la debida diligencia de otra manera. —Alzó el dedo medio—. La otra es, simplemente, negligencia, aunque lo dudo. —Se pasó una mano por la cara—. La firma no es la segunda del país por nada.

—Entonces, si Will logra encontrar ese vacío y los asocia a las supuestas cuentas, podremos probarlo. Lo que tenemos hasta ahora, es inadmisibile en la corte.

—Así es.

—Con el respaldo de la contabilidad de ICTI, si pedimos una orden judicial para una auditoría en *Hamilton & Nielsen*...

—Eso —respiró profundo—, mientras podamos adelantarnos. —Cruzó los brazos sobre su pecho—. Si llegan a tener la más mínima sospecha, destruirán la evidencia.

—Mmm... No nos darán acceso a las cuentas de los bancos.

—No.

—Aunque, si solicitamos las declaraciones de impuestos...

—Me encanta cómo piensas —sonrió y cogió mi barbilla.

CAPÍTULO 41

Connor

Kai sonreía, contenta por los hallazgos. Íbamos por buen camino. Sin duda, haber hecho la conexión con el origen de los clientes era un avance, ya sabíamos dónde empezar la búsqueda.

—¿Te puedo preguntar algo? —dijo Kai después de un rato.

—Claro. —Nos habíamos comido unos sándwiches, una vez más, se nos había pasado la hora del almuerzo. Era el problema de trabajar con luz artificial.

—¿No sientes nada por la muerte de tu abuelo?

—No.

—¿Nada?

—Kai. —Me moví en la silla hasta que quedé frente a ella y apoyé la mano en su rodilla—. Mi familia no es como la tuya. —Le acomodé el cabello—. No hay lazos de cariño ni, mucho menos, de lealtad. Mi padre y yo fuimos hijos únicos. Él siguió sus pasos, pero yo, fui categórico el día que me alisté en el cuerpo.

—Sin embargo, —interrumpió—, renunciaste al servicio activo para trabajar en la firma, ¿por qué?

—Después de haber estado a punto de hacer estallar esas granadas, entendí que, si podía tomar medidas contra terroristas de esa calaña, de mí dependía el resto de la historia. —Me miraba sin pestañear—. Sabía la clase de negocios que hacían y elegí escapar, esconderme para evadirlos. Creí que sería más fácil darle la vuelta a la página, olvidarme de ellos, y hacer mi vida en otro lugar. Fui un cobarde.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—No. —Levantó la voz—. Volviste.

—No fue de noble, lo hice para limpiar mi consciencia.

—Da igual. —Cogió mi mano; apretó fuerte.

—Fueron una serie de casualidades las que me llevaron a aterrizar aquí, Kai. Salí de la firma porque los expuse, nunca conté con que Max me contactaría y, menos, con que tu hermano me contrataría. Créeme, estaba demasiado ocupado tratando de arruinarles el negocio como para darme por enterado de que tu jefe había decidido seguir mi carrera de cerca después de aquel caso.

—Max es así, pocas veces dice lo que piensa, mucho menos, lo que está planificando. En ese sentido, se parece mucho a Knox. —Respiró profundo—. Trabajan juntos hace varios años.

—Lo sé.

—Pues, supongo que no debería sorprenderme.

Agarré los reposabrazos de su silla y la acerqué a mí. Las ruedas se movieron en silencio y la atrapé entre mis piernas. Si bien, dudaba que fuera a rechazarme, me fascinó la manera en la que se levantó, sin dificultad, y se sentó en mi regazo. Cruzó los brazos alrededor de mi cuello y se apretó a mí.

Su corazón se saltó los mismos latidos que el mío, nuestra respiración se agitaba sincronizada, temblores que no me pertenecían recorrían mi cuerpo; se había convertido en un reflejo del suyo.

Bastó una noche de confesiones y fuego para que todo cambiara entre nosotros, podía sentirlo en los huesos. No solo quería tocarla para sentir la suavidad de su piel, quería tocarla para asegurarme de que era real, de que estaba a mi lado, de que era mía. Porque lo era; ella lo sabía.

Cogí su rostro con las dos manos y apoyé mi frente contra la suya.

—Estás aquí, es lo único que importa —confesó.

—Estoy aquí, —Levanté su barbilla con mis dedos—, ahora, de uno a diez, ¿cuánto confías en mí?

—Doce.

—Oh..., así que doce —repetí rozando sus labios con los míos y degusté el sabor de su sonrisa.

Un beso que partió como tímido, cogió más soltura en cosa de segundos. Avanzar de cero a doscientos en menos de un minuto parecía ser lo nuestro.

Tuve ganas de tirar el móvil contra la pared cuando comenzó a vibrar sobre la mesa, era la segunda interrupción del día. Si alguien nos hubiese sorprendido, ninguno de los dos podría haber alegado demencia temporal. Kai lo tenía escrito en la cara, estaba seguro de que yo también.

El mensaje de mi jefe era sencillo y eficiente:

Knox: Los necesito aquí, ahora.

Sin derecho a réplica, Kai y yo cogimos el ascensor.

En el tercer piso reinaba la calma; eran más de las seis de la tarde. Pamela ya no estaba en su escritorio, así que ingresamos el código de seguridad y entramos.

Mi jefe, Carter y Will se encontraban en la sala de estar, frente a un portátil. La voz de Esteban se oía del otro lado, débil, como si estuviera susurrando.

—Plantamos varios micrófonos. En su oficina, la sala de reuniones y los baños. No hemos logrado acceso a otras áreas. Acabo de excusarme por una emergencia familiar. —Bajó más el tono de su voz—. Los reemplazaré por cámaras con audio cuando no quede nadie en el piso.

Podíamos oírlo todo desde el portátil. Esteban llevaba un audífono; estaba bajo cubierta.

—¿Se va a quedar toda la noche? —Kai me susurró al oído y negué con la cabeza.

—¿Grant y Murphy? —preguntó Knox.

—Con Hamilton. Grant acaba de informarle que están interesados en vender el 40 % de la compañía. Deberías haberle visto la cara.

—¿El 40 %? —repitió Carter y se apretó los ojos con los dedos—. ¿Un 40 %?

—¿Qué dijo? —insistió mi jefe.

—Comenzó a hablar de prospectos para la compra. Según él, tiene un portafolio completo de inversionistas que estarían interesados en esa clase de negocio.

—¿Aun cuando existe posibilidades de ir a la quiebra si las demandas civiles siguen avanzando? —interrumpí.

—Tal y como lo escuchas, amigo.

—¡Guau! —murmuró ella a mi lado—. ¿Incluso con el riesgo que eso significa?

—Sí —le dije al oído.

—De hecho, estaba hablándoles de capitales europeos. No especificó país, aunque no me

extrañaría que...

—Estuviera refiriéndose a sus amigos napolitanos —completé la frase.

—Buen trabajo —interrumpió Knox—. ¿Definieron el punto de extracción?

—Sí. —A la distancia oímos el sonido de una puerta cerrándose—. Grant te llamará en cuanto tenga más novedades.

—De acuerdo.

Desconectó la llamada sin despedirse e inmediatamente todas las caras se volvieron a mí.

—¿Alguna idea? —me preguntó.

—Pues...

—Sí, tenemos ideas, mi querido, Watson —dijo Will y levantó la mano con una sonrisa de oreja a oreja—. Los números de cuenta.

—¿Ya?

—Hay tres compañías listadas con base en Europa y sede aquí en la ciudad. Todas tienen la representación de *Hamilton & Nielsen* y, todas, compraron acciones en ICTI en los últimos tres meses.

—Ajá —gruñó Knox—. Es lo mismo en lo que nos hemos dado vueltas desde el principio. Que lo confirmes, no es nada nuevo, Will.

—Paciencia, gran jefe —contestó, sonriendo como un lunático.

—Por el amor de Dios —Carter se apretó los ojos con los dedos—. ¿Podrías concentrarte?

—Claro, claro —se aclaró la garganta—. El asunto es que, —Se frotó las manos—, todas son empresas independientes, con capitales independientes, etcétera, etcétera... —Parecía disfrutar la historia—, pero la persona que «en teoría» autorizó las transferencias, es la misma.

—¿Ya?

—¿Ya? ¿Eso es todo lo que vas a decir? —preguntó y cruzó los brazos contra su pecho—. Discúlpame, jefe, pero no estás entendiendo.

—No, si fueras tan gentil de dejar de darte vueltas en círculos y comenzar de una vez —insistió Carter, que todavía no se sacaba las manos de la cara.

—Les presento a Giancarlo Di Rossi, —Mostró la imagen en pantalla—, este hombre ha hecho un trabajo fabuloso. Tiene cinco alias, se pasea por el mundo como si fuera el patio de su casa... —No podía contener la emoción.

—¿Ya? —Knox tenía los brazos cruzados—. No es raro que...

—Lo es, porque cada una de sus identidades tiene los mismos datos biométricos. En teoría, eso es imposible. Interpol, el FBI, la CIA y cualquier otra agencia de inteligencia daría la alerta inmediata. Iría a prisión, solo por suplantación, ni siquiera sería necesario investigar su prontuario.

—Will, no me considero estúpida —interrumpió Kai con la frente arrugada—, pero haz un resumen, por favor.

—Las huellas dactilares, la lectura de iris y todos los datos biométricos son únicos. Por lo mismo, la asociación a una identidad es inmediata. Se supone, aunque esto nos demuestra que es posible, que jamás deberían repetirse, ¿entiendes? —Respiró profundo—. Sin embargo, este hombre se las ha arreglado para hacerlo con cinco, ¿te das cuenta?

—¿Cómo? —gruñó Knox.

—Mi teoría..., hackeo. Ni siquiera con buenos contactos en las embajadas se lograría eso.

—¿Tú podrías hacer eso?

—Pues... —Se pasó la mano por la nuca—. Sí. —Miró hacia la pantalla—. Se me ocurren dos, máximo tres. Son muy pocos los que saben hacer algo como eso.

—¿Tienes cómo rastrearlos? —preguntó Carter.

—No. —Miró la pantalla una vez más—. Es como si les pidieras a ellos que me encontraran.

—Vale, vale. —Carter levantó la cabeza para indicarle que continuara.

—El asunto es que es él quien autoriza las transacciones de entrada y de salida de cada una de estas corporaciones. Los bancos están en paraísos fiscales y asociadas a diferentes empresas, por lo que, cada vez que necesita algo, simplemente se desplaza por el mundo y usa el pasaporte que corresponde. Las bases de datos de los bancos no se comparten entre ellas, por supuesto, aunque todas usan como respaldo la de Interpol. Es la más completa, pero no lo tiene todo.

—¿Estás seguro de que ese es su nombre real? —pregunté.

—No, pero casi.

—¿Cómo así? —dijo Kai.

—Pasa la mayor parte de su tiempo en Italia y con ese nombre. Tracé la línea de tiempo hacia atrás y, de todos, es el que más registros e historia tiene.

—Si te refieres a un perfil en Facebook —interrumpió Carter y dejó salir una carcajada.

—Cualquiera puede inventar una historia y dejar rastros del tipo que quiera. De hecho, con sus cinco nombres, tiene registros en el colegio e incluso fotografías. Sin embargo, Giancarlo Di Rossi es la identidad que tiene más detalles. El que programó todo esto hizo un trabajo de joyería.

—¿Consiguió tu admiración?

—Mmm..., tiene todo mi respeto.

—Dios Santo —reclamó Kai entre dientes—. Déjame ver si entiendo —comenzó—. Representa a cinco compañías que, en el papel, no tienen nada que ver entre sí. Sin embargo, es el que hace y autoriza las transacciones de todas y, cada vez que lo necesita, salta de país en país y de banco en banco.

—¡Exacto!

—¿Dónde está ahora? —alcé la voz.

—En Nápoles.

—¿Estás seguro?

—Completamente, al menos lo estaba hace una hora, es un sujeto impredecible.

CAPÍTULO 42

Kai

Connor y yo nos miramos; hacíamos las mismas especulaciones.

Laurence Hamilton insistiría para que le vendiera a cualquiera de las corporaciones que le había presentado a Grant y Murphy, actuando siempre como intermediario. Eso, no le obligaba a presentarles a Giancarlo Di Rossi en ninguna de sus versiones. Es más, podría actuar en su nombre si tenía los documentos necesarios. Le habían mostrado a *UPharmaceutics* como una empresa que trataba de escapar de la quiebra. Conseguir un nuevo accionista era ponerse el parche antes de la herida, ya que, cuando llegaran las demandas civiles, el dinero se les escurriría entre los dedos como una hemorragia. El padre de Connor se había creído la historia completa y estar planificando cómo llevar el asunto al siguiente nivel.

Podía suponer que las opciones eran infinitas si de lavar dinero se trataba; un portafolio diverso en inversiones en toda clase de mercados. Cualquier cosa que justificara el movimiento de pequeñas sumas. Una farmacéutica en problemas era una buena fachada, aunque una pésima decisión comercial. Sin embargo, invertir millones para salvarla y, después, ganar el doble o el triple «en el papel», era lo que se necesitaba para demostrarle a Hacienda que el riesgo había valido la pena y que el dinero era legal, simplemente, el retorno de una gran inversión.

Hasta donde entendía, la actuación de Grant estaba siendo fenomenal, ya que Hamilton parecía estar afilando los colmillos con el tamaño de la comisión que ganaría.

—¿Sabes algo sobre los resultados de la autopsia? —preguntó Connor.

—Sí.

—¿Y?

—No tenía antecedentes cardíacos ni de enfermedades preexistentes, el último chequeo se lo hizo hace menos de tres meses. Podemos presumir que, hasta el momento de su muerte, se encontraba en perfectas condiciones.

—Eso no es exacto —agregó Carter—. La salud de un hombre de su edad puede cambiar así. —Chasqueó los dedos—. Que no haya tenido antecedentes, no significa nada.

—Cierto, pero de acuerdo a la declaración de los testigos...

—¿Qué testigos? —gruñó Connor.

—La criada que llamó a la ambulancia fue llevada a la estación de policía hace unas horas —negó con la cabeza y tecleó en el portátil—. Según Harrison, la mujer está asustada.

—¿Asustada? ¿Por qué? —pregunté—. Es ridículo, fue ella...

—Aparentemente, cree que podrían culparla —explicó Will.

—No entiendo, ¿por qué? —insistí.

—Pues... —Se le enrojecieron las mejillas y apretó los labios—, verás... encontraron en él pruebas ineludibles de actividad sexual..., reciente.

—Dios santo —Connor negó con la cabeza y se llevó la mano a la frente—. Sabíamos que estaba con unas chicas, no debería sorprendernos.

—Pues, no, pero...

—Ellas desaparecieron ayer —aseguró Carter—. Quiero decir, Harrison no ha logrado ni verlas ni oírlas desde ayer en la tarde.

—Así es —asintió Will—. No podemos presumir nada, todavía, podrían estar escondidas, no lo sabemos, el asunto es que no se les ha visto en ninguna parte de la villa.

—Entonces..., y solo para entender lo de la presunción de actividad sexual «reciente», ¿de qué tan reciente estamos hablando? —preguntó Connor.

—En el informe de la autopsia dice que encontraron *Tadalafil*, quiero decir, *Cialis*, ¿sabían que...?

—Sabemos para qué se usa —interrumpió Carter.

—¡Ey! No solo es para la disfunción eréctil, también sirve para los síntomas de la hiperplasia prostática benigna —explicó Will.

—Dios santo.

—El asunto es que tomó una dosis entre ocho a diez horas antes de su muerte, y encontraron muestras de ADN en su..., ya saben...

—Por el amor de Dios, Will —reclamó Knox.

—Era de la criada —especificó.

—¿De quién? —Arrugué la nariz—. No entiendo nada —respiré profundo y levanté las piernas para apoyarlas en el sofá y comencé a contar con los dedos—. Primero, el señor se fue con dos chicas jóvenes con las que presumíamos que estuvo en la cama, aunque ahora, ya no estamos tan seguros. Segundo, desaparecieron, sospechosamente, un día antes de que la criada llamara a una ambulancia después de encontrarlo desplomado en su habitación. Por último, —Enfaticé con el dedo índice—, sí, tenemos evidencia de que la criada estaba acostándose con el viejo, que, cabe señalar, tomaba *Cialis* y tenía más de ochenta años.

—Eso es, exactamente, eso es —afirmó Will con una sonrisa.

—Lo anterior, —continuó—, hizo que el equipo médico llegara a la conclusión de que el señor Hamilton falleció de una parada al corazón.

—Algo no me cuadra, es demasiado..., conveniente —concluyó Connor—. ¿Dónde está el informe toxicológico?

—No está.

—¿Cómo que no está? —rugió.

—Es lo curioso. En el informe de la autopsia se incluye el detalle de la ingesta del medicamento y del análisis de ADN; sin embargo, no hay nada más.

—Es absurdo. —Connor se llevó una mano a la cara y la otra a la cintura—. Tienen que habérselo hecho, de otro modo, no tendrían cómo saber lo del *Tadalafil*.

—¿Harrison no reportó nada sobre la criada? —preguntó Knox.

—Negativo, jefe. —Will se aclaró la garganta—. Las chicas iban y venían por la casa, se paseaban por la villa como si nada; jamás tuvo sospechas sobre la criada.

—¿Sabes si tenía alguna clase de relación con ella? —le preguntó Will a Connor.

—No, —Cruzó los brazos contra su pecho—, de hecho, era de la clase de hombres que jamás se habría cogido a una criada.

—En la variedad está el gusto —interrumpió Will, rojo como un tomate.

—Oh..., variedad, ¿ah? —Carter levantó una ceja—. ¿Eres experto en variedad?

—Solo digo —contestó, prácticamente fucsia para defenderse.

—Pues yo también. —Le miró con una sonrisa.

—Basta, ¿quieren? —levanté la voz—. ¿De verdad creen que este señor haya «muerto en el acto»? —reforcé las comillas con los dedos.

—Si consideramos las declaraciones y el informe de la autopsia, la teoría tiene sentido.

—Es absurdo.

—No, no necesariamente —dijo Knox con los brazos cruzados sobre su pecho—. Quiero decir, no sería ni el primero ni el último.

—Vale, pero ¿qué me dices de las chicas y del comentario de Laurence?

—¿Cuál?

—Pidió que las dejaran mudas, eso fue una orden —negué con la cabeza—. Que hayan desaparecido no puede ser una casualidad. —Miré a mi hermano.

—Pues nos enteraremos de todo cuando llame a los italianos.

—Necesitamos el informe toxicológico —agregó Connor—. ¿Puedes conseguirlo? —le preguntó a Will.

—No está en línea. Créeme, no he dejado de buscarlos. —Le miró como si se estuviera disculpando—. Es posible que lo hayan ingresado con otro nombre o que los registros los hayan hecho en algún sistema analógico.

Sentí un escalofrío en la espalda, el mal presentimiento que tenía escalaba. Estaba de acuerdo con Connor, las circunstancias alrededor de la muerte de Richmond Hamilton eran sospechosas.

Cerca de las once de la noche recibimos la llamada de mi hermano, Killian. Se había reunido con Harrison y esperaban la llegada de los hombres del equipo beta. Nunca los había visto trabajar tan de cerca, sabía a qué se dedicaban, estaba consciente del mundo en el que se movían, pero vivirlo con ellos era muy diferente a escuchar las historias que me contaba mi hermana.

Grant y Murphy, por su parte, habían dejado hacía horas las oficinas de *Hamilton & Nielsen*. Esperaban a Esteban, que instalaba cámaras de circuito cerrado y micrófonos en todo el piso.

Odiaba que corrieran riesgos. Al menos, esta vez, sabía dónde se encontraban y qué estaban haciendo.

Connor estaba con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados contra su pecho. Llevaba rato tratando de llamar su atención; sin embargo, lo único que logré fue que Carter levantara una ceja.

No era mi intención meter la nariz en asuntos que no eran míos; sabía que él necesitaba más. Lo veía, su cabeza daba vueltas buscando explicaciones que nadie podía darle. Sin embargo, mientras no hubiese más evidencia, no teníamos mucho más que hacer.

—Es tarde —dije cerca de las diez de la noche.

—Ve tranquila —dijo Knox—. Si nos enteramos de algo relevante, te avisaré.

—Vale. —Se acercó y me dio un beso en la frente.

La muerte de Richmond Hamilton me sacudió más de lo que habría imaginado. Era un hombre común y corriente, a pesar de su trayectoria como abogado y socio de mafias organizadas. Era un nombre más en la lista, uno más involucrado en un caso, uno que no debería haberme preocupado. Pero era el abuelo de Connor y no podía sacarme de la cabeza la idea de que había algo más.

CAPÍTULO 43

Connor

Esteban, Grant y Murphy regresaron a GBS cerca de las doce de la noche. Después de hacernos un resumen del resto de la conversación con mi padre, acordamos las bases y próximos pasos.

—No se le veía nervioso —dijo Murphy—. Es más, me atrevería a decir que estaba aliviado.

—¿En serio? —preguntó Carter.

—Quiero decir, nada diferente de lo que habíamos visto antes. Mismo tono de voz, misma expresión —respiró profundo—, un poco más pálido que otras veces, pero nada más.

—No ha recibido nuevas llamadas ni ha intentado comunicarse con nadie —aclaró Knox.

—Necesitamos oídos en su casa. El coche y su oficina no son suficientes.

—Es imposible que sospeche de que alguien le está siguiendo la pista; sin embargo, no me extrañaría que tuviera teléfonos satelitales.

—Es lógico, más si está aliado a la mafia italiana. El punto es que no tenemos registro y, esta vez, tampoco los medios para rastrearlo —concluyó Will y se pasó las manos por los ojos.

—Por eso es por lo que necesitamos más.

—A primera hora —declaró Grant.

—Bien —dijo Knox—. Ha sido un día largo, Carter y yo haremos la primera guardia.

—Entendido —agregó Esteban.

—Murphy, tú y Will nos relevarán a las seis de la mañana —ordenó—. Esteban y Grant, ustedes se harán cargo de la casa de Hamilton. Connor, —Me miró—, tú y Kai seguirán buscando patrones.

—Cuenta con ello.

Cuando llegué al quinto piso, dudé. Era tarde, el día había sido agotador y la tensión se había tragado mi energía; sin embargo, ahí estaba, a punto de golpear su puerta.

A último minuto y, con el poco sentido común que me quedaba, entré a mi apartamento. Me pesaban los hombros y la tirantez que tenía en el cuello parecía estrangularme. Me metí a la ducha con la esperanza de que el agua caliente deshiciera la rigidez de mis músculos.

Con la sensación de que algo me faltaba, en vez de descansar, repetí en mi mente todos los eventos de las últimas horas, mientras miraba el cielo y me daba vueltas en la cama. Desde haber pasado la noche con Kai, hasta las noticias sobre la muerte de mi abuelo.

Desperté con el insistente pitido de los mensajes que recibía en el móvil; eran las dos de la mañana.

Knox: A la sala de mandos en veinte minutos.

Agradecí que todos los habitantes del edificio trabajáramos en el mismo lugar, me faltó poco para tirar la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó mi vecina, tenía el cabello alborotado y una marca en la mejilla.

—Hay novedades.

—¡Oh! Vale, vale. —Se cubrió la boca para tapar un bostezo—. Dame dos minutos. —Cojeando se dirigió hacia su habitación.

—¿Cuánto tiempo llevas durmiendo sin la bota?

—¿Qué? —gritó desde su vestidor.

—La bota, Kai. ¿Por qué no la llevas? —Oí ruidos, pero decidí quedarme en la sala.

—No me jodas, —La traía en la mano—, ¿quieres ayudar? —Se sentó en el sofá y apoyó la pierna.

—Debes cuidarte —insistí, mientras ajustaba las cintas de velcro.

Le ofrecí la mano y le ayudé a levantarse. A propósito, jalé con fuerza y, prácticamente, cayó sobre mí.

—Así está mucho mejor. —Agarré su rostro con las dos manos. Con tantas interrupciones el día anterior, habían quedado pendientes muchas más cosas que un beso. Sin embargo, cogería lo que estuviera a mi alcance.

—Mmm... —jadeó contra mi boca. Sabía a menta, a frescura y promesas.

—¿Lista? —Me miró con los ojos obnubilados.

—¿Ah?

—Pregunto, —Acaricié su mejilla—, si estás lista.

—Ah... Eh..., sí, claro.

Se había amarrado el pelo en un moño suelto y había regresado a los pantalones de yoga y sudadera.

—¿Sabes de qué se trata?

—No. Solo dijo que bajáramos a la sala de mandos.

Ingresé el código en el panel y entramos. Las tres pantallas colgadas de la pared central estaban encendidas. A la derecha podíamos ver, con claridad, las imágenes de la casa de mi padre, a la izquierda, las oficinas principales de *Hamilton & Nielsen*.

La pantalla del centro estaba dividida en cinco recuadros, todos en negro.

—Kill y Harrison van a entrar —anunció mi jefe sin rodeos.

—Más tres hombres del equipo beta —agregó Carter.

Kai, que venía detrás de mí, agarró mi bíceps con las dos manos. Sentí la tensión corriendo por su cuerpo, sabía que nunca había presenciado una operación como esa.

—¿Estado? —dijo Knox.

—No hay movimientos —contestó su hermano—. El patio exterior está despejado, aunque bien iluminado.

—¿La corriente? —preguntó Carter.

—Fuera en tres minutos. Todos en posición.

Mis compañeros estaban atentos a la pantalla; Kai pestañeaba sin parar. Los recuadros se llenaron con imágenes en directo. Tuvimos completa visibilidad cuando se encendieron en simultáneo las cámaras que llevaban en los cascos.

—Aquí, líder alfa, confirmen posición —la voz grave de Killian se escuchaba con claridad.

—En posición —repitieron los demás casi al mismo tiempo.

—¿Harrison?

—Menos quince segundos.

—Atentos —ordenó Killian.

Apenas se apagaron las luces del jardín, avanzaron. Veíamos sus movimientos en pantalla.

—La puerta trasera —susurró Harrison.

—Entendido —respondió alguien.

—Veinte metros —dijo otro más.

—Ahora —gruñó Killian.

Las cámaras infrarrojas apuntaban en diferentes direcciones. Se habían dispersado. Utilizarían gas lacrimógeno si llegaban a encontrarse con alguien en la casa. La villa poseía tres cabañas en el límite sur, en las que vivía, de forma permanente, el personal de servicio.

De acuerdo con la información que manejaba Harrison, a esa hora, a excepción de Ken y las misteriosas chicas, no debería de haber nadie. Comenzaron a desplazarse de habitación en habitación, revisando hasta el último rincón.

—Despejado —gruñó Killian.

—Despejado —contestó uno.

—Despejado —agregó otro más.

No había huellas ni de Ken, el asistente de mi abuelo, ni de las chicas.

—Mierda —gruñó Harrison.

Cuando miré la pantalla vi un bulto en la mitad de la ostentosa habitación.

—Luces —ordenó Killian.

—Entendido.

Ninguno de nosotros podría haber previsto algo como eso. La mujer que llamó a la ambulancia, a la que llevaron a la estación de policía y de la que encontraron rastros de ADN en el cuerpo de mi abuelo, figuraba en el medio de la habitación con un arma en la mano y un balazo en la cabeza.

—Maldito hijo de perra —dijo Killian entre dientes.

—Acércate —interrumpió Murphy—. Acerca el casco, Kill, necesito ver algo. —Se acercó a la pantalla y comenzó a darle instrucciones para que le mostrara diferentes ángulos.

—No toquen nada —dijo Knox.

—Me estás jodiendo, ¿verdad? —reclamó Killian.

—Lo siento.

—Chicos, regístrénlo todo.

Kai estaba helada. En algún momento del asalto cogí su mano y en ese momento, entrelazaba sus dedos con los míos.

—¿Estás bien? —le pregunté al oído y asintió con la cabeza—. Si quieres...

—Estoy bien —aseguró, pero la traicionó un escalofrío.

Besé su muñeca y acaricié su mejilla. Abrió los ojos como platos, probablemente, porque no era ni el mejor momento ni lugar para esa clase de demostraciones de afecto. Eso, sin considerar las consecuencias que podría acarrear hacerlo frente a su hermano.

—Dios santo —dijo Will con un suspiro.

—¿Qué pasa ahora? —Knox se pasó las manos por la cara—. Por favor, dime qué mierda pasó ahora.

—Ella es Anna Di Rossi. No es la mujer a la que llevaron a la estación de policía.

—Mierda. —Carter se apretó los ojos con los dedos y se tiró el pelo de la nuca.

—Es prima de Giancarlo. —Will suspiró y se levantó para conectar su portátil a la pantalla que estaba sobre la mesa.

—¿Eso se supone que es un alivio? —preguntó Grant con una ceja levantada.

—Sí, si consideramos que trabajaba como criada para saldar una deuda. Ella y Di Rossi no eran cercanos.

—Un momento —dijo Carter con la voz grave—. El ADN. ¿Es posible que fuese ella y no la criada la que estaba enredada con tu abuelo? —me preguntó.

—A estas alturas, todo es posible.

—Mmm...

—Coge una muestra —interrumpió Murphy.

—¿Y de dónde quieres que saque un vial? —reclamó Killian desde el otro lado del mundo.

—En el camión —dijo uno de los chicos del equipo beta—. Estoy seguro de que en el camión tenemos algo que puede servir.

—Vale —asintió.

—De todos modos, es un callejón sin salida. —Kai me soltó la mano—. Aun cuando se hubiese suicidado por amor —resopló—, da lo mismo si el ADN es o no de ella, ¿verdad?

—No fue suicidio —aseguró Murphy.

—¿Cómo lo sabes?

—La trayectoria de la bala, mira esto.

Las fotos que Killian había sacado se encontraban en línea. Murphy las agrandaba, cambiaba el ángulo y las volvía a revisar.

—Estoy seguro.

—¡No fue suicidio! —gritó Harrison—. El vestidor tiene una pared entera de ropa de mujer y, en el suelo, hay una maleta a medio hacer. No es necesario ser *Sherlock* para deducir que es de ella; sin embargo, y para salir de cualquier duda, —Mostró a la cámara un bolso de mano—, aquí está su pasaporte.

—Mierda —dijo Kai.

—Pienso lo mismo —resopló Will.

—Última vuelta, chicos, y a rodar —ordenó Killian—. Harrison, guarda eso donde estaba, nos vamos.

CAPÍTULO 44

Kai

A excepción de Carter, Connor, mi hermano y yo, los demás se quedaron en la sala de mandos.

—Me voy a dormir —dijo Knox.

—Yo también —agregó Carter—. Ustedes deberían hacer lo mismo.

—¿En serio? —reclamé—. ¿Cómo pueden dormir después de esto?

—Kai, por el momento, no hay nada que nosotros —comenzó mi hermano y apuntó con el dedo hacia Carter y luego hacia él— podamos hacer. Sin embargo, no es tu caso.

—Pero...

—Van a ser las cinco de la mañana, pequeña, —insistió Carter con voz conciliadora—, de verdad, ve a descansar.

Los vi desaparecer cuando caminaron hacia el ascensor. Connor me miraba tranquilo, para él y los otros, lo que acabábamos de presenciar era un procedimiento estándar.

Aguanté hasta el quinto piso, mi cabeza daba vueltas y disparaba ideas como una metralleta.

—¿Crees que tu abuelo ha tenido alguna clase de asuntos con Di Rossi?

—Así parece —respiró profundo—. Es improbable que esa mujer haya estado en su casa por casualidad.

—Cierto, pero es tu padre quien lleva la relación con él, ¿no es verdad?

—Pues, no lo sé. —Nos detuvimos en la mitad del pasillo—. ¿Tu apartamento o el mío?

—Oh..., claro. —Saqué la llave magnética y abrí la puerta del 502—. ¿Entonces?

—Ya te dije, no lo sé.

Parecía distraído. Si, como yo, tenía miles de ideas, lo mejor era que las pusiéramos sobre la mesa y trabajáramos sobre ellas.

—¿Hace cuántos años que tu abuelo tenía esa casa?

—No sé.

—Oh... ¿Siempre viajaba a la Costa Amalfitana? —negó con la cabeza cuando se sentó en el sofá—. Pero le gustaba Italia, ¿al menos?

—Supongo.

—¡Ja! ¿Y tu padre?

—¿Qué pasa con él?

—¿Sabes si le acompañaba o si...?

—Basta, ¿quieres? —Se apretó los ojos—. No tengo idea de si iban juntos o separados, si compartían la casa o a sus amantes. No tengo idea, Kai. Me fui a los dieciocho años de casa. Primero, a la escuela de derecho y, después, directo al Cuerpo de *Marines*. Durante mis años de servicio no tuve contacto ni con él ni con mi padre; cuando volví, solo hablábamos en la firma.

—Oh..., está bien.

—Tienes tantas dudas como yo, y la misma cantidad de respuestas, ¿entiendes? —comenzaba a levantar la voz—. Todo lo que mi padre sabe sobre cómo ser un delincuente, lo aprendió de él. No tengo dudas de que perfeccionó la técnica, pero créeme, es de lo único que estoy seguro.

—¿Te apetece algo?

—Son más de las cinco de la mañana, ¿podemos dejar esto para más tarde? —Se levantó.

—¿Dónde vas?

—Me voy a la cama —negó con la cabeza y apretaba la mandíbula—. Estoy cansado, Kai. —Estaba ojeroso.

—Oh, sí..., claro. —Lo miré de arriba abajo. No deseaba estar sola ni quería que él se fuera en ese estado—. No es necesario que te vayas, ¿sabes?

—Estoy hablando en serio, Kai.

—Yo también —insistí.

—Por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo? —preguntó, cuando abrí el cierre de mi sudadera para revelar que debajo no había nada.

—También me preparo para ir a la cama —sonreí.

Por un segundo pensé que rechazaría la oferta, pero la duda duró eso, un segundo. Con grandes zancadas cortó la distancia que había entre nosotros.

—¿En qué estás pensando, querida Kai?

—¿Yo? —Sonreí.

—No te hagas la tonta.

—¿Yo? —lancé una carcajada.

—Eres una malcriada. —Me agarró las manos y las sujetó con una de las suyas detrás de mi espalda—. ¿Sabes lo que hago con las chicas malcriadas?

—No sé de qué me estás hablando. —Traté de soltarme y apreté con más fuerza.

—Así que quieres ir a la cama, ¿verdad?

—Dijiste que estabas cansado. —Sus ojos ya no reflejaban preocupación, en su lugar había fuego.

—Oh..., no, no, no —me gruñó al oído—. ¿Así que, con indirectas, pequeña mentirosa? ¿Crees que soy idiota? ¿Qué no voy a darme cuenta de lo que estás haciendo y no voy a hacer nada al respecto?

—Oh, Connor. —Mi sangre comenzaba a calentarse, y la tensión del día terminaba de diluirse.

—Connor, ¿qué? —respondió amenazante.

Con la mano que tenía libre agarró mi barbilla y me hizo levantar la vista.

En sus ojos azules podía ver el océano y cómo cambiaba según los estados de la marea. Baja, creciente, serena; ahora brillaban, las estrellas se reflejaban en la superficie que comenzaba a agitarse.

Se apoderó de mi boca sin pedir permiso y le di la bienvenida sin invitación. Mordisqueó mi labio inferior y dominó con la lengua los débiles intentos de la mía.

—Buena chica.

Mis entrañas se derretían cada vez que le oía decir esas palabras. Comportarme como una malcriada valía la pena si la recompensa era su atención absoluta y sus elogios sinceros.

—Deberíamos descansar —insistió y apoyó su frente contra la mía.

—¿Acaso no...? —Me faltaba el aire.

—No, oh... —respondió con una mueca traviesa—. ¿Estás desafiándome?

—Jamás. —En mi cabeza era una declaración de principios, pero salió de mi boca como una súplica.

Me puse de puntillas y crucé mis brazos alrededor de su cuello. La maldita bota ortopédica me hacía trastabillar; Connor no me dejaría caer, lo sabía en cada fibra de mi ser.

—No sé qué voy a hacer contigo. —Con las manos siguió los contornos de mi cuerpo y se detuvo en mis muslos. Me levantó como si no pesara nada y enrollé mis piernas alrededor de su cintura.

Olvidé la hora y el cansancio, en ese momento, solo existía él y los miles de sensaciones que me provocaba. No eran sus caricias, sino la manera en que me tocaba. No eran sus palabras, sino el tono en que las decía.

Mi piel encendida clamaba por la atención de sus manos. Mi corazón buscaba eco en el suyo, y mi mente agradecía las confesiones que me habían permitido oír razones y bajar las barreras.

No hubo preámbulos ni juegos. El deseo amplificado por las interrupciones del día hizo lo suyo.

Como si alguien estuviese con el cronómetro en la mano, la ropa cayó en cascada en tiempo récord con una técnica perfecta adquirida sin necesidad de práctica.

De espaldas en la cama, completamente expuesta para él, vi cada surco y cada músculo en flexión, mientras terminaba de sacarse la camiseta. Esos brazos fuertes y determinados, sus hombros anchos e imponentes, su pecho orgulloso, y sus abdominales firmes y perfectos.

—¿Por qué me miras así, se te perdió algo? —preguntó y negué con la cabeza.

—Connor —gemí con el poco aire que me quedaba.

—Dios, eres preciosa.

Sentado sobre sus talones, se instaló entre mis piernas. Como si quisiera devorarme, me recorrió con los ojos, parecía grabar en su memoria cada curva de mi cuerpo.

Comenzó el recorrido con las manos, desde las rodillas, el contorno de mis caderas, de mis pechos y hasta llegar a mis hombros. Me tentaba, jugaba conmigo con el roce de sus dedos, dejando fuera los lugares donde más lo necesitaba.

Alternaba con besos húmedos y uno que otro mordisco. Más de uno dejaría su huella, me marcaba, me reclamaba para sí.

—Connor —el jadeo salió de mi garganta, pero venía desde mi alma.

—¿Qué es lo que quieres, querida Kai? —Estaba complacido con la tortura, la mueca traviesa lo decía todo—. Con palabras, preciosa.

—Yo... —No podía pensar, apenas podía respirar—. Te quiero dentro de mí, quiero sentirte dentro de mí. —Su cuerpo sobre el mío era un delicioso tormento, su miembro generoso jugueteaba con mi centro, la humedad entre mis piernas le invitaba a deslizarse en mi interior.

—¿No se te olvida algo?

—Por favor.

—Buena chica.

No tenía idea ni me importaba de dónde ni en qué minuto cogió el condón, pero demoró segundos y menos, antes de irrumpir dentro de mí. La intrusión me sacó un grito de placer, uno que podría haberse oído, incluso, desde el pasillo.

—Dios —gruñó—, eres perfecta.

—Connor.

—Eres perfecta.

Agarró una de mis piernas y la enrolló en su cintura, la sujetó firme y embistió hasta el fondo. Cada una de mis células hervía, la química entre nosotros era verdadera alquimia.

Se apoyó en un codo para mirarme, sus ojos parecían negros. Podía ver en ellos el reflejo de los míos.

—Eres perfecta, —repitió—, ¿lo sabías? —Sus labios dulces eran sinceros, su cuerpo poderoso llenaba cada uno de los recovecos del mío, arrasando, también, con mis pensamientos, mi voluntad y mis deseos.

—Más profundo —jadeé.

Me besó como si fuera la última vez. Lo besé como si no quedara otra más. Necesitaba sentirlo hasta en mi alma y que él me sintiera en la suya.

Una embestida profunda me sacó el aire de los pulmones y llenó mi corazón de dicha. La chispa se convertía en fuego, y el fuego en una hoguera que arrasaba con todo a su paso. La potencia de su cuerpo marcaba el ritmo de mis caderas y me quemaba, el delirio no era una amenaza porque se había convertido en locura.

Más profundo, porque necesitaba que supiera que no era un juego.

Más lento, para que quedara grabada la importancia del momento.

Caliente, intenso.

Saliendo de la realidad y creando nuestro propio mundo.

Uniendo no solo nuestros cuerpos, sino también nuestra voluntad.

Adentro, para que no quedaran dudas de que estábamos unidos.

Afuera, preparándonos para una nueva estocada.

—Más.

—¿Así, es esto lo que quieres? —Se llevó mis piernas a los hombros y atravesó todas mis barreras con un movimiento final.

Estaba tan cerca del abismo que mis paredes palpitaban, los espasmos de placer eran inminentes y las emociones que acompañaron ese orgasmo fueron arrolladoras.

Después de tres nuevas embestidas y con un gruñido gutural, Connor se dejó llevar.

CAPÍTULO 45

Connor

Con las piernas enredadas en las mías, Kai dormía con la cabeza apoyada en mi hombro y un brazo atravesado en mi pecho.

De seguro fue el cansancio lo que hizo que lo que acababa de suceder se hubiese sentido tan diferente, porque quise complacerla sin dominarla.

Kai tenía un gran carácter y solía discutir por todo; sin embargo, necesitaba elogios y reconocimiento, no solo en la cama. En vez de jalar su cabello, quise acariciarlo, en vez de marcarla con los dientes, lo hice con mis labios y, en vez de gruñir como un salvaje, mantuve el ritmo y el volumen que ella imponía. Algo estaba cambiando, aunque, era posible que ya hubiese cambiado. La abracé y cerré los ojos, respiré profundo y dejé que mi respiración hiciera eco de la suya.

—Connor —Oí que susurraba.

—¿Mmm?

—Necesitamos el informe de contabilidad.

—¿Qué?

—Hasta el momento, solo teníamos los números de cuenta de las transacciones que se hicieron para la compra de las acciones que salieron a la bolsa.

—Ajá —contesté y me pasé las manos por la cara.

Estaba sentada a mi lado con el cuerpo apoyado en el respaldo de la cama, las piernas estiradas y una almohada, en la que tenía apoyado el portátil. Se había puesto mi camiseta y con el cabello en un moño suelto, se veía espectacular.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¿Cuánto rato llevas despierta?

—No tengo idea. —Tecleaba y arrugaba la nariz—. Hay café caliente en la cocina.

—Vale.

—¿Pasa algo? —preguntó cuando vio que no me moví después de que me senté en la cama.

—Dame un minuto. —Una erección matutina no era, precisamente, lo más útil en ese momento.

—Oh..., como quieras, estás en tu casa. —No reparó en la tensa situación que había entre mis piernas.

—Escucha. Esto está fuera de la norma —comenzó—. Por lo que sabemos, Di Rossi adquirió el 42 % en la bolsa, pero también, le compró acciones de ICTI a inversionistas privados, ¿cierto?

—Así es.

—Pues..., en ninguna parte aparecen esos títulos de propiedad, por lo que no tenemos idea de cuál es el porcentaje real que posee de la compañía. —Deslizaba los dedos—. Fíjate, aquí hay dos tipos de movimientos...

—Espérame un momento, ¿vale? Vengo enseguida.

Con la situación en el hemisferio sur de mi cuerpo ya controlada, me levanté al baño y oí cómo seguía hablando desde el otro lado de la puerta.

—Tal y como estamos, —gritaba—, no tenemos ninguna excusa para pedirle a la corte una orden para rastrear el dinero de la compra a los inversionistas, ninguna legal, al menos.

—Depende del argumento, señorita abogada. —Hice burbujas con enjuague bucal.

—Así es, y como ICTI es nuestro cliente —se mojó los labios y sonrió cuando me vio salir del baño, igual de desnudo que cuando entré—, y actuamos en su representación...

—¿En qué estás pensando? —levantó las cejas.

—Mira esto. —Indicó la pantalla mientras me ponía el bóxer, me acosté a su lado y seguí la dirección de su dedo—. No ha habido cambios de titularidad, es decir, las acciones que les compré a los inversionistas privados no aparecen reflejados en ninguna parte. Lo único que sí está es la compra de lo que salió a la bolsa, de lo demás..., nada.

—Cierto, pero también es verdad que son contratos privados y que, esos cambios, mientras no haya una reunión de directorio y votación, no son urgentes.

—Ahora, en esa misma línea, —continuó—, es muy probable que *Hamilton & Nielsen* sea quien esté a cargo de esos contratos de compraventa y sea, también, responsable de las inscripciones.

—Seguramente.

—¿Qué nivel de acceso tienes a sus sistemas?

—¿Qué? —Casi me atoro con mi propia saliva.

—No te hagas el tonto. Sé que has estado metiendo la nariz en sus servidores, mientras que yo, muero enterrada en las planillas contables de ICTI. —Dejó el portátil de lado y se sentó a horcajadas sobre mí—. No soy estúpida, ¿sabes? —La fina tela de su tanga no era suficiente barrera para que mi miembro, atrapado bajo el bóxer, no detectara su cercanía y humedad. Se frotó hacia delante y hacia atrás, torpemente, la bota ortopédica impedía el movimiento circular. Sin embargo, fue más que suficiente—. No se te ocurra decir que no o excusarte en la negociación plausible, estamos juntos en esto.

Cruzó los brazos alrededor de mi cuello. Avanzamos de cero a cien en segundos. Se sacó la camiseta y sus suaves y redondos pechos, que se meneaban al ritmo de sus caderas, aparecieron como una tentación ineludible.

—¿Esta es una técnica de presión? —pregunté cuando me llevé uno a la boca y mordisqueé el pezón.

—Negociación —dijo mientras besaba mi cuello.

—¿Cuál es la oferta, señorita abogada? —Oí un hermoso y gutural gemido.

El vaivén se intensificaba. El roce y la tentación crecían y aumentaban la excitación.

—Quiero información.

—Estamos juntos en esto —susurré mientras le daba toda mi atención a su otro pecho—. Tú lo dijiste.

—Me has estado ocultando cosas.

Todavía a horcajadas sobre mí, se levantó y apoyó en las rodillas. En vez de bajar para frotarse aún con más fuerza, con una sonrisa pícara, levantó y deslizó el elástico de mi bóxer con los dedos. Mi miembro se sintió invitado a una fiesta cuando ella lo acarició con las dos manos, mientras se mordía los labios.

—Eso, señorita abogada, es coerción.

—No, —Con firmeza, cerró el puño sobre mi erección y bombeó desde la base hasta la punta, sacándome un gruñido—, son técnicas disuasivas.

—Dijiste que era una negociación —dije entre dientes, la muy descarada había corrido su tanga hacia el costado. Estábamos piel contra piel, me empapaba con cada movimiento—. Suponiendo que yo tuviera en acceso a lo que dices, ¿qué saco yo en este acuerdo? —Crucé mis brazos en sus caderas y la inmovilicé sobre mí. Si seguía tentándome de esa manera, acabaría antes de terminar la frase—. ¿Quieres información..., qué me ofreces a cambio?

—Mis más sinceros agradecimientos.

—Oh..., qué generosidad la tuya.

—¿Ves? ¿Quién dijo que no puedo hacer ofertas razonables?

—Claro...

Con rapidez la hice rodar hasta que quedó de espaldas e inmovilicé sus manos.

—¿Entonces? —chilló con una carcajada.

—Todavía no veo beneficios para mí —sonreí, me encantaba ver cómo arrugaba la nariz—. ¿Te apetece café?

—¡No cambies el tema! —reclamó.

—Un café primero, por favor. —La besé y mordisqueé su labio inferior—. Iré a mi apartamento por una ducha y el portátil, ¿vale?

—Vale.

—Me encanta verte así.

—¿Así cómo?

—Relajada y con las mejillas encendidas. —Le di una palmada en el trasero.

—¿Te vas? —preguntó con la voz aguda cuando cogí mi ropa.

—Pues, sí. —La miré, apretaba los labios—. ¿Pasa algo?

—Eh..., no, no..., nada. —Se puso la camiseta por encima de la cabeza y se tapó con la sábana.

—¿Estás bien? —insistí.

—Sí. —Acomodó la almohada y volvió a poner el portátil en su regazo.

—Oh... No, no... —Me senté a su lado y acaricié su mejilla—. Dime qué pasa.

—¡Nada!

—¡Ey!... —Sus ojos parecían de vidrio, fríos, estériles—. Nada nunca es nada, querida Kai.

—No seas ridículo.

—Te propongo una cosa. —Removí la almohada, el portátil y levanté la sábana—. Nos vamos a dar una ducha caliente, —Comencé a desabrochar la bota ortopédica—, después disfrutaremos de un buen desayuno y nos pondremos a trabajar.

—No ibas a...

—Iré por mi ropa mientras se calienta el agua, ¿vale? —Asintió y dejó salir una sonrisa cuando besé su nariz.

—Vale... Eh... —dudó—. Si quieres, puedes traer también tu cepillo de dientes; no me queda mucho enjuague bucal.

Por alguna razón, y por primera vez, en vez de desafío o sarcasmo, en su voz había fragilidad y ternura.

Cogí un bolso deportivo y eché más ropa de la que necesitaría para ese día, junto con

lo básico para estar presentable; la botella de perfume, incluida. No me consideraba presuntuoso, pero había notado que se detenía en mi cuello y respiraba profundo cuando la abrazaba.

Lo peor que podría suceder era que tuviera que agarrar mis cosas para llevarlas de regreso a mi apartamento, no era un gran esfuerzo, después de todo. La desilusión en su rostro, cuando dije que me iría, me desarmó por completo. La decepción en su mirada lo dijo todo. La sorprendí al decir que me iría y, mucho más, cuando le aseguré que volvería.

—No me has respondido —atacó cuando terminábamos el café.

Acabábamos de desayunar. La orden que hice a la pastelería de la esquina llegó justo después de que salimos de la ducha.

—¿Responder qué? —Puso los ojos en blanco.

—Lo del acceso a los servidores de *Hamilton & Nielsen*.

—Oh..., eso.

—Sí, eso.

—Pues, sí. —La miré de arriba abajo desde mi lugar en la mesa—. ¿Desde cuándo lo sabes, pequeña tramposa?

—¿Yo? ¿Yo soy la tramposa? —Se llevó una mano al pecho—. Discúlpame, pero la agraviada en este asunto soy yo.

—¿En serio?

—Por supuesto que es en serio. —Arrugaba la nariz, sus ojos tenían esa chispa desafiante que tanto me gustaba—. Llevo semanas buscando en el lugar equivocado y, tú, que tenías acceso a todo, no te dignaste a contármelo. No te atrevas a alegar, ya superamos esa etapa.

CAPÍTULO 46

Kai

Nos sentamos en la sala de estar. Ya había tenido suficiente con presenciar la escaramuza a la casa del abuelo de Connor; no tenía deseos de volver a la sala de mandos.

Teníamos retazos de información y, la mayoría, la habíamos conseguido ilegalmente. Una declaración de Grant en la corte era inadmisibile. Lo mismo pasaba con las pruebas de que Di Rossi estaba vinculado al padre de Connor, porque no figuraba en ningún documento. Por último, lo de la mujer asesinada a sangre fría en Italia, había sido declarado como un suicidio, convirtiéndose en otro callejón sin salida.

—¿Puedes retrasar la expatriación? —le preguntó Connor a Will cuando entramos a su oficina.

—¿Qué?

—La expatriación del cuerpo de mi abuelo, ¿puedes retrasarla?

—El asistente de tu abuelo no ha dado señales de vida. Tu padre le ha llamado dos veces y no responde.

—¿Nadie se ha puesto en contacto con la morgue para reclamar el cuerpo? —Connor se pasó la mano por la cara, confundido.

—*Nop*, todavía nadie —contestó Will.

—Entonces, debemos aprovechar que Harrison y Kill se encuentran allá.

—¿Por qué?

—Tenemos que pedir más análisis. Que el informe toxicológico no esté, es raro, tengo serias dudas sobre la veracidad de la autopsia.

—Pues..., yo —dudó Will.

—¿Tú qué? —preguntó Carter que asomaba la cabeza.

—Connor desea pedir nuevos análisis sobre el cuerpo y, cree que, ya que Harrison y Kill... —informó Will—, y nadie ha reclamado el cuerpo...

—Buena idea —interrumpió—. ¿Puedes hacerlo?

—¿Ingresar una solicitud para nuevos estudios?

—¿Sí?

—Pues, claro. —Se frotó las manos e hizo sonar los dedos.

—Hay que tener en cuenta que estos nuevos análisis van a despertar sospechas, si tu padre o Di Rossi llegan a enterarse... —agregué.

—Es verdad, —Connor asintió con la cabeza—, pero los necesitamos. Independiente de la conexión que haya entre mi abuelo y él, todavía no han comenzado los trámites de la expatriación. Con el cuerpo en la morgue, es ahora o nunca.

—¿Crees que Di Rossi tiene algo que ver con la muerte de tu abuelo? —pregunté.

—¿Tú no? —Cruzó los brazos contra su pecho—. Si el ADN de la mujer que encontraron muerta en la habitación...

—¿La prima?

—Sí, la prima. Explícame, ¿por qué el encubrimiento? Que no se hayan cuestionado la

trayectoria de la bala y lo hayan procesado como suicidio, que en los registros aparezca el nombre de la otra mujer... ¿La que enviaron a la estación de policía a dar esas declaraciones? — Tenía una mano en la cintura y con la otra se tiraba el pelo de la nuca—. Que las chicas y Ken hayan desaparecido, Dios..., nada tiene sentido.

—Listo —dijo Will—. Tendremos noticias a más tardar en 48 horas.

—Gracias —agregó Connor, todavía tirándose del cabello.

—Es un placer, como siempre.

—Tenemos que encontrar el punto de conexión entre mi abuelo, mi padre y Di Rossi...

Si Ken no ha comenzado con los trámites, es nuestra oportunidad, puede que no se nos presente otra. —Se pasó las manos por la cara—. Seguimos, prácticamente, en el mismo sitio en el que empezamos.

—¿Will? —interrumpió Carter con voz grave.

—Vale, vale —contestó y bajó la cabeza, como si fuera a convertirse en uno con la pantalla.

Estaban sucediendo demasiadas cosas en paralelo. Kill y Harrison en Italia, Esteban y Grant instalando micrófonos, y el padre de Connor en su oficina.

Carter se asomó por el pasillo y levantó la mano, indicándonos que lo siguiéramos.

—¿Qué hiciste con las chicas? —La voz de Laurence Hamilton se oía por los altavoces del portátil de mi hermano.

—Están..., en un lugar seguro —contestó una voz grave con acento neutro; aunque no era lo que esperaba, no era necesario ser adivino para saber que quien hablaba era nuestro escurridizo italiano.

—Ese no era el acuerdo.

—¿Disculpa? —Di Rossi resopló—. Cumplí con mi parte e hice lo que me pediste. — Respiró profundo—. No me gusta que me chantajeen —dijo con voz grave—. Ahora estamos a mano.

—Vamos, solo era un favor —agregó Hamilton.

—¿Un favor? ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer, que limpiar tus asuntos?

—Sabías que era un riesgo.

—Era un riesgo para ti —Di Rossi levantó la voz.

—El viejo estaba fuera de sí. No creerás que de verdad estaba enamorado de esa chica.

—Oh..., parece que no te has enterado de todo. Esa chica, era mi prima, Anna.

—No, era la criada. —El padre de Connor insistió.

—Anna —repitió Di Rossi.

—No es posible.

—¡Ja! —resopló; era una burla—. No es mi problema que no sepas los detalles, pero tengo una imagen que cuidar, Laurence. Mi prima no era, precisamente, una joya; sin embargo, ¿crees que puedo dejarlo pasar?

—¿Qué dices?

—Anna... —gruñó—, sé que fuiste tú, Hamilton.

—¿Yo?

—No te hagas el tonto. Negocios son negocios, placer es placer, pero ¿esto? No, esto está justo en la línea y acabas de cruzarla.

—Vamos, Giancarlo. —Se le oía nervioso.

—«No nos veamos la suerte entre gitanos». Eres un cobarde, no apretaste el gatillo; sin embargo, ¿la orden? La orden la diste tú.

—¡Jamás! —rugió el padre de Connor—. Yo...

—Lo veremos —interrumpió Di Rossi y terminó la llamada.

Knox negó con la cabeza, mientras que Carter apretaba el botón para cerrar la aplicación. La expresión de Connor no había cambiado, aunque apretaba los puños.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó mi hermano.

—No lo sé —contestó y se metió las manos a los bolsillos.

—Will está recopilando información sobre Anna. Su rol en este asunto es más importante de lo que pensábamos —explicó Carter—, Di Rossi parece dispuesto a tomar represalias. Asume que es Laurence el responsable de la muerte de Anna, dio por hecho que fue un asesinato.

—De seguro tiene gente en el bolsillo. La policía, el hospital..., quién sabe dónde más. —Conté con los dedos—. Es increíble que gente como él pueda salirse con la suya.

—¿Lo dices por experiencia? —me preguntó Knox con sarcasmo.

—¡Ey! Todavía veo las repeticiones de *Mentes criminales*, son, prácticamente, manuales. —Le guiñé un ojo—. Vamos, *su Tiranidad*, sabes que estoy bromeando. Soy abogada, veo y escucho sobre asuntos como este más seguido de lo que me gustaría contar. —Respiré profundo—. Nunca me las he tenido que ver con la mafia italiana, pero delincuentes hay en todas partes. Los italianos, seguramente, son más organizados y peligrosos, eso es todo.

—Ojalá fuera solo eso —agregó mi hermano, negando con la cabeza—. Atentos, lo único que podemos hacer, ahora, es estar atentos.

CAPÍTULO 47

Connor

Mi abuelo y yo nunca tuvimos una relación cercana, de hecho, los antecedentes que GBS estaban descubriendo sobre él, también eran una sorpresa para mí.

En mi familia las relaciones se trataban como un asunto de negocios, eran transaccionales, nada más.

—¿Vamos? —dijo Kai, que había atravesado la habitación y apretó mi bíceps con demasiada espontaneidad.

Levanté una ceja después de ver la cara de mi jefe. Cuando llegamos al ascensor, en vez de apretar el botón para el segundo subterráneo, presionó el del quinto piso.

—¿Estás bien? —me preguntó arrugando la nariz. Había cruzado los brazos sobre su pecho; apoyaba la cabeza en el espejo y me miraba de arriba abajo.

—Sí.

—¿No piensas contarme nada? —agregó, mientras sacaba la llave magnética para abrir la puerta de su apartamento.

No tenía historias ni respuestas. Había constatado, personalmente, que mi padre era un delincuente de cuello blanco; jamás pensé que era, también, un asesino. Enterarme, además, de que podía estar asociado a la muerte de mi abuelo era información que abría un universo de posibilidades y, todas, alarmantes.

Me senté en el seccional y apoyé la espalda hasta dejar caer la cabeza.

—¿Crees que él lo haya hecho? —preguntó Kai y se dejó caer en mi regazo. Crucé mis brazos alrededor de su cintura y la atraje hacia mí.

—No lo sé —contesté con los ojos cerrados.

Acariciaba mi cabello con una mano y, con la otra, mi mejilla. Sintiéndola tan cerca me era más fácil respirar, ya que se había instalado una sensación intensa y desagradable en mi pecho. Me sentía abrumado. No era de los que se dejaba abatir, menos, de aquellos que se inmovilizaban ante los problemas. Lo mío era ir de frente, con la cabeza en alto y la mente abierta para resolver lo que fuera que se presentara en mi camino. Sin embargo, ahí estaba, agobiado, confundido, y con un mal presentimiento.

—¿Estás bien?

—Sí.

Se sentó a horcajadas sobre mí. Podía sentir mi pulso en la garganta, mientras veía cómo su pecho subía y bajaba. No era el momento para buscarle nombre a lo que había entre nosotros, pero sabía que habíamos dejado atrás la guerra de voluntades, «dimes y diretes».

Ya no sentía deseos de dominarla para demostrarle quién era el que tenía la razón, o para ponerla en su lugar. Deseaba dominarla, sí, pero para enseñarle que había más que placer tras la total entrega. El deleite podía tener muchas formas y, la sumisión, era una de ellas.

Kai estaba lejos de ser una mujer dócil, mucho menos, una obediente; sin embargo, respondía bien a los elogios, los que recibía en olas cuando seguía mis instrucciones.

No buscaba doblegarla. Quería probarle que ceder el control podía ser gratificante. Ser una buena chica no tenía nada de malo, aunque encontrara maneras creativas de decir lo contrario. Podía ser: una discusión que dejara en claro que era una mujer independiente, un desafío que le asegurara al mundo que era una mujer capaz e inteligente. Se esforzaba por esconder que, detrás de esa fachada, había una mujer que buscaba complacer a los demás, que necesitaba muestras de afecto y, sobre todo, aprobación.

—¿En qué piensas?

—En lo bien que se siente tenerte sobre mí —contesté y agarré sus caderas con las dos manos, anclándola al centro de mi cuerpo.

—No me refería a eso —agregó, pero el instinto habló por ella. Se dejó llevar por el ritmo y el movimiento, frotándose contra mi erección creciente.

—¿No?

—No, ¡oh! —gimió.

Con las mejillas encendidas, los ojos brillantes, y mordiéndose los labios, me miraba. No necesitaba decir nada, el mensaje estaba suspendido en el aire; era claro. Una blanca sonrisa iluminaba su rostro y, con una mueca traviesa, esperaba mi respuesta.

—Dios, eres preciosa —dije con un suspiro—. Te deseo tanto.

—¿Ah, sí? —preguntó. Cruzó los brazos alrededor de mi cuello, se movía hacia delante y hacia atrás, intensificando la fricción.

Metí las manos por debajo de su ropa y, cuando traté de desabrochar el sostén, me dio una palmada en la mano.

—No... —Mordió mi labio inferior—. Estamos en horas de trabajo, señor abogado.

—Tramposa.

—¿Yo?

—Ya verás, pequeña malcriada. —Sonreí y mordisqueé el borde de su oreja—. Ya verás.

Nos convertimos en una maraña de manos que exploraban, «tímidamente», sobre la ropa, sin cruzar las barreras de los dobladillos o cierres. Si lo que quería era jugar, probablemente, no había considerado que le podía salir el tiro por la culata.

Su respiración, agitada, era un claro indicio de rendición, sus gemidos, seguidos por exquisitos y suplicantes jadeos, eran música para mis oídos. La presión de su centro contra mi erección era cada vez mayor, el vaivén cada vez más pronunciado y, sus movimientos, más descuidados. Estaba cerca, aunque quisiera, ni en un millón de años podría negarlo.

—¿Te gusta? —pregunté, cuando con el pulgar dibujé movimientos circulares por encima de sus pantalones, en el lugar donde más me necesitaba—. ¿Te gusta, pequeña malcriada?

—Mmm... —Un jadeo, nada más.

—Oh... Y ¿qué tal si hago esto? —Cambié la posición de mi mano y con dos dedos froté, vigorosamente, el punto que la haría estallar.

—Oh... Dios... Connor...

—Mmm... Parece que sí te gusta —gruñí y mordí su labio inferior.

—Más —reclamó cuando dejé de hacer presión.

Con un rugido de frustración protestó cuando retiré los dedos y apoyé todo el cuerpo en el sofá. La sutil retirada la privó del orgasmo que sabía que estuvo a punto de alcanzar.

—¡Connor! —chilló.

—¿Te gusta jugar, no es verdad, pequeña malcriada? —Sonreí y mordí su labio inferior, después de apretar sus caderas, para un último segundo de exquisita fricción—. Ahora, mueve tu lindo trasero. Necesito ir por mi portátil.

—¿En serio? —se quejó.

—Tú fuiste la que me recordó que estábamos en horario de trabajo, querida Kai —le guiñé un ojo.

—Eres... Dios..., eres un maldito.

—No... —Besé sus labios—. ¿Eso crees? —Sonreí—. Por lo demás, tú empezaste, preciosa.

Cruzó los brazos alrededor de su pecho y arrugó la nariz. Desde el pasillo la vi morderse uno de los dedos mientras movía el pie que seguía atrapado en la bota ortopédica.

Me senté a su lado cuando regresé con el ordenador y la vi fruncir el ceño cuando vio quién llamaba.

—¿Hola?

Silencio.

—¿Sí?

Silencio.

—¿Cómo?

Silencio.

—Pero...

Silencio.

—Eso no fue...

Silencio.

—Este no es un buen momento.

Silencio.

—¿Hasta cuándo? Pero... ¡¿Qué parte de que no es un buen momento no está entendiendo?!

Silencio.

—Exijo... ¿Hola? ¿Hola? —Miró el móvil—. ¿Óscar? —Tiró el teléfono en el sofá y cerró los ojos—. Maldito imbécil.

—¡Ey! —Con el dedo hice que alzara la barbilla para mirarme—. ¿Qué pasó? —Se levantó y comenzó a caminar por la habitación.

—¿Puedes creer que el maldito encargado del edificio está exigiendo que vaya por mis cosas, ahora?

—¿Qué?

—El desgraciado me dijo que tengo hasta mañana para sacar todo —negó con la cabeza—. Ya terminaron las reparaciones; sin embargo, el dueño ha decidido que no va a seguir arrendándomelo. —Se llevó las manos a la cintura—. Apparently, nuestra «amenaza», —Hizo el gesto de las comillas con los dedos—, no solo llegó a sus oídos, sino que no fue bien recibida —resopló—. ¿Puedes creer que está dispuesto a indemnizarme con tal de que no regrese?

—¿En serio?

—Como lo oyes.

—Guau, eso dice mucho.

—Escucha. —Me apuntó con el dedo—. No sé si fue tu «acto de novio desquiciado» o de «abogado vengativo», pero acabo de quedarme sin hogar.

—No seas ridícula, Kai. —Abrí los brazos y le mostré la sala—. Llevas semanas viviendo aquí y no te he visto, en ningún momento, extrañar esa caja de fósforos en la que vivías.

—¡Ey! «Esa caja de fósforos» era mi casa.

—Puede ser, pero ahora, este lugar es tu casa. De verdad, no pensé que siguieras considerando volver a ese nido de ratas.

—Sea como sea, era mío. Todo lo que había en ese lugar lo conseguí yo sola. —Respiró profundo—. Todo lo que hay aquí..., —Miró hacia los costados—, me lo dieron mis hermanos.

—¿Y qué problema hay con eso?

—Era temporal, Connor. —Se sentó y se hundió en el sofá—. Que mis hermanos quisieran «comprarme», para mí era un juego. Jamás pensé que harían tanto para asegurarse de que me quedara. —Se mordió uno de los dedos—. No sabes cuánto se lo agradezco, pero siempre he sido independiente, no me gusta que...

—¡Para! —interrumpí—. Primero, tus hermanos no hicieron esto, —Dibujé un círculo con el dedo índice—, para comprarte. Segundo, ninguno de ellos duda de que seas independiente y capaz. Hicieron esto porque se preocupan, te quieren y desean lo mejor para ti.

—Ya no soy una niña.

—¿Crees que no lo saben?

—Pues...

—Kai. —Despejé su rostro, un mechón de cabello le tapaba la mejilla—. Knox sabe de qué eres capaz, ¿crees que habría apoyado a Max al entregarte el caso si no estuviera de acuerdo?

—Él...

—Confía y cree en ti. Te ha convertido en una más del equipo desde que comenzamos en este caso. Hasta donde sé, nadie, ni siquiera tu hermana, ha llegado a eso. —Levanté una ceja—. Lily no cuenta y, aunque lo hiciera, ahora está enferma. —Acaricié su mejilla—. ¿No lo ves?

La chispa de su mirada traviesa había sido reemplazada por el brillo que precede a las lágrimas.

—No lo entiendes.

—¿No? Ven aquí. —Se sentó en mi regazo, se acurrucó y apoyó la cabeza en mi hombro—. Entonces, explícame. —Pasé mis dedos por su cabello y acuné su rostro contra mi cuello.

—Compré cada una de las cosas que hay en ese apartamento con mi propio dinero.

—Eso ya lo dijiste.

—De niña lo tuve, prácticamente, todo. Mis padres y mis hermanos se desvivían comprándome cosas —negó con la cabeza, como si el recuerdo estuviera cubierto de dolor—. Si aparecía una nueva Barbie, la encontraba en mi habitación, incluso antes de pedirla. Kylie se preocupaba de que siempre tuviera la mejor ropa. Nunca tuve un agujero en el calcetín, problemas con una costura o el dobladillo de mis pantalones. —Movía la cabeza suavemente, como si quisiera fundirse en mi piel—. Mis hermanos se hacían cargo de los juguetes o de traerme regalos exóticos de sus viajes. Mis padres, por su parte, nunca repararon en libros, lápices, lugares que conocer, visitas a museos o cualquier panorama que se les pudiera ocurrir. —Sonrió—. Es casi un milagro que no hubiese salido más malcriada —suspiró.

—No eres una malcriada —aclaré.

—Me lo has dicho muchas veces.

—Tienes ideas fijas y un carácter del demonio, pero no eres una malcriada, preciosa. —Levanté su barbilla con mis dedos—. Aunque, debo reconocer que la idea de darte un par de palmadas y ponerte en tu lugar, es atractiva y sexi.

—¡Connor!

—Es verdad, querida Kai. —Besé su frente—. Eres testaruda, llegar a ti no es fácil, menos si tienes una opinión firme sobre las cosas. —Pasé el pulgar por el borde de su labio inferior—. Pero también eres apasionada, inteligente, trabajadora e intensa. No renuncias a tus creencias ni a tus luchas y, eso, preciosa, es invaluable. —Besé su nariz—. Una chica malcriada deja todo a medio camino, no se esfuerza por llegar a la meta, no se aventura para conseguir un objetivo, no se arriesga por los demás. Tú, mi querida Kai, eres cualquier cosa menos una chica malcriada —resoplé—, en ese ámbito de cosas; sin embargo, se me ocurre otro en el que, tal vez, sí necesitas...

—¡Connor! —chilló cuando le apreté el trasero.

—Buena chica.

CAPÍTULO 48

Kai

No pensé que oír que Connor no me consideraba una malcriada me causaría tanta dicha. De alguna manera, me había resignado a la idea de que tendría que demostrarle que: no era una niña y, menos, una caprichosa.

Lo que había partido como una batalla campal se había transformado en un acuerdo de convivencia pacífico y excitante. Nuestra condición de vecinos era casi inexistente, aunque nuestra asociación, como colegas, era más fuerte que nunca. Ni en mis peores pesadillas habría imaginado que, entre los dos, podría crecer algo tan intenso como lo que teníamos, pero ahí estaba, vivo y palpable.

Ya no me conformaba con estar cerca de él, sin darme cuenta, buscaba maneras para tocarlo, para sentirlo cerca de mí, para disfrutar de sus exquisitas manos sobre mi cuerpo y su encantador aroma cubriendo mi mente. La forma en que nos mirábamos cuando estábamos en una misma habitación, sin importarnos quién más se encontrara a nuestro alrededor, era descarada. Afortunadamente, a él, parecía importarle lo mismo que a mí, nada.

—Hablaré con Carter, necesitaremos ayuda para sacar tus muebles.

—No te preocupes, le diré a mi hermana. De seguro conoce a alguna empresa de mudanzas —suspiré—, aunque hay algunas cosas que me gustaría coger personalmente.

Bajamos a las oficinas de GBS y, después de que Kylie me aseguró de que se haría cargo de los detalles, agarramos una de las *Suburban* del subterráneo.

Miré por la ventana gran parte del camino. Connor conocía la dirección, no necesitaba mis instrucciones.

—¿Estás bien? —preguntó y puso su mano en mi muslo cuando llegamos al segundo semáforo.

—Sí —suspiré—. Son solo cosas..., muebles, —negué con la cabeza—, aunque su significado...

—Dime una cosa, querida Kai. —Apretó mi rodilla—. ¿Que ya no puedas seguir viviendo ahí, cambia en algo todo lo que has logrado?

—Yo...

—No, preciosa, no cambia ni quién eres ni lo que has alcanzado, ¿no lo ves? Los accidentes pasan. Si los planificáramos no serían accidentes. Nadie pensará menos de ti porque te quedes, permanentemente, en el edificio de GBS. De hecho, te aseguro que hay alguien muy contento de que así sea. —Sonrió.

—¿Estás hablando de tu...? —Miré su entrepierna, sí, definitivamente, había alguien muy animado ahí—. Dios, no puedo creer que lo estés diciendo.

—¿Cuál es el problema? Honestidad primero, ¿verdad? —Lanzó una ruidosa carcajada; me reí con él.

De no ser porque el encargado no se hallaba en su oficina, todo lo demás, estaba exactamente igual en mi antiguo edificio.

En mi apartamento; sin embargo, mis muebles, la mayoría arruinados, se encontraban apilados en una esquina.

—¿Crees que sea posible reparar algo?

—Mmm..., tal vez... —contestó Connor—. Conozco a alguien, tendría que preguntarle. —Sonrió—. Aunque, ¿qué vas a hacer con todo mientras tanto?

—Kylie conoce un depósito donde podemos guardar lo que sea «recuperable» —suspiré—, lo demás, ni siquiera sé si se puede donar a caridad.

El trabajo y reparaciones que habían hecho fue de primer nivel. Nadie, ni en un millón de años, adivinaría el desastre que dejaron las cañerías del desagüe y las ratas flotando en medio de la sala.

Recorrí el piso con un nudo en la garganta, el presentimiento que llevaba días atravesado en mi estómago resonaba, también, en mi pecho. Era como si pudiese percibir peligro a mi alrededor. No era una mujer supersticiosa, pero la sensación parecía venir desde otro lugar, como si quisiera colarse en mi cuerpo hasta dejar fríos mis huesos.

Connor me miraba, seguía el camino que recorrían mis ojos y volvía a detenerse en mi cara.

—¿Qué necesitas, Kai —preguntó—. Dime, en qué puedo ayudar.

—Nada, es... —Volví a recorrer la sala con la vista—. Solo quiero coger las fotos.

—¿Fotos?

—Cuando me fui a la universidad, Kylie preparó para mí un álbum. —Caminé hasta lo que había sido mi habitación—. Fotos mías de niña con mis padres, mis hermanos, —Respiré profundo—, con mi madre.

—Ella falleció cuando eras pequeña, ¿verdad? —asentí.

—Tenía seis años. —Cerré los ojos, por un segundo, pude volver a esos últimos días, a los últimos momentos que tuve con ella—. Estaba enferma, cáncer —negué con la cabeza—. Avanzó rápido, se nos fue en solo dos años.

—Lo siento.

—Pues... —Me encogí de hombros—. La vida es como es, ¿cierto? Como los accidentes. No la planificamos, simplemente, pasa.

—Sí, pero eso no significa que no nos afecte, menos si consideramos que eras tan niña.

Los recuerdos que tenía con mi madre eran felices, pero pocos. Horas acurrucadas a su lado leyendo historias de princesas o libros de poemas. Disfrutando, también, las maravillosas aventuras de *Sherlock Holmes* y descubriendo los misterios de *Agatha Christie*. Fue ella la que me regaló la pasión por los libros y la que plantó en mí la semilla de la justicia.

—Cuando era niña quería ser detective —comenté cuando abrí la caja fuerte—. Buscaba, constantemente, descubrir misterios.

—¿Misterios?

—En realidad, cualquier cosa a la que no le encontrara una explicación, era un misterio. —Sonreí—. Con el tiempo, me di cuenta de que, en vez de descubrir misterios, prefería poner tras las rejas los asesinos o delincuentes.

—Muy decidida —dijo con una sonrisa.

—Sí..., así era yo.

—No. —Caminó y se paró detrás de mí. Apretó mis hombros y luego, me abrazó por detrás, dejándome apoyar la espalda en su pecho—. Así eres tú. —Dejó caer la barbilla en mi

coronilla—. Así eres tú, Kai.

—¿Cómo? —Sonreí y moví la cabeza para darle acceso a mi cuello.

—Determinada, decidida, toda una justiciera.

—No seas ridículo.

—Hablo en serio. —Me hizo girar para enfrentarlo, con sus manos en mis caderas me atrajo hacia él—. Eres especial..., impetuosa, —Besó mi frente—, intensa, —Besó mi nariz—, hermosa, —Besó mi mejilla—, e increíblemente, sexi.

Como si fuera una coreografía, recibí su boca cuando alcé la mirada. Sus ojos azules, como el océano, parecían agitarse con lujuria, su piel caliente sería mi perdición; no me importaba.

Los labios de Connor habían memorizado los míos, sus manos recorrían mi espalda, acariciaban mi cabello, acunaban mis caderas y apretaban mi trasero. Un movimiento a la vez, y todos al mismo tiempo. Deseaba pegarme a él, sentir su calor y perderme en el exquisito aroma de su cuerpo.

—No me dejes esperando ahora —susurré entre gemidos.

—Jamás, querida Kai. —Mordisqueó el borde de mi oreja—. Apoya las manos en la pared.

Giré en 180°, la excitación subía y bajaba por mis venas, quemando mi sangre, con Connor detrás de mí, apoderándose de mí con la yema de los dedos. Con suavidad, pero al mismo tiempo, rapidez y certeza, desabrochó mi sostén por debajo de mi ropa. Mis pechos cayeron directos en la palma de una de sus manos. Apretó hasta sacarme el primer gemido, mientras lamía mi cuello.

—Quieta —gruñó—. Buena chica.

Con la otra mano avanzaba seguro hacia mi centro, provocándome escalofríos cada vez que me tentaba con los dedos por encima del pantalón. Me tiritaban las piernas, inmóvil frente a la pared, sin otra opción que aguantar estoicamente cada uno de sus asaltos, atenta, ansiosa y llena de deleite.

—¿Es esto lo que quieres, querida Kai? —preguntó cuando presionó su miembro contra mi trasero. Asentí—. Usa tus palabras.

—Sí. —Mi respuesta, prácticamente, inaudible.

—Más fuerte —me dijo al oído.

—Sí.

Desabrochó mi pantalón y, después de bajar el cierre, metió la mano.

—Mojada. —Mordisqueó mi cuello—. Así me gusta.

Apretó uno de mis pechos hasta sacarme un chillido, dibujó círculos por debajo de mi tanga, provocándome espasmos de desesperación. Lo quería dentro, lo necesitaba en mi interior, lo deseaba más que mi próximo aliento.

—Chss... —susurró—. Todo a su tiempo, querida Kai.

—Por favor —rogué y abrí las piernas, aún más, solo para estar segura de que tuviera el camino despejado, para darle todo el acceso que fuera posible.

—Estás ardiendo, ¿verdad? —Deslizaba los dedos por el borde, pero no penetraba en mi centro—. Me necesitas, ¿aquí? —Con el pulgar presionó, suavemente, el epicentro de mi desesperación.

—Ajá.

—Con palabras.
—Sí —chillé.
—Con amabilidad.
—Dios mío, Connor... ¡Por favor!
—Mejor... —Oí su sonrisa socarrona—, mucho mejor.
—Por favor, maldita sea, no me dejes...

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que habían retirado la alfombra del apartamento. Pasos firmes congelaron mi sangre en cuánto oí que se acercaban a nosotros.

—Chss —susurró. Acomodó mis pantalones con rapidez y giró hasta darme la espalda, cubriéndome. La persona que acababa de interrumpir uno de los momentos más intensos y deliciosos de mi vida, tendría que pasar por encima de él para llegar a mí. De eso, tenía completa certeza.

—Señorita Gibson, señor Hamilton, es un placer de nuevo. —Era Óscar Owens.
—Buenas tardes, señor Owens —contestó Connor.
—Espero no haber interrumpido nada.
—No, nada —contesté cuando terminé de acomodar mi ropa; me paré al lado de «mi novio».

—Así veo —agregó el hombre con una voz macabra—. Así veo. —Me miró con una sonrisa socarrona.

—¿Necesita algo? —pregunté—. Vine a recoger un par de cosas delicadas, mañana vendrá el camión de la mudanza por el resto.

—Oh, qué bien. Me alegro de que haya podido coordinar el asunto a tiempo. Habría sido una lástima tener que tirar todo esto a la calle.

Si el hombre pensaba que estaba hablando con una tonta, estaba equivocado. Sin embargo, algo en su tono me hizo mantener la calma e invocar la paciencia y cautela, clásicas, de mi hermana. Los tres sabíamos que, si llegaba a tirar algo, los de la basura no estarían furiosos por tener que recoger tantos escombros. Los del municipio, por su parte, se darían un festín con la multa.

CAPÍTULO 49

Connor

Que hubiese alguien detrás de nosotros y yo no le hubiese oído entrar, no debería haber sucedido. Que llevara años fuera del cuerpo no era una excusa. La manera en la que Kai me afectaba era tal, que había olvidado, incluso, mi entrenamiento.

—No era mi intención alarmarlos —agregó Owens; sus palabras no coincidían con la expresión en su cara.

—Oh, no se preocupe —respondió Kai—, no pasa nada.

—No vino sola —dijo el hombre y me miró de arriba abajo—. Me alegro mucho.

Kai levantó una ceja y se llevó una mano a la cintura.

—Pues, agradezco su preocupación, señor Owens, ahora, si nos disculpa —ella trataba de despedirlo—, todavía tenemos cosas que hacer. Mañana, en cuánto los de la mudanza se lleven lo que falta, le entregarán las llaves.

—Muy bien, entonces, me retiro.

—Adiós, señor Owens.

—Señorita Gibson, señor Hamilton, que tengan muy buenas tardes.

Lo vimos salir; respiré tranquilo cuando escuché el timbre del ascensor.

—¿Estoy loca o la puerta estaba cerrada? —Kai arrugaba la frente y, con los brazos cruzados contra su pecho, caminó hasta la salida. Después de tratar de abrirla y ver que no sucedía nada, me miró—. Estoy segura de que estaba cerrada.

Era evidente que el encargado del edificio tenía una copia de las llaves, de otro modo, habría sido imposible llevar a cabo las reparaciones.

El apartamento parecía nuevo y no había rastros del olor a sanitario que habría ahuyentado, incluso, a los más valientes. El papel mural parecía envuelto en un suave aroma a lavanda y, que hubiesen cambiado el suelo, era una opción decorativa, nada más. Era un hecho concreto, las alfombras eran más difíciles de limpiar.

—Es tarde —dijo después de mirar el móvil que llevaba en el bolsillo trasero de sus pantalones—, será mejor que me apure.

Me quedé parado en la entrada de la habitación, observando sus delicados movimientos. El vaivén de sus caderas cuando caminaba, acompasado por el movimiento ligero de sus hombros mientras se acercaba al vestidor, era una visión y para mí, lo único que de verdad llamaba mi atención.

Jamás había tenido otra cosa que un encuentro casual. Kai; sin embargo, me hacía desear dar un paso más y descubrir qué había detrás de esa otra puerta.

—¿Te falta mucho?

—Ya..., ya estoy lista. —Venía con un álbum azul. Era de los antiguos, de esos en los que la foto se pega en el papel y se cubren con una delgada lámina transparente.

—¿Eso es todo?

—Sí —suspiró y miró hacia todos lados—. Está casi todo arruinado. Hablaré con Kylie para que disponga de los muebles que se puedan donar —negó con la cabeza—, lo demás, supongo que irá directo a la basura.

—Esa es mi chica. —Besé su frente y alzó la cabeza para regalarme una brillante sonrisa.

Me había acostumbrado a su suave aroma vainilla, sin embargo, no a las confusas sensaciones que me provocaba. Eran una mezcla entre: deseo, posesividad, tranquilidad y anhelo; absolutamente opuestas, todas explosivas. Su presencia en mi vida se había convertido en algo constante y natural, como si siempre hubiese estado ahí, como si hubiese llegado a mí para quedarse. A esas alturas, el afán con el que se había esforzado en odiarme era solo un recuerdo.

Atrás había quedado el intercambio de insultos, o aquellos juegos de «póker» que tanto había disfrutado. No los extrañaría, de eso estaba seguro.

—¿Habré dejado la puerta entreabierta? —insistió—. Te juro que estoy segura de que estaba cerrada.

Íbamos de regreso al edificio de GBS. Después de coger el álbum y, una que otra cosa más del vestidor, volvimos al coche.

—Lo importante es que estaba todo lo que necesitabas. —Me encogí de hombros—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué tenías el álbum en la caja fuerte?

—No lo sé —suspiró—. Supongo que, porque es donde se supone que van las cosas importantes. —Giró la cabeza hacia la ventana.

Miré por el espejo retrovisor y cambié de carril. Había oscurecido, aunque la autopista fluía y estaba bien iluminada.

—No recuerdo la última vez que lo tuve en mis manos.

—Eras muy pequeña cuando tu madre...

—Sí —agregó y cerró los ojos—. Supongo que es como es, no sé.

—No entiendo.

—Somos el resultado de nuestra historia, eso es todo.

—Es cierto, —Puse la mano sobre su pierna—, pero eso no nos determina, querida Kai.

Dejé caer mis ojos en ella por un segundo, antes de volver a ponerlos en la carretera. Íbamos a ciento veinte kilómetros por hora, igual que los demás. Cambié de carril otra vez.

—Tus padres son divorciados, ¿verdad? —me preguntó—. Nunca me has hablado de tu madre.

—Pues, no hay mucho que contar. Abandonó a mi padre cuando yo tenía diez años.

—¿Y?

—Fue la última vez que la vi, —Miré por el espejo izquierdo—, el divorcio fue silencioso. Aceptó la primera oferta que le hicieron, ni siquiera se tomó el tiempo en leer la letra pequeña. —Me fijé en las luces reflejadas en el derecho.

—¿Y?

Apreté el pedal del acelerador hasta el fondo. Sin sacar los ojos de la autopista, con la mano izquierda, cogí la semiautomática que llevaba en la funda que tenía en la pierna.

—¿Qué estás haciendo?
—Nos están siguiendo.
—¿Qué?
—Baja la cabeza.
—Pero... —Se llevó las manos al pecho.
—Agacha la cabeza, preciosa.
—¡Dios, Connor! —gritó cuando, haciendo todo lo contrario, giró para ver lo que estaba pasando.

Una camioneta negra, igual de grande que la nuestra, avanzaba, pisándonos los talones. Había imitado cada una de mis maniobras y se nos acercaba a gran velocidad.

—¿Estás seguro de que nos están siguiendo?
—Completamente. —Faltaban cuatrocientos metros para la próxima salida y estaban a menos de tres de impactarnos—. Llamar a Knox Gibson —dije en voz alta cuando apreté el botón del volante; mi móvil estaba conectado al sistema del coche.

Kai se agachó un poco en el asiento, pero no suficiente como para que estuviera completamente cubierta.

—Aquí Gibson —contestó mi jefe al segundo ring.
—Estamos en la autopista 050 al sur, llegando a la salida veintisiete. Nos sigue una *Suburban* negra, matrícula: —miré otra vez—, *Sierra, Víctor, Alfa, Kilo*^[4], cuarenta y seis, repito: *Sierra, Víctor, Alfa, Kilo*, cuarenta y seis.

—Lo tengo.
—Saldré en la veintiocho con desvío hacia el poniente. Haré la entrega en la esquina de la calle principal con la avenida tres. Repito: haré la entrega en la esquina de la calle principal con la avenida tres, *ETA*^[5]: —Vi el mapa del GPS en la pantalla del coche—, doce minutos.

—En camino —hizo una pausa—. *ETA*: diez minutos.
—Entendido.
—Connor... —dijo Knox con tono seco.
—¿Sí?
—Ya habíamos hablado de esto.
—Entendido.

Sentía los ojos de Kai en mí, si el interrogatorio no había comenzado era, simplemente, porque todavía no encontraba las palabras.

—¿Qué es eso de *ETA*, *Sierra, Alfa*...? ¡Mierda! —chilló, cuando adelanté a dos coches por la derecha—. ¡Connor!

—No tengo idea, preciosa, —Dejé la semiautomática en el salpicadero—, y espero que no tengamos que averiguarlo.

A esa hora el tráfico era fluido, pero había suficientes vehículos como para que cambiar de carriles no fuera, precisamente, tan sencillo.

—¿Connor? —insistió—. ¿Por qué llevabas una pistola?
—Por precaución, querida Kai. —Cogí el arma con la mano derecha, le saqué el seguro y la puse sobre mis piernas—. Ahora, hazme el favor, y baja la cabeza.

—Yo...
—Por el amor de Dios, Kai —gruñí—. ¡Baja la cabeza!

Se desabrochó el cinturón de seguridad y se agazapó en el asiento del pasajero.

—¿Quién crees que será?

—Ni idea.

El desvío para la salida veintiocho estaba a menos de trescientos metros; iba por la tercera pista. Cambiar a la primera significaba, a esa velocidad, adelantar a tres coches en una curva cerrada. Esperaba que el conductor que, parecía un magnífico piloto, no adivinara la maniobra. La entrega debía ser rápida si quería despistarlos.

—¡Cuidado! —gritó Kai, los teníamos demasiado cerca.

—Agáchate.

Aceleré al máximo y giré el volante. Alcancé a salir justo a tiempo. La avenida principal estaba a diez manzanas, y la calle tres, a menos de dos minutos.

—Vas a saltar cuando te dé la señal —dije a Kai con voz grave. Necesitaba que me pusiera atención, no era momento para discusiones.

—¡¿Qué?! ¿Te volviste loco?

—Escúchame, preciosa. —La miré por el rabillo del ojo—. Abrirás la puerta y saltarás. Te están esperando.

—¿De qué estás hablando? —gruñó.

Divisé a Knox en la esquina, de seguro, era Carter el que estaba al volante.

—Ahora, preciosa.

—¡No!

Me detuve y, al segundo, mi jefe abrió la puerta. Por la rapidez de su actuación, de seguro, él se había adelantado a la respuesta de su hermana.

—¡Qué estás haciendo! —chilló cuando mi jefe la agarró del brazo y, como si pesara menos que un niño de tres años, la cogió de la cintura.

Pisé el acelerador; no miré atrás. Knox y Carter, desaparecieron por la calle tres, sin dejar rastros.

Volví a la autopista. No estaba seguro de si los encontraría, pero no perdía nada en el intento.

Mi móvil comenzó a sonar, vi el nombre de mi jefe en la pantalla del coche.

—¿Sí?

—Grant y Esteban acaban de localizar la camioneta. Va por la avenida principal, llegando a la calle diez.

—¿Pudieron salir?

—Si no lo hicieron en la veintiocho, cogieron el retorno en la veintinueve. Ten cuidado.

—Entendido.

No sabía cómo habían logrado llegar a mí, no los vi cuando hice el desvío. Sin embargo, Kai estaba segura, era lo único que me importaba.

CAPÍTULO 50

Kai

Ni siquiera alcancé a abrocharme el cinturón de seguridad. Carter aceleró tan rápido que temí por mi cuello, ya era suficiente con la bota ortopédica, no podía sumarle un collar cervical.

—¿Se puede saber qué?... ¡Son unos salvajes! ¿Dónde está Connor? ¿Por qué?

—Tranquila, pequeña —susurró mi futuro cuñado con demasiada calma, mientras adelantaba un coche por la acera, para luego, pasarse la luz roja del semáforo.

—¿Tranquila? ¿Me estás jodiendo? —Iba en la parte trasera del coche; me instalé en el asiento del medio—. ¿Dónde fue Connor?

—Va detrás de...

—¡Espera! —Negué con la cabeza—. Cuando dijo «entrega», ¿se refería a mí?

—Sí.

—¿A mí? ¿Como si yo fuera un paquete?

—Sí —contestó mi hermano.

—Y, Grant y Esteban van tras él para ayudarlo, ¿verdad? —Mi hermano y su mejor amigo se miraron, algo había que no me estaban diciendo—. ¿Knox?

—Sí, si es que logran coger a los de la camioneta, antes de que ellos lleguen a él o viceversa.

—¿Cómo?

—Necesitamos saber quiénes son, no es suficiente con que hayan logrado escapar.

—¡Oh! —Me llevé la mano al pecho—. Quieres decir que, ¿lo mandaste solo detrás de esos mafiosos?

—¿Por qué estás tan segura de que son mafiosos? —preguntó Carter.

—No estoy segura, maldita sea. —Me costaba respirar—. Pero lo único que se me ocurre es que, si hay alguien detrás de nosotros, debe estar asociado a su padre o al caso, ¿quién más?

—Pensamos lo mismo, —aseguró Knox—, pero debemos estar seguros.

—Ajá. —Me crucé de brazos—. Y te pareció una buena idea mandarlo solo.

—Basta, ¿quieres? —gruñó mi hermano—. Todos en mi equipo son profesionales, saben cómo hacer su trabajo y conocen los riesgos.

—Pero Connor estará bien, ¿verdad?

—Es la idea.

—¿Es la idea! ¿En serio? ¿Es lo único que vas a decir?

—Kai.

—No puedo creer que... —negué con la cabeza—. ¿En serio?

Mi hermano era un hombre de palabra, aunque, también, uno realista. Jamás me daría un sí, aun cuando su respuesta fuera un: cuento con ello. Sin embargo, creía en él, no era de los que hacía las cosas al azar. Por otro lado, junto a Carter, era raro que dejaran las cosas pasar.

Lo que me preocupaba era que nadie pudo hablar con Connor para saber, exactamente, qué estaba sucediendo, hacia dónde se dirigía y, mucho menos, lo que tenía en mente. Lo único

que tenía eran suposiciones.

—¿Crees que sea la gente de, Di Rossi?

—Sé lo mismo que tú, Kai —contestó mi hermano—. Kill y Harrison están esperando los resultados de los nuevos análisis. Todavía nadie reclama el cuerpo del viejo Hamilton. Su asistente podría estar muerto, de vacaciones en Mónaco, o prisionero de Di Rossi. Sin información, las posibilidades son infinitas.

—Tú sí que eres positivo —reclamé—. Recuérdame que no debo llamarte si necesito que me suban el ánimo, y termina la llamada de inmediato, si llegas a notar que estoy deprimida.

—Pequeña —interrumpió Carter—. En este momento, todo GBS está trabajando en este asunto.

—¡Ja! ¡Dime que tengo que dar las gracias porque lo están haciendo gratis y, te juro, Carter, te juro que, apenas nos bajemos del coche, voy a darte una bofetada!

—¡Por el amor de Dios, Kai! —gruñó mi hermano—. No digas ridiculeces.

El coche se detuvo a la entrada del edificio, esperamos que la barrera nos diera el pase, y mantuvimos el silencio hasta que tuvimos que bajar del vehículo.

—Murphy y Will están en línea, ambas camionetas tienen activos los GPS.

—Espera..., es broma, ¿verdad? —reclamé, indignada—. ¿Todo este tiempo han sabido dónde está?

—Algo así —contestó mi hermano.

—¿Sabes o no sabes?

—Lo veremos —agregó Carter—. Nos esperan en la sala de mandos.

Me sentía a punto de explotar, el nudo que tenía en el estómago estaba a punto de hacerme vomitar. El mal presentimiento que me perseguía hacía días comenzaba a materializarse, a convertirse en el peor de los tormentos. No tenía idea de dónde estaba Connor, Grant y Esteban que, en teoría, estaban cuidando su retaguardia, brillaban por su ausencia y, el par de inútiles de Will y Murphy, nada habían dicho sobre nadie. Por último y, como si lo anterior no fuera suficiente, la manera críptica en la que Knox y Carter se comunicaban era desesperante.

—¿Novedades? —dijo mi hermano en cuanto pisamos la sala.

—Perdimos a Connor —contestó Murphy con demasiada calma, mi corazón comenzaba a sangrar y partirse en mil pedazos—. Lo sacaron del coche después del impacto.

—¡¿Qué?! —dejé salir un chillido de terror. Ya no era un presentimiento, era una realidad.

—¡Habla! —agregó Carter, levantando la voz.

—Mira —comenzó Will y, en la pantalla más grande, apareció la imagen que mostraba el GPS de la ciudad, con dos puntos rojos, en la esquina de la plaza central con la avenida principal—. Había dos coches siguiendo a Connor. El número de matrícula que nos dio corresponde a un Mini Cooper del año 2020.

—Robadas.

—Elemental, mi... —guardó silencio después de que, mi futuro cuñado, le regalara una mirada asesina e incendiaria—. Perdón. —Se aclaró la garganta.

—Aquí —indicó Murphy, que acababa de levantarse para mostrarnos un punto en el mapa—, aquí fue donde chocaron a Connor hasta sacarlo del camino. Grant y Esteban se encuentran revisando el coche.

—Ya informamos a la policía —agregó Will—. Llegarán en cualquier momento.

—¿La policía? —pregunté con demasiado ímpetu. Cuatro pares de ojos voltearon a mirarme y me sentí como una tonta. Claramente, me estaba perdiendo algo.

—Acaban de secuestrar a uno de mis hombres, ¿qué esperabas?

—Pues...

—La señal del GPS del móvil de Connor indica que está en la casa de su padre —aclaró Murphy.

—Espera... —interrumpió Will. La pantalla de la izquierda desplegó cuatro nuevas imágenes, eran de las cámaras de seguridad que habían instalado esa mañana. Lo arrastraban dos hombres; parecía inconsciente.

—Llamaré a mis contactos en Interpol —comenzó Carter y sacó el móvil del bolsillo trasero de sus pantalones.

—Incluye también a los del FBI —dijo mi hermano antes de que él saliera de la sala—. ¿Algo más?

—No.

—¿Alguna noticia de Kill?

—Oh, sí. —Will se pasó las manos por la cara—. Los resultados de los análisis estarán en cualquier momento. El equipo forense no estuvo nada complacido con la noticia de que tendrían que procesar, de nuevo, el cuerpo del viejo. Respecto al asistente y las chicas, todavía no consigo nada.

—Vale. —Knox respiró profundo y se tiró el cabello de la nuca—. Comunícame con Grant.

En vez de sentarme con ellos para seguir oyendo las malas noticias, caminé hasta el baño. Después de ponerle el cerrojo a la puerta, me dejé caer. Lágrimas que jamás pensé que volvería a derramar, caían por mis mejillas, sin vergüenza, sin filtros, sin pausa; abrazar mis rodillas no me provocaba consuelo.

—Dios mío, Connor. —Me apreté los ojos con los dedos—. Por favor, Connor, por favor.

Quería regresar para escuchar el reporte de Grant, pero no podía levantarme, me tiritaban las piernas, me costaba respirar, la angustia que se apoderó de mí era desoladora.

Sabía que me perdía detalles importantes, pero necesitaba recuperar el aliento antes de continuar. No era como ellos, jamás podría estar así de tranquila a la espera de malas noticias.

Mi mundo parecía derrumbarse. En ese minuto, dejó de importarme lo que pasaba en Italia con su abuelo, los asuntos entre su padre y Di Rossi; el caso ICTI parecía un antiguo recuerdo.

—No sé por qué no me sorprende saber que tienes tus narices metidas en esto, Gibson —la voz de un hombre que no conocía se oía en los altavoces.

—No trabajo para ti, Robinson. Es solo una sugerencia. Si no quieres tomar parte en este asunto, conseguiremos a alguien más que lo haga.

—¡Ey! —chilló desde el otro lado de la línea—. No dije eso, solo dije que...

—Escucha, uno de mis hombres fue impactado por un coche con matrículas robadas. Lo sacaron del coche y, aparentemente, se encuentra ahora en la casa de Laurence Hamilton.

—Dios mío, Gibson, no tengo idea de cómo lo haces.

—¿Qué cosa?

—Eres una pesadilla. —Se le oía suspirar—. Y, ¿cómo es que sabes dónde se encuentra tu hombre?

—Es clasificado —contestó mi hermano.

—Si no me lo dices...

—El GPS de su móvil.

—Oh...

—Los coches tienen sistema de GPS y los móviles, con la función: encontrar mi *iPhone*, —sonrió y Will se mordió el puño—, ¿conforme?

—Sí —hizo una pausa—. Aunque supongo que entiendes que no puedo llegar y entrar en la casa de un abogado de ese calibre sin una orden judicial.

—No es mi problema, Robinson. —Knox miró el reloj—. Tienes exactamente media hora para conseguirla. Si no...

—No me amenaces, Gibson.

—Jamás lo haría, pero conozco gente que creo que podría hacer las cosas más rápido que tú.

—No puedo planificar una redada así como así.

—Tu trabajo, tu problema —insistió mi hermano—. Max Russell está informado, tiene suficientes contactos como para conseguir esa orden si tú no lo haces.

—No tienes autoridad.

—Robinson —gruñó Carter, que entraba a la sala e interrumpía la conversación—. Interpol sospecha que Laurence Hamilton está vinculado a alguien a quien buscan hace meses, ¿estás seguro de que prefieres que sean ellos...?

—Les llamaré en diez minutos —dijo Robinson y terminó la llamada.

Levanté una ceja y miré a los cuatro hombres que parecían estar tragándose mucho más que un comentario.

—¿Interpol va a meterse en esto? —pregunté.

—Es posible, aunque no estoy seguro, —contestó Carter y se largó a reír—, pero Robinson es un idiota, es todo.

—¿Cómo? —Las sonoras carcajadas resonaban en mi cabeza.

—Es un poco lento —aclaró—. Llamé a mis amigos de Interpol para preguntarles si tenían alguna información sobre la muerte del abuelo de Connor. Dado que no sabían nada, les comenté sobre las circunstancias, los análisis y la falta de datos en el reporte del forense. —Sonrió—. Ya que Connor trabaja para GBS, insistí en la importancia que tenía que el asunto quedara entre nosotros.

—Pero, Carter, si descubren que... —empecé y negó con la cabeza.

—Tranquila, pequeña. Toda la información que les di es «pública». —Hizo el gesto de las comillas con los dedos—. Quiero decir, Connor es su nieto, por supuesto que conoce esos datos, es obligación del hospital y de la embajada dar a conocer esos antecedentes a la familia.

—Oh...

—Los de Interpol son más eficientes que Robinson —interrumpió mi hermano.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que no les gusta enterarse de cosas como estas por terceros. La correlación entre su supuesta enfermedad, que terminó con él de vacaciones en la Costa Amalfitana, para, después, encontrarlo muerto en circunstancias sospechosas, es suficiente como para que estén dispuestos a levantar la cabeza y comenzar a indagar.

—Robinson tiene buenas intenciones —resopló Will.

—Si por buenas intenciones te refieres a que desea ascender sin hacer nada, supongo que sí —agregó Murphy—. Los últimos tres casos se los hemos dado, prácticamente, cerrados y

en la mano.

—No nos queda otra —dijo Knox, negando con la cabeza—. No tenemos autoridad, pero sí suficientes argumentos.

—¿De verdad pueden entrar a la casa de Laurence Hamilton sin autorización? —pregunté.

—No —aclaró mi hermano—. Aunque Robinson me cree capaz de hacerlo, eso es suficiente.

—Sabe que vas a hacerlo si no responde —insistió Carter.

—Lo haría encantado, pero no voy a poner en riesgo a mis hombres, tampoco mi compañía.

CAPÍTULO 51

Connor

El dialecto en el que se comunicaban mis captores era italiano, era evidente. Di Rossi estaba detrás de la persecución, también, de lo que parecía un secuestro.

Había amenazado a mi padre, era lo único que explicaba por qué podrían haber querido cogerme en medio de la calle, o matarme, si esa era su intención. En aquella conversación quedó muy claro, que era un fiel creyente del dicho: ojo por ojo, diente por diente.

Si para él, su prima, Anna, era igual de relevante que yo para mi padre, mi destino estaba sellado. Me tranquilizaba saber que Kai estaba segura junto a su hermano, lo demás, ya no tenía importancia.

Los hombres ni siquiera sudaron cuando me resistí y dejé inconsciente al primero que me tocó. Eran tres y, entre dos, lograron reducirme después de varios golpes en la nuca; desperté atado de pies y manos en el maletero del coche.

Conocía todo tipo de trucos para salir de las esposas de metal, las plásticas eran imposibles; debían cortarse.

Me dolía la cabeza, tenía náuseas y me zumbaban los oídos. Los golpes que había recibido me hicieron más daño del que pensaba. Respiré profundo, el coche olía a nuevo, como si lo hubiesen sacado el mismo día de la compraventa. Otra opción era que un equipo de limpieza industrial hubiese hecho un impecable trabajo para borrar evidencias. Ninguna de las alternativas era descartable.

Si bien algo entendía, mis captores se comunicaban en alguna jerga, no era italiano puro; nos acercábamos a nuestro destino. El coche reducía la velocidad, hablaban con rapidez; distinguí solo dos voces.

—*Mannaggia, o capo s'adda arraggià assaje si è mu orto* —dijo el que me agarró del brazo. Dejé caer la cabeza, no hice ningún intento por incorporarme.

—*Nun 'o credo, statte accuorto.*

Me arrastraron varios metros. En vez de gravilla, que era lo que esperaba, había cemento bajo mis pies.

Una puerta, suelos de madera, alfombras gruesas, suelos de madera otra vez. A pesar de que había sido un día frío, la temperatura en el lugar era perfecta. Cuando reconocí el aroma después de unos segundos, sentí un golpe de adrenalina azotando mi cuerpo. Me depositaron sobre una silla suave de reposabrazos firmes, sin lugar a dudas, uno de los antiguos sillones victorianos de los que tanto se jactaba mi padre. Me sorprendí cuando cortaron las esposas de mis muñecas; estuve a punto de felicitarlos. Volvieron a amarrarme con los brazos detrás del respaldo del sillón; movimiento inteligente. Estábamos en la oficina de mi padre, el olor a tabaco y libros era inconfundible.

—¡Oh... por fin! —dijo, con un acento neutro, el que presumí que era Di Rossi.

—¿No te parece que deberías atender tus asuntos en otro lugar? —preguntó mi padre.

—¿Te parece?

—¡Por supuesto! No voy a ser tu cómplice, si te vas a dedicar a..., esto.

—Contigo todo es conveniente, cuando se trata de ti —agregó Di Rossi.

—Vamos, no creerás que puedes instalarte en mi casa como si fuera tu cuartel general.

—¿De verdad piensas que le decimos así? —El sarcasmo en su voz era palpable—. Eres un ignorante. Sin embargo, en esta ciudad, tu casa es mi casa, socio —destacó con su tono la última palabra.

—Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo —agregó mi padre, se le oía exaltado.

—Estoy seguro. Pero no te preocupes, por el momento, estoy muy cómodo aquí.

La oficina se encontraba en el primer piso y tenía vista a los jardines. Era de casi sesenta metros cuadrados y, en una de las paredes, tenía una estantería de suelo a cielo. El escritorio inglés, de diseño victoriano, acompañaba, perfectamente, la decadencia de la decoración de toda la casa. Pesada, oscura, inhóspita. Elegante, sí, pero tan recargada que, por más que un arquitecto y un decorador profesional hicieran renovaciones cada dos años, no dejaba de ser una declaración de mal gusto; una oda a la opulencia. Era el lugar privado y preferido de mi padre.

Solo podían entrar los de la limpieza y aquellos a quienes invitara él personalmente. Había pisado esas antiguas alfombras no más de cinco veces en mi vida; más que suficiente.

—¿Sabías que alguien pidió nuevos análisis al cuerpo de tu padre? —preguntó Di Rossi.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Apparently, ese alguien, no quedó conforme con el reporte inicial.

—Mierda.

—Pensé que lo sabías —agregó el italiano.

—¿Y no pudiste llamar por teléfono para contármelo?

—¿Y perderme tu cara? —resopló—, por ningún motivo. Lamentablemente, los resultados salieron antes de que pudiera detenerlos. —Se levantó. Sus pasos firmes resonaban en la sala.

Por la dirección en la que venía su voz, se encontraba varios metros delante de mí. Supuse que me habían amarrado cerca de la estantería, pero lejos de la ventana. Esperaba que Knox estuviera grabando la conversación y tuviera las fotos de cómo me arrastraron del coche hasta la casa, aunque fueran inadmisibles en la corte. Si salía vivo, la única manera en la que podríamos probar su asociación sería con mi testimonio. Mi palabra contra la suya. Verdades contra mentiras.

—¿Sabes quién los pidió?

—No. Llegaron como solicitud expresa de la familia y con timbre de la embajada. En el hospital nadie cuestionó la legitimidad de la orden.

—Yo no pedí nada.

—Lo supuse, aunque quién lo hizo; sin embargo, tiene muy buenos contactos —resopló—. Para que me haya enterado al final, significa que pasó directamente al jefe del departamento.

Hablaban como si yo fuera parte de la decoración. Mi actuación de monigote inconsciente era convincente.

—Ahora, para tu tranquilidad, incluso si encontraran la *succinilcolina*^[6] en su sistema,

a estas alturas, no tienen con quién asociarlo si quisieran empezar una investigación. Jamás pondría en riesgo a mis chicas.

—¿Por eso las hiciste desaparecer? —preguntó mi padre.

—¿Desaparecer? Cumplieron con su trabajo, ese era el acuerdo. —Podía sentir la tensión en el aire—. Pero tú..., no has terminado con el tuyo.

—Giancarlo, esas acciones...

—Ese dinero es mío, esas acciones son mías. ICTI es, ahora, mi compañía —interrumpió Di Rossi—. Mías. No sé en qué planeta vives, si piensas que puedes quedarte con lo que me pertenece.

—Era un préstamo —agregó mi padre.

—No, no... Los primeros dos fueron un préstamo. Dime, ¿dónde están los otros cincuenta millones?

—¿Cincuenta? ¿De verdad crees que tendría escondidos cincuenta millones?

—«No nos saquemos la suerte entre gitanos», socio —la voz del hombre solo emanaba desdén—. Me debes cincuenta millones y la vida de mi prima.

—¡Dios mío! —gritó mi padre espantado—. Tu prima, Dios santo.

—¿Un año, dos? ¿Cuánto tiempo estuvo el viejo Richmond chantajeándote?

—No sabes lo que dices.

—El viejo quería casarse con ella, absurdo para alguien de su edad, pero era lo que quería, ¿no es cierto?

—No te incumbe.

—¿No?

—¡No! —chilló mi padre.

—Entonces, que él haya retenido esos cincuenta millones a cambio de que aceptaras sus condiciones para casarse con ella porque tú estabas en contra, ¿no tiene nada que ver en esto?

—¡Estaba loco! Quería dejarle su parte de la firma. ¿Te das cuenta de lo lunático que es eso? Soy yo el único que tiene derecho a la herencia, nadie más. Me lo merezco, es por lo que he trabajado toda mi vida.

—Escucha, Laurence. Los problemas de faldas de tu padre y tus celos no son asunto mío —dijo Di Rossi—. Pero las acciones, el dinero y que hayas mandado a matar a mi prima para que no contara su versión de la historia, fue ir demasiado lejos.

—No tienes pruebas.

—¡Ja! ¿Crees que las necesito? Eres cómico —no reprimió la carcajada—. No te voy a mandar a prisión ni voy a llamar a la policía, socio. No es mi estilo.

—No tengo el dinero —insistió mi padre.

—No es mi problema.

—¿Sí? Y qué vas a hacer, ¿denunciarme? Acabas de decir que no vas a llamar a la policía.

—Oh, por supuesto que no... Tengo otras ideas. *¡Ciro, Vince! Venite, scuotete chistu scemo. Ha riposato abbastanza.*

Ciro y Vince..., así se llamaban dos de mis captores. Si hubiese sabido la jerga en la que hablaban, les habría preguntado cómo se llamaba el tercero. Lo único que entendí de lo que dijo, fue: *venite*, «vengan». Me sacaron la capucha y casi me estalla la cabeza. Todavía me palpitaban los porrazos en la nuca, ya no tenía náuseas, pero estaba seguro de que había recibido suficientes golpes como para dejar marcas y cicatrices en mi cara.

—Dime, ¿qué te parece esta sorpresa? —Di Rossi sonreía.

—¿Connor?

—Lamento mucho lo de la sangre; no quiso cooperar.

—¿Qué significa esto? —reclamó mi padre. No era un hombre expresivo, menos, uno transparente. Pero pude ver, frente a mis ojos: sorpresa, incredulidad, desagrado y violencia.

—Sé que estuvo en las fuerzas armadas, de seguro debe tener otras cicatrices —agregó Di Rossi con una ceja levantada.

El italiano era mucho más joven de lo que imaginaba, lo que fue inocente de mi parte. Que mi padre tuviera sesenta y dos años no tenía nada que ver con la edad de la gente con la que se relacionaba. Di Rossi estaba en los cuarenta y pocos, de complexión atlética y, aun cuando vestía de manera casual, era evidente que no reparaba en la calidad de su ropa. No era experto en marcas, pero solo sus zapatos costaban un dineral.

Sin rodeos, se acercó a mí y me hizo levantar la cabeza cuando jaló mi cabello.

—Bienvenido, bello durmiente. —Parado frente a mí, sonreía—. Mis hombres no están muy contentos contigo. Eres ágil, debo concedértelo, pero le rompiste el cuello a Mario. —Tiró con fuerza; estuvo a punto de sacarme mechones de la nuca.

El silencio era mi única opción. Había escuchado lo que, podría considerarse, una confesión. Tanto él como mi padre, se habían acusado mutuamente, tenía suficiente como para ponerlos tras las rejas, si llegaba a probar todo lo que había oído. Lo que tenía GBS era, prácticamente, un manual de instrucciones. Podría buscar las pistas para el FBI sin problemas. Con eso y mi testimonio, tendríamos lo que necesitábamos.

CAPÍTULO 52

Kai

Grant y Esteban regresaron después de declarar en la comisaría de policía. Aparentemente, no fue suficiente con que aseguraran que el coche era de la compañía. Carter esperaba respuesta de la gente de la Interpol y, Knox, miraba la hora cada cinco minutos.

Will y Murphy miraban atentos lo que sucedía en la oficina del padre de Connor, como si fuera una teleserie de la tarde. El tono vengativo con el que Di Rossi se refería a él, no pasaba desapercibido. Connor, por su parte, figuraba abatido y con la cabeza colgando, todavía atado a la maldita silla.

—¿Cuánto más? —le pregunté a mi hermano.

—No mucho, espero.

—Dijiste lo mismo hace media hora.

—Tenemos que esperar a Robinson —negó con la cabeza—. Ni siquiera Max podría sacarme de prisión si entramos a la fuerza.

—Podríamos ir en son de paz. —Apreté los puños, era una opción que nadie había considerado—. ¿Qué te hace pensar que la única manera de entrar para sacarlo es por la fuerza?

El FBI sabía que conocíamos el paradero de Connor y no podía impedirnos tratar de ir por él. Lo ilegal era allanar la casa o invadir la propiedad; sin embargo, golpear la puerta o tocar el timbre para preguntar por un colega era, completamente, normal. Todos en GBS tenían permiso para portar armas, por lo que, si se veían amenazados y tiraban del gatillo, sería en legítima defensa; todavía legal. No veía cuál era el problema.

—Kai... —Knox me miró de arriba abajo y respiró profundo—. Créeme, si fuera tan fácil como eso, habría estado ahí hace horas.

—Pero...

Apretó mi hombro con suavidad y, con un movimiento de cabeza, me indicó que lo acompañara.

Will, que parecía saber lo que quería, asintió e hizo sonar los dedos. A los segundos, varios cuadros con imágenes aparecieron en la pantalla principal, todas de cámaras instaladas en la propiedad de Laurence Hamilton.

—Mira esto —apuntó con el índice al primer cuadro de la izquierda, luego, fue deslizando el dedo hacia la derecha.

Había veinticinco hombres vigilando el lugar. Los que estaban en el interior de la casa llevaban, al menos, un arma visible en el cuerpo. Cuando llegué a la décima metralleta entre los hombres que hacían guardia en los jardines, dejé de contar.

—¡Oh! —Me llevé la mano al pecho. Me tragué el nudo que tenía en la garganta y apreté los labios, en cualquier momento, comenzaría a temblar; iba a quebrarme, no podría disimularlo.

Knox me miró de arriba abajo. Respiró profundo y se pasó las manos por la cara.

—A la mierda —exclamó—. ¡Grant, Esteban, Murphy, vamos a entrar! Carter, comunícate con Mason.

—Entendido —dijo mi cuñado con una sonrisa socarrona.

—Y dile al imbécil de Robinson, que tiene veinte minutos, ni uno más.

—¡De inmediato!

—Llamaré a mi esposa para decirle que no llegaré a cenar, porque iré a rescatar a uno de mis hombres de las manos de unos mafiosos italianos. —Me guiñó un ojo y sacó el móvil del bolsillo.

—Guau, esto sí que quiero verlo, va a ser todo un desafío —agregó Carter con una sonrisa—. ¿Estás seguro de que quieres avisarla? —resopló—. No sé qué vas a hacer para convencerla de que no está invitada a la fiesta.

—No vendrá —negó con la cabeza y deslizó los dedos en la pantalla del teléfono—. Está enferma, lleva una semana vomitando.

—¿Una semana?

—Ajá.

—Dios santo —Carter negó con la cabeza—. ¿Y todavía no va al médico?

—Ya sabes cómo es.

—Si me permites, amigo —le sonrió—. En vez de llevarla a urgencias, yo, que tú, conseguiría una cita con el obstetra.

—¿Qué? —Knox negó con la cabeza—. No, claro que no.

—Es una sugerencia.

Apretó la mandíbula durante los veinticinco segundos que duró la llamada. Después, gruñó más instrucciones y salió de la sala. Carter se sentó en el sofá de la otra esquina a hablar por teléfono.

Tenía la boca seca y sentía el corazón en la garganta. Me senté frente a la pantalla. Connor seguía atado, pero ahora, con la cara ensangrentada. Di Rossi presionaba a Hamilton para que confesara dónde estaba el dinero. Cada vez que se negaba a una respuesta, Connor recibía muestras de su frustración. Hasta ese momento se había limitado a los golpes; en cualquier instante podía cambiar de opinión.

No podía seguir viendo; tampoco podía sacarle los ojos de encima. Necesitaba asegurarme de que su pecho continuaba subiendo y bajando.

—Tenemos luz verde. —Knox se había sentado junto a mí—. Robinson está preparando un equipo de asalto.

—¿En serio?

—El equipo beta ya se encuentra en posición —miró el reloj—. Demoraremos treinta minutos en llegar, no entrarán sin nosotros, a menos que sea estrictamente necesario.

—Gracias.

—No me lo agradezcas todavía. —Levantó una ceja—. Cruza los dedos para que Robinson consiga la orden antes de que subamos esos muros, si no, comienza a preparar el argumento para sacarnos de prisión.

—Oh...

—Kai —comenzó—. ¿Cuándo pensabas decirme lo que hay entre ustedes?

—¿Qué?

—No soy estúpido, ni siquiera trates de mentirme. —Cruzó los brazos contra su pecho.

—No es asunto tuyo.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto! —Me levanté—. Mi vida amorosa no es asunto tuyo, —poco a poco fui levantando la voz, a la mierda con los que estuvieran escuchando—, lo que haga en mi tiempo libre, tampoco, lo que decida..., cualquier combinación de las anteriores, no te incumbe.

—¿Ah, sí?

—Sí —gruñí, un chillido no sería suficiente.

—Muy bien, entonces —resumió mi hermano.

Arrugué la frente y lo miré de arriba abajo, segura de que me estaba perdiendo algo.

—Eh..., así de simple, ¿no vas a discutir conmigo? —Levanté las manos—, ¿no vas a decir que no puedo meterme con uno de tus hombres o que vas a despedirlo?

—No.

—¿Qué?

—Verte pelear por él con ese ímpetu, es todo lo que necesito.

—No sé de qué estás hablando.

—Sería una pelea en vano. —Me guiñó un ojo—. Es tu propio mérito, pero estoy orgulloso de ti y, más, de las agallas que tienes.

—¿Cómo lo supiste?

—Los he visto juntos. —Acaricié mi mejilla—. He visto cómo lo miras y le importas más de lo que imaginas. No sabes a qué extremos ha llegado para cuidarte.

—¿En serio?

—Ajá. Quiero lo mejor para ti —sonrió—. Aunque no sé si será lo mejor para él —resopló.

—¡Maldito! —Soltó una carcajada.

—Ahora, procura no estar muy cerca de la pantalla, es muy posible que no veas una buena película.

—¿Cómo?

—Las cosas siempre pueden salir mal, Kai, eso no significa que dejaremos de intentarlo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Haré todo lo que tenga que hacer para traerlo de regreso, ¿vale?

—Vale. —Besó mi frente—. Te quiero, Knox.

—Y yo a ti, Kai. —Sonrió y luego silbó—. ¡Vamos, equipo! ¡A rodar!

Me senté junto a Will. Él, Carter y yo, fuimos los únicos que quedamos en la sala. GBS, el FBI y el equipo beta, un grupo de apoyo que solía acompañarlos cuando les faltaban activos, iban en camino, iban a rescatarlo.

—¿Les apetece un café? —preguntó Will.

—No, gracias.

—Estoy bien —contestó Carter.

—Vale, vale, gente..., ahora, a esperar.

Cada segundo parecía minutos y los minutos parecían horas. Con el corazón en la mano los vimos recorrer la ciudad y después, reunirse con los demás. Todos los de GBS llevaban cámaras, algunos en el casco y otros, como mi hermano, en los chalecos antibalas; las imágenes se concentraban en la pantalla de la izquierda.

—¿Tienes video? —le preguntó Carter a Knox, cuando abrieron el canal de comunicación interno.

—Sí. —Alrededor de mi hermano, solo se oía silencio—. Estamos asegurando las

cuerdas, subiremos los muros para agarrarlos por sorpresa.

—¿Cuántos hombres tiene Robinson?

—Siete.

—Es un imbécil —reclamó—. Le dije que había veinticinco.

—Lo es —aseguró Knox—, pero entre nosotros y el equipo beta somos diez.

—Vale.

—¡Están en desventaja! —chillé—. Qué van a hacer...

—Tranquila, pequeña, —Carter me apretó el antebrazo—, la gente de Di Rossi no tiene nuestra clase de entrenamiento, estarán bien.

—¡Kai! —gritó mi hermano. El canal de audio estaba abierto; podía oírnos—. ¿Me harías un favor?

—Claro.

—Ve a mi apartamento y dile a mi mujer que buscaré un calabozo, si tiene la osadía de salir de la cama.

—Por el amor de Dios, Knox.

—Acaba de enviarme un mensaje preguntando por la dirección.

—Está loca —murmuró Will.

—¡Te oí! —gruñó mi hermano—. Asegúrate de que no pueda coger el coche, no querrás saber lo que haré contigo si lo hace, ¿entendido?

—Entendido, jefe —aseguró Will.

—¿Kai?

—Lo haré.

—Gracias.

—¡Knox! —Levanté la voz.

—¿Sí?

—Ten cuidado.

—Entendido —contestó—. Gibson, fuera.

La voz de Carter era grave, calmante. De todos los del equipo, era el único capaz de darme confianza; se lo agradecía.

—Ve tranquila —dijo y asentí.

CAPÍTULO 53

Connor

Había perdido la noción del tiempo. Llevaba horas escuchando los reclamos de Di Rossi y los lamentos de mi padre.

—Es suficiente, Laurence. Mis hombres y yo nos quedaremos aquí, supongo que comprendiste que eso no está en discusión. —Le observó de arriba abajo—. Ahora, con respecto al chico, ¿Connor? Ese es tu nombre, ¿verdad? —Me miró.

—Puedes hacer lo que quieras con él —exclamó mi padre.

—¿En serio? —Se cruzó de brazos—. Entonces, no solo eres un mal abogado, sino también un mal padre. Quién lo hubiese dicho.

—Él no sabe nada. Por eso necesito hablar con Ken. —Era la primera vez que mi padre cedía.

—¿Ken? —resopló—. ¿Ese inútil? Ups... Creo que no será posible, socio —agregó Di Rossi con sarcasmo—. Esa rata estuvo, hasta el último momento, tratando de enterrar su diminuto pito en una de mis chicas.

—¿Qué hiciste con él?

—Lo necesario.

—¿No lo entiendes? —gruñó—. Es el único que sabe de los movimientos privados de mi padre. ¡El único que puede tener una pista es él!

—¡Oh..., qué lástima! Vas a tener que encontrar otra alternativa, Ken, ya no está disponible.

—¡Maldito bastardo! —reclamó, rechinando los dientes.

—Tic, tac, tic, tac... El tiempo está corriendo, Laurence —dijo y se levantó del sillón victoriano—. Ahora, si me disculpas. —Miró el Rolex que tenía en la muñeca izquierda—. Si no me duermo temprano, el jet lag me pasará la cuenta por la mañana. —Caminó hasta la puerta—. Espero noticias antes de mi café. Buenas noches.

La casa era tan grande que estaba llena de ecos. Un paso o una palabra resonaban, prácticamente hasta en las ventanas.

—Escucha, maldito ignorante —comenzó. Tenía las pupilas dilatadas y corría una fina gota de sudor por su frente—. Necesito ese dinero y haré lo que sea, ¿entiendes? Lo que sea.

Me miraba con los ojos desorbitados. Llevaba meses sin verlo, en ese tiempo, parecía haber envejecido diez años.

—Tu nuevo jefe tiene contactos, ¿no es verdad? —Mi teléfono, mi cartera y mi arma estaban sobre su escritorio—. Tal vez, con un buen incentivo, esté dispuesto a ayudarte.

Ni la ceja partida en dos y más hematomas que pensamientos, impidieron que sonriera ante aquel comentario. Claramente, mi padre no se había tomado el trabajo de investigar quién era Knox y qué hacía, GBS Security. De seguro, se encontraban en la sala de mandos, presenciando el intercambio. Con las cámaras y micrófonos que había instalado Grant, era muy

probable que estuviera todo grabado.

—Llámallo. —Desbloqueó la pantalla de mi móvil, poniéndolo frente a mi cara—. Ahora. —Podía seguirle el juego y, de paso, instigar una confesión.

—No.

—Llámallo, maldita sea.

—Él no puede ayudarme. —Levanté la vista—. El encargado de informática, él..., él podría conocer a alguien.

—Muy bien —dijo complacido—, ¿cuál es el nombre?

—Will... Will Williams. —Mi padre buscó el contacto, apretó el botón y dejó la llamada en altavoz.

—Soy Connor —saludé cuando Will contestó al primer ring.

—¡Amigo! ¿Cómo estás?, ¡estaba comenzando a preocuparme! —dijo, como si nada.

—Escucha, necesito de tu ayuda —agregué con la voz grave.

—Tus deseos son mis órdenes, amigo. —Will era un excelente actor, se le oía de buen humor; solo sonrisas.

—¿Recuerdas a mi abuelo?

—Claro, por supuesto. Sigue enfermo... Oh... No me digas que se puso peor, Dios santo. —Respiró profundo, como si necesitara llenar sus pulmones para la próxima parte del monólogo—. Knox no está aquí, es tarde. ¿Sabías que su esposa está enferma? Oh..., sí, pobrecilla. Se fue temprano, creo que tenía problemas en el estómago. Oh..., mal lo mío, tú sabes, mi TDAH. No lo puedo evitar. Me decías de tu abuelo, ¿está mejor? —hizo una pausa—. Dios, Connor, en serio, por favor, no me digas que... —guardó silencio por exactamente cinco segundos, mi padre estaba perdiendo la paciencia—. ¿Sabes? Me acuerdo de mi abuelo, era muy pequeño cuando falleció, pero tengo muy buenos recuerdos...

—Will —interrumpí sin entusiasmo.

—Oh..., disculpa, disculpa, —Respiró profundo—, te escucho.

—Verás... Mi abuelo no estaba enfermo, Will.

—¿En serio? ¡Qué buena noticia!

—Se fue de vacaciones la Costa Amalfitana en la misma fecha en la que la prensa dijo que estaba en el hospital. —Miré a mi padre de arriba abajo; él levantó una ceja—. Falleció de un infarto hace unos días.

—Dios mío, Connor —suspiró—. No sabes cuánto lo siento, mis más sinceras condolencias.

—Gracias.

—En serio, Connor, cuenta conmigo para lo que necesites.

—Will, lo que te voy a decir a continuación es importante, así que necesito que escuches, ¿vale?

—Por supuesto, lo que tú quieras.

—Es muy posible que, antes de que dejara la ciudad, hiciera una, o varias transferencias a cuentas extranjeras.

—¿Ya?

—Aproximadamente, cincuenta millones.

—Guau —exclamó Will, después de silbar—. Cincuenta millones, ¡guau! ¡Vaya vacaciones!

Will estaba evadiendo, ganando tiempo y, probablemente, activando el protocolo de grabación. Le había llamado al móvil, pero estaba seguro de que se encontraba en la oficina.

—¿Conoces a alguien que pueda rastrear ese tipo de transacciones?

—¿Qué? —Un segundo de silencio—. Ya quisiera, ja, ja, ja. No, amigo. El secreto bancario está cubierto, obvio, las barreras de seguridad son muy altas. Así tiene que ser, ¿te imaginas que cualquiera pudiese ingresar a los bancos? ¡Qué miedo! Un día tienes dinero y al otro, ¡zas!

—¿Cómo es posible que seas un informático! —reclamó mi padre, interrumpiendo el relato de Will.

—¿Connor? Ese no eres tú, ¿quién habla? ¿Dónde está, Connor?

—Escucha, informático de mierda. —Levantó la voz—. Yo sé que, entre ustedes, malditos *nerds*, siempre hay alguien. Consigue los datos, necesito recuperar ese dinero.

—Perdón, ¿con quién hablo? —insistió Will.

—A ti, lo único que debería importarte es que tu amigo tiene los minutos contados. A menos que consigas esa información en las próximas... —Miró el reloj—, dos horas, por supuesto.

—Disculpe, señor —dijo Will—. Lo que está diciendo es muy grave, tendré que llamar a la policía.

—Parece que no entiendes, maldito *nerd*. —Mi padre dio la vuelta al teléfono y apretó el botón para videollamada—. Apenas vi a Will en la pantalla de mi móvil, mi propia *Sig Sauer*, apareció, de manera estelar, apuntando hacia mi frente—. ¿Entiendes ahora, Will? —insistió con voz grave—. Dios santo, si hasta nombre de imbécil tienes.

Mi padre estaba fuera del plano, pero se distinguía, perfectamente, la decoración de la oficina. Sería fácil utilizar esa llamada como prueba. Will, en vez de continuar su actuación, digna de Óscar, hizo una mueca, prácticamente invisible.

—Señor... —se aclaró la garganta—, disculpe, ¿cuál es su nombre?

—Eso no es importante.

—Oh, claro. —Se llevó la mano al cuello—. Verá...

Pasos acelerados se oyeron por el pasillo, corrían en distintas direcciones. Mi padre apretó el mango de mi *Sig* hasta que le tiritó el antebrazo. Tiró el móvil, ni siquiera notó que seguíamos en línea, solo aprovechó la oportunidad para detenerse detrás de mí, agarrarme el pelo de la nuca y apretar el cañón del arma contra mi sien. Prácticamente agazapado detrás de mí, aguardó a que abrieran la puerta.

Dudaba que fuera la gente de Di Rossi. Sin una amenaza, no tenía sentido que corrieran por la casa. Solo esperaba que el equipo de GBS hubiese encontrado una manera legal de entrar en la casa.

—¡FBI! ¡Suelte el arma! ¡Levante las manos! —gritó un agente especial; mi padre escondió el arma detrás de él.

—Buenas noches, agente. —Le miró arrugando la frente—. ¿Me podría explicar, qué está haciendo el FBI en el interior de mi casa? —Apretó los puños—. ¡Esto es allanamiento de morada! —gruñó.

—Lamento haber interrumpido, señor Hamilton —dijo el agente con insolencia—. Tengo una orden de registro.

—No es posible.

—Si se acerca a mí, lentamente, y con las manos en alto, se la mostraré. —Apretó las manos a ambos lados de su cuerpo, pero no las levantó. Comenzó a actuar, tan casual y naturalmente que siempre.

—Se da cuenta de que puedo demandar al estado por esto, ¿verdad? —afirmó mi padre.

—Señor, le aseguro que este procedimiento es absolutamente legal.

Asumiendo su rol de abogado de alta alcurnia, mi padre caminó con la frente en alto y sacó las gafas del bolsillo interior de su chaqueta, *Tom Ford*. Cuando estuvo a menos de un metro de Robinson, deslizó la mano por su espalda, sacó la pistola y disparó.

El agente no alcanzó a reaccionar. Se desmoronó a sus pies en menos de medio segundo. Mi padre cerró la puerta detrás de él.

—¿Fuiste tú? —Apuntó a mi cabeza, nuevamente—. ¿Fuiste tú el que hizo todo esto?

—No sé de qué hablas.

—Tú, tú fuiste el que pidió los exámenes al cuerpo de tu abuelo —negó con la cabeza. Tenía la pistola en la mano derecha y se pasaba la mano izquierda por la cara—. Debería haberlo imaginado, maldito imbécil.

—¿De verdad piensas que vas a salir limpio después de lo que acabas de hacer? —Levanté la voz—. Acabas de matar a sangre fría a un agente federal.

—¿Qué te crees, Robin Hood? —resopló—. No caeré solo, hijo —pronunció nuestro parentesco con desdén.

Limpió el mango de mi arma con el pañuelo de seda que llevaba en la solapa y, después de pararse detrás de mí y obligarme a agarrarla, la dejó en el suelo.

Caminó hasta Robinson, recogió la *Glock* con el pañuelo y, protegiéndose de no dejar huellas, me apuntó.

—Por Dios, padre. —Se le veía concentrado—. No puedo creer que quieras inculparme. —Me encogí de hombros—. Nadie se va a tragar que un hombre esposado con las manos detrás de la silla haya matado a alguien a quemarropa. Ni siquiera se molestarán en revisar de quién son las huellas.

—Ahí es donde te equivocas, hijo—. Sonrió, hasta los ojos se le iluminaron—. Primero dispararé... —dijo en voz grave—, te soltaré después. Me has provocado demasiados problemas.

—Así de simple, ¿eh? Te vas a deshacer de mí porque te he provocado demasiados problemas.

—¿Y qué esperabas? —exclamó, levantando el arma de Robinson a la altura de su cara—. ¡Qué te pida, por favor, que me cuides la espalda! Eres igual que la puta de tu madre, no tengo tiempo para esto.

—Claro que no, por eso te abandonó —resoplé—, eso es un consuelo.

—Muchacho estúpido —rechinó los dientes—. Ella era un problema, una molestia, —Me miró de arriba abajo—. Y yo, no estoy para problemas y molestias, ¿lo entiendes?

Si lo que estaba haciendo, era confesar que había asesinado, también, a mi madre, lo estaba haciendo bien. Mi mundo entero comenzó a temblar.

—¿La mataste?

—Hice lo que tenía que hacer.

—Pero ella firmó el divorcio.

—Y desapareció, antes de cobrar el cheque del acuerdo. —Su tono era macabro—. Antes de comprar el apartamento en el que, en teoría, vivirían ustedes dos. Le cedí la custodia exclusiva cuando negociamos los términos, cualquier cosa con tal de que desapareciera.

—Por eso no volvió... —murmuré y me retumbó la cabeza con la revelación.

—Semántica. —Respiró profundo—. Siempre fuiste un problema, ahora, eres mucho más que eso.

Lo demás, pasó tan rápido, que no tuve tiempo de reaccionar. La primera bala pasó a dos centímetros de mi oreja, si hubiese fallado, me habría dado directamente en la cabeza. La segunda, entró desde la ventana. La trayectoria fue perfecta, directo al hombro de mi padre, suficiente como para desviar el tiro y herirlo sin matarlo. Dio un grito y soltó el arma, pronunciando improperios y a todo pulmón. El cristal de la ventana que daba a los jardines se quebró por completo y vi las siluetas de Knox y Murphy por el costado. Tiraron la puerta de la oficina con un ariete y Grant entró, seguido de Esteban y una agente, con el clásico chaleco antibalas del FBI.

Inmovilizaron a mi padre a pesar de que la bala le había perforado el hombro; sobreviviría. Si Knox no hubiese apretado el gatillo en ese momento, otra bala estaría alojada en el centro de mi cabeza.

El movimiento en la casa era impresionante. Knox me presentó a Dominic Mason, el líder del equipo beta, quienes habían asegurado el perímetro exterior para que el resto pudiera ingresar. Según me contaron Knox y Grant, Di Rossi no tuvo tiempo, entraron en silencio a su habitación y lo esposaron antes de que hubiese despertado del todo. Había veinticinco hombres, además de Di Rossi, mi padre y yo, no pedí detalles, bastaba con mirar en ciento ochenta grados; era más que suficiente.

Ver que subían a mi padre esposado a la ambulancia, no se sentía, como una victoria. Que nuestra relación hubiese sido fría, lejana y, hasta violenta, era una cosa; no perdí la esperanza de que, en el fondo, hubiese una buena persona; nunca existió esa posibilidad.

—¿Estás bien? —preguntó Knox y asentí.

Tenía el labio roto y la ceja partida en dos; dudaba que tuviera una contusión. Los dolores eran focalizados, justo donde había recibido los que parecieron mazazos.

La agente Morgan, que dio un paso al frente después de que la ambulancia se llevara a Robinson, me dio dos opciones. Declaraba ahí, en la comodidad de la casa de mi padre, mientras embolsaban cadáveres, o me trasladaba con ella a su oficina. Elegí la primera. Murphy revisó mis heridas para regresar a los minutos con una mirada severa y una bolsa de hielo.

—Ya le dije, agente —repetí por quinta vez—. Hasta esta noche, nunca había visto al señor Di Rossi.

—Entiendo. —Anotaba en una libreta celeste—. Y, ¿cómo fue que se enteró de la relación entre él y su padre?

—¿Agente Morgan? —Oí la voz aguda de Kai—. ¡¿Agente Morgan?!

—Oh..., señorita Gibson —la aludida apretó los dientes y puso los ojos en blanco—. Es un gusto verla nuevamente.

—Discúlpeme, —Se despejó la cara, un mechón de pelo le tapaba la mejilla—. ¿Está interrogando al señor Hamilton?

—No. —Levantó una ceja—. Estoy tomando nota de su declaración.

—Ya veo... —Me miró, tenía los ojos hinchados y brillantes—. Tomó nota, también, ¿del estado en el que está?

—No le entiendo, señorita Gibson.

—Mi cliente necesita atención médica, agente Morgan. —Estiró el brazo para estrechar su mano y entregarle una tarjeta de presentación—. Por la mañana me pondré en contacto con usted para coordinar una cita para que tome el resto de su declaración.

—Discúlpeme, señorita abogada —destacó la agente con sarcasmo—. Está comprobado que las mejores declaraciones son las que se apuntan inmediatamente después de los hechos.

—Por supuesto que lo sé. Sin embargo, estaba usted en conocimiento de que el señor Hamilton, aquí presente, no solo es abogado, sino, también, ¿un exmiembro de las fuerzas armadas? —Alzó una ceja—. Le sugiero que anote eso, como otra referencia. —Levantó la mano en señal de despido—. Ahora, si nos disculpa. —Cogió mi mano y me arrastró hasta la oficina de mi padre; ya había sido despejada.

Se colgó a mi cuello en cuánto cerré lo que quedaba de puerta. Lo correcto era regañarla por estar ahí; lo único que de verdad quería era apretarla contra mí, hasta que su corazón se fundiera con el mío. Hasta ese momento nunca había sentido, tan profundo, la necesidad de contacto con otra persona, la necesidad de pertenecer y de que me pertenecieran.

Kai se lo había ganado todo, robándose mi corazón con miradas, comentarios, suaves besos y ruidosos orgasmos.

—¿Estás bien? —Con las manos comenzó a revisar mi cuello, mi espalda y mi pecho—. Dios, Connor. Por favor, dime que estás bien.

—Estoy bien, querida Kai.

—Lo siento. —Acarició mi mejilla y se puso de puntillas—. No podía dejarte con Morgan, es una bruja. Necesitaba estar segura de que...

—Estoy bien. —Agarré su rostro con las dos manos y besé su frente—. Estoy bien, querida Kai, —Besé su nariz—, y, ahora... —Besé sus labios—, estoy mucho mejor.

—Estaba tan asustada, lo vi todo desde el centro de mandos. Cuando tu padre cogió el arma... Dios, —Le mordí el labio inferior y le di un largo y suave beso—, pensé...

—Chss...

—Te podría haber matado.

—Chss, estoy bien, estoy aquí, —La apreté contra mí—, contigo.

—Pensé que...

—Estoy aquí, preciosa. —Se puso de puntillas y escondió la cabeza en el espacio que había entre mi hombro y mi pecho—. Estoy aquí y no iré a ningún lado.

—¿Lo prometes? —Sollozaba, podía sentir sus lágrimas mojando mi cuello.

—Lo prometo.

—No sé qué haría si... —Agarré su rostro con las dos manos.

—Te amo.

—¿Qué? —Me miró con los ojos como platos.

—Te amo, querida Kai.

—Yo, no..., yo...

—No necesitas decir nada, no lo necesito. —Me apoderé de sus labios y vertí en ellos la verdad que había en mi alma.

—Connor...

—Chss..., no pasa nada. —Acaricié su cabello y apoyé la barbilla sobre su cabeza.

—Yo también.

—¿En serio? —Mi corazón se saltó un latido y bajé la vista para mirarla.

—En serio.

—Buena chica.

—En serio, Connor. —Se colgó de mi cuello y acercó mi boca a la de ella—. Te amo.

La apreté con toda mi fuerza, la dejé enrollar sus piernas alrededor de mi cintura cuando la agarré de las caderas. No me importó que el resto de la casa estuviera llena de agentes, comandos y colegas. Tampoco me importó haber esquivado una bala por poco, lo único que tenía sentido, en ese momento, era demostrarle que era y siempre sería mi primera prioridad. Estaba perdida, profunda y absolutamente enamorado de Kai Gibson y no iba a negarlo.

EPÍLOGO

Kai

Por obvio que pareciera, ganar un caso era la mayor satisfacción de mi trabajo. Pero ganar uno, como el de ICTI, era el equivalente al Everest de los abogados.

Después de las declaraciones de Connor, junto a la evidencia que recolectó el FBI con ayuda de Interpol, y una que otra recomendación de nuestra parte, Laurence Hamilton y Giancarlo Di Rossi ni siquiera pudieron hacer una apelación. Comparecer en la corte fue, prácticamente, un trámite. Estuvieron en prisión preventiva durante los casi dos meses que demoramos en conseguir las pruebas en su contra.

La gratitud de Robert Baker, por su parte, era legítima. Sin embargo, para nosotros, que pudiera recuperar el control y fondos que había perdido la compañía, era la última de nuestras victorias. Que los acusados acumularan años tras las rejas, por cargos que poco tenían que ver con el uso de información confidencial, era mejor.

—¿Has hablado con Max? —me preguntó Connor, mientras caminábamos de regreso a GBS. Me había quitado la bota ortopédica y estaba a punto de terminar con la terapia de rehabilitación.

—Sí. —Cogió mi mano y entrelazó mis dedos, antes de llevarse mi muñeca a los labios.

Era irrelevante que estuviéramos en el medio de la calle y a punto de cruzar un semáforo. Cada vez que lo hacía, la misma sensación de anticipación recorría mi cuerpo.

—Estoy tan orgulloso de ti —dijo y, con el dedo índice, me hizo levantar la barbilla. Un delicioso y delicado beso calentó mi sangre, ahí, en medio de la acera.

—Gracias —respondí casi sin aliento.

—Entonces es oficial, eres la segunda de a bordo de Russell y asociados.

—Algo así. —Me encogí de hombros—. No hemos hablado de los detalles, pero supongo que, es algo como eso.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

—¿En serio? —Arrugué la nariz y levanté una ceja.

—¿Vas a comenzar a comportarte como una malcriada? —me preguntó al oído—. No tengo ningún problema en enseñarte lo que hago con las chicas malcriadas. Queda solo una manzana para que lleguemos a casa.

Connor había desocupado el apartamento 501; cómodamente, nos instalamos en el 502, era el más grande. Tres habitaciones y otras superficies en las que, feliz y agradecida, recibía cada lección en la que me demostraba, con detalles, qué hacía con las chicas malcriadas. Se me erizaba la piel cada vez que cambiaba el tono de la voz; parecía perro *pavloviano*.

—Vale —gemí, me tiritaban las piernas.

—Aunque necesito cinco minutos en GBS, ¿está bien? —Como un par de descarados, continuábamos nuestra serenata de besos en pleno semáforo.

—Por supuesto.

—¿Kai?

—¿Sí?

—Te amo —gruñó. Me apretó el trasero y me hizo saltar, después de una grave carcajada, seguimos caminando.

—Te amo —contesté, casi sin sonidos.

El camino del primer al tercer piso no fue muy distinto de lo que había sido nuestra caminata desde la corte.

Después de lo que pasó en la casa de su padre y, de lo cerca que estuve de perderlo, me negaba a desperdiciar un minuto sin tocarlo.

Según la doctora Ward, sufría de una suerte de estrés postraumático. Todavía había noches en las que despertaba con la imagen en la mente y el corazón desbocado.

—No me llevará mucho tiempo —aseguró cuando llegamos a la sala de estar y lo vi desaparecer por el pasillo, rumbo a la oficina de mi hermana.

—¡Ey! —Saludé a mi cuñada, que estaba sentada en el sofá y con los pies en la mesa de centro—. ¿Cómo estás?

—Me siento miserable —contestó.

—Vamos, no puedes decir eso.

—¿No? ¿En serio? —resopló—. Ya te quiero ver. Cuando llegue el momento, te voy a repetir cada palabra, lo prometo.

Lily estaba embarazada de gemelos y, con tres meses, todavía sufría con los peores síntomas enumerados en los libros. La pobre se la pasaba vomitando desde que abría un ojo por la mañana y no paraba, sino hasta las cinco de la tarde. Mi hermano estaba desesperado porque estaba muy agitada y había perdido más de tres kilos. Era energética por naturaleza, y encontrarse en esas condiciones, lo único que hacía era que concentrara la poca fuerza que le quedaba odiando su suerte.

—Eso no está en las cartas para mí.

—¿De verdad crees que soy idiota? —respondió, tocándose su plano y delgado estómago—. Ya lo verás.

Nos miramos. Lily era una mujer de pocas palabras, pero esa «advertencia» quedó resonando en mi cuerpo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Kylie que venía hacia nosotras, con un paquete de galletas de soda—. Aquí tienes, bonita.

—Gracias —dijo Lily.

—Recuerdo esos días —agregó y le dio dos palmaditas en el muslo.

—¿Te pasó lo mismo?

—Oh... —negó con la cabeza—. No lo creerías si te contara. Eran los mismos síntomas que tenía mamá.

—Eh... ¿Mamá tuvo malos embarazos?

—No, si consideramos que tuvo dos gemelos enormes y sanos, y que seis años después, llegó una bebita casi tan grande como ellos.

—Dios santo —dijo Lily.

—No quiero detalles —interrumpí y me levanté del sofá.

—Cobarde —dijo Lily, y Kylie me sorprendió con la carcajada.

—¡Ey!

La situación era tan tragicómica. Mi hermana tenía un hijo adolescente y un marido que lo amaba casi más que a ella. Era poco probable que decidieran tener otro hijo; sin embargo, una nueva generación de Gibsons se estaba gestando. Knox iniciaba la tradición, aportando dos. No obstante, yo no tenía intenciones de seguir sus pasos en el futuro cercano y, para que mi otro hermano se sumara, tendría que suceder un milagro.

—Aquí estás. —Connor me sorprendió cuando me agarró de la cintura por la espalda. A él no le importaban, en absoluto, las demostraciones de afecto delante de los demás. Menos aún, frente a su jefe.

En otras circunstancias o, tal vez, otro hombre, lo habría pensado más de tres veces. Un romance con la hermana del jefe no es para cualquiera. Aunque, Connor, no era cualquiera y eso, lo supe el día que lo vi por primera vez; me demoré en aceptarlo.

—Voy por un vaso de agua y regreso —me dijo al oído.

Mi hermana lo siguió con los ojos y se volvió para mirarme en cuánto desapareció, ella y Lily, intercambiaron un gesto, algo muy sospechoso.

—¿Tengo algo en la cara?

—No.

—¿En el pelo?

—No —contestó Lily.

Bajé la cabeza y examiné mi ropa. No encontré ni manchas ni pelusas.

—¡Chicas! ¡En serio!

—Se te cae la baba.

—¡Kylie!

—Es un hombre guapo —aclaró mi cuñada—, estás en todo tu derecho.

Oí pasos, pero en vez de ver a Connor, vi que Carter se nos acercaba con el ceño fruncido.

—¿K, has visto a Kill? —le preguntó a mi hermana.

—No.

—¿Lily, Kai?

—No —contesté y Lily negó con la cabeza.

—¿Por qué? —dijo mi cuñada acomodándose en el sofá—. ¿Pasa algo?

—Alguien lo busca en la recepción.

—¿Un cliente?

—No es un cliente.

—Ya veo. —Kylie se levantó y caminó hacia la entrada.

—Me estás asustando. —Miré a mi cuñado.

—No pasa nada, pequeña.

Kylie era una mujer de carácter, difícil de sorprender; sin embargo, caminaba pálida hacia nosotros, seguida por una menuda chica de pelo oscuro, rasgos exóticos y tez blanca.

—Puedes esperarlo aquí —dijo mi hermana.

—*Grazie*.

—Ellas son: Lily, Kai, Connor y Noah.

—Un placer —contestó la menuda mujer—, soy Valentina.

—¿Buscas a Killian? —preguntó Connor cuando se paró a mi lado.

—Sí. —Su sonrisa blanca iluminó la sala—. No se preocupen, voy a esperarlo.

Valentina tenía un acento italiano muy marcado; se esforzaba para hablar con claridad.
—Debe estar por llegar —aseguró después de mirar el reloj.

Ninguno de nosotros tenía idea de dónde estaba mi hermano, menos de a qué hora aterrizaría de regreso. Ella; sin embargo, parecía tenerlo claro.

—Oh, vale, vale. —Kylie se llevó la mano al pecho—. ¿Te puedo ofrecer algo para beber? ¿Café, té?

—Agua, muchas gracias.

Nadie sabía de las andanzas amorosas de Killian, jamás le habíamos oído hablar de alguna mujer, por lo tanto, que una chica italiana fuera a buscarlo a la oficina, era preocupante.

—Gemelos, ¿verdad? —le dijo Valentina a Lily con certeza—. Serán unos niños maravillosos.

—Eh... ¿Gracias?

—Oh..., ahí viene. —Se levantó del sofá y se acomodó el cabello hacia el costado.

—Te lo dije, Kill —gruñó Harrison—. Ya le dije a Knox que prefería que pusiera una orden de compra por las Sig.

—Eres un idiota —reclamó Killian y negó con la cabeza.

Como si hubiese sentido los seis pares de ojos en la nuca, levantó la cabeza y pestañeó tres veces.

—Hola, Kill.

—¿Val?

—Kill —interrumpió Carter—. Creo que Valentina y tú deberían tener una conversación privada.

Mi hermano tenía los pies pegados al suelo. No solo no volvió a pestañear, sino que, también, parecía haber dejado de respirar.

—¿Kill? —insistió Carter.

—Oh..., claro, claro —asintió—. Ven, vamos a mi oficina.

Los vimos desaparecer, pero ninguno de nosotros tenía intenciones de moverse, sino hasta que supiéramos los misterios de la aparición de Valentina.

—Dios, lo sabía —murmuró Harrison que se paró a mi lado.

—¿Saber qué? —Kylie se cruzó de brazos y arrugó la frente.

—Ya lo verás.

—¿La italiana? —preguntó Will, que venía a sumarse a la multitud, Harrison asintió—. Oh..., no me voy a perder esto.

—Eres un metiche, ¿lo sabías? —reclamó Lily.

—Y por eso me adoras. —El caradura le guiñó un ojo. Si Knox le hubiese visto haciendo ese gesto, estaría tuerto.

—¿Qué pasa? —Murphy se paró frente a la cafetera.

—Esto va a estar buenísimo. —Harrison escondía una sonrisa.

—¿Por qué tanto murmullo? —preguntó Knox, que venía con Grant y Esteban.

—Chss —susurró Lily.

Killian y Valentina discutían. La grave voz de mi hermano era inconfundible, aunque ella, tenía un tono melodioso y calmante.

—¡¡¡¿Embarazada?!!! —gritó Killian—. ¡¿Dos?!

No supe a quién se le cayó primero la mandíbula, en breve, seríamos tíos, y por partida doble.

QUERIDO LECTOR:

Escribir esta novela fue más difícil de lo que imaginé. Incluso más difícil que escribir la primera.

En los últimos meses, y de manera sincrónica, varios asuntos, algunos de salud y otros personales, me sacaron del foco y me llevaron hacia otros espacios. Si bien pensé que, si seguía con mi estricta disciplina lo lograría; me equivoqué.

Es verdad que en esta ocasión dediqué muchas horas a la investigación, es la novela que más trabajo me ha llevado; no es excusa.

Pasé días frente al ordenador tratando de sacar ideas, ordenándolas una a una para, al final, terminar con no más de trescientas palabras en un día.

¿Sabes cuánto es eso? Aproximadamente, media página. Ocho, a veces diez horas, para terminar la jornada con menos de una página.

¿Frustración? No puedes ni imaginártelo. Lo que debería haber sido una travesía de no más de cuatro meses, terminó convirtiéndose en una escalada de más de seis. Créeme cuando digo que hice todo lo posible por terminar este libro a tiempo. En mis planes estaba publicarlo en junio, considerando que, Honesto y gentil había sido publicado en enero.

No te miento cuando digo que pensé dejar esta novela. Pero me aferré a ellos y luché contra mí misma, porque quise dejar y tirar todo en varias ocasiones, para ahogarme junto a Kai y Connor en el olvido. «Un poco dramática, lo sé».

Escribí y reescribí algunos capítulos tantas veces, (mención honrosa a los capítulos 48 y 49), que cuando comencé a corregir y editar y, por primera vez leí el manuscrito completo, me di cuenta de que había olvidado qué versión había quedado. Lo di por cerrado cuando quedé tranquila de que no había dejado cabos sueltos, y de que los personajes se habían desarrollado como los vi el primer día en mi corazón.

Si leíste Team players, es posible que reconozcas a Connor, que tuvo una breve participación en: Más fuerte que mi honor. Nada de qué preocuparse para aquellos que no han leído.

Ya sabes que me encanta llevar y traer a mis personajes, dejar que se conozcan y se mezclen, todos son parte del mismo universo.

Ahora, escribir a Connor fue más desafiante de lo que pensé. Me sumergí en su vida, primero en sus estudios como abogado, luego en su carrera en el Cuerpo de Marines y, después, su paso por *Hamilton & Nielsen*.

A Kai ya la conocía por su participación en las novelas anteriores de esta serie: Simple y hostil, y Honesto y gentil.

Los hermanos K: Knox, Kylie y Kai ya nos contaron sus historias, ahora nos falta saber qué nos tiene preparado Killian.

Si no las has leído, te invito a hacerlo.

Si quieres conocer avances y novedades, te invito a seguirme en redes sociales o a suscribirte en mi boletín.

Instagram: [@clarahvial.aura](#)

Facebook: [clarahvial.aura](#)

[www.clarahvial-aura.com](#)

AGRADECIMIENTOS

Llegar a esta parte es una de las que más me gusta después del fin.

Escribir una novela es una aventura. Conoces el punto de partida y la meta. Desde el inicio siempre sé dónde voy a detenerme aunque, pocas veces, sé cómo voy a ir de un lugar al otro.

Al menos, en mi caso, he tenido todo tipo de viajes hasta ahora. Algunos han sido más fáciles que otros; sin embargo, y como dije antes, este libro fue un verdadero laberinto.

Cada travesía es distinta. No solo por los obstáculos, sino, también, por aquellos que te acompañan en el camino.

Me hizo muy feliz volver a trabajar con una gran amiga, Noelia Jiménez Moyano, mi querida editora y correctora. Solo ella sabe empujarme cuando estoy tambaleando, creo que, a veces, tiene más fe en mí de la que tengo yo misma. Eso sin considerar que, además de ser una excelente profesional, es una santa. Querida Noelia, muchas, muchas gracias.

Una vez más, María José Martínez Ruano, de servicios Editoriales Letras del Alma, le dio justo en el clavo con esta nueva portada. Debo agregar que también estuvo detrás de los tirones de oreja cuando comencé a quejarme y tuve ganas de echar todo por la borda.

De no ser por Noelia y María José, tal vez, no existiría esta novela. Queridas mías, las adoro.

A mi familia, no solo porque me aman, sino también, porque me aguantaron en todos estos meses de frustración, poco sueño, mal genio y pocas ganas. Los amo.

A mis queridas bookstagramers, que me siguen apoyando con sus mensajes. Debo reconocer que me animan y me asustan. Cuando veo que ha pasado el tiempo y me preguntan por qué no he sacado la próxima novela, Dios Santo, me siento honrada y profundamente estresada. Esther, Pao, Laura, Faty, gracias por el cariño y por dar a conocer mi trabajo.

A ustedes que me leen, miles de gracias. Sin ustedes, no podría haberme convertido en la loca que siempre quise ser.

Gracias, gracias, gracias.

Clara H. Vial

OTROS TRABAJOS DE LA AUTORA

Serie GBS Security

Simple y hostil

Volumen uno

Tendrán que decidir qué hacer cuando se encuentren entre la bala y la pared.



Knox

La primera vez que la vi, me sorprendió. No cualquiera era capaz de verse tan sexi, con el rostro pintado de negro y un rifle de más de diez kilos al hombro. El desafío en sus ojos color cobalto, perforó mucho más que mi voluntad. Encontrarla tres años después desplomada en mi apartamento, fue inesperado, pero se convirtió en la oportunidad perfecta para recordarle quién era en realidad.

Lily

Tuve que escapar para evitar que me encontraran, huir para seguir con vida y correr para protegerlo, incluso a costa de la mía. Sin embargo, no contaba con que me incriminarían por un crimen que no cometí. Ahora, necesito limpiar mi nombre sin volver a arriesgar ni mi vida ni mi corazón.

Simple y hostil es una novela independiente. Un romance entre dos agentes de inteligencia separados por malas decisiones, y unidos por la posibilidad de tener una segunda oportunidad.

GBS Security: La historia de los exsoldados que velarán por tu seguridad, pero que, con su determinación, podrían llevarse más que tu corazón.

Serie GBS Security

Honesto y gentil

Volumen dos

Las confesiones de una noche abrirán una puerta imposible de cerrar.



Noah

Nunca me importó que fuera la hermana de mi mejor amigo, siempre tuve ojos para ella y su deslumbrante sonrisa.

Un favor al que no pude negarme hizo que pudiese tenerla entre mis brazos y terminé, sin querer, revelándole todos mis secretos.

Una cosa llevó a la otra...

La noche que pasamos juntos, me demostró que deseo más,

que lo deseo todo y con ella.

Pero su sonrisa es una pantalla. Sus labios jamás dirán la verdad y, soy yo, quien tiene que descubrirla.

Kylie

Con sus transparentes ojos es capaz de descubrir mis secretos con una sola mirada. Sus anchos hombros se convirtieron en más que un refugio, pero son un sueño que jamás podrá hacerse realidad.

No puedo dejarme llevar por esta atracción, tengo que pensar en mi hijo.

Ahora, después de descubrir que se ha metido en problemas, a pesar de todas las veces que le he rechazado, sé que es el único que puede ayudarme a recuperarlo de las garras de esos delincuentes.

Honesto y gentil es una novela independiente. La historia de un exagente de inteligencia, una mujer sencilla y, un amor, que podría quemarlo todo. Unidos por un futuro incierto y separados por una decisión, tendrán que buscar, en el presente, una segunda oportunidad.

GBS Security: La historia de los exsoldados que velarán por tu seguridad, pero que, con su determinación, podrían llevarse más que tu corazón.

Serie Team Players

Más fuerte que mi destino

Volumen uno

Obligados por el destino, trabajarán contra el reloj y contra sus propios deseos.



Alex

No. No soy un hombre terco, soy un hombre determinado que sigue sus instintos.

No me importa lo que piensen los demás.

No saben qué es lo que deseo, ni dónde quiero llegar.

Tampoco me importa que ella siga pensando que, por una pequeña confusión y porque le robé un beso, tiene la razón.

Si cree que voy a hacer que me dice solo por qué es mi doctora, está equivocada, porque no voy a arriesgarlo todo por su culpa.

Penélope

¿De verdad piensa que, porque me mira con esos ojos y me sonríe con esa mueca, puede cambiarlo todo? Está loco si cree que voy a dejarlo.

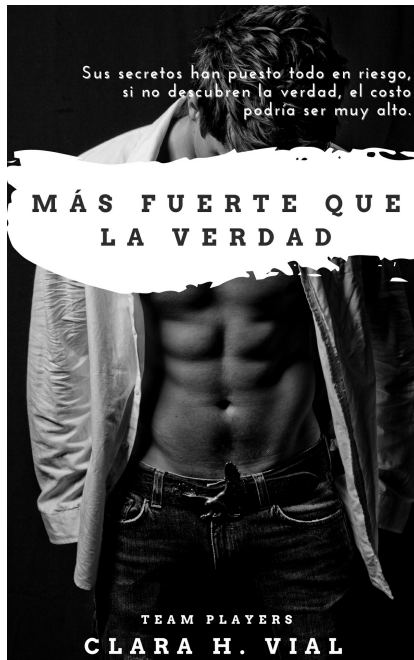
Más fuerte que mi destino, es una novela independiente. Una historia de enemigos a amantes con un toque de humor y mucha tensión sexual. Es el volumen uno de la serie Team players, la historia de los exjugadores de rugby más sexis del país.

Serie Team Players

Más fuerte que mi verdad

Volumen dos

No hay mentiras entre ellos, pero sí secretos que podrían ponerlo todo en riesgo.



Thomas

Sí. Sé que debo sonreír a las cámaras si quiero que este escándalo termine de una vez.

Mi ex decidió irse del canal y solo debo esperar a que llegue su reemplazo.

Claro que, no contaba con que su sustituta tuviera esos ojos verdes, esa cintura y, mucho menos, esas largas piernas.

Tampoco me esperaba que fuera la mujer más sexi que había conocido y que tuviera que contenerme por un contrato que redactaron por culpa mía.

Lia

Mi misión es dar las noticias en el programa de las nueve y salvar la reputación de todos.

«No detenerme contemplando esa sonrisa ni esa voz grave dándome la bienvenida».

«No aceptar su invitación».

«Tampoco meterme en un enredo».

Más fuerte que mi verdad, es una novela independiente, una historia de amigos a amantes, algunas situaciones embarazosas y un giro inesperado.

Es el volumen dos de la serie Team players, la historia de los más sexis exjugadores de rugby del país.

Serie Team Players

Más fuerte que mi honor

Volumen tres

Alguien inesperado lo cambiará todo, ahora, tendrán que decidir dónde está su felicidad.



Jonah

No pensé que nos convertiríamos en amigos. Tampoco que me sentiría atraído por ella.

Sabía que era una locura, pero su cabello rojo y sus verdes ojos, hicieron añicos mi voluntad.

«Quiero ir tras ella, pero no puedo. Mi vida se ha convertido en una locura, ya no puedo hablar de mí, porque debo pensar en nosotros».

Emily

Era una caja de sorpresas que acababa de descubrir. Con sus casi dos metros de perfección y esos pequeños y brillantes ojos celestes, me hacía perder la cabeza.

«Debo detenerme, pero no quiero. Su sentido del honor no le deja avanzar porque soy la exnovia de su mejor amigo».

Más fuerte que mi honor es una novela independiente. Una historia llena de intensidad en la que, una sorpresa, te dejará con la boca abierta. La pasión se desborda y estos amigos no pueden evitar convertirse en amantes. Es el volumen tres de la serie Team players, la historia de los exjugadores de rugby más sexis del país.

Serie Team Players

Más fuerte que la razón

Volumen cuatro

Dos extraños, dos objetivos, una noche y un acuerdo que no deben olvidar.



Max

No podía arriesgarme a perder la firma y tampoco el control.

Una novia falsa era justo lo que necesitaba para recuperar el legado de mi abuelo, pero no contaba con que sus ojos del color del cielo y sus gafas pudiesen cambiar mi ética y mi manera de pensar.

Disfrutaré de cada instante, aunque mi intención, nunca ha sido aprovecharme de ella.

Cassandra

Comenzó por el contrato editorial y con el abogado que me ayudaría a cumplirlo.

Sabía que no podía pedirle un favor como ese, pero a situaciones extremas, medidas desesperadas.

Sin embargo, sus hombros anchos y esa mirada de tigre eran tan peligrosos, que podían hacerme olvidar mucho más que un acuerdo sin contrato.

Más fuerte que la razón es una novela independiente. Es la historia de dos extraños que deciden sellar un pacto sin condiciones. Pasar la noche juntos por culpa del temporal, se transforma en algo más que un arreglo conveniente. La inocencia se convierte en algo tan sensual, que podría arruinar todos sus planes.

Relatos para soñar, seducir y sentir



Una antología que nace de la unión de tres autoras con estilos diferentes, pero que sueñan con lo mismo, que creen en el amor y vibran con la seducción.

En una aventura especial para San Valentín, han decidido unir sus plumas para traernos relatos que no te dejarán ajeno, porque son crudos en su forma, en su fondo, pero, sobre todo, porque reflejan algo de realidad en un espejo de fantasía.

A Clara, una tormenta de emociones la llevó mucho más allá de lo que pensó que sería capaz de dar, la llevó al extremo de

lo nuevo.

A Lady Amae, su universo de sombras, luces y ataduras se fundió en una simbiosis con sus pensamientos, deseos y pasiones que la llevaron a crear estas historias.

A Lin se le juntaron las angustias, los anhelos, los sueños largo tiempo reprimidos... Se dejó llevar por ellos y dejó un pedazo del alma en estas historias.

ADVERTENCIA

Los relatos para Soñar, Seducir y Sentir, son para mayores de 18 años, aunque hay romance, contienen lenguaje con escenas sexuales explícitas y contenido sensible para algunos lectores.

[1] Es un resquicio legal, que permite negar el conocimiento o la responsabilidad de cualquier acción condenable cometida por miembros de su jerarquía organizacional, a nivel judicial.

[2] *Sig Sauer* fabrica sus pistolas principalmente en los Estados Unidos, y sus modelos tienen equivalentes comparables en otras marcas prominentes que se asemejan a pistolas como: Glock, Beretta, CZ y H&K en términos de diseño y propósito.

[3] NDA significa "*Non-Disclosure Agreement*" (Acuerdo de Confidencialidad en español). Se utiliza normalmente en el ambiente legal.

[4] Palabras que componen el alfabeto fonético de la OTAN, utilizado internacionalmente para deletrear matrículas y términos precisos. La traducción, en este caso, sería: SVAK 46.

[5] "ETA" es un acrónimo en inglés que significa "Estimated Time of Arrival" (Hora Estimada de Llegada en español).

[6] La succinilcolina es un relajante muscular de acción rápida que se utiliza a menudo en procedimientos médicos para inducir parálisis muscular temporal. Tiene un inicio de acción en menos de un minuto y es prácticamente imposible de detectar en una autopsia.